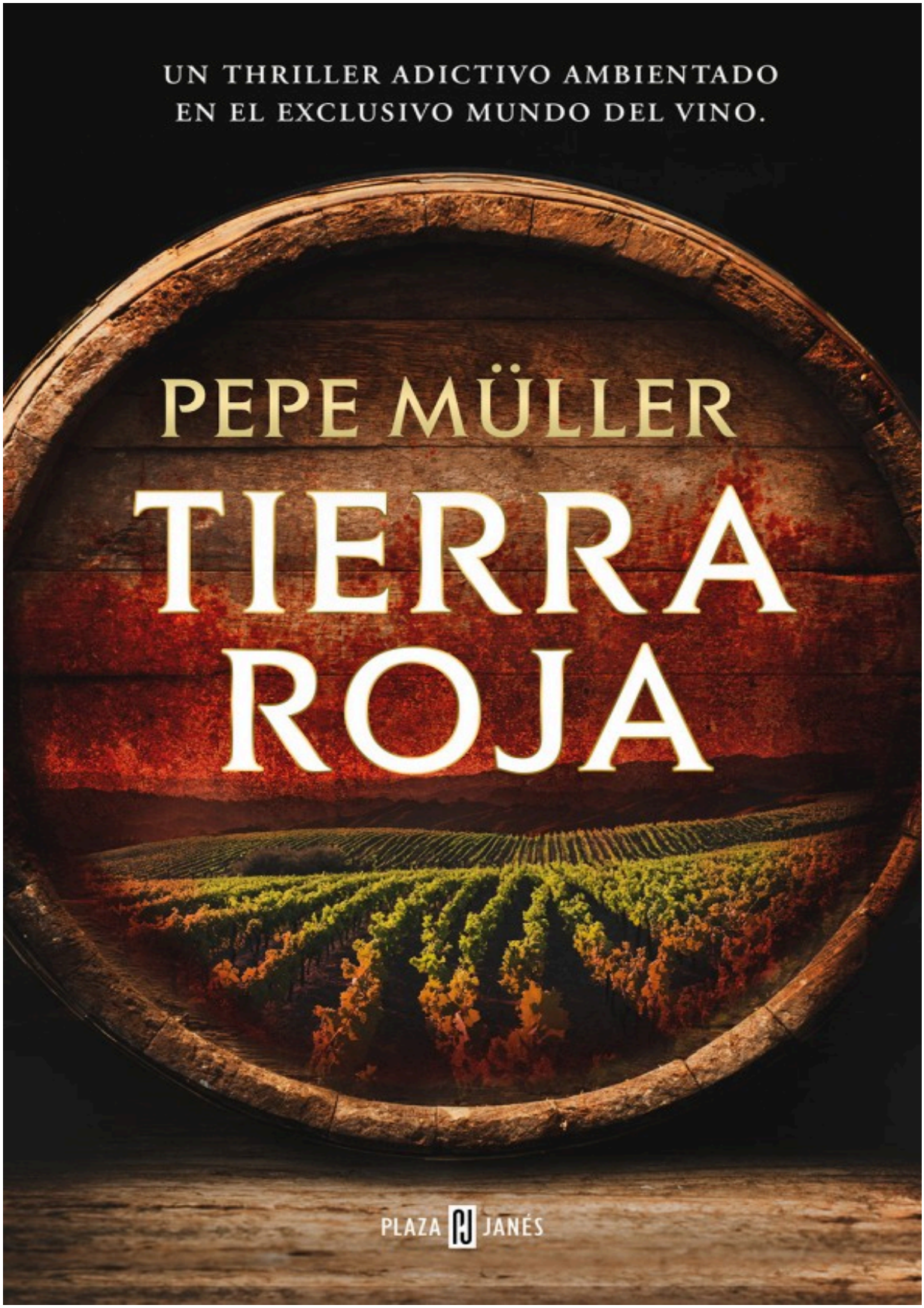
UN THRILLER ADICTIVO AMBIENTADO
EN EL EXCLUSIVO MUNDO DEL VINO.



PEPE MÜLLER

TIERRA ROJA

PLAZA JANÉS


UN THRILLER ADICTIVO AMBIENTADO
EN EL EXCLUSIVO MUNDO DEL VINO.
PEPE MÜLLER
TIERRA ROJA
PLAZA JANÉS

PEPE MÜLLER

TIERRA ROJA

PLAZA JANÉS

A mi madre, M.ª Rosa Sanfeliu Sansa

Nota del autor

Querido lector:

Este libro te trasladará a los viñedos de La Rioja y de Burdeos. Mientras disfrutas con su intrigante trama, aprenderás mucho sobre el fascinante mundo del vino y podrás descubrir excelentes representantes de ambas regiones.

Aunque se trate de una novela de ficción, he incluido algunos hechos y personajes reales para darle más verosimilitud.

En primer lugar, el recordado enólogo riojano Ezequiel García, apodado el Brujo, al que me he tomado la libertad de homenajear.

Destacaré asimismo al abogado y crítico de vinos estadounidense Robert M. Parker debido a su relevancia en la trama y la enología moderna.

Criado en Baltimore y gran aficionado al vino, creó la guía *The Wine Advocate* para asesorar al consumidor. Saltó a la fama al predecir la excelencia de la añada 1982 en Burdeos, contradiciendo la opinión general de los expertos. Poco después, dejó la abogacía para dedicarse en exclusiva a la crítica de vinos.

Para ello, definió un método de valoración, basado en una escala de cincuenta a cien puntos, que pronto fue equivalente a las

estrellas Michelin en la gastronomía. Si un vino obtenía cien «puntos Parker» aumentaba pronto su categoría y precio.

El impacto inicial fue positivo e impulsó la calidad en muchas bodegas. Sin embargo, algunas adaptaron sus vinos al paladar de Parker para subir la puntuación y se fue reduciendo la diversidad. Esta «parkerización» ha hecho que el crítico ya no tenga el predicamento de 2006, año en el que se sitúa nuestra historia.

Tienes entre tus manos una novela muy sensorial. Para que puedas disfrutarla plenamente, te recomiendo acompañarla con una copa de buen vino en la mano y escuchando su «banda sonora»…



1

Washington, 2 de junio de 2006

Faltaba poco para las siete de la tarde. Oscuros nubarrones se iban acercando desde el oeste como un inquietante presagio para la velada que estaba a punto de comenzar…

La mansión del embajador de Francia se había engalanado para acoger la cena organizada por la prestigiosa guía *The Wine Advocate* en homenaje al viticultor bordelés Arnaud Leclerc, propietario de la bodega Château Marchant. Robert Parker había valorado su *grand cru classé* con cien puntos por tercer año consecutivo, hecho inédito desde que el crítico enológico iniciara su carrera.

Cadillacs y Bentleys franqueaban el portalón de entrada a la propiedad y atravesaban en fila india su frondoso jardín hasta detenerse frente al acceso principal. Tras descender de las lujosas limusinas, sus ocupantes iban entregando las llaves a los aparcacoches en una cadencia que parecía coreografiada.

Estados Unidos era ya entonces una potencia vitivinícola, y solo Francia, España e Italia superaban su producción. Sin embargo, el estadounidense medio solía beber refrescos azucarados o cerveza y el consumo de vino era minoritario, incluso algo elitista. Aparte de no tener la cultura asociada al mismo de los países mediterráneos, influía también el alto precio de una botella con cierta calidad.

Leclerc era un espíritu libre y no dejaba indiferente a nadie. Aunque su fuerte personalidad le había granjeado alguna que otra enemistad, era un referente indiscutible y exitoso en el mundo del vino. Había cultivado una imagen de contenida extravagancia, tanto en su comportamiento como en la forma de vestir, y le encantaba ser el centro de atención. Como siempre, se estaba haciendo esperar…

El embajador lo conocía bien y compartía con él una gran afición por la cultura y el vino. Sus encuentros en el Château Marchant, en la región de Saint-Émilion, solían acabar avanzada la noche y con más botellas de la cuenta vacías sobre la mesa. Con su elegante cabellera gris, el diplomático francés recibía a los invitados y los guiaba al gran salón de su residencia, atento a la llegada del homenajeado.

En el centro de la sala, Robert Parker también saludaba a los recién llegados, uno por uno, a medida que se encaminaban a las mesas preasignadas. Su felina mirada revelaba la enorme sagacidad que años atrás lo había decidido a dejar las leyes para dedicarse exclusivamente a valorar vinos.

Lo acompañaba en los saludos el chef del triestrellado restaurante Daniel de Nueva York, que aquella noche se encargaría de la cocina y de maridar el banquete con doce extraordinarios vinos, puntuados todos por encima de noventa y cinco por el ilustre crítico estadounidense.

Pasaban ya diez minutos de las siete y Leclerc seguía sin aparecer. Para no perderse su llegada, los invitados repasaban el salón con sus miradas. Genial y polémico a partes iguales, a nadie le extrañaba aún la tardanza de aquel prodigio de las artes enológicas.

Sonó una campana y un camarero se dirigió presto a la puerta principal para recibirlo. La mirada de Parker se dirigió de inmediato hacia allí y alguno de los presentes incluso se levantó dispuesto a aplaudir al bodeguero, pero quien apareció en la sala era el excéntrico marqués Guido Lungobaldi, otra *primadonna* de la escena vinícola internacional. De la mano de su mujer, y vestido con un traje primaveral de Armani, se acercó a la mesa presidencial para saludar

efusivamente al estadounidense y al embajador antes de tomar asiento en la suya.

El reflejo de luz oscilante de la araña colgada del techo iluminaba como un caleidoscopio la silla desocupada, como si quisiera llamar la atención sobre la ausencia del ilustre invitado. Robert Parker ojeaba con disimulo su reloj mientras la gente empezaba a impacientarse y a murmurar entre sí. Viendo que la tardanza excedía de largo el margen aceptable, sacó su teléfono móvil del bolsillo e hizo una discreta llamada. Luego se levantó y golpeó su copa con el tenedor para acallar al público y comenzar ceremoniosamente su discurso.

—Buenas noches a todas y a todos. Muchas gracias por haberos acercado hoy hasta Washington, algunos desde muy lejos. Me temo que George W. Bush nos tenía envidia y se ha llevado a nuestro querido Arnaud al despacho oval —bromeó, hecho que levantó alguna que otra carcajada. Pese a su gran fama, el crítico enológico seguía siendo una persona humilde, con los pies en la tierra y de trato fácil—. Es un honor para mí estar rodeado de tantos amantes del vino. Espero que disfrutéis de esta cena y estoy seguro de que os resultará inolvidable.

Finalmente, levantó su copa para invitar a un brindis con champán Vintage Dom Pérignon 1995, gesto que fue seguido por el resto de los asistentes.

Poco después de la llamada de Parker al hotel Four Seasons, situado a pocas calles de la Casa Blanca, el conserje marcó el número de teléfono de la suite donde se hospedaba Arnaud Leclerc, en la última planta del edificio. Todos los intentos fueron infructuosos, aunque no le constaba que aquella tarde el bodeguero hubiese salido.

Subió a la habitación, golpeó varias veces con los nudillos en la puerta y tampoco recibió respuesta. Aunque tenía una tarjeta maestra, el protocolo del hotel no le permitía acceder a una habitación sin el consentimiento del huésped, por lo que volvió a bajar para pedir autorización a su superior.

—En casos así tiene que acompañarnos un agente de seguridad. Y no puede ser interno —le respondió Will Coleman, el gerente,

echándole una mirada al responsable de vigilancia del hotel. El conserje captó el mensaje y marcó el número de la jefatura de policía.

Pasados pocos minutos, un agente uniformado llegó al hotel mascando chicle con desgana. Aquella llamada le había hecho abandonar el partido de béisbol de los Nationals, que estaba viendo en la comisaría. Tras ponerse al corriente de los hechos, siguió al conserje y al director hasta la habitación y llamó varias veces a la puerta. Al no obtener respuesta, hizo un gesto con la cabeza e indicó que podían abrirla.

Algo vacilante, el conserje extrajo la tarjeta maestra de su bolsillo y la pasó por el sensor hasta que un ligero clic y un led de luz verde parpadeante señalaron que ya se podía acceder. Todo parecía tranquilo en la espaciosa y elegante suite. La antesala estaba limpia y ordenada. Sobre la mesa de centro había un pequeño bol con frutos secos, una botella abierta de Pine Ridge y una copa medio llena de líquido purpúreo a su lado.

El oficial se agachó curioso para leer la etiqueta: ANDRUS ESTATE CABERNET SAUVIGNON, añada de 1998. Por la mueca de su cara era evidente que no tenía ni la más remota idea sobre vinos. Tras erguirse, avanzó unos pasos y exclamó:

—*Monsieur* Leclerc, ¿está usted bien?

De nuevo, el silencio por respuesta.

Al entrar en el dormitorio, Coleman tuvo que agarrarse al marco de la puerta para no perder el equilibrio. Consiguieron localizar al huésped francés, sí, pero no tal y como hubiesen deseado.

2

Mientras tanto, en la mansión del embajador, y al ver que los minutos pasaban sin que el homenajeado hiciera acto de presencia, Parker dio una discreta señal a su vecino de mesa, el sumiller español Víctor Morell. Debía este honor al hecho de ser el responsable de las insuperables valoraciones de Château Marchant. A sus cincuenta y tantos, el poblado cabello cano y su porte le daban un cierto aire al legendario actor Cary Grant.

Morell se levantó, pidió silencio a la audiencia y comenzó algo nervioso el discurso que había preparado en honor a Leclerc:

—Queridas amigas y amigos —hizo una breve pausa y carraspeó, corrigiéndose la voz—, es un placer poder dirigirme a ustedes en este maravilloso escenario. Para los que aún no me conocen, trabajé muchos años como sumiller en un prestigioso restaurante de Barcelona y soy el corresponsal de *The Wine Advocate* para la región de Burdeos. Tengo el difícil reto de suceder en este cargo a mi compatriota Fernando Castillo y cubrir el profundo vacío que dejó hace tres años con su repentina muerte.

Los comensales prorrumpieron en una gran ovación, recordando al excelente crítico riojano.

—No tengo ninguna duda de que nos estará escuchando emocionado desde algún lugar y ofrezco este brindis en su honor. —Seguidamente, alzó la copa, tomó un sorbo de champán y los demás lo imitaron—. Creo que Fernando solo cometió un error en tantos y

tantos años de carrera profesional: no haber concedido nunca los cien puntos al vino del que les hablaré en cuanto aparezca su artífice.

De nuevo algunos aplausos interrumpieron el discurso de Víctor, aunque ahora más comedidos y con algún que otro gesto de preocupación por el notorio retraso del homenajeado.

—¿Por qué llevo tres años seguidos valorándolo tan alto? La misma pregunta se hizo Bob en su día, cuando repetí la puntuación máxima para la añada del 2000. —Parker hizo un gesto de aprobación con el puño cerrado y el pulgar en alto—. En primer lugar, es un representante mayúsculo de Saint-Émilion, porque reúne todas las virtudes de los *grand cru classés* de esta denominación de origen bordelesa. Se trata de un vino intenso, muy estructurado y equilibrado, con una gran influencia del *terroir* y la fermentación y crianza perfectas.

En ese momento, el teléfono móvil de Robert Parker comenzó a vibrar en su bolsillo. Pidió disculpas y se ausentó de la sala para poder hablar. Morell lo siguió con la vista, algo extrañado.

Tras unos instantes de vacilación, prosiguió su discurso.

—¿Qué es lo que hace tan especial este caldo de inéditos aromas y larguísima permanencia en boca? Los viñedos de Château Marchant ocupan diez hectáreas vecinas a Château Cheval Blanc, en la región de Saint-Émilion, y lindan con *châteaux* tan sublimes como Pétrus y L'Evangile, ambos en la región de Pomerol. Sin embargo, veo altamente improbable, nunca uso la palabra «imposible», que su excelencia provenga únicamente de esta privilegiada ubicación o de un *coupage* acertado de merlot, cabernet franc y petit verdot. Hay algo más.

Un murmullo general denotó la gran expectación que empezaban a causar las palabras del sumiller.

—Las notas aromáticas, muy sutiles y sumamente agradables, potencian su intensidad organoléptica. Recuerdan al jerez amontillado, a nueces y a hierbas típicas de ciertos licores, como el anís y el mentol. Aparecen también sabores minerales y especiados muy diferenciados. Es para mí un gran misterio…

Robert Parker lo dejó con la frase en la boca y el secreto sin desvelar al irrumpir de nuevo en la sala con el rostro desencajado y los ojos humedecidos. Se produjo un silencio sepulcral. Tardó unos segundos eternos en poder hablar. Al fin, con voz entrecortada, consiguió articular unas palabras.

—Acaban de darme una terrible noticia sobre Arnaud —hizo una pausa para respirar, antes de proseguir—. Me veo incapaz de compartirla…

El revuelo que se creó en aquel momento fue considerable. Los murmullos fueron intensificándose y las expresiones de interrogación se hicieron visibles entre el público.

Poco después se supo que a Arnaud Leclerc lo habían encontrado colgado de una soga en su habitación.

3

En el hotel Four Seasons ya se habían iniciado las diligencias. Una brigada de la policía criminal de Washington repasaba la habitación en busca de potenciales indicios de asesinato mientras un juez levantaba el cadáver en presencia del forense. La manija de la puerta, los respaldos de las butacas y la misma soga mostraban marcas del polvo gris usado para registrar huellas dactilares.

Leclerc llevaba puesta una camisa de seda de color fucsia con pantalones de pitillo blancos. Su delgado cuerpo, rígido y frío, colgaba de una gruesa soga, atada a la lámpara del dormitorio. Bajo sus pies, la silla del escritorio yacía volcada al lado de una pantufla de terciopelo granate con las iniciales A. L. bordadas en hilo dorado.

La lividez del cadáver y el grado de *rigor mortis* indicaban que, como mínimo, llevaba seis horas muerto. No había señal alguna de violencia y las posiciones, tanto del cuerpo como de la silla, eran compatibles con las de alguien que se hubiera colgado voluntariamente del techo.

Will Coleman, el gerente, se esforzó al máximo para que el hecho no trascendiera más allá de los huéspedes del hotel que asistieron a la cena de gala. Noticias así eran pólvora en manos de un periodista. Pidió discretamente las grabaciones de las cámaras de seguridad durante el tiempo estimado para su muerte: nadie se había acercado a la habitación y no constaba la entrada de ninguna persona sospechosa al hotel. Así se lo hizo saber a la policía.

—Este tío se ha suicidado. El mundo no ha perdido gran cosa, la verdad. Fíjese en sus zapatillas y el color de la camisa —comentó el agente de la comisaría local, señalando el cadáver con un gesto afeminado.

—Tenga respeto por el difunto —saltó Coleman, enfrentándose con valor al policía—. Leclerc era un cliente muy apreciado. Generoso y excepcionalmente educado. Y sepa que un comentario homófobo como el que acaba de hacer podría causarle problemas. Recuerde que ya no estamos en el siglo XX.

El agente siguió mascando su chicle con indiferencia mientras los de la brigada criminal seguían recopilando todas las pruebas posibles.

—Además, no tengo tan claro que sea un suicidio —continuó el gerente—, ¿de dónde ha sacado la soga? ¿Y por qué no ha dejado ningún mensaje sobre la mesa?

—Ve usted demasiadas películas, amigo. Estos tipos suelen estar profundamente deprimidos y solo buscan largarse cuanto antes al otro barrio. Sin cartas, lagrimitas o chorradas por el estilo. Y sepa que una soga enrollada ocupa bien poco en este maletón tan chic. —El policía hizo voz de falsete y una mueca afectada al resaltar las últimas palabras mientras señalaba el equipaje del difunto, un baúl marrón de gran tamaño con el logotipo de Louis Vuitton.

—Como responsable de este hotel, le pido de nuevo que cuide las formas.

—De acuerdo, usted gana. Pero tenga claro que a este no lo ha pelado nadie. Y si no, espere a las conclusiones de mis compañeros.

Sintiéndose aludido, uno de los miembros de la criminal sacó del neceser de Leclerc un blíster con comprimidos de Prozac y se lo mostró a Coleman, que suspiró aliviado.

—Mejor así, un asesinato hubiese supuesto un golpe muy duro para la reputación de nuestra cadena.

En la residencia del embajador, y pese a la conmoción que supuso aquella noticia para los asistentes, el banquete se sirvió según lo previsto.

Además de a Robert Parker y al embajador, buenos amigos del fallecido, también se veía muy afectado a Guido Lungobaldi. El

marqués toscano casi no probó bocado y estuvo taciturno durante toda la velada, cosa harto inusual en él.

Un fuerte aguacero estaba cayendo en aquel momento sobre Washington. La gala estaba a punto de finalizar, con los invitados tomando ya cafés y alguna que otra copa, cuando dos policías irrumpieron en la sala, empapados y acompañados del retumbar de un fuerte trueno.

Tras el sobresalto inicial, los agentes tranquilizaron a los asistentes, les pidieron los documentos de identidad y tomaron sus huellas dactilares. Aparte de la relación personal que pudieran tener con el difunto, muchos se hospedaban en el mismo hotel. En caso de que finalmente aparecieran indicios de homicidio, figurarían en la lista de sospechosos.

Ya lo había anunciado Robert Parker al inicio del evento: aquella velada iba a resultar inolvidable para todos los presentes.

4

Logroño, 8 de junio de 2006

La redacción de *La Rioja*, el rotativo más leído en aquella comunidad autónoma, iba quedando desierta aquel jueves tras un día más que ajetreado. En el largo fin de semana que estaba a punto de comenzar coincidirían el Día de La Rioja, el 9 de junio, con la celebración de San Bernabé en Logroño, el 11 de junio. El suplemento especial se había conseguido terminar y llevar a imprenta en el último minuto tras varios días de auténtica locura.

Cristina Castillo, la directora del periódico, cerró el ordenador y se recostó en la silla con las piernas cruzadas y la mirada perdida en los neones del techo. Estaba agotada tras aquel maratón informativo y puso la mente en blanco.

De pelo castaño rojizo y ojos almendrados verde esmeralda, infinitas pecas cubrían sus mejillas y daban a su rostro un aspecto tan atractivo como travieso. Con su metro sesenta y pico de altura y a punto de cumplir los cuarenta, tenía que esforzarse por no añadir algún que otro kilo y seguir luciendo una figura esbelta. Le encantaba comer bien, pero se controlaba y seguía una dieta mediterránea. Además, hacía ejercicio con regularidad.

El mayor halago que podían hacerle de pequeña era compararla con Pippi Langstrumpf, uno de sus personajes de ficción predilectos.

Se le parecía tanto físicamente, como en su carácter y rebeldía: Cristina era una mujer independiente y liberal.

Su ascenso a la dirección suscitó bastantes reticencias en un entorno más bien tradicional, pero en pocos años consiguió consolidarse en el puesto y ganarse el respeto de su equipo de redacción. Sus valientes editoriales eran leídos, elogiados o criticados por toda la provincia y había dotado al periódico de un diseño innovador y contenidos de gran actualidad.

—¡Misión cumplida, Cris! ¡Esta vez creía que no lo íbamos a conseguir! — exclamó José Ramón Camero, irrumpiendo en el despacho ya con la americana puesta.

El redactor jefe, al que todos llamaban J. R., se apoyó en una estantería mientras ella se incorporaba después de su breve descanso.

—Eso parece, vaya semanita.

—Solo nos faltaron aquellos pirados convencidos de que el 6 de junio de 2006 era el día del apocalipsis.

—Ni que lo digas… 666, el número de la Bestia —soltó ella, sonriendo.

—¡Cómo está la peña! Bueno, ¿te vienes a tomar algo?

La mirada que le echó Cristina era de las que atravesaban.

—Y tras algunos vinitos me invitarás a tu casa, ¿verdad? —le respondió con sorna.

—Tengo una paletilla ibérica impresionante esperando a que le hagan los honores. Además, mañana no hay que madrugar —siguió él, guiñándole un ojo con picardía.

—Hoy va a ser que no, pero te costará poco encontrar a otra para acompañarte con tu «pata negra». Y seguro que más joven y menos respondona que yo.

J. R. se pasó la mano por el flequillo, en un gesto inconsciente de vanidad, antes de despedirse con un piropo.

—Ese carácter es precisamente lo que te hace irresistible… Hoy acepto tus excusas, pero la próxima vez no te escaparás. ¡Buen fin de semana!

Le dio un beso en la mejilla y abandonó con paso ligero la redacción.

Recién cumplidas las treinta y ocho primaveras, Camero llevaba ya quince años en *La Rioja*. Era uno de sus mejores periodistas y gozaba de total confianza por parte de su jefa. Ni alto ni bajo, pero atlético y con unos ojos azules que nada tenían que envidiar a Paul Newman, hacía estragos allá donde iba.

Tampoco Cristina había escapado de los galanteos de ese donjuán riojano y tenía algún que otro escarceo esporádico con él. ¿O quizá fuera a la inversa? Ella cuidaba mucho su aspecto, moderno y elegante, y disfrutaba, tanto o más que J. R., con el juego de la seducción. Había tenido multitud de relaciones, pero nunca se había planteado una pareja formal o matrimonio y, aún menos, tener hijos. Era feliz llevando una vida sin ningún tipo de dependencias.

Su madre había muerto hacía veinte años, cuando ella comenzaba a estudiar Periodismo. Un cáncer de mama, descubierto demasiado tarde, se la llevó en un momento en que la relación con su hija empezaba a normalizarse tras años de rebelde adolescencia.

Las pruebas genéticas que se hizo posteriormente indicaban una fuerte probabilidad de que ella lo heredara. Tomar consciencia desde tan joven de su mortalidad, y el hecho de que un embarazo podría acelerar el desarrollo de un tumor, fueron probablemente las causas de no querer descendencia.

También supuso la razón de llevar una vida desinhibida y sin excesivas ataduras. Su *leitmotiv* vital no era exactamente el de *carpe diem*, pero se le asemejaba bastante.

Cristina se quedó aún un rato en la oficina, pensando divertida en J. R. y la elegancia con la que acababa de esquivar sus insinuaciones. Recogió la mesa, introdujo su portátil en un práctico maletín Piquadro de piel negra y se lo colgó en bandolera antes de abandonar su despacho. Tras comprobar que todas las luces estaban apagadas, salió de la oficina y cerró la puerta con dos vueltas de llave. Solo había bajado diez peldaños cuando sintió la necesidad de retroceder y volver a entrar para confirmar que todo quedaba en orden. Este comportamiento era habitual en ella, quizá para compensar una innata tendencia a los despistes caseros.

La redacción de *La Rioja* estaba en la calle General Vara de Rey, cerca de la estación de tren y a pocos minutos a pie del Espolón y de la zona de bares del centro de Logroño. Se dirigió al aparcamiento, arrancó su Audi A3 gris metalizado y enfiló la nacional LO-20 en dirección oeste.

Le encantaba conducir. Para ella no había mayor sensación de libertad que ponerse al volante y recorrer kilómetros sin saber cuándo acabaría el viaje. A veces pensaba que desde allí podría llegar hasta Malasia o la península de Kamchatka sin tener que abandonar nunca tierra firme.

Sacó de la guantera un CD de Depeche Mode y lo cargó en su equipo de Audio. La música era una de sus grandes pasiones. De gustos muy eclécticos, solía escuchar música de los ochenta, jazz, bossa nova…, pero, por encima de todo, estaba loca por la ópera, afición que había heredado de su padre.

Escuchando «Just can't get enough», el trayecto hasta su casa pasó volando aquella tarde. Aún no había oscurecido cuando llegó. Cercano ya el solsticio de verano, los días eran tan largos como la sombra de los cipreses que flanqueaban el camino de entrada.

Cristina vivía en un moderno y luminoso chalet de dos plantas, diseñado por un arquitecto amigo de su padre. Hija única del enólogo Fernando Castillo, uno de los herederos de Bodegas Castillo, vivió con él allí hasta la prematura muerte de este, tres años atrás, debido a una intoxicación alimentaria. Su casa estaba situada al nordeste de Haro, dentro de un pintoresco meandro del río Ebro que separaba La Rioja de la provincia de Álava.

Bajó del coche, recogió lo que había en el buzón y entró en su casa. Tras dejar el maletín sobre la mesa del comedor, se acercó al sofá y acarició a su gata, que, ronroneando, se desperezaba lentamente. De color anaranjado y atigrada, tenía solo un mes cuando se la regaló una amiga apasionada por Japón. Por ella la llamó Neko, gato en el idioma nipón.

Se sirvió una copa de vino de la bodega familiar. Acababa de salir al mercado el tinto Crianza de 2004, que prometía ser una añada excelente, superando de largo a las anteriores. Copa en mano y con

su gatita en el regazo se tumbó en el sofá del amplio salón para revisar la correspondencia.

Lo habitual: facturas de luz y teléfono, una notificación del Ayuntamiento para el pago del IBI, publicidad de Telepizza…

El último sobre era diferente porque en el sello aparecía el rostro de Marianne, inconfundible icono de la Revolución francesa. Le dio la vuelta con curiosidad. El remitente indicaba una dirección de Burdeos. Intrigada, lo rasgó y extrajo de su interior una carta con el membrete de una notaría.

Notaire Bertrand & Lacroix
Place Quinconces, 12
33000 Bordeaux
Tlf.: +33 556 813 064
Fax: +33 556 813 000
A la atención de: Cristina Castillo Sáinz

Burdeos, 6 de junio de 2006

Apreciada señora Castillo:

Por la presente, queda usted convocada a la reunión que tendrá lugar, D.m., en nuestra notaría el próximo jueves, 15 de junio, a las diez en punto de la mañana.

Le rogamos que nos confirme la cita por escrito y a la mayor brevedad posible, utilizando el número de fax que encontrará en el membrete de la carta.

Sin otro particular, la saluda cordialmente,

LAURENT BERTRAND,
notario

Con la carta aún en la mano apuró, pensativa, el vino de su copa. Su padre pasaba la mayor parte del año en Burdeos por motivos profesionales. No le cabía la menor duda de que aquella citación guardaba relación con él.

Neko tocó su antebrazo con sus patitas acolchadas y la miró fijamente con sus ojos dorados, como si quisiera compartir con ella

ese momento.

Su sexto sentido le decía que aquel escrito podía cambiarle la vida.

5

Pese al cansancio acumulado a lo largo de la semana, Cristina durmió inquieta aquella noche y se despertó un par de veces, sobresaltada, en medio de pesadillas.

Tumbada sobre la cama, recordó la enfermedad de su madre: tras la quimioterapia y posterior extirpación de un pecho, el cáncer hizo metástasis en los huesos. Sufrió horribles dolores que solo la morfina pudo contener.

En el momento liberador de su muerte, padre e hija estaban juntos en la habitación del hospital y se fundieron en un largo abrazo. Aquellos eran los instantes que acababa de revivir en sueños y que aún podía sentir en su cuerpo con emoción.

Desde que su madre recibiera el fatal pronóstico, Fernando Castillo se volcó fuertemente en Cristina. Los casi treinta años que los separaban no supusieron nunca una barrera y tuvo un papel decisivo en su adolescencia, guiándola durante aquellos difíciles años en los que solía discutir día sí y día también con el resto de la familia. Era un hombre sensible y de mentalidad abierta, que conectaba muy bien con el universo liberal y femenino de su hija. Se convirtió en su mejor consejero y no había día en que ella no lo echase de menos.

Aprovechó que el Día de La Rioja era festivo para vaguear un rato en la cama con esas ensoñaciones antes de su sesión matutina de gimnasia y meditación. Como solía decir, ese tiempo era el regalo

que se hacía cada día a sí misma. Y le importaba bien poco que para ello tuviera que madrugar los días laborables.

Pero también meditar le costó aquel día más de lo habitual. Su cabeza daba vueltas y más vueltas a la cita en Burdeos y al sueño con sus padres. Deseaba poder reunirse ya mismo con el notario para salir de dudas.

Finalmente, se levantó, alisó la holgada camisola que usaba como pijama y bajó las escaleras para desayunar. Un rayo de sol iluminaba el rincón donde se encontraba la cafetera, como una sincrónica invitación al primer café del día. La cocina estaba abierta al salón y, al igual que el resto de la casa, tenía amplios ventanales que daban al exterior. Colocó un CD en su equipo de música, una torre de alta fidelidad de finales de los años noventa, y se sentó en uno de los taburetes de la barra americana mientras el saxo de Stan Getz llenaba el ambiente de relajantes acordes de jazz y bossa nova.

Con el tazón de café apretado entre las manos contemplaba nostálgica los chopos que a lo lejos hacían de barrera entre el río Ebro y las viñas. Aquel jueves se había levantado más tarde que otros días de la semana y el sol estaba bastante alto. Sin embargo, sus rayos aún proyectaban aquellas sombras que tanta belleza y relieve confieren a los paisajes naturales.

La Rioja era su lugar en el mundo. Ella había nacido y crecido en Haro, en la casa señorial que su familia tenía, desde hacía varias generaciones, en la calle Siervas de Jesús. Emprendedor y visionario, su bisabuelo paterno, Román, dejó de vender uva a otros terratenientes a principios del siglo pasado y decidió construir una hermosa y funcional bodega, al lado de la estación, para elaborar sus propios vinos. Así nació Bodegas Castillo, una de las empresas vitivinícolas más emblemáticas de la Rioja Alta.

Su padre, Fernando, sentía auténtica pasión por la enología. Sin embargo, nunca le atrajo la tierra ni la dura vida del agricultor. Al morir el abuelo, cedió la casa familiar y la gestión de la bodega a su hermano menor, Gonzalo, al que siempre llamó cariñosamente «tato», y él se quedó los terrenos en los que edificó su nuevo hogar. Gonzalo Castillo era ingeniero agrónomo, y Fernando estaba

convencido de que reunía tanto la ambición como los conocimientos para desarrollar el negocio mejor que él.

Además de colaborar como enólogo en la bodega familiar, Fernando fue durante años el sumiller de Echaurren, un prestigioso restaurante en Ezcaray. Sin duda, fue uno de los artífices de que un año atrás le concedieran la primera estrella Michelin en la historia de La Rioja. Allí fue donde conoció a Robert Parker, quien tomó buena nota de su increíble talento y pronto lo contrataría para ser su corresponsal en Burdeos.

Desde la fundación de *The Wine Advocate*, el gran crítico estadounidense había valorado personalmente todos los vinos de la guía, pero llegó un momento en que el trabajo lo desbordó y se vio obligado a delegar algunas regiones a expertos de su confianza.

Después de enjuagar la taza y darse una buena ducha, Cristina se vistió para ir a ver a sus tíos. Vivían relativamente cerca y le apetecía aprovechar aquella radiante mañana primaveral para dar un paseo a través de las viñas. Las hermosas superficies rojizas de las amapolas en los trigales y las flores de la retama, de un contundente amarillo limón, contrastaban y daban un inusual vigor a las verdes hojas de la vid. A principios de junio habían ya alcanzado su máximo tamaño y comenzaba la floración de los diminutos racimos, que en pocas semanas desarrollarían dulces y sabrosos frutos. A diferencia de su padre, a ella sí que le fascinaba todo el proceso relacionado con el cultivo de la uva, desde la plantación de las cepas hasta la vendimia, pasando por los injertos, la brotación y la poda.

Tras cruzar el barrio de la estación y el puente del río Tirón, subió la calle Navarra, saludó a algunos conocidos en las terrazas de la plaza de la Paz y llegó a su destino. La casa de los Castillo tenía tres plantas, balcones con ménsulas pintadas de blanco y una antepuerta ajardinada al estilo inglés. Gonzalo Castillo había acabado ya de desayunar y estaba leyendo *La Rioja* en el jardín mientras su mujer recogía la mesa. Cristina se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—Buenos días, tato. No te dará un infarto por ayudar un poco a Carmen —le reprochó con cierta ironía mientras abrazaba a su tía, que sonreía divertida.

—Si vienes en plan hostil, ya puedes volver por donde has venido, querida —respondió él, pasando página al periódico y sin inmutarse por el comentario.

La relación entre ambos siempre había sido peculiar y chocaban frontalmente a las primeras de cambio. Contribuía a ello que ninguno de los dos tuviera precisamente un carácter dócil. Gonzalo era extremadamente conservador y estaba educado a la antigua usanza; no había cambiado un pañal en su vida y no sabía freír ni un huevo. Sin embargo, trataba bien a su mujer y a su hijo Álvaro.

A Carmen no parecía molestarle aquella actitud machista, ya que a ella también la educaron siguiendo el mismo patrón.

Cristina se sentó a su lado y le mostró la citación de la notaría.

—Ayer recibí esta carta, ¿tienes idea de qué puede tratarse?

Gonzalo se puso las gafas para ver de cerca y leyó el escrito con interés. Pese a ser un hombre frío y distante, su rostro dejó entrever cierta inquietud. Acabada la lectura, dobló con parsimonia el folio y lo volvió a introducir en el sobre antes de responder.

—¡Hum…!

—¿Hum? —repitió ella, expectante mientras él dejaba las gafas de nuevo dentro de su funda.

—Esto tendrá que ver con Fernando.

Cristina aplaudió teatralmente.

—¡Bravo! No hay que ser un lince para sacar esta conclusión. Lo que te estoy preguntando es para qué diantres me convocará un notario. Estoy segura de que lo sabes o, como mínimo, lo intuyes.

—Aunque aparentemente sociable, tu padre era una persona muy reservada. No te creas que compartía gran cosa de su intimidad. Como ya sabes, pasaba largas temporadas en Burdeos catando y valorando vinos. Quizá se hubiera comprado un apartamento para no tener que dormir siempre en un hotel.

La respuesta no acabó de convencer a Cristina, que lo observaba de modo escéptico. Tenía la sensación de que sabía más de lo que le estaba contando.

—En octubre hará tres años de su muerte. ¿No crees que me habrían citado un poco antes si se tratase de un asunto inmobiliario?

—No tengo ni idea, yo no soy jurista. Y deja de mirarme así, caray, que parece un interrogatorio de la Stasi. Solo hace falta que me enfoques con una lámpara —saltó Gonzalo, algo molesto y elevando la voz—. Te repito que sabía muy poco de los asuntos de Fernando. Entiendo que te estará mordiendo tu curiosidad de periodista, pero no te queda otro remedio que esperar unos días para satisfacerla.

Hizo una pausa y analizó la reacción de su sobrina antes de proseguir.

—La paciencia es la madre de la ciencia. Y está bien claro que no habéis nacido el mismo día.

—Mira quién habla, ¡Job en persona! —Cristina se levantó algo airada y señalizando que daba por terminada la conversación—. En fin, vamos a dejarlo correr, tato. Creía que podrías ayudarme.

Gonzalo se la quedó mirando y cambió rápidamente de tercio, intentando ahora complacer a su sobrina.

—¿Quieres que te acompañe a Burdeos?

—Aunque te cueste creerlo, algunas mujeres nos apañamos bien solas —respondió reivindicativa y esgrimiendo una sonrisa forzada—. De todos modos, gracias por la propuesta.

Se disponía a enfilar el camino de vuelta tras despedirse cuando oyó la voz de su primo Álvaro, que la llamaba desde su coche, un deportivo Volkswagen Golf GTI que acababa de comprar de segunda mano.

—¡Hola, Cris! Salgo ahora para Logroño, ¿te acerco a tu casa y así estrenas mi caprichito?

Asintió, subió al coche y le dio un beso en ambas mejillas.

—Me encanta, Álvaro, en su día estuve dudando entre un Golf y el Audi A3.

—Veo que has vuelto a engancharte con papá, ¿verdad?

—Me saca de quicio, no puedo evitarlo. Hablar con él es como jugar al frontón.

—No lo hace de mala fe, pero tienes razón. Es impenetrable. Yo hace años que no comparto con él temas personales y evito llevarle la contraria. Tampoco mamá es muy diferente.

Ella lo observó con empatía, aunque agradecía internamente haber tenido más suerte con sus padres.

—Nuestra relación es superficial y las emociones un tema tabú— prosiguió Álvaro—. Para ellos mientras respete sus costumbres, vaya a misa cuando toca y apruebe mis exámenes, todo está en orden. Nunca me preguntan cómo me siento o si hay algo que me preocupa. Es duro admitirlo, pero, en el fondo, mis padres apenas me conocen.

Cristina entró en su casa con cierta pesadumbre. La relación familiar que había descrito su primo, impregnada de silencios e hipocresía, no era infrecuente en su entorno. Lo que aparentemente era una balsa de aceite, escondía grandes turbulencias y secretos ocultos bajo la superficie.

Estaba triste por aquella conversación, pero sobre todo contrariada por las respuestas evasivas de su tío. Intuía que no le había contado todo lo que sabía…

6

La semana previa a su cita en Burdeos había resultado eterna para Cristina, ansiosa por averiguar lo que le diría el notario. Por suerte, pudo disfrutar del largo puente celebrando las fiestas de San Bernabé, en las que se conmemora la victoria de Logroño sobre las tropas francesas en 1521. Después de la fiesta de la vendimia, por San Mateo, era la celebración más importante en la capital riojana.

Almorzó con su cuadrilla en la Cofradía del Pez y atravesó el arco de Portales a la pata coja, formulando un deseo secreto. Recordaba con nostalgia como solía hacerlo de pequeña con su padre, al que le encantaba participar en todos los actos de las fiestas mayores.

La noche del sábado fue intensa y regada con abundante vino en los infinitos bares de la calle Laurel. La vía más popular de Logroño debía su nombre a las prostitutas que años atrás ofrecían allí sus encantos a los riojanos. Un ramo de laurel colgado boca abajo del balcón indicaba que estaban libres. También era conocida como «senda del elefante», pues salías de allí a cuatro patas y con una buena trompa. Aquel día, la periodista estuvo muy cerca de hacer honor a este apelativo.

No habría sido la primera vez.

Por fin llegó el gran día. Cristina salió de casa con la maleta hecha y pasó toda la mañana en la redacción para cerrar temas pendientes y completar el editorial del día siguiente. Augusto Pinochet acababa de morir en Chile y, siempre crítica con la restricción de libertades, hizo

un devastador análisis sobre la influencia histórica de las dictaduras militares en Sudamérica. No escatimó alguna comparación con el franquismo en España, aun a sabiendas de que podría causarle algún que otro problema entre sus lectores.

Poco antes de las dos, cerró su despacho y se fue a comer un menú del día con J. R., quien asumiría la dirección del periódico durante su ausencia. Gozaba de su plena confianza y le permitía ausentarse sin ningún problema durante las vacaciones o en momentos como aquel.

El viaje en coche duró algo más de cuatro horas, siguiendo la ruta de San Sebastián, Irún, y Bayona. El TomTom One que le regalaron por Navidad fue de inestimable ayuda para no perderse. Aunque le costara admitirlo, su sentido de la orientación era más o menos inexistente. Incluso en eso se parecía a su padre, con la diferencia de que él difícilmente acudía a algún transeúnte para pedir ayuda. El nuevo invento del GPS le habría ido de perlas.

Todavía era de día cuando llegó a Burdeos. Aunque Fernando Castillo hubiese pasado allí tantos años de su vida, su hija solo lo había visitado en contadas ocasiones. Conocía poco la ciudad, por lo que aprovechó el atardecer para pasear por el Puerto de la Luna, bordeando el río Garona, y disfrutar del hermoso centro histórico. Se rumoreaba que pronto la UNESCO lo catalogaría como Patrimonio de la Humanidad.

Pasó la noche en el Hotel de Séze, en la calle de mismo nombre, a escasa distancia del lugar de su cita. Tenía cuatro estrellas y no resultó barato, pero le permitió pasear y cenar en un coqueto *bistrôt* del barrio de Saint Pierre.

Al día siguiente desayunó un excelente cruasán de mantequilla en la terraza de una cafetería de la Place Quinconces. Sentada en una mesita redonda, rodeada de aromas a café y bollería, pensó en la felicidad que proporcionan estos pequeños placeres de la vida. Hacía poco, Philippe Delern había escrito sobre ello en el inspirador libro *El*

primer trago de cerveza. Se imaginaba a su padre sentado allí, años atrás, disfrutando de idéntico deleite.

Pocos minutos antes de las diez abonó la cuenta y se dirigió puntualmente al lugar de la cita. Una plaquita a la entrada, grabada con esmerada caligrafía, indicaba que había llegado a su destino:

NOTAIRE BERTRAND & LACROIX

El despacho ocupaba toda la primera planta de un noble edificio de viviendas. Aunque solo tenía que subir unos pocos peldaños, utilizó el hermoso ascensor de madera con botonera de latón y una banqueta tapizada. Le encantaban las fincas antiguas, especialmente si estaban decoradas con motivos modernistas o art nouveau.

La recepcionista le pidió su documentación y la acompañó a una espaciosa sala de reuniones, de techo alto con hermosas molduras decimonónicas. Varios cuadros originales tapizaban las paredes, entre los que destacaba un esbozo con nenúfares de Monet.

—¿Un café, *mademoiselle*?

—Sí, gracias. Tráigame un *noisette*. Y un poco de agua, por favor.

Algo inquieta, aprovechó el tiempo para admirar aquellas obras de arte hasta que un hombre trajeado entró en la sala y se dirigió educadamente a ella. Al devolverle el saludo, descubrió que no era el notario, sino el actuario del bufete, que necesitaba cotejar sus documentos de identidad.

Tuvo que pasar aún un cuarto de hora hasta que la recepcionista le hizo una señal para seguirla. La tensión acumulada durante aquella espera le hizo saltar de la silla como un resorte. Recorrieron el largo pasillo que conducía al despacho del letrado, quien ya estaba al lado de la puerta, invitándola a entrar.

Elegantemente vestido con un traje oscuro de franela y corbata Hermès, hizo una leve reverencia con la cabeza al darle la mano. Era un hombre alto, calvo y delgado, que ya en su sesentena aún exhibía un porte atlético. Guardaba un cierto parecido con el expresidente francés Giscard d'Estaing.

—Laurent Bertrand, *enchanté*.

—El placer es mío, *monsieur* Bertrand.

Las cabezas de dos hombres y una mujer se giraron hacia ella, observándola con la curiosidad de un entomólogo. La ansiedad se disparó en su interior y unas gotas de sudor hicieron su aparición en la frente. No esperaba encontrarse con más personas en aquella reunión. El notario la acompañó hasta una silla en el extremo del despacho, justo al lado de una mujer estilosa y de facciones proporcionadas. No parecía mucho mayor que ella, pero seguramente el bótox y el bisturí habían restado algún que otro lustro a su aspecto físico.

—Puede sentarse aquí, señora Castillo.

Cristina hizo un discreto saludo a los presentes y se sentó en su lugar mientras Bertrand daba la vuelta a su escritorio, un antiguo mueble de caoba con insertos de marquetería, y se acomodaba en su sillón.

—Buenos días a todos.

Un tímido murmullo fue toda la respuesta.

Sacó un sobre cerrado y sellado de un cajón y lo sostuvo en sus manos, exponiéndolo ceremoniosamente.

—Como ustedes bien saben, nuestro querido ciudadano Arnaud Leclerc falleció trágicamente el pasado 2 de junio en Washington. Después de una minuciosa investigación, la policía estadounidense ha dictaminado el suicidio como causa inequívoca de su muerte.

Cristina se revolvió intranquila en su silla. Había visto a aquel hombre una sola vez, en una de sus contadas estancias en Burdeos. Su padre la había llevado a visitar algunas bodegas, entre ellas la de Leclerc, y se lo presentó. Sin embargo, apenas lo conocía. ¿Qué diablos pintaba ella allí?

—Arnaud siempre usó nuestros servicios, tanto para asuntos legales de su bodega como para temas personales. Hace pocos meses decidió redactar su testamento y depositarlo aquí. Lo vi algo inquieto, como si presagiara alguna desgracia o ya tuviese planes para quitarse la vida. Siempre fue un hombre intuitivo.

El notario hizo un gesto de aflicción y volvió a exhibir el sobre ante la expectante mirada de los presentes.

—Según sus indicaciones, en caso de defunción, el testamento deberá ser leído ante sus hermanos, Pascal Leclerc y Chantal de

Beauharnais, así como el hijo de esta última, Matthieu.

Bertrand apartó la mirada del escrito y observó por encima de sus lentes como los tres familiares asentían en señal de confirmación. Siguió leyendo.

—Asimismo, exigió la asistencia de doña Cristina Castillo Sáinz, ciudadana española a la que acabamos de recibir.

La periodista se sonrojó levemente, intimidada por las desconfiadas miradas que le eran dirigidas. Seguía sin entender por qué la habrían metido en ese fregado.

El notario rompió el sobre con un abrecartas y retomó de nuevo la palabra en medio de un tenso silencio. Podía oírse el tictac del barroco reloj de mesa estilo Luis XV que decoraba una de las estanterías.

—Confirmados todos los asistentes y sin más preámbulos, procederé a la lectura de las últimas voluntades de Arnaud Leclerc.

Burdeos, 20 de marzo de 2006

Lego a Pascal Leclerc la casa de veraneo en Èze, donde tan buenos momentos pasamos juntos en nuestra infancia. Asimismo, será de su propiedad el Jaguar XK descapotable, con el que solíamos recorrer la *grande corniche* de punta a punta.

Lego a Chantal de Beauharnais el chalet alpino de Chamonix, el golden retriever que ella misma me regaló y un fondo monetario reservado a mi sobrino Matthieu para cursar un máster MBA en la escuela de negocios INSEAD. He dado instrucciones al banco BNP para que cambien el titular en caso de que yo muera.

Heredará Château Marchant, mis cuentas y el resto de mis posesiones Cristina Castillo Sáinz, hija única de Fernando, mi querido compañero de vida hasta que nos dejó hace más de dos años. Sé que ella será mi más digna sucesora y elevará la bodega al próximo nivel. El vino se lleva en la sangre y en el alma.

7

Laurent Bertrand no pudo llegar al final del documento. La familia Leclerc estaba muy alterada y lo interrumpieron a gritos, levantándose de sus asientos.

—Este testamento es falso —vociferó Chantal de Beauharnais, dirigiendo una mirada asesina a la periodista—. Aunque teníamos conceptos muy diferentes sobre la moral y las relaciones de pareja, Arnaud nunca hubiera hecho algo así. Seguro que esta impostora lo ha manipulado.

Cristina no reaccionó. Seguía como petrificada en su silla.

—Una cabaña en la montaña y una «propinita» para mi máster, ¿eso es todo? —añadió Matthieu con sorna a las palabras de su madre—. Mis tíos no han tenido hijos y soy el sucesor por sangre del linaje Leclerc. Estoy estudiando enología para dirigir Château Marchant. Todo el mundo aquí lo sabe y nadie entenderá ni aceptará que mi madre y yo no nos hagamos cargo de la bodega. Desde hoy mismo.

El notario escuchó atónito la intervención del joven. ¿Cómo era posible demostrar tanta ambición y agresividad a sus veintipocos años?

—Sabe usted mejor que nadie que este documento es una farsa, *monsieur* Bertrand —le increpó de nuevo Chantal en tono amenazador—. Dudo mucho que esta mujer haya puesto nunca los

pies en Burdeos. ¿Cómo va a llevar el negocio? Seguro que ni siquiera habla bien francés.

Pascal observaba en silencio la acalorada reacción de sus familiares. Él no había salido tan mal parado del reparto, pero estaba igualmente estupefacto ante la posibilidad de que una advenediza, y para más inri española, pudiera heredar la fortuna de su hermano mayor. Los Leclerc se sentían muy orgullosos de sus raíces francesas.

Cristina seguía siendo incapaz de reaccionar a las invectivas que le estaban dirigiendo aquellos arrogantes personajes. Acababa de descubrir la doble vida que su padre había llevado y ocultado durante tantos años.

Le importaba bien poco que hubiese tenido una relación con otro hombre. Nadia, una de sus mejores amigas, era lesbiana y contaba con varios gais en su círculo de amistades y conocidos. No solo podía aceptar la relación homosexual de Fernando, sino que se alegraba sinceramente de que hubiese encontrado un nuevo amor tras enviudar tan joven.

Lo que le dolía en el alma es que se lo hubiera escondido. Papá, su gran confidente, la persona con la que más compartió su intimidad, le había fallado. Cristina sentía aquello como una traición y notaba que el mundo se derrumbaba bajo sus pies.

Al notario no se le escapó el brillo húmedo de sus ojos y decidió intervenir para apoyarla y frenar los injustificados ataques de los familiares.

—*Madame* de Beauharnais, entiendo su decepción, pero le ruego que se calme. El testamento que acabo de leer está firmado de puño y letra por Arnaud Leclerc. Considero una ofensa que ponga en duda su validez ante el letrado que lo visó y exijo sus disculpas.

Chantal volvió a sentarse, perpleja ante las asertivas palabras de Laurent.

—Y en cuanto a la señora Castillo, se merece el máximo respeto. Que usted no la conozca, no la autoriza a menospreciarla y, aún menos, a tildarla de impostora. Arnaud tendría sus razones para legarle la mayor parte de su patrimonio. Ni usted ni yo somos nadie

para juzgar su nivel de francés o si puede hacerse cargo de la gestión de Château Marchant.

—De acuerdo, acepte nuestras disculpas. —Esta vez fue Pascal quien intervino—. Pero por las formas, no por el fondo. Nadie en su sano juicio podrá creer que Arnaud haya ninguneado de este modo a su familia, y especialmente a mi hermana. El documento será legal, pero estoy seguro de que lo firmó afectado de una fuerte depresión o bajo algún tipo de coacción.

Ahora fue Bertrand el que se levantó de su sillón, perdiendo ligeramente la compostura.

—Tenga cuidado, *monsieur* Leclerc. Es muy grave lanzar acusaciones como esta, por muy veladas que sean. Y, por cierto, aunque odio entrar en el terreno personal, conocía muy bien a Arnaud y no recuerdo que su relación con la familia De Beauharnais fuese especialmente «cordial».

—Haré como si no hubiera oído esta insolencia, pero le aseguro que esto no quedará así —respondió Chantal, fuera de sus casillas y disponiéndose a abandonar la sala—. Consultaré con mi abogado para impugnar el testamento.

—Es libre de gastar su dinero en lo que quiera, pero no se vaya aún. Ha de certificar su asistencia en el acta de reunión. Y no tema —añadió sarcástico—: su firma no implica aceptación.

—Antes de irnos, ¿tiene alguna información sobre la expatriación del cadáver? —preguntó Pascal mientras firmaba con la coletilla *non d'accord*.

—La policía de Washington ha dado el caso por cerrado, pero el cuerpo de Arnaud sigue allí en la morgue, esperando el visto bueno de la embajada francesa. Aunque parezca mentira, estos trámites suelen demorarse.

Tras rubricar el documento, los Leclerc abandonaron airados el despacho, con un frío y seco apretón de manos al notario y sin dirigir apenas la mirada a Cristina.

También ella sostenía la pluma dispuesta a firmar cuando Bertrand se le acercó.

—Siento mucho lo que acaba de ocurrir, pero no es infrecuente cuando se trata de una herencia, y más de este calibre.

—No tiene por qué excusarse —respondió ella en un francés más que aceptable—. Esta gente tendrá mucho dinero, pero son unos maleducados. Usted ha estado en su sitio, correcto e imparcial. Le confieso que no he permanecido callada para evitar la confrontación, sino por el impacto emocional que me ha producido el testamento.

El notario la invitó a sentarse de nuevo en la silla y ella bebió un sorbo de su vaso de agua.

—Tengo carácter de sobra para haber puesto en su sitio a esa engreída —añadió la periodista—, pero no esperaba para nada recibir una herencia, y menos aún de la desconocida pareja sentimental de mi padre.

Tras una meditada pausa, Bertrand prosiguió la conversación, ahora en un tono menos formal.

—Conocí bien a Fernando. Era un hombre extraordinario. Sensible, generoso y, sobre todo, buena persona. Puede estar orgullosa de ser su hija.

Los ojos de Cristina volvieron a humedecerse, emocionada por aquellos elogios. Esa vez no pudo contener alguna lágrima.

—Mi mujer y yo compartíamos con él y Arnaud un palco en la Opéra National de Bordeaux. Solíamos cenar juntos después de la función para comentarla y hablar de vinos, de historia y de lo que hiciera falta. Su padre era un gran conversador y excelente *gourmet*.

—No sabe lo que le agradezco estas palabras, señor Bertrand…

—Aunque nos llevemos algunos años, puedes tutearme. Fernando me habló tanto de ti que es como si te conociera de toda la vida. Además, a partir de ahora, nos veremos a menudo. Por mucho que quieran pleitear, los Leclerc tienen el caso perdido.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. Pero no voy a engañarte. Desde hoy tienes unos enemigos influyentes en la región que no te pondrán las cosas fáciles. Y repito, tutéame por favor, que me harás sentir viejo.

—*Enchanté*, Laurent —respondió ella, estrechándole la mano con una sonrisa y visiblemente más relajada—. Tuve siempre una conexión extraordinaria con mi padre, de mucha complicidad. No entiendo por qué nunca me habló de su relación con Arnaud fuera del terreno enológico. Ni siquiera cuando le visitamos en su bodega.

Cristina agarró su media melena rojiza con las manos y miró hacia el suelo entristecida.

—Me da mucha rabia no haberlo intuido. Y yo que siempre alardeaba de mi sexto sentido… Necesitaré un tiempo para digerir todo esto.

—Fernando recibió una educación muy estricta, tanto a nivel familiar como por el nacionalcatolicismo imperante en España. Aquel entorno represivo no le permitió seguir el camino que la naturaleza había trazado para él.

«¿Por qué no me lo contaste?», murmuró ella para sus adentros. Seguía encorvada en su silla, con su mirada clavada en las antiguas baldosas hidráulicas.

—Estoy seguro de que se casó con tu madre por amor, pero en el fondo siempre se sintió más atraído por los hombres.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—A principios de los noventa, Arnaud hizo una ruta gastronómica con Robert Parker en el norte de España. Comieron en destacados restaurantes, entre ellos Arzak y Echaurren, cuando Fernando trabajaba allí como sumiller. Entonces se conocieron.

—Lo recuerdo bien. Yo ya había acabado la carrera y trabajaba en un pequeño periódico local. Aquel día, cuando llegué a casa por la noche, papá estaba excitadísimo por haber conocido a Parker.

Cristina siempre había pensado que aquel fue el día que cambió la vida a su padre, pero no imaginaba hasta qué punto.

8

Ezcaray, La Rioja, 20 de abril de 1990

Era un soleado viernes primaveral en La Rioja. Después de una Semana Santa con el cartel de COMPLETO, el hotel restaurante Echaurren había estado bastante tranquilo. Aquel día, sin embargo, esperaban a unos invitados de postín: nada menos que a Robert Parker con dos conocidos viticultores franceses.

Fernando Castillo llegó ansioso a media mañana. El sumiller tenía la misma sensación que un escolar horas antes de un examen importante. Bajó al sótano por unas escaleras situadas al fondo de la sala y comprobó que todos los vinos de la cava *premium* estuvieran en las mejores condiciones.

A las dos en punto, los comensales hicieron su aparición y fueron conducidos a un discreto rincón del comedor. Marisa, la dueña y jefa de cocina, les recomendó un menú degustación con especialidades de la casa. La propuesta gastronómica incluiría croquetas, patatas a la riojana, patitas de cordero y bacalao con pisto.

Acompañaba al norteamericano Lalou Bize-Leroy, propietaria de la legendaria bodega Domaine de la Romanée-Conti y conocida como «la Reina de la Borgoña». De porte aristocrático, llevaba un sobrio traje chaqueta de Christian Dior y un espectacular collar de perlas alrededor del cuello. Controvertida por sus métodos radicales y

obsesionada por la expresión auténtica del viñedo, había sido una mujer pionera en la viticultura biodinámica.

También viajaba con ellos Arnaud Leclerc, de la bodega bordelesa Château Marchant. Rozando la cincuentena y de constitución delgada, el viticultor tenía un estilo moderno y deportivo que lo hacían parecer mucho más joven. Un liviano fular de color burdeos le confería un aire de dandi, a la vez que lo identificaba con su gran pasión y *modus vivendi*.

Echaron una ojeada a la carta de vinos para conocer su oferta, pero pidieron ser recomendados por el sumiller. Aunque había buenas referencias francesas, insistieron en tomar caldos riojanos.

Fernando se acercó a la mesa para presentarse y averiguar de qué platos constaba el menú. El cruce de miradas al saludar a Arnaud le provocó una indefinible emoción, que le recorrió el cuerpo como una descarga eléctrica y ya no lo abandonó durante el resto de la comida. Con esa placentera sensación bajó de nuevo a la bodega para seleccionar los vinos más adecuados. Apareció al poco rato con tres polvorientas botellas que se esmeró en limpiar con un trapo húmedo antes de mostrárselas.

—No comerán en ninguna parte unas croquetas como las de Marisa, créanme. La textura de la bechamel es tan cremosa que se deshacen en la boca. He elegido un vino blanco muy especial de la bodega Marqués de Murrieta para acompañarlas: el Castillo Ygay, gran reserva de 1986. ¿Lo conoce, señor Parker?

—Pues aún no he tenido el placer… Y llámame Bob, por favor: los adoradores de Baco somos todos amigos, ¿no crees?

El comentario fue recibido con aprobación por los otros comensales, que también se apresuraron a presentarse con sus nombres de pila. Unos hoyuelos se marcaron en las mejillas del sumiller al sonreír de oreja a oreja. Estaba encantado de que se hubiese roto el hielo con tanta rapidez y naturalidad.

Después del descorche, y tras una cata inicial, fue llenando lentamente las tres copas mientras describía en todo detalle su *bouquet*.

—Este vino blanco es espectacular y permitirá una larga crianza. De hecho, la bodega prevé guardar parte de esta añada durante

algunos años hasta que llegue el momento óptimo para degustarlo. Es un *coupage* de viura con un pequeño porcentaje de malvasía, de nariz sutil y afrutada, que se abre para desarrollar matices de hongos y verbena. En boca es intenso y elegante, con una excelente acidez, gran permanencia en boca y un toque mineral. Espero que lo disfruten.

Los tres comensales tomaron las copas por la base y realizaron el habitual ritual de la cata, observando color y lágrima, aspirando aromas y repitiendo la operación tras agitar el vino para la apreciación de las notas secundarias.

El primero que se pronunció después de beber un sorbo y masticarlo a conciencia fue Leclerc, que no perdía de vista en ningún momento al sumiller. Se fijaba en el modo en que descorchaba la botella, en su manera de hablar, en la forma tan sutil en que llenaba las copas y, sobre todo, en su elegancia y distinción. La química personal no suele ser unidireccional, y tampoco a Fernando lo dejaban indiferente aquellas penetrantes miradas.

—Querido amigo, lo que acaba de hacer es un auténtico *coup d'effet*. No solo desconocía que hubiera buenos blancos en La Rioja, sino que estoy tomando uno de los mejores que he probado en toda mi vida.

Robert Parker y Lalou Bize-Leroy asintieron con satisfacción y aplaudieron la elección del sumiller para maridar las croquetas.

—Voy a tomar nota de este Castillo Ygay —dijo el estadounidense —. Coincido plenamente con las palabras de Arnaud y seguiré con interés su evolución, aunque tenga que esperar veinte años.

—¡Os mantendré informados! Y dejadme que a este respecto os cuente algo lamentable que está ocurriendo ahora mismo en La Rioja —prosiguió Fernando.

—Adelante, somos todo oídos —intervino esta vez la borgoñesa.

—Contrariamente a lo que mucha gente piensa, esta región es idónea para la elaboración de blancos. Hay cepas muy antiguas de excelentes variedades de uva autóctonas, como la viura o la maturana blanca. Mezcladas con garnacha blanca y malvasía producen auténticas obras de arte, vinos muy diferenciados, a la altura de los mejores chablis. Sin embargo, desde mediados de los

ochenta, y a medida que adquirían fama los tintos riojanos, muchas bodegas decidieron abandonar los vinos blancos y replantar los viñedos con tempranillo y otras variedades tintas. López de Heredia y Marqués de Murrieta son de las pocas que parecen aún apostar por ellos y espero que no cedan a la tendencia general.

Leclerc seguía fascinado la experta explicación y observaba como embobado la puesta en escena del sumiller. No podía evitar sentir un runrún en el estómago cada vez que este se acercaba a la mesa.

Para acompañar el resto de los platos, degustaron un Viña Tondonia Reserva 1964 y un Rioja Alta Reserva 904 de 1982, ambos tintos y de excelentes añadas. Muy satisfechos por aquel opíparo almuerzo y el excelente servicio, los comensales se levantaron de la mesa para despedirse.

—Estoy francamente impresionado —le dijo Parker—. Hace tiempo que no veía un sumiller tan experto y profesional. Los vinos que has elegido son insuperables y maridan a la perfección con los platos del menú. Me gustaría intercambiar nuestros teléfonos para mantenernos en contacto.

Fernando agradeció sinceramente las palabras de Robert Parker. No acababa de creérselo y estaba como levitando. En 1990, un cumplido del abogado de Baltimore era la máxima validación para cualquier profesional de la enología y la cata.

También Lalou Bize-Leroy y Arnaud Leclerc entregaron al sumiller su tarjeta de visita personal y lo invitaron a visitar pronto sus bodegas.

Tras despedirse asimismo de Marisa, salieron al aparcamiento y se dirigieron al coche de alquiler, con el que a continuación irían a San Sebastián.

—Esperadme un momento, he olvidado algo —comentó Arnaud y dio media vuelta para volver al restaurante.

Fernando ya lo esperaba en la entrada, con el fular en las manos. Sabía que el francés lo había dejado allí intencionadamente. Aquel breve encuentro a solas fue más que suficiente para confirmar el flechazo de Cupido. Antes de despedirse, con un emotivo abrazo, fijaron una fecha cercana para encontrarse de nuevo. Fernando Castillo visitaría el Château Marchant durante el solsticio de verano.

Quién iba a decir que años más tarde Echaurren obtendría la primera estrella Michelin de La Rioja y que Parker valoraría la añada de 1986 del Castillo Ygay con cien puntos, primer vino blanco español en obtener tal distinción.

Aún menos podría alguien haber imaginado que aquella comida resultaría crucial para el futuro de Fernando Castillo. No solo acabaría trabajando en *The Wine Advocate*, sino que aquel fugaz encuentro con Arnaud Leclerc supuso la chispa que encendió una ardiente hoguera de pasión, profunda y duradera.

9

Haro, 15 de junio de 2006

Cristina volvió de Burdeos la misma tarde de la reunión en la notaría. Le habría convenido quedarse unos días más allí, pero no podía dejar sola a Neko tanto tiempo. Además, no llevaba ropa suficiente ni había previsto una ausencia tan larga de la redacción. Tendría que organizarse para volver cuanto antes y tramitar todos los asuntos legales asociados a la herencia.

Llegó a su casa casi de noche y demasiado agotada como para compartir aquello con nadie. Tras ponerse ropa cómoda, colocó uno de los vinilos de *Il trittico* de Puccini en el plato de su equipo de música. Dejó caer la aguja suavemente sobre el surco que iniciaba el aria «O mio babbino caro», una de sus preferidas, en la que la soprano protagonista implora a su padre que la deje casarse con el hombre al que ama. Conservaba como un tesoro la colección de ópera de Fernando. Había centenares de discos, todos ellos cuidadosamente guardados en sus fundas y clasificados por compositor.

No le apetecía nada cocinar, por lo que aquel día «marraneó». Horneó una pizza precocinada y se la zampó en un periquete, acompañada de una lata de cerveza. Sentimientos mezclados se agolpaban en su interior y luchaban por emerger en forma de ira,

alegría o tristeza mientras escuchaba aquel hermoso fragmento lírico. Neko la miraba desde un rincón y pareció percibir aquel vaivén emocional. En clara sintonía con ella, se acercó sigilosamente al sofá con sus acolchadas patitas y se acurrucó a su lado, ronroneando plácidamente.

No tardó mucho en desconectar el tocadiscos y retirarse a su habitación. Tenía por costumbre leer un rato antes de dormir, pero ese día se quedó frita antes de poder acabar la segunda página.

Al día siguiente, el despertador sonó temprano y le costó horrores despegarse de las sábanas para ponerse en marcha. Pese a ello, consiguió llegar la primera a la redacción y ya estaba al corriente de lo ocurrido en las últimas horas cuando empezaron a aparecer sus compañeros. Camero se había encargado del editorial y, por suerte, no parecía haber ningún tema especialmente urgente sobre la mesa.

Tan pronto este llegó, se reunieron en su despacho acompañados de un par de estimulantes tazas de café.

—Pareces cansada, Cris. Muchas horas de coche, ¿no?

—Es un trayecto pesado, pero tendré que acostumbrarme a él —respondió, agitando la cucharilla en la taza—. De todos modos, el cansancio viene por otro lado.

El redactor la observó, intrigado.

—Es largo de explicar. Solo te avanzo que en las próximas semanas deberé ausentarme con frecuencia y necesitaré que me sustituyas. Me pediste dos semanas de vacaciones en julio. ¿Crees que podrías posponerlas o, como mínimo, acortarlas?

—Te veo muy críptica, ¿se trata de algo grave?

—Para nada, pero me agobia bastante pensar que el periódico quede descabezado durante el verano.

—Había dado ya paga y señal para un apartamento en Ibiza, pero tienen mucha demanda. Creo que lo podré anular.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

J. R. le apretó el dorso de la mano con firmeza, en un gesto cariñoso.

—¿Seguro que está todo bien?

—Completamente, no te preocupes. Lo que tengo que contarte son buenas noticias, pero ahora no me veo con ánimos. Espero que no te ofendas.

Cristina se puso al día de su correo electrónico e hizo unas cuantas llamadas telefónicas. Tras redactar un par de artículos y el editorial para el día siguiente se fue a Haro para almorzar con sus tíos.

Carmen salió de la cocina para saludarla y la invitó a tomar un vermú en el salón mientras acababa de preparar la menestra de verduras. Aquella escena le recordó fugazmente, como un *dejà vu*, el infausto domingo de octubre en el que perdió a su padre.

Gonzalo aún estaba en la bodega y llegaría en cualquier momento. Aprovechó ese rato para observar las fotos que reposaban sobre el clásico buffet de madera oscura. En varias de ellas aparecía Fernando con su hermano y los abuelos. No le gustaba nada la decoración de aquella casa, recargada y llena de pongos e imágenes religiosas en todos los rincones. El mobiliario pertenecía a aquella ingrata categoría de «viejo», pero sin lograr aún entrar en el catálogo de un anticuario. Sin embargo, había pasado muchas horas de su vida entre esas cuatro paredes y les tenía cariño.

Finalmente llegó su tío y le dio un par de besos antes de sentarse a la mesa. Era la clase de hombre al que le gustaba llegar del trabajo y encontrarse la comida preparada, esperando a hincarle el diente.

Traía un par de botellas de tempranillo Crianza del 2004. Había pasado nueve meses en barrica de roble francés y un año en botella. Justo ahora lo estaban etiquetando.

—Esta añada nos dará muchas alegrías, Cristina, ya verás. Sin apenas guarda en botella, ya apunta maneras.

—Lo probé en casa hace unos días y realmente está espectacular.

Carmen iba sirviendo la menestra en los platos mientras su marido iniciaba una nueva conversación en tono socarrón.

—Bueno, jovencita, cuéntanos cómo ha ido el viaje. ¿Has sobrevivido a los gabachos?

Cristina esbozó una media sonrisa y meditó bien las palabras que diría. Ignoraba si sus tíos sabrían alguna cosa de la relación homosexual de su padre, pero, conociéndolos, intuía que no les sentaría demasiado bien averiguarlo.

—No son tan fieros como los del Dos de Mayo —respondió, devolviendo la broma—. Intuiste bien: la citación tenía que ver con papá.

Gonzalo se revolvió ufano en su silla. Le encantaba que lo adulasen y ella sabía utilizar con astucia aquel punto débil.

—Durante los años en que por trabajo se repartía entre Haro y Burdeos, estableció una gran amistad con Arnaud Leclerc, un importante viticultor local.

—Lo conozco —respondió él, cambiando repentinamente el semblante.

—Mejor di que «lo conocías»: murió en Washington hace casi dos semanas.

—¿Leclerc muerto?

—Así es, se ha suicidado. Y resulta que fui citada por el notario para la lectura de sus últimas voluntades.

Hizo una pausa para observar la reacción de sus tíos y se llevó el tenedor con menestra a la boca antes de continuar.

—No os lo creeréis, pero acabo de heredar Château Marchant, una de las mejores bodegas de Francia.

—¿Y a santo de qué? —preguntó su tía Carmen, atónita.

—Antes he comentado la amistad que estableció con papá, pero no hasta qué punto.

Llegó el momento de soltar la bomba. Tomó aire, consciente de que habría un antes y un después de aquellas palabras.

—Fue la pareja sentimental de Leclerc y vivieron juntos durante muchos años.

—¡¿Qué estás diciendo?! ¡¿Fernando con otro hombre?! —exclamó su tía, dejando caer los cubiertos sobre el plato y sin poder dar crédito a lo que acababa de oír.

—Así es. Papá fue el amor de su vida, y yo, sin apenas conocerme, lo más cercano a la hija que nunca tuvo. Estoy muy apenada porque nunca lo quiso compartir conmigo y…

Su tío no le dejó acabar la frase.

—¡¿Apenada…?! Tendrías que estar más bien *horrorizada* por la conducta inmoral de tu padre. ¡Qué vergüenza!

Ahora fue ella la que no pudo morderse la lengua.

—Vergüenza debería darte a ti insultar a tu hermano, que en paz descanse. ¿Qué tiene de malo el amor? ¿Amar a otra persona, a una vocación, a la naturaleza…?

Gonzalo sujetó el borde de la mesa con ambas manos e hizo un gran esfuerzo para contener su ira.

—Nadie ha de saberlo, ¿me oyes? —prosiguió en tono amedrentador, agarrando el brazo de su sobrina—. Sería un escándalo enorme para nuestra familia y para la reputación de Bodegas Castillo.

—Suéltame, ¿quieres? Diré lo que me venga en gana.

Carmen asistía en silencio a la enésima discusión entre los dos sin saber qué partido tomar mientras Cristina miraba fijamente a su tío, esperando su reacción. Por toda respuesta, este dejó caer con fuerza la servilleta sobre la mesa, se levantó y abandonó el comedor.

Se disponía ya a seguirlo para apaciguar los ánimos cuando su móvil empezó a sonar. Era una llamada internacional y el número empezaba con 33, el prefijo de Francia.

10

La periodista dudó unos instantes entre levantarse para perseguir a su tío o aceptar la llamada telefónica. Optó por lo segundo.

—Cristina Castillo, dígame.

—*Bonjour, mademoiselle*. Soy Laurent Bertrand, el notario.

—Ah, Laurent, *bon après-midi* —respondió ella.

—Acaban de llamarme desde el registro de la propiedad de Saint Émilion. Es importante que vuelvas aquí cuanto antes para formalizar el traspaso de Château Marchant a tu nombre. De hecho, hay varias gestiones pendientes que también requieren de tu presencia y firma.

—Pensaba ir dentro de dos semanas, ¿será suficiente?

—Me temo que deberá ser antes. En estos momentos, técnicamente, la propiedad no tiene administrador. Si por cualquier motivo se produjera un siniestro, nos encontraríamos en un vacío legal. Además, sería bueno que te pusieran cara ya por aquí. En estas circunstancias, la gente suele estar intranquila y los rumores corren como la pólvora.

—Entiendo —respondió ella mientras visualizaba mentalmente su agenda para los próximos días—. Haré lo posible para estar en Burdeos el martes 20. ¿Te va bien si paso ese día por tu despacho a primera hora de la mañana?

—Tengo un par de firmas, pero no son urgentes. Puedo moverlas de hora. Te esperaré aquí a las nueve.

La periodista tomó nota de la cita en un pequeño cuadernillo y colgó. Se quedó en silencio durante unos instantes, con el móvil en la mano y escenificando en la mente lo que aquellos días podrían suponer para ella. Recordaba la airada reacción de los Leclerc, especialmente de Chantal, y deseaba que los empleados de la bodega demostrasen una actitud menos hostil.

Cristina había recibido unos cuantos palos en su corta vida y estaba ya bastante curtida. En aquel momento, sin embargo, se sentía frágil y embargada por emociones contradictorias. No sabía qué rumbo darle a su vida. Por un lado, le atraía el reto de dirigir una gran bodega y establecerse en un lugar tan hermoso como Burdeos. Por otro lado, le encantaba su trabajo de periodista y vivir en su querida Rioja. ¿Sería capaz de simultanear ambas cosas?

Un impulso la hizo levantarse y abrazar con fuerza a Carmen. Era lo más parecido a una figura materna desde que ella perdió a la suya. Una lágrima, redonda y brillante, comenzó a bajar por su pecosa mejilla, humedeciendo también la de su tía.

—Llora si lo necesitas, hija mía. Permítetelo. Ojalá esta familia lo hiciera más a menudo.

—El tato siempre lo ha visto como una debilidad.

—Has de disculparle. También tiene sus sentimientos, pero lleva puesta una coraza. Su generación fue educada para no mostrarlos.

—Mi reacción ha estado fuera de lugar, lo reconozco, pero es que decir que se avergonzaba de papá… ¡Eran hermanos!

—Es muy clásico, ya lo sabes. Seguro que se arrepiente de lo que ha dicho.

La joven parecía algo más reconfortada tras esas palabras.

—Si te soy sincera, a mí no me ha sorprendido tanto que hubiese salido del armario —prosiguió Carmen, ahora con cierta complicidad —. Tu padre era muy diferente a los hombres de por aquí. Tan sensible…, tan gentil… No sabes lo que respetaba y admiraba a tu madre, cómo la ayudaba en todo, la manera en que la escuchaba. Siempre le tuve una sana envidia.

—Quizá la trataba incluso demasiado bien. Discutí alguna vez con ella sobre este asunto y llegué a la conclusión de que le hubiera gustado un marido más asertivo y que hubiese mandado más en la relación. Qué extraño es el ser humano, nunca estamos satisfechos con lo que tenemos.

—Tienes toda la razón. El jardín del vecino siempre nos parece más verde que el nuestro…

Gonzalo entró en escena justo en aquel momento. Algo más calmado, pidió disculpas a su sobrina por la salida de tono y se sentó de nuevo a la mesa.

—Veo que estabais de confidencias.

—Hablábamos de papá —respondió Cristina, también con espíritu conciliador—. Cada uno puede juzgarle a su manera, pero ello no nos lo devolverá. En fin, prefiero aparcar el tema.

Él asintió, aliviado. Tampoco le apetecía seguir con aquella conversación.

—Me acaban de llamar de la notaría. La semana que viene tengo que volver a Burdeos para realizar trámites legales relacionados con la herencia.

—Si quieres que te acompañe, ya lo sabes. Eres más terca que una mula, pero quizá te vaya bien algo de apoyo en estos momentos.

—Prefiero ir sola, también esta vez, pero aceptaré encantada tu propuesta de ayuda. Desde ahora soy propietaria de una prestigiosa bodega y no tengo ni idea de cómo llevarla. Voy a necesitar un máster acelerado de enología y gestión.

—¡Cuenta con ello! De hecho, ya estoy haciéndolo con Álvaro a ratos libres. Ahora tendré dos alumnos. —Sonrió, ufano como un pavo, y extendiendo el puño con el pulgar en alto.

—El reto es mayúsculo, tato, y no solo para mí. He memorizado lo que Arnaud escribió en su testamento: «Sé que ella será mi más digna sucesora y elevará la bodega al próximo nivel. El vino se lleva en la sangre y en el alma».

—No se equivocaba, Cristina. Te conozco desde que naciste y sé que serás una gran viticultora. Apúntate este domingo para tu primera lección. Te irá bien cuando aterrices en Château Marchant.

Aligerada por el cambio de tono de Gonzalo, acabó el almuerzo y dirigió el Audi hasta su casa, pasando por las nobles bodegas del barrio de la estación. La antigua locomotora de la rotonda frente a Bodegas Muga parecía invitarla a un viaje hacia lo incierto. Más sorprendida se quedó al observar la inmensa barrica del segundo vagón y leer su rótulo:

FOUDRE
Cuba de roble francés
Utilizado durante la época de la
FILOXERA (1877-1903)
Para transportar el vino de la zona de
HARO a BORDEAUX

¡Quién sabe si no transportó vino de sus antepasados a Château Marchant! Una nueva sincronía parecía insinuar a la periodista que su destino estaba ya escrito desde hacía mucho. Quizá acababa de recibir la respuesta a la disyuntiva que se le planteaba sobre su futuro profesional.

Neko salió a su paso tan pronto como abrió la puerta de casa. Cristina dejó su bolso sobre la mesa, la cogió en brazos e hizo una llamada que su cuerpo le pedía con insistencia.

—Hola, J. R. ¿Sigue en tu casa aquella paletilla ibérica tan fantástica o te la puliste con tu última conquista?

—Creo que aún queda alguna loncha…

—¿Empezamos con un champiñón en el Soriano?

—Hecho, nos vemos allí a las siete y media.

Con una sonrisa de oreja a oreja, colgó el móvil, dejó a Neko suavemente sobre la alfombra y colocó el *Alchemy* de Dire Straits en el tocadiscos.

Ante los extrañados ojos de la gatita, se puso a bailar como una loca, imitando a Mark Knopfler tocando el solo de guitarra de «Sultans of Swing».

11

Aunque no hacía ni una semana desde San Bernabé, la calle Laurel volvía a estar a reventar aquel viernes. La costumbre de tomar un vino a media tarde con la tapa especial de cada bar era consustancial a los logroñeses y no hacía diferencias de edad. Jóvenes y adolescentes saludaban a sus padres y abuelos mientras recorrían la zona con sus cuadrillas, calentando motores para la noche.

Antes de llegar al bar Soriano, Cristina coincidió con unas amigas del colegio y se paró a tomar algo con ellas. La periodista no solo era atractiva, sino que, con gran diferencia, la que mejor llevaba los treinta y muchos. Hoy se había enfundado unos *leggings* elásticos de color azul marino y un top blanco, que aún resaltaban más su estupenda figura.

—Nena, ¡cómo te nos has puesto hoy! Si no estuviera aquí Carla, hoy no te escapabas —arrancó Nadia, lanzando una traviesa mirada a su pareja.

—Cualquier día tendremos que probarlo —respondió con picardía.

—No te veo yo a ti… ¡Con lo que te gusta la testosterona!

—Nunca digas «de esta agua no beberé». He estado tentada más de una vez, créeme. Sobre todo, cuando el maromo se queda frito tras un par de embestidas y empieza a roncarte al oído. Algunos no entienden nada de la alquimia del sexo.

—Pues imagínate si llevas diez años casada y tienes dos críos. Ni dolor de cabeza, ni cansancio, ni historias. Lo que falla es la libido —añadió Marta, resignada.

Cristina se rio del comentario y apuró su vaso de vino. Le hubiera encantado quedarse un rato más con ellas, pero no quería hacer esperar a su cita. Por educación y porque dejar a Camero solo más tiempo del necesario era tentar al diablo.

—Bueno, queridas, os dejo, que ya imaginaréis que hoy tengo plan. ¡Y con un excelente alquimista!

—Tú sí que sabes —añadió Pilar, algo celosa. A la otra soltera del grupo le habría encantado poder tener también una aventura amorosa, ¡aquella noche o cualquier otra!

—¿Qué os parece si cenamos juntas dentro de unos días? Propongo el 1 de julio. Es sábado.

Sus amigas confirmaron la fecha e iniciaron la ronda de despedidas.

J. R. ya la esperaba en la calle, acodado en uno de los barriles del bar. Llevaba unos vaqueros y una camiseta negra lisa que le marcaba la musculatura trabajada en el gimnasio. Tampoco a él se le escapó lo sexy que se había puesto ese día su compañera de trabajo.

—Vaya, *Vestida para matar*.

—Brian de Palma, 1980. Espero que no aparezca el asesino psicópata.

—Todo depende de cómo se comporte la protagonista…

Los dos periodistas se abrazaron, sonriendo. Este tipo de diálogos frikis, tan habituales entre ellos, solían dejar descolocados a quienes los acompañaban.

—¿Te atreves a entrar para pedir dos *champis*?

Ella se abrió paso entre la multitud que colapsaba la entrada del Soriano. Sus pinchos de champiñón con gamba eran de los más solicitados en toda la calle Laurel. Con el vino en una mano y las tapas en la otra, se acodó también sobre la barrica, que,

curiosamente, provenía de Bodegas Castillo. ¿Cuántas sincronías se habían producido ya en pocos días?

Aunque él indagó un par de veces sobre su viaje a Burdeos, Cristina prefirió posponer el tema hasta que estuvieran solos. Visitaron un par de bares más, sin parar de saludar a amigos y conocidos, hasta que decidieron poner rumbo a la casa de J. R.

No tardaron ni diez minutos en llegar. Vivía en un apartamento de alquiler en la calle República Argentina, a media distancia entre el centro y la redacción de *La Rioja*. No era muy grande, pero daba a una esquina de la plaza Gallarza y era todo exterior. De decoración minimalista e inspirada en las viviendas japonesas, seguía los principios del *feng shui*: todo lo contrario que la casa señorial de los Castillo.

La cocina estaba separada del salón por una barra alta y alargada. Mientras él abría uno de los cajones, Cristina se sentó en uno de los taburetes y se quitó sus bailarinas. No había sensación más placentera para ella que la de ir descalza.

De repente, J. R. dio un salto y se plantó frente a ella, apuntando a su garganta con un largo y afilado cuchillo. La joven no pudo evitar tirarse hacia atrás del susto.

—¿No acordamos que te olvidabas del psicópata?

—Dije que dependía de la prota —respondió él, imitando la cara de Jack Nicholson en *El resplandor*—. Pórtate bien y quizá te salves de *REDRUM*.

—Pues lo siento, pero hoy pienso ser muy malota —prosiguió ella, riendo a carcajada limpia mientras él apartaba el cuchillo de su cuello y se disponía a cortar la paletilla 5J del jamonero.

—¿Qué vino vas a ofrecerme?

—Tomaremos un Dinastía Vivanco Crianza del 2004. Ayer me encontré a Pedro Vivanco con su hijo Santi y me han dado una botella para probarlo. Están muy orgullosos de esta añada, porque es cuando el rey Juan Carlos inauguró su extraordinario museo del vino. Toma, puedes ir abriéndolo.

—La botella es preciosa —comentó ella al descorcharla mientras finas lonchas de jamón se iban acumulando en un plato.

—Eligieron un diseño del siglo XVIII que tienen en su colección. Son muy originales y se distinguen claramente de las habituales botellas de Burdeos, altas y estilizadas, o las de Borgoña, achatadas y de mayor diámetro.

—Primera clase de mi máster en enología, te debo una.

J. R. no pilló esta vez de qué iba la película. Igualmente sonrió y se sentó a su lado.

—Espero que hoy te dejes de misterios y me expliques lo del viaje a Francia.

—Ya te imaginarás que no solo he venido aquí para probar el jamón —respondió, pinchando una loncha con el tenedor—, aunque hay que reconocer que está de muerte.

—Es solo el aperitivo, lo bueno viene luego —siguió él, con picardía y alzando la copa para un brindis.

—Está buenísimo el Dinastía Vivanco —comentó ella después de catarlo—. Tengo aún mucho que aprender sobre la técnica de la cata, pero te aseguro que papá me educó un exquisito paladar.

—Poca cosa te falta saber a ti, llevas el vino en la sangre.

—Y quizá en el alma…

Cristina le contó la reunión con el notario, el patrimonio que acababa de heredar y las reacciones adversas de la familia Leclerc. Aunque le daba un poco de apuro, para hacer comprensible la historia tuvo que confesar la relación sentimental de su padre con Arnaud.

J. R. la escuchaba sin perderse detalle. Le costaba creer aquella aventura, que parecía extraída de *Falcon Crest*, la popular serie televisiva de los años ochenta sobre la rivalidad entre dos clanes familiares viticultores.

—Así que, aparte de estar cañón, ahora eres un partidazo. —Fue todo lo que se le ocurrió decir para aligerar un poco la conversación.

—Gracias por el piropo, pero todo este asunto no me hace ni pizca de gracia. Tendré que desembarcar en un territorio hostil y hacerme con las riendas de una gran bodega en menos que canta un gallo. No sé si seré capaz … —comentó, dubitativa.

—Tú consigues lo que te propones, y lo sabes —respondió él, arqueando las cejas—. Ahora entiendo lo del máster en enología.

Y también, que me hagas renunciar a Pachá y Privilege este verano.

Cristina sonrió y juntó las palmas de las manos, inclinando la cabeza hacia delante en señal de agradecimiento.

—He pedido a mi tío que me instruya en enología y en la gestión del negocio familiar, pero no tendré mucho tiempo para ello. Pasado mañana ya he quedado con él para la primera lección.

—Sé de alguien que también te puede ayudar: Ezequiel García, el antiguo enólogo de CVNE y Olarra. Está ya retirado, pero es un fenómeno.

—El Brujo, ¿lo conoces bien?

—Es un buen amigo de mi padre. Estuvo con él hace dos años cuando le concedieron la medalla de oro.

—Sería fantástico que hicieras de puente. El día que lo entrevisté para el periódico me pareció un hombre extraordinario, pero no lo he vuelto a ver desde entonces.

José Ramón volvió a escanciar vino en las copas y dio cuenta de un poco de jamón antes de continuar con la conversación.

—¿Cómo te las vas a apañar para seguir trabajando aquí?

—Una buena pregunta a la que aún no tengo respuesta. Tal y como te avancé, necesitaré que asumas durante un tiempo la dirección.

—Será complicado, mi puesto ya es más que *full time.*

—Lo sé, pero piensa que llega el verano. Si a George Bush no se le ocurre invadir otro Irak, es un periodo más flojo en la redacción.

—Cierto, las serpientes de verano…

—Sinceramente, estoy hecha un lío. No tengo ni idea de cómo dirigir una bodega y veo muy complicado vivir entre dos ciudades y dos trabajos. Veamos qué pasa en los próximos días, y, si la cosa no funciona, tendré que tomar una decisión.

—Decidas lo que decidas, espero no perderte de vista.

J.R. finalizó así la conversación, rodeando las manos de Cristina con las suyas y arrimándose un poco más a su taburete.

Tras estas emotivas palabras, la joven miró fijamente a sus iris, unos ojos que parecían azules como tantos otros. Pero no, aquellos eran diferentes, de un poder hipnótico y tonalidad imposible.

Cuando su copa hubo aterrizado sobre la mesa, con la suavidad de un módulo lunar, lo abrazó y acercó los labios a los de él. Tras juntarlos en un prolongado y apasionado beso, su lengua comenzó a acariciar suavemente los recovecos del paladar, aún impregnado de sabrosos taninos. De fondo sonaba «Quiet Nights», de Diana Krall.

Definitivamente, su redactor sabía crear ambiente.

Aquella magia se prolongó durante unos largos minutos hasta que los dos dejaron sus taburetes. Botella en mano, se dirigieron al dormitorio, como levitando y sin separar los labios. Las bailarinas asomaban debajo de la mesa como mudos testigos de la escena.

Fuertemente abrazados, se tumbaron sobre el futón, casi a ras de suelo, presos de un erótico deseo. J. R. dejó la botella a un lado y comenzó a desnudarla, sin prisas, gozando del momento con intensidad.

Aunque ya conocía su cuerpo, sus senos, su espalda arqueada…, parecía que los descubría aquel día por primera vez. Comenzó a recorrer suave y exhaustivamente su tersa piel con las yemas de los dedos. Los espasmos de Cristina provocaron rápidamente la erección de su miembro entre las piernas. Poco tardó ella en liberarlo de los vaqueros que lo aprisionaban y masajearlo, con las manos primero y con los labios después.

Completamente desnudos ya los dos, Camero la tendió cariñosamente boca arriba y vertió un chorrito de vino en su ombligo, lamiendo sensualmente el fino reguero granate que goteaba por su vientre, mojando sus muslos y recorriendo la entrepierna hasta llegar a la vulva. Aquello la excitó de tal modo que no necesitó de lo que pasó luego para llegar al orgasmo.

¡Pura alquimia!

12

Dos días después de la inolvidable velada con J. R., Cristina se dirigió a primera hora a la antigua fuente de piedra, que casi lindaba con la verja de su jardín. Alargada y coronada por tres pináculos de forma piramidal, su tío ya la esperaba apoyado en la misma. Aunque ella llegó a la hora acordada, no pudo disimular una fugaz mirada a su reloj antes de abrazarla. La puntualidad entraba dentro de las virtudes que para aquel hombre eran esenciales.

Tras saludarse echaron a andar por los viñedos de la familia Castillo. Lo primero que hizo Gonzalo fue agacharse para recoger un puñado de tierra ocre amarillenta con la mano.

—Lección número uno: la geología es fundamental para las características del vino. Esto que ves aquí es arcilla calcárea, rica en caliza. Se trata de un suelo duro, difícil de regar y mecanizar, pero excelente para la uva tempranillo en el clima atlántico continental de La Rioja. A medida que nos acerquemos al río, cada vez encontraremos más terreno de tipo aluvial. ¿Puedes ver aquellas terrazas?

Señaló con el brazo extendido hacia el extremo del meandro, donde hileras de chopos marcaban el límite entre los viñedos y el margen del Ebro.

—Los aluviales son arenosos y pedregosos. Permiten un buen drenaje y penetración de las raíces. Es fundamental que tengamos nuestras cepas en ambos tipos de suelo. Incluso una misma

variedad aporta propiedades diferentes al vino en función del terreno en el que ha crecido, y lo tenemos en cuenta al vendimiar, separando las uvas escrupulosamente.

Cristina escuchaba atentamente a su tío y procesaba aquella información, sin saber la relevancia que tendría para los viñedos recién heredados y las propiedades del vino Château Marchant.

—Finalmente, en otras zonas de La Rioja también abunda la arcilla ferrosa, que aporta buenos nutrientes para la vid. Lo habrás observado a menudo, ya que tiene un característico color rojizo.

—Cierto. Sn embargo, si tan importante es el terreno, ¿por qué a veces se compra uva a otros viticultores?

—Esta es una muy buena pregunta.

Conocía bien a su tío. Solía usar aquella muletilla para ganar tiempo mientras pensaba la respuesta adecuada. Tras andar unos cuantos pasos entre las vides, este prosiguió.

—Muchas bodegas lo hacen, sobre todo las de mayor tamaño. No significa necesariamente que elaboren un mal vino, pero sí pierden una parte importante de su esencia. En Francia ya hace mucho que acuñaron el término *vin de terroir*, que aquí también se va imponiendo con conceptos como «vino de pago» en las riberas del Duero y del Ebro.

Como una alumna aplicada, Cristina lo iba apuntando todo en la libreta Moleskine de tapa granate que justo aquel día estrenaba y que iba a convertirse en su biblia de la enología. Tras cerrarla, se acercó a una cepa y puso una mano plana sobre la misma, como para indicar su altura.

—Hace unos años fui con papá al valle del Mosela para visitar viñas y castillos.

—Lo recuerdo, volviste entusiasmada.

—Me llamó la atención que las vides eran muy altas y crecían en terrenos inclinados en los márgenes del río.

—En Alemania tienen menos horas de sol y es un modo de aprovechar mejor su exposición. Como ves, nuestras cepas son más bajas y las emparramos en forma de candelabro, para que sea más fácil vendimiar entre las hileras.

Gonzalo acompañó un racimo con la mano para mostrárselo.

—Fíjate, casi ha acabado la floración y ya empiezan a mostrar diminutos frutos.

Un poco más adelante saludaron a unos empleados de la bodega. Estaban recolocando en un soporte de alambre las ramas que se disparaban hacia los pasillos y distribuían los racimos acumulados para exponerlos por igual a la climatología.

—Pensaba que hoy en día los procesos estaban mecanizados, pero veo que aún se realiza bastante trabajo manual.

—Mucho más del que te puedas imaginar —respondió su tío e hizo una pequeña demostración en las primeras cepas de aquella hilera. Más alto y corpulento que su hermano Fernando, seguía mostrando gran destreza, pese a llevar ya tiempo alejado de las tareas del día a día.

—La viticultura no es una ciencia exacta y tiene aún un gran componente artesanal. Cada añada es diferente y exige acciones específicas. Si llueve mucho en primavera, por ejemplo, cada vid producirá mucha fruta, a veces con más peso del que puede soportar.

Se acercó a una cepa muy cargada y arrancó un par de racimos para demostrárselo a su sobrina.

—Podríamos vendimiar toda esta uva y aumentar los litros de vino, pero en Bodegas Castillo preferimos sacrificar una parte y dejar que solo se desarrollen las mejores. La savia que sube por el tronco es limitada. Bien repartida, la fruta aumentará el nivel de azúcar y concentrará su sabor.

—Papá solía decir que era mejor la calidad que la cantidad.

—Así es. Lamentablemente, en España, durante muchos años, se potenció principalmente el volumen producido, sobre todo en zonas donde la uva adquiría mucho azúcar y se exportaba para aumentar el grado de los vinos.

—He leído que ocurrió en el Priorat, Valdepeñas, el campo de Borja…

—Fue muy general en todo el país, pero afortunadamente hace años que el panorama enológico español ha dado un giro de ciento ochenta grados y ahora tanto La Rioja como otras denominaciones

de origen compiten de tú a tú con los mejores vinos franceses o italianos.

Durante el camino de retorno hacia la fuente, Gonzalo arrancó hojas de dos vides diferentes y las colocó en sus manos.

—Fíjate en la forma. Es muy importante que aprendas a distinguir las diferentes variedades.

—Es verdad, nunca me había fijado. Esta tiene menor tamaño y es más rugosa.

—Es una hoja de tempranillo, la variedad principal en nuestros viñedos. La otra es de mazuelo, también conocida como cariñena, pentagonal y con marcados senos laterales. A iniciativa de Fernando, en la parte de suelo aluvial plantamos también cepas de maturana, una uva autóctona de la familia del cabernet sauvignon. En un par de años ya la podremos vendimiar e introducir en pequeños porcentajes para optimizar el *coupage* de nuestros vinos.

Cristina se llenó de orgullo paterno con esta última explicación. Llegados ya al punto de inicio del recorrido, su tío iba a despedirse con un frío apretón de manos, pero ella tomó la iniciativa y le dio un beso en cada mejilla.

—Tengo que dejarte, que a las doce hay misa en Santo Tomás. Solo me ha dado tiempo para darte una breve pincelada, pero espero que sirva para que los viticultores de Burdeos te acepten un poco más en su seno.

—¡Ya lo creo, tato! No sabes cuánto te lo agradezco. Es como si me hubieras ofrecido agua salada durante tres horas: cuanta más bebes, más sed tienes.

Sujetando la puerta abierta de su Jeep Cherokee, y antes de despedirse, Gonzalo volvió a girarse hacia ella, con semblante algo más serio, para dirigirle un último comentario.

—No has querido que te acompañe el martes a Burdeos y respeto tu decisión, pero quiero pedirte un favor muy especial.

Cristina se quedó algo descolocada con aquellas palabras y, sobre todo, por el cambio de tono que percibió en su tío.

—Desde hace unos años el vino de Château Marchant tiene algo especial que lo distingue por encima de cualquier vino de Pomerol o de Saint-Émilion, ya sea un Château Pétrus o un Château Cheval Blanc. Mucha gente daría *lo que fuera* por conocer ese secreto. —Enfatizó mucho aquellas tres palabras para recalcar la importancia de su mensaje—. Descúbrelo y auparemos Bodegas Castillo a la élite mundial.

—¿Mi padre no lo compartió contigo?

—Ya te dije que Fernando era bastante cerrado para algunos temas.

Sin más, cerró la puerta y se alejó de allí a toda velocidad, dejando tras de sí una estela de polvo y a una mujer con más dudas que certezas a cada día que pasaba.

13

Siguiendo las indicaciones de Bertrand, y después de pasar el día anterior en la redacción de *La Rioja*, Cristina volvía a estar en Burdeos aquel martes, 20 de junio. Esta vez tenía previsto alargar la estancia hasta el fin de semana.

Tras pernoctar de nuevo en el Hotel de Sèze, a las nueve en punto de la mañana llamaba al timbre de la notaría. La recepcionista la condujo al despacho del letrado, que estaba ya repasando los documentos que tendrían que firmar.

—*Bonjour*, Cristina. Siéntate, por favor —la saludó, ofreciéndole la silla frente a su escritorio—, voy a tomar café, ¿puedo ofrecerte uno?

—Buenos días, Laurent. Acabo de tomar un capuchino, pero nunca digo que no a un vaso de agua.

Mientras esperaban las bebidas, la periodista resumió las reacciones que había suscitado el testamento de Arnaud entre su familia, especialmente en lo que se refería a la relación que mantuvo con su padre.

—Me extraña que tu tío no supiera nada. Aunque eran diametralmente opuestos, tenían frecuente contacto profesional. De hecho, Fernando me contó que aún poseía viñas en Haro y ejercía de asesor enológico en Bodegas Castillo.

—Así es, sigo teniendo una parte importante de los terrenos.

En aquel momento, ella recordó el interés de su tío por la excelencia del vino de Château Marchant. Aunque le picaba la curiosidad, de algún modo, prefirió obviarlo.

—Gonzalo reaccionó vehemente, pero no me pareció muy sorprendido con la noticia. La verdad es que no sé qué pensar. En fin, lo mejor es correr un tupido velo.

—Pienso igual. Ahora lo importante es que te establezcas en Burdeos lo antes posible y consigas la aceptación de tu nuevo entorno.

—Presiento que no será nada fácil —respondió ella, algo afectada.

El notario sorbió un poco del café que le acababan de traer y prosiguió la conversación.

—Te ayudaré en todo lo que pueda, pero estas familias llevan años aquí, por no decir siglos, elaborando grandes vinos. Podría considerarse *de facto* una aristocracia viticultora. En general, es un grupo muy cerrado, lleno de codicia, envidia e hipocresía.

—Los Leclerc son un buen ejemplo.

—¡Excepto Arnaud! Él era un tipo fantástico, créeme. Generoso, sincero y muy divertido. Hacía y decía lo que le venía en gana y tenía una gran vitalidad y sentido del humor.

—Me alegro mucho por papá. Tuvo un gran compañero de vida.

—No estaban juntos por casualidad, te lo aseguro —prosiguió, guiñándole el ojo—. Podrás imaginar que ninguno de los dos era santo de la devoción de esta rancia camarilla, pero estaban obligados a respetarlos. Sus vinos superaban con creces a los de las bodegas vecinas y nadie sabía cómo diantres lo lograban.

Cristina vio llegado el momento para salir de dudas.

—¿Estaría mi padre detrás de ello?

—Es posible, pero fíjate que durante todos los años en que ejerció de crítico para Robert Parker nunca concedió los cien puntos a su *grand cru classé*. Fue llegar su sustituto y obtenerlos durante tres años consecutivos.

Cristina permaneció un rato en silencio, procesando aquella información. Cada vez le parecía más urgente descubrir aquel secreto, aparentemente bien custodiado por Arnaud y Fernando.

—Hasta en eso fue honrado. Probablemente quiso evitar que se entreviese un trato preferencial por su relación sentimental con Arnaud.

—Yo también lo veo así.

—Este «factor diferencial» de Château Marchant me tiene intrigada. Quizá el corresponsal actual para la zona pueda iluminarme. ¿Cómo podría contactar con él?

—Será fácil: es un sumiller catalán y reparte su tiempo entre Burdeos, Barcelona y el Priorat.

La joven reaccionó rápido ante esta descripción.

—¿No será Víctor Morell?

—El mismo. Es un hombre muy discreto y agradable, te caerá bien.

—Papá lo elogió en varias ocasiones. Siempre decía que nunca había visto a un catador con tanto talento. Recuerdo incluso un comentario suyo: «La nariz y el paladar de Morell perciben los aromas igual que el oído de un músico capta la nota absoluta».

—Un símil muy acertado, típico de la sensibilidad de Fernando.

Tras esta conversación preliminar, el notario sacó las escrituras de propiedad de su carpeta e indicó a Cristina dónde tenía que estampar su firma. Una vez finalizado, le comentó los diferentes trámites pendientes, que ella anotó diligentemente en su bloc de notas.

—Te recomiendo que vayas pronto a Château Marchant para que el personal te conozca. Seguro que estarán inquietos con todo lo sucedido y les tranquilizará ponerte cara. Aquí tienes un juego de llaves, aunque lo mejor será que te reciba y acomode el servicio.

—Saldré hacía allí ahora mismo. Me muero de curiosidad.

—¡Puedo imaginarlo!

Laurent se levantó y ofreció su mano a la joven, señalizando que daba por terminada la reunión.

—Mañana tendré preparados más documentos para su firma. Puedes pasarte por aquí a las diez.

Cristina sujetaba ya el pomo de la puerta, a punto de salir, cuando el notario volvió a llamarla.

—Casi olvidaba comentarte un tema importante. Ayer me contactaron desde Washington: el cuerpo de Arnaud saldrá de allí el próximo fin de semana y llegará a Burdeos, previsiblemente, el lunes 26 de junio.

—Veo que la embajada ha agilizado los trámites de repatriación.

—Cuando quieren, saben darse prisa. Sobre todo, si se trata de un cadáver que incomoda —respondió irónico—. He hablado con la gendarmería y se le practicará una autopsia antes del entierro, lo exige el protocolo cuando la muerte no ha sido natural.

—¿Cuánto pueden tardar los análisis?

—No mucho, de dos a cuatro horas. Aunque no tuviesen buena relación con Arnaud, la familia parece estar bastante afectada. Quieren dejar atrás el tema cuanto antes y prefieren no instalar capilla ardiente. Imagino que, en cuanto el forense acabe, se procederá ya directamente al funeral y entierro.

—¿Crees que debería ir?

—No solo lo creo, *tienes* que asistir. La nueva propietaria de Château Marchant no puede faltar. Además, será una buena ocasión para conocer a bastantes personas con las que tendrás que relacionarte a partir de ahora.

Cristina se despidió, ahora definitivamente, y bajó las escaleras, meditabunda. Habría preferido prolongar su estancia allí durante el fin de semana, pero no tenía ropa adecuada para asistir al funeral de Leclerc. No le quedaba más remedio que hacer un nuevo «sube y baja» a La Rioja, cosa que le apetecía bien poco. Aún menos tener que asistir a una ceremonia donde más de uno desearía que fuera ella quien ocupase el féretro.

14

Cristina abandonó la notaría y se dirigió a Allées de Bristol. Había aparcado en aquella céntrica avenida, justo delante de la estatua de Montesquieu, hijo ilustre de Burdeos e impulsor de la separación de poderes en las modernas constituciones. Arrancó el coche y circuló en dirección a Saint-Émilion, la ciudad medieval que daba nombre a la región, a media hora del centro de Burdeos.

Bordeó el río Garona por el Quai Richelieu, lo atravesó a través del Pont de Saint Jean y enfiló la N89 en dirección nordeste. De nuevo, contaba con la inestimable ayuda de su copiloto TomTomOne y la compañía de sus CD. Aquella mañana escucharía el mítico disco de Mecano con un reloj en la portada. El título de la canción «Me colé en una fiesta» le hizo recordar el sarao en el que acababa de meterse sin comerlo ni beberlo.

Las afueras de Burdeos no tenían nada de especial, como la mayoría de las grandes urbes. Bloques de viviendas, zonas comerciales, concesionarios de automóviles y polígonos industriales que se iban espaciando a medida que se alejaba del centro. Pasado Montussac, el entorno se fue volviendo más agrícola y comenzaron a aparecer los primeros viñedos, un paisaje que le resultaba bien familiar.

Faltando pocos kilómetros para llegar, abandonó la carretera nacional justo cuando esta se convertía en una autopista de peaje. A partir de ahí, el resto del trayecto fue realmente pintoresco.

Enormes llanuras tapizadas de viñedos a ambos lados del río Dordoña y dominadas por sus antiguos *châteaux* invitarían a cualquier pintor a inmortalizarlas en sus lienzos.

Poco antes de las once, su Audi la condujo por una estrecha carretera en dirección a Pomerol, dio la vuelta a una rotonda y cruzó una alameda de plátanos hasta su destino final, el Château Marchant que daba nombre a la bodega, una impresionante mansión de tres plantas y techo de pizarra.

Una estilizada torreta redonda y un torreón de planta cuadrada con almenas flanqueaban el cuerpo central. *Château* resultaba un nombre más que apropiado para este imponente edificio, inspirado en una fortaleza medieval.

Las ventanas tenían cuarterones, las contraventanas estaban pintadas de blanco y una frondosa hiedra cubría gran parte de la recia fachada de piedra. Adosada al mismo se encontraba la bodega, un pabellón moderno y alargado con paredes de color granate y un enorme portón de entrada.

Aparcó frente al castillo, al lado de un Renault Mégane, y utilizó el picaporte de latón para llamar. Tuvo que esperar un rato hasta que una mujer entreabrió la puerta, con rostro desconfiado y la cadena de seguridad puesta.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

La periodista esbozó una sonrisa y le tendió la mano para presentarse. Era muy consciente de la importancia de los gestos y mensajes, sobre todo en un primer encuentro.

—Soy Cristina, la hija de Fernando Castillo. He venido para conocer Château Marchant.

Al oír el nombre de la nueva propietaria, la mujer reaccionó, irguiéndose como un militar saludando a su general. De sesenta y tantos años y cara redonda sin arrugas, un moño recogía impecablemente su cabello gris. Llevaba un vestido de verano estampado que disimulaba bien las redondeces que la edad, y seguramente la afición al dulce, había conferido a su cuerpo.

Cerró la puerta para quitar la cadena y volvió a abrirla, estrechando ahora también su mano e invitándola a entrar.

—Juliette Loisire, *enchanté*.

La guio hacia el salón, principal estancia de la mansión, dominado por una hermosa chimenea de piedra de estilo neogótico. Frente a ella, varias butacas de piel rodeaban una espaciosa mesa de vidrio, cuya base eran las retorcidas formas de una cepa centenaria.

—Siéntese, por favor. ¿Puedo ofrecerle alguna cosa?

—Un té negro irá perfecto, gracias.

Mientras *madame* Loisire preparaba la infusión en la cocina, recorrió el salón con la mirada. Estaba decorado con mucho gusto, combinando el estilo clásico del edificio y las antigüedades con mobiliario y obras de arte contemporáneas. No le costó identificar una pequeña escultura de Giacometti, metálica y con las extremidades alargadas. De ser auténtica, ¡valdría una fortuna!

La francesa volvió al salón y dejó una bandeja sobre la mesa de centro. Vertió el té de una tetera china de hierro fundido en dos tazas y se sentó en la butaca contigua, iniciando la conversación.

—¿Así que es usted la hija de Fernando? Se parece a él. Tiene sus ojos verdes y se le forma el mismo hoyuelo en las mejillas al sonreír.

—Me lo han dicho en más de una ocasión, supongo que será cierto.

Juliette se levantó y trajo un par de fotos que reposaban sobre el marco de la chimenea. Una de ellas mostraba a Arnaud y a su padre con ropa de campo entre viñedos. El parecido con Cristina era innegable. La otra era un retrato antiguo de estudio, en blanco y negro, que mostraba a una pareja joven en el día de su boda.

—Auguste y Geraldine Leclerc me contrataron como ama de llaves en 1965 —prosiguió, señalando a los novios de la foto—. Sus hijos aún estudiaban en aquel momento.

—¡Y yo aún no había nacido! —exclamó, con espontaneidad.

Aunque lo hubiera deseado, decidió no tutearse con aquella mujer. Al fin y al cabo, ahora sería su empleada y un trato más formal ayudaría a mantener las distancias.

—Es usted historia viva de esta familia.

—Casi se podría decir que formo parte de ella. Nunca me casé ni he tenido hijos. Los Leclerc lo han sido todo en mi vida.

La riojana se llevó su taza de té a la boca antes de proseguir.

—Estará muy afectada por el suicidio de Arnaud.

—Más de lo que pueda imaginar, créame.

—¿Pensó usted en algún momento que esto pudiera suceder?

—La muerte de Fernando le afectó tremendamente. Estuvo mucho tiempo falto de ilusión y comenzó a tomar antidepresivos. Aunque seguía medicándose, en los últimos meses mostraba de nuevo vitalidad y energía por nuevos proyectos. Pensaba que había conseguido superar el duelo, pero veo que me equivoqué.

Cristina tomó buena nota de estos datos.

—¿Puede ser que recientemente hubiese encontrado otra pareja estable?

—No lo creo. Relaciones puntuales, como siempre. También las mantuvo mientras estaba con su padre. —Se sonrojó ligeramente, temiendo haber metido la pata—. Le pido disculpas, espero que no le haya molestado mi comentario.

—No se preocupe. Ninguno de los dos está ya aquí y ni usted ni yo somos nadie para valorar o juzgar su conducta. Además, es evidente que no les perjudicó mantener una relación abierta. Seguro que mi padre lo aceptaba y, quizá, hasta él mismo tuviera algún que otro escarceo amoroso fuera de la pareja.

Entonces fue Juliette quien tomó un sorbo de té, visiblemente aliviada por la comprensiva respuesta de Cristina. Pronto la conocería y sabría que era tan o más liberal que su padre.

—¿Cómo reaccionó la familia Leclerc cuando hizo su *coming out*?

—Tuvo mucha suerte de recibir el apoyo incondicional de su madre. Geraldine era una mujer extraordinaria, muy avanzada a su tiempo en muchos aspectos, y siempre ejerció una gran influencia en su marido.

—Él no debió de sentirse muy feliz con todo aquello, ¿me equivoco?

—Auguste estuvo mucho tiempo sin hablar con Arnaud e incluso pensó en desheredarlo, pero su mujer lo pudo aplacar —respondió el ama de llaves, tomando un sorbo de té—. Nunca aceptó su

homosexualidad, pero acabó tolerándola. Además, era un hombre inteligente. Sabía que Pascal no tenía ni de lejos las capacidades de su hermano mayor.

—¿Y Chantal?

—Ella sí que es lista, pero su padre era muy machista y nunca le hubiera legado su patrimonio. Además, se casó con el barón Louis de Beauharnais, un tipo aborrecible. Aunque el matrimonio emparentó a los Leclerc con la nobleza, Auguste y Geraldine nunca lo vieron con buenos ojos ni tuvieron buena relación con su yerno.

—Por lo que he averiguado, tampoco la tuvo Arnaud.

—Le seré muy franca: nunca se llevó bien con su hermana, y tampoco ella aceptó que fuera gay. Chantal da mucha importancia al dinero y a las apariencias y odiaba el modo en el que él se saltaba los códigos de conducta que se le suponían por su clase social.

—No debían verse con mucha frecuencia, supongo…

—Después de morir los padres, prácticamente no volvió a poner los pies aquí, ¡afortunadamente! No son buena gente, manejan bien los hilos del poder y son muy manipuladores, especialmente Chantal.

Cristina escuchaba con atención. No era la única que se había formado una mala imagen de aquella mujer.

—A Pascal lo veía más a menudo. Aunque tenía bastante envidia de su hermano mayor, habían sido buenos amigos en sus primeros años. Últimamente estaba un poco raro y discutían más. No sé si sería por influencia de Chantal.

Madame Loisire se incorporó en la butaca y dejó la taza vacía sobre la mesita de centro. Su lenguaje corporal indicaba más distensión que al principio de la conversación.

—Tendremos tiempo para conocernos mejor, pero me cae usted bien. Yo adoraba a Fernando y me recuerda mucho a él. Quizá me esté extralimitando, pero quiero ponerla sobre aviso: ¡tenga cuidado con los De Beauharnais! Hace tiempo que codician Château Marchant y heredar esta mítica bodega los situaría a un nivel parecido al barón de Rothschild.

La riojana sacó su vena periodística y disparó un misil con carga pesada.

—¿Cree que pueden haber influido en que Arnaud se quitase la vida? ¿Chantaje emocional, quizá?

—Lo veo difícil, más allá de ahondarlo quizá más en su depresión. Un suicidio es un suicidio. Sin embargo, la herencia les ha sentado fatal. No le quepa duda de que intentarán todo lo que esté en sus manos para hacerse con esta propiedad.

Aquellas palabras no sorprendieron a Cristina. El día de la lectura del testamento demostraron con creces sus ambiciones sobre la bodega.

—De hecho, y aunque intentaron disimularlo, sé que se alegraron cuando murió Fernando. El destino había eliminado un incómodo obstáculo de su camino.

—Incómodo y homosexual —soltó Cristina, entristecida con aquella cruda realidad.

15

La visita al Château Marchant había dejado a Cristina con sentimientos mezclados. Estaba absolutamente maravillada con la que sería su nueva residencia y tuvo una amable charla con Juliette Loisire.

Sin embargo, el ama de llaves mostró un nivel de franqueza infrecuente en tan corto espacio de tiempo. ¡Quizá demasiado! A ella tampoco le gustaban los De Beauharnais, pero los comentarios de Juliette le parecían excesivamente negativos, e incluso tendenciosos. Intuía que debería filtrar, y mucho, las informaciones procedentes de aquella fuente.

Al día siguiente se reunió con el notario por la mañana para firmar nuevos documentos relacionados con la herencia. Aprovechó para hacerle un breve resumen de su primera visita al Château Marchant y la conversación con Juliette.

—Es una buena persona. Fiel, discreta y muy trabajadora. Arnaud le tenía mucho aprecio y plena confianza —comentó Bertrand.

Cristina analizó para sus adentros aquella descripción. No la veía precisamente como un paradigma de la discreción. Decidió sondear al notario.

—Me sorprende que tuviera tan mala opinión sobre los hermanos de Arnaud, especialmente de Chantal.

—Los De Beauharnais tampoco son santos de mi devoción. El otro día creo que fue bastante obvio. Sin embargo, soy un funcionario

público y me debo a mis clientes. Tengo que mantenerme dentro de la legalidad, pero al margen de las emociones.

—¿Es cierto que están obsesionados con poseer la bodega?

—Es comidilla general en la región. Aunque Louis tenga el título de barón, a nivel económico y de prestigio social está a años luz de Erik de Rothschild.

Laurent Bertrand se detuvo un instante, observándola y meditando sobre sus próximas palabras.

—A raíz de esto, y aunque detesto tener que informarte, hoy me ha llegado un escrito del abogado de Chantal. Ha impugnado el testamento, aludiendo que Arnaud estaba sumido en una depresión profunda y, por tanto, no era responsable de sus actos.

—Mal asunto. Ya lo anunció el otro día…

—Efectivamente, pero estaba fuera de sus casillas y no creía que fuera a hacerlo, la verdad.

Cristina se quedó cabizbaja ante la noticia, que no auguraba nada bueno, sobre todo en lo que respectaba a su relación futura con los Leclerc.

—Tendremos algo más de trabajo, pero la impugnación no prosperará. Ya te dije que no debías preocuparte.

No muy convencida, y tras finalizar los trámites, se despidió de Laurent y volvió a dirigirse a Saint-Émilion. Había conocido ya la mansión de Arnaud y tenía muchas ganas de visitar la bodega. Sin pasar antes por la casa, atravesó la puerta marcada como *Accueil* y se presentó ante una mujer joven, sentada en una mesa ante la pantalla de su ordenador.

—Cristina Castillo, *bonjour*.

—*Enchanté.* Soy Valerie Dufour, la directora de Administración y Finanzas.

Tras el apretón de manos de rigor, la mujer la acompañó a una luminosa sala con enormes ventanales que daban a los viñedos. La invitó a sentarse en uno de los taburetes dispuestos alrededor de la alta y alargada mesa donde se solían realizar las catas. Aún quedaban botellas de agua y vasos limpios de la última sesión.

—Bienvenida a Château Marchant. Me alegro mucho de conocerla. Su padre nos habló mucho de usted.

—Espero que fuese para bien —respondió la periodista sonriendo —. Y, por cierto, podemos tutearnos. Creo que somos más o menos de la misma quinta.

—Nací en el 65, una *baby boomer*.

—Y yo en el 66. No me he equivocado de mucho. Aunque, por poco, ya entro en la generación X. —Lo más difícil en estos primeros encuentros era romper el hielo, y parecía que lo estaba encarrilando bien—. ¿Llevas tiempo trabajando aquí?

—En octubre hará once años. Soy economista y empecé trabajando como auditora en Arthur Andersen. De hecho, audité varios años a Château Marchant hasta que Arnaud decidió ficharme.

—Yo soy periodista, dirijo un diario en La Rioja y, acabo de heredar esta bodega. No veo el momento de empezar a descubrir sus entresijos y conocer a todo el equipo.

—Somos una plantilla reducida, pero bien coordinada. Leclerc era el director general y le reportábamos un reducido comité de dirección: Hervé Villeneufe en el ámbito técnico, Amélie Cuvier en el comercial y logístico y yo en el financiero.

Cristina sacó su libreta granate del bolso y comenzó a bosquejar el organigrama de la empresa.

—Amélie está en una feria estos días, pero luego te presentaré a Hervé. Es ingeniero agrónomo y se encarga de todo lo relacionado con el cultivo de la viña: plantado de las cepas, injertos, poda, regulación del estrés hídrico…

—¿Es también el enólogo de la bodega?

—Aunque sabe mucho, esta función la asumía directamente Arnaud, asesorado por Fernando. Mientras vivió, solían consensuar las decisiones críticas de composición y procesos de vinificación.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Espero que tu puedas responder a esa pregunta.

Para romper el silencio que había provocado involuntariamente, Valerie llenó de agua dos vasos que estaban sobre la mesa y se llevó uno a la boca para tomar un sorbo.

—Nuestra estructura organizativa es plana, y el ambiente laboral, muy motivante. Arnaud siempre criticaba el *micromanagement*, práctica habitual en muchas bodegas de la región. Confiaba en el

equipo y había delegado todas las responsabilidades, excepto las enológicas: ese era su territorio exclusivo y solo él y Fernando tuvieron acceso pleno al mismo.

Justo en aquel instante hizo su aparición el director técnico, quien se apresuró a saludar a su nueva jefa. Hervé era un hombre fornido, de unos cincuenta y tantos años, cuya piel morena y arrugada dejaba entrever infinidad de horas de exposición solar. También sus manos, robustas y callosas, demostraban muchas horas de trabajo en el campo.

—Disculpe que haya escuchado esta última conversación, pero solo puedo corroborar las palabras de *madame* Dufour. A mí me contrató Auguste Leclerc en 1986 y me siento muy a gusto aquí. Sin embargo, en todos estos años, nunca he participado en el proceso de selección de uvas ni en el *coupage* o proporción de mezclado.

—¿Cree que podrá hacerlo en la vendimia de este año?

—Lo haré lo mejor que pueda, pero el listón está muy alto. Ya sabe cómo se valoraron las últimas añadas.

Cristina se quedó pensando para sus adentros. Ella poco podría aportar y quizá fuera bueno echar mano de un experto externo. Se acordó de J. R. y de sus comentarios sobre el Brujo.

—¿Cuánto tiempo permanecen las botellas en la bodega hasta que salen a la venta?

—Habitualmente, unos tres años.

—Eso significa que aún no se han valorado las añadas en las que ya no intervino mi padre.

—Correcto. *The Wine Advocate* valoró con cien puntos las añadas de 1999, de 2000 y de 2001. Las de 2002 y de 2003 están aún reposando y las posteriores las elaboró Arnaud ya sin ayuda de Fernando.

—Me gustaría catar esas añadas. ¿Puede traerme una botella de cada una de ellas, incluyendo la de 2004?

—Acabamos de embotellarla hace nada.

—Da igual, me interesa compararla con las otras.

Villeneufe se dirigió a la bodega para buscar aquellas botellas. Tanto él como Valerie percibieron rápidamente que su nueva directora tenía carácter. ¡Y no les disgustó!

—Aquí las tiene. Me he permitido incluir la añada de 1998. Fue la última que aún pudo valorar su padre y le concedió noventa y seis puntos. Si las cata, podrá observar una gran diferencia entre esta y las siguientes.

—Se lo agradezco. Así tendré una visión más completa de la evolución del vino en Château Marchant.

—Por cierto, ¿ha visitado ya la colección de Arnaud?

—¿Se refiere a las obras de arte del salón?

—No, a la de vinos. Auguste Leclerc empezó hace muchos años a recopilar botellas únicas y excepcionales por toda Europa. Algunas tienen varios siglos de antigüedad. Las joyas de la corona son las cuatro botellas de los Châteaux que en 1855 fueron clasificados como *premier grand cru classé* por iniciativa de Napoleón III: un Lafite de Rothschild, un Margaux y un Latour, los tres de la región de Médoc, y un Haut-Brion de la región de Graves.

—Tendrán un valor incalculable.

—Vale más esta colección que toda la bodega. Hay un aristócrata italiano que hizo ofertas millonarias por adquirir alguna de las piezas más exclusivas.

—¿También es coleccionista?

—Se trata del marqués Guido Lungobaldi. Dicen que en su palacio toscano atesora una de las mejores enotecas del mundo, aunque dudo mucho que pueda superar a esta.

—¿Estuvo alguna vez en Saint-Émilion?

Aquella pregunta resultó algo incómoda a Hervé, que meditó bien cómo contestarla.

—Señora Castillo, a medida que nos vayamos conociendo, averiguará cosas que no han de salir de aquí.

—Muy críptico, pero entendido. Y, por favor, llámeme Cristina.

—Lungobaldi vino a menudo al Château Marchant. Durante una época fue más que amigo de Arnaud, pese a ser un hombre casado, y asistía habitualmente a sus fiestas.

—Capto lo que quiere decir. ¿Tuvo acceso a la composición del vino?

—Lo dudo, aunque creo que Juliette podrá informarla mucho mejor que yo sobre todo esto.

Villeneufe la guio a una puerta de madera que se encontraba al final de la bodega, justo donde esta lindaba con el antiguo castillo del siglo XVII. Una empinada escalera de caracol los llevó hasta una antigua cámara subterránea abovedada. Entre columna y columna, unas estanterías almacenaban centenares de botellas, bien clasificadas según su procedencia y añada. Se podía percibir una combinación de olores a humedad, vino, tierra y madera, aromas que la transportaron a la zona de crianza en Bodegas Castillo.

Al fondo de aquel sótano se encontraba una pequeña cámara, protegida por una puerta acorazada, que albergaba las botellas más valiosas. Parecía que se encontraban en los depósitos de seguridad de un banco suizo.

—Aquí tiene el sanctasanctórum de la enoteca, pero no podré mostrárselo: solo Arnaud y Fernando conocían la clave para abrir esta puerta.

—¿No lo compartieron con nadie más? ¿Ni con Juliette ni con alguno de los hermanos de Leclerc?

—Absolutamente, no. Arnaud era muy desconfiado. Y, créame, Lungobaldi no es el único que daría lo que fuera por tener acceso a este lugar.

Cristina permaneció, meditabunda, observando la rueda giratoria de aquella maciza puerta metálica. Recordó las palabras «daría lo que fuera» dichas por su tío, aunque ahora aplicadas a otro apartado muy valioso de la propiedad que acababa de heredar.

16

Cristina canceló la última noche que tenía reservada en el Hotel de Sèze, regresó a Logroño y pasó el viernes entero trabajando en la redacción de *La Rioja*. De momento, y gracias al inestimable apoyo de su redactor jefe, iba consiguiendo compaginar su actividad periodística con el tsunami de acontecimientos que iba acercándose, peligrosa e inexorablemente, a la orilla de su existencia.

Cada día que pasaba tenía más dudas sobre la decisión que debía tomar respecto a su futuro profesional. Aunque empezaba a atraerle lo poco que había vislumbrado de Château Marchant, se le hacía una montaña tener que mudarse a Burdeos y encarar las dificultades que acarrearía hacerse cargo de aquella propiedad en un entorno más que hostil.

Después de cargar una enorme maleta con ropa y enseres personales, volvió a Francia el sábado y aprovechó aquel fin de semana para instalarse en el *château* y familiarizarse con su nuevo hogar, la bodega y sus empleados.

Finalmente llegó el día de las exequias de Arnaud, que tendrían lugar a las nueve y media de la mañana. Para aquella ocasión se puso el mismo traje chaqueta y zapatos de tacón negros que había llevado en el entierro de su padre, en aquel ya lejano octubre de 2003. Seguro que también asistieron al mismo varias de las personas que hoy abarrotaban la catedral de Saint-André, pero aquel

día estaba tan aturdida que se le había borrado cualquier recuerdo de la memoria.

Pascal Leclerc iba saludando a conocidos y amigos a medida que llegaban al funeral. Se acercó a la periodista en cuanto la divisó y le indicó el lugar donde debería sentarse, frente al coro y a la derecha de la catedral, justo delante del águila dorada que ejercía de atril. El recibimiento había sido distante pero educado. Pese a ello, un sudor frío le recorrió el espinazo mientras se dirigía circunspecta a su asiento.

Las miradas de los presentes se le clavaban en la nuca como dardos disparados a través de una cerbatana. ¿Sabrían quién era? En aquel momento ni se le ocurrió pensar que quizá alguno de ellos se fijase en ella más por su juventud y atractivo que por ser la heredera de Château Marchant.

A su izquierda ya se encontraban Chantal, su hijo Matthieu y quien supuso que debía de ser su marido, Louis de Beauharnais. El frío apretón de manos que recibió como saludo no pasó desapercibido a los curiosos que observaban la escena.

Echó una furtiva mirada al espacio vacío a la derecha del altar. Una corona de lirios, nardos y narcisos de color blanco amarillento —combinación muy vaticana, por cierto— llevaba una banda con las palabras De tes frères. Aquel rincón acogería en breve el féretro de Arnaud.

Pasaba ya de largo la hora prevista para el inicio de la ceremonia. Pese a su habitual puntualidad, especialmente en acontecimientos relevantes, el arzobispo de Burdeos aún no había hecho acto de presencia. El grave silencio que imperaba en Saint-André se fue evaporando por los murmullos y comentarios de los asistentes.

Aquella espera se le hizo eterna a Cristina, tremendamente incómoda con la situación en la que se encontraba. No se atrevía ni a mirar a su izquierda para evitar cruzar la mirada con la de Chantal, sobre todo después de saber que había desenterrado el hacha de guerra. Su cuerpo le pedía encarecidamente usar las piernas para salir corriendo del lugar y olvidarse de todo aquello, pero sabía de sobra que esa no era una opción.

Aún llegaba algún que otro rezagado, entre ellos René Bonfils, jefe de la gendarmería de Burdeos, que se sacó su característica gorra al penetrar en el templo. Bajo, con fino bigote y ojos algo saltones, tenía cierto parecido con el capitán Renault de *Casablanca*.

Finalmente apareció el sacerdote detrás de un hombre, vestido de negro, que empujaba la tarima de ruedas con el féretro de Arnaud. Todo el mundo se puso en pie y volvió a reinar el silencio en aquel hermoso recinto gótico. Inició la misa como de costumbre y pidió disculpas por el retraso, debido, según dijo, a un imprevisto de última hora.

—Hoy estamos aquí reunidos para despedir a nuestro hermano Arnaud, querido y respetado por todos los que le conocieron.

Gestos de asentimiento y de santiguarse recorrieron Saint-André de punta a punta. Después de los ritos canónicos, el arzobispo inicio el sermón. No pudo ser más elocuente.

—Dios es misericordioso. Aunque solo él puede dar y quitar la vida, perdona a aquellos hijos suyos que deciden por su cuenta terminar la existencia terrenal.

El funeral finalizó tras algo más de una hora y los asistentes empezaron a abandonar la catedral. Puesta ya en pie, Cristina se disponía a acompañarlos cuando un expresivo gesto del gendarme la frenó. Inmovilizada en la primera fila, era objeto de las escrutadoras miradas que le dirigían los que desfilaban frente a ella para dar el pésame a la familia. Muchos de ellos se preguntaban quién sería aquella desconocida, sentada en un lugar tan destacado.

La tímida sonrisa con la que se despidió Laurent Bertrand fue lo más reconfortante de aquella interminable ceremonia. Hizo un disimulado gesto con sus dedos para indicar al notario que contactaría con él telefónicamente.

Una vez disipada la muchedumbre, el gendarme Bonfils se acercó a los Leclerc para acompañarlos en el sentimiento y compartir una inquietante noticia.

—El forense me ha llamado esta mañana para comunicarme los resultados de la autopsia. Parece ser que los análisis han dado

valores muy anómalos. —Giró la cabeza para asegurarse de que ningún curioso inoportuno lo estuviese escuchando—. Ustedes sabrán, mejor que yo, que Arnaud era diabético y tenía que inyectarse insulina a diario. Es normal que haya aparecido esta hormona en el cuerpo, pero no en los elevados niveles detectados en su sangre. Por contra, no aparece ni rastro de glucosa.

El gendarme echó una mirada al féretro antes de continuar.

—Sé que tenían previsto enterrar ahora mismo a su hermano, pero deberán posponerlo unos días. Hemos decidido que su cuerpo estuviera dentro del ataúd para recibir la bendición eclesial, pero solo permanece refrigerado, no embalsamado. Tendrá que volver a la morgue para repetir los análisis.

Los Leclerc se miraron desconcertados, incapaces de articular una sola palabra.

—Informé al arzobispo media hora antes de comenzar la ceremonia y preferimos no anularla para evitar crear confusión entre el público. Estuvo sopesando modificar el sermón por su reflexión sobre el suicidio, pero le recomendé no hacerlo. Es muy pronto aún para sacar cualquier tipo de conclusión y no quiero que esta información salga de este…

—¿Cree que lo asesinaron? —interrumpió Chantal, sin dejarle acabar la frase y mirando de reojo a Cristina, que seguía la conversación desde su sitio.

—Hasta nueva orden sigue vigente el informe oficial de la policía de Washington. Y les pido por favor que no compartan esta información con nadie.

Dio la espalda a los Leclerc para dirigirse a la joven riojana.

—*Mademoiselle* Castillo, permítame que me presente. Soy René Bonfils, jefe de la gendarmería de Burdeos.

—*Bonjour*, *monsieur* Bonfils —respondió, tendiéndole amablemente la mano y con un acento francés que sorprendió a todos los presentes.

—Como habrá podido oír, no es del todo evidente que Arnaud Leclerc se quitase la vida. Hasta que dispongamos de resultados más concluyentes, debe permanecer aquí. Por cierto, ¿dónde se hospeda?

—Me instalé en el Château Marchant justo este fin de semana y tendré que volver a España el jueves: soy directora de un periódico local y me necesitan allí.

Louis de Beauharnais, muy discreto hasta aquel momento, no pudo evitar un rictus de desprecio. La mera idea de imaginar a aquella advenediza ocupando la mansión de los Leclerc le produjo la misma sensación que una daga perforándole la tráquea. Por suerte, o eso pensaba, saldría pronto de allí, en cuanto se aclarase la validez del testamento.

—Hoy es… martes —pensó Bonfils, en voz alta, tras el comentario de Cristina—. Dos días serán tiempo suficiente. Necesitaré su número de móvil para poder localizarla si fuese necesario.

La periodista arrancó una hoja de su bloc de notas, apuntó su número y se despidió, visiblemente alterada por ese inesperado giro en los acontecimientos.

17

Cristina abandonó Saint-André como en un estado de ebriedad. Antes de volver al *château*, decidió dar un largo paseo por el centro de Burdeos. Le serviría para descargar la tensión acumulada y familiarizarse un poco más con la histórica ciudad que a partir de entonces la acogería.

Nada más salir de la catedral pasó por delante del ayuntamiento y se adentró por la cuadrícula de callejuelas de la zona peatonal. Le llamó la atención la librería Mollat, un hermoso y antiguo establecimiento, que ocupaba casi toda una manzana. Algún día quería volver para disfrutar hojeando libros al igual que solía hacerlo en Santos Ochoa de Logroño.

La próxima parada sería en las Galerías Lafayette, justo antes de llegar a la Rue Sainte-Catherine. Estaban de rebajas, y aunque no necesitaba comprar nada, decidió darse una vuelta por aquellos grandes almacenes. Ir de tiendas le gustaba y le iría bien para desconectar un rato.

Finalmente llegó al monumental teatro de la ópera. Se detuvo, extasiada, ante la fachada neoclásica, con sus columnas corintias rematadas por doce estatuas representando a musas y diosas de la antigua Grecia.

«Cuántas veces habrá estado papá en este mismo lugar…», pensó emocionada.

Mientras tanto, en Saint-André, el ataúd fue cargado en el coche mortuorio. No se dirigiría al cementerio de Saint-Émilion, sino de nuevo a la morgue para posteriores comprobaciones. René Bonfils estaba ya allí y conversaba con el médico forense en el momento en que los funerarios extraían el cuerpo de Leclerc del féretro y lo depositaban en una de las camillas metálicas de la cámara frigorífica.

Sus restos habían llegado el día anterior de Washington acompañados de una maleta de cuero marrón con el característico logo MONOGRAM de Louis Vuitton. Seguía con el precinto de la policía estadounidense. El jefe de la gendarmería se puso unos guantes, tomó unas tijeras del escritorio y echó una mirada al cadáver de Leclerc.

—Con su permiso.

El humor negro era otra de las facetas que caracterizaban al gendarme, quizá por deformación profesional. Rompió el sello tras tomar varias fotografías y abrió el equipaje del viticultor, que estaba completamente desordenado. Zapatos entremezclados con camisas y pantalones, *Le premier homme* de Albert Camus, algún fular y el neceser, que de inmediato atrajo la atención del forense y lo sacó de la maleta.

Desprendió la cremallera y volcó su interior sobre la mesa: una maquinilla y espuma de afeitar, desodorante, cepillo y pasta de dientes, preservativos, jeringuillas hipodérmicas y varios medicamentos. Al removerlos, descubrió dos viales de insulina y un blíster con comprimidos de Prozac.

—Este hombre se trataba contra la depresión —informó el médico forense.

—¿Cómo dice? —preguntó René, perplejo.

—El Prozac, o fluoxetina, es un antidepresivo común. No creo que lo llevase encima para hacer bulto.

—¿Y cómo no se le ocurrió ayer mirar dentro de su maleta?

—Seguí el encargo que me dieron: una autopsia rutinaria, sin más.

—Vaya funcionarios que tenemos en el cuerpo —prosiguió el gendarme, con sorna—. O sea, que nuestro hombre estaba de

antidepresivos hasta las cejas. —Fuera de sí, Bonfils dio tal patada a la maleta, que la envió hacia la pared—. Amigo mío, Leclerc se suicidó, tal como concluyeron los colegas de Washington. Su historia de la insulina me ha puesto en ridículo ante la familia y esa chica española. ¿Cómo cree que van a reaccionar?

Muy alterado, sacó su teléfono del bolsillo para llamarlos y comentarles el malentendido, pero el médico lo detuvo con la mano.

—No se precipite, por favor. —Señaló los viales de insulina, que también se encontraban sobre la mesa—. Déjeme antes examinar esto.

—Haga lo que crea conveniente, pero dese prisa. Quiero darle carpetazo ya a este asunto, sin perder más el tiempo ni mi honor.

—En pocas horas tendré los resultados.

René salió de la morgue dando un portazo y visiblemente molesto por la incómoda situación en la que el forense lo había colocado.

A pocos metros de allí, Cristina se sentó en una terraza de la hermosa alameda de Tourmy para almorzar.

Aprovechó la soledad que le brindaba aquel momento de calma para llamar a Camero.

—Hombre, Cris, ¡qué sorpresa!

—Hola, J. R., ¿puedes hablar ahora?

—Sin problema. Aquí todo sigue en orden, aunque la gente está extrañada y pregunta por ti. Ya sabes cómo funcionan estas cosas. ¿Qué tal tú?

—Podría estar mejor, la verdad: el forense ha descubierto algo raro al hacer la autopsia de Leclerc.

—¿Algo raro? ¿A qué te refieres?

—Niveles anormales de insulina en sangre. No sé, supongo que en breve lo aclararán. De momento, me han pedido que no me mueva de aquí.

—Dios mío, ¿más días aún yo aquí solo? Me va a dar un telele.

—No sé cómo agradecértelo.

—Bueno… Lo del otro día ya fue un buen anticipo.

—No me supuso un gran sacrificio.

Ambos sonrieron, deseando que pronto se pudiera repetir.

—¿Y quién te pide que te quedes allí? ¿La familia?

—¡Qué va! El jefe de la gendarmería. La familia solo se ha preocupado de impugnar el testamento y prácticamente no me hablan.

Camero se quedó mudo al otro lado de la línea. Empezaba a preocuparse seriamente por su directora.

Finalizada la conversación, Cristina pidió al camarero la *formule du jour*, hoy un confit de pato acompañado de col lombarda a la manzana y una copa de vino tinto. Pese a ser un sencillo médoc de la casa, disfrutó de su *bouquet*, intenso y afrutado. Definitivamente, aquella zona tenía gastronomía y caldos excepcionales.

Tras el almuerzo, recogió su Audi y volvió a Saint-Émilion, escuchando un CD con arias y fragmentos orquestales de óperas conocidas. Por una nueva e increíble sincronía, la primera pieza que sonó fue la *Marcha fúnebre de Sigfrido*. Desde que la escuchó por primera vez en la película Excalibur, aquella solemne partitura de Richard Wagner siempre le ponía la piel de gallina.

La inquietante revelación de la autopsia, sumada a la tensión del funeral, la habían dejado agotada. Nada más llegar, se tumbó en la cama de su habitación y lo que tenía que ser una pequeña siesta acabó convirtiéndose en un profundo sueño de varias horas. No fue un factor menor el contundente guiso de pato con el que se había obsequiado.

En la morgue, el forense había completado los análisis en tiempo récord. Descolgó el teléfono para llamar a su superior.

—¿Qué quiere ahora? —respondió este, en tono agresivo. Seguía molesto con el médico y se lo hizo notar.

—Hola, René. ¿Puede acercarse de nuevo por aquí?

—¿Ha descubierto algo interesante?

—Yo diría que sí, pero prefiero que venga para mostrárselo.

Bonfils salió *ipso facto* de la gendarmería y no tardó mucho en llegar. Aunque deseaba olvidarse ya de aquel asunto, como buen policía que era, la llamada lo había intrigado. El forense lo acompañó al laboratorio y le mostró un vial de insulina sin abrir.

—Fíjese en esto.

Después de ponerse los guantes, el gendarme le dio la vuelta con los dedos sin apreciar nada destacable.

—Me pasó lo mismo cuando los saqué antes del neceser, pero, si se fija con más detenimiento, verá que la tapa de aluminio tiene una ligera abolladura.

—Hay que tener buen ojo para verlo…

—Ahora fíjese en la etiqueta.

Bonfils leyó: «40 UI/ml».

—Usted sabrá, no soy médico.

—Significa que contiene cuarenta unidades internacionales por mililitro. Aunque depende del peso y de la ingesta de azúcares, un diabético adulto necesita inyectarse entre uno y dos mililitros al día con esta concentración. Hasta aquí, nada raro.

—Abrevie, por favor, me estoy poniendo nervioso con tanto misterio.

—René, la muestra analizada tenía una concentración de *dos mil* unidades internacionales por mililitro: cincuenta veces más de lo que indica la etiqueta. Alguien manipuló estos viales. El día de la gala, Arnaud Leclerc se pinchó una dosis de caballo, entró en hipoglucemia y murió de un coma diabético. ¡Deprimido o no deprimido!

18

Eran las seis de la tarde en Burdeos, mediodía en Washington. Inmediatamente después de las revelaciones de su forense, Bonfils extrajo el informe de la policía estadounidense que acompañaba al cadáver y marcó el número que figuraba en la cabecera.

Descolgó el teléfono el mismo agente que penetró en la habitación de Leclerc días atrás. Por casualidad —o quizá no tanto— estaba realizando el turno de mañana en aquella primera semana de verano.

—*Police station Washington DC.*

—*Good morning*, soy René Bonfils, jefe de la gendarmería de Burdeos —contestó, con un marcado acento francés.

—¿Cómo dice? ¿Llama usted desde Quebec?

—No, estoy en Francia, Europa.

—*Understood*— respondió en su apático tono habitual.

—Quiero hablarle sobre Arnaud Leclerc, el ciudadano francés que murió en su ciudad el 2 de junio.

—Ah, el *freak* que se colgó en su habitación.

Bonfils no entendió bien a qué se refería, pero decidió obviar aquel comentario.

—Tenemos fundadas sospechas de que fue asesinado.

Las últimas palabras activaron de inmediato al agente.

—Yo mismo redacté el informe de su muerte por suicidio. ¿Quiere poner en duda la investigación de nuestra brigada criminal?

—No pretendo ofender a nadie, pero este tema es urgente. Si usted no quiere o no puede responderme, agradecería hablar con su superior.

Dudó unos instantes, claramente molesto, pero acabó transfiriendo la llamada al comisario del West End.

—Joe Sinclair, *hello*.

En el mejor inglés que pudo, el gendarme resumió los hallazgos que había arrojado la autopsia de Leclerc.

—Me sorprende mucho lo que me cuenta. ¿No se han planteado que él mismo se hubiera inyectado una sobredosis antes de colgarse?

—¿Qué sentido tendría eso?

—Asegurar el tiro.

Bonfils percibió la resistencia de su colega estadounidense a reconocer una más que probable equivocación e insistió con diplomacia.

—Es evidente que no puede desestimarse ninguna hipótesis. Sin embargo, por la misma regla de tres, también hemos de contemplar la manipulación externa de los viales, ¿no cree?

Tras un breve silencio al otro lado de la línea, Sinclair decidió colaborar.

—De acuerdo, reabriremos el caso, pero esta vez pediré ayuda al FBI.

—Esto lo dejo en sus manos. Aquí, de momento, mantendremos en secreto la investigación. Llámeme si necesita cualquier dato adicional.

Ambos mandos policiales intercambiaron sus correos electrónicos y teléfonos para seguir en contacto.

Después de colgar, Bonfils dio instrucciones al forense para precintar los enseres de Arnaud y mantener su cuerpo en la cámara refrigerada hasta nueva orden.

A continuación, subió al coche patrulla y salió zumbando al Château Marchant.

Madame Loisire abrió la puerta, sorprendida, e hizo pasar al gendarme al salón.

—Siéntese, agente Bonfils. ¿Quiere que le ofrezca alguna cosa?

Al negar este secamente con la mano, el ama de llaves subió rauda las escaleras y golpeó con sus nudillos en la puerta de la habitación de Cristina, que aún dormía plácidamente. Se arregló lo más rápido que pudo y acudió al encuentro con el oficial, que la esperaba en el salón jugueteando con la pequeña escultura de Giacometti.

Tras saludarlo, se sentaron cada uno en una butaca. Se la notaba algo nerviosa, detalle que no pasó desapercibido al gendarme.

—No traigo buenas noticias, señora Castillo.

—¿Se ha confirmado el anómalo análisis de sangre?

—No solo eso… ¡Leclerc fue asesinado!

Cristina se llevó las manos a la cabeza tras aquella contundente afirmación.

—Alguien adulteró su medicación y necesitamos descubrirlo con urgencia.

Bonfils omitió intencionadamente la remota posibilidad de que el mismo Arnaud se hubiese suministrado la sobredosis.

—¿He de interpretar que me está acusando?

—No creo haber dicho eso —respondió él, de inmediato, e hizo una breve pausa—. Mejor dicho, *aún* no. La primera premisa cuando se investiga un crimen es buscar a quién le beneficia. Y siento decirle que tiene usted muchos números en este sorteo.

La periodista se recostó en el sillón, cada vez más confusa.

—Esta situación es kafkiana. Sin apenas conocer a Leclerc, en pocos días me entero de que fue la pareja de mi padre y heredo la mayor parte de su fortuna. Ahora resulta que lo han asesinado y el dedo de la justicia me señala a mí.

—He contactado ya con la policía de Washington e iniciaremos una investigación conjunta de los hechos. Haré lo posible para que no trascienda la noticia, pero ya sabe lo difícil que es mantener un secreto como este.

—Ya le dije que tengo que volver a la Rioja este jueves. Supongo que no habrá problema.

—Si no recibo alguna información que la comprometa, podrá ir. De todos modos, deberá estar localizable. Tengo ya su teléfono, pero necesitaré también su dirección en España, la del trabajo y la de alguna persona de contacto. Sepa que contrastaré estos datos, más le vale no mentir.

Cristina arrancó una hoja de su bloc de notas y lo apuntó todo, bajo la inquisidora mirada de René, que se frotaba las manos para sus adentros: no se presentaban casos así todos los días.

19

Después de la llamada recibida desde Francia, la comisaría del West End de Washington había rescatado de nuevo el dosier Leclerc. Aparte de las del mismo Arnaud, las únicas huellas dactilares que en su día encontró la policía científica, en el asa de la maleta, fueron las del botones del hotel que la había subido a la habitación. Todos se peleaban por hacerlo, la propina solía ser sustanciosa.

En aquel informe no encontraron ningún hilo del que tirar, por lo que el agente se dirigió de nuevo al hotel Four Seasons, esta vez acompañado de Joe Sinclair, su superior, para entrevistarse con el gerente.

—Nos gustaría hablar con su director —preguntaron a un recepcionista, que los guio hasta el despacho de Will Coleman. Tras ponerlo en antecedentes, el gerente se hundió en la silla sujetando su cabeza con las manos.

—*What the fuck!* Casi me había olvidado de este tema.

—Nosotros también, créame, pero parece que el difunto era un hombre rico e influyente en su país. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Ese gabacho afeminado no ha hecho más que estorbar. Por su culpa ya me perdí el partido de los Nationals —respondió el agente de mala gana y mascando su sempiterno chicle.

—No diga barbaridades —le reprendió Sinclair—, para algo es usted un policía. Vamos a ir a lo práctico. Si realmente murió debido a esa medicina adulterada, alguien tiene que haberlo colgado posteriormente.

—Ya revisamos las cámaras del pasillo de su suite —respondió Coleman.

—Lo he leído en el informe, pero solo durante las horas aproximadas en que se produjo su muerte. Voy a pedirle visualizar toda la filmación, desde que Leclerc entró en el hotel hasta que lo descubrieron ustedes colgado.

—Tenemos suerte, porque las grabaciones se borran pasado un mes y aún están disponibles. Ahora mismo daré las instrucciones pertinentes.

Una vez Sinclair había abandonado el hotel, Coleman se reunió con el otro policía y el responsable de seguridad para revisar juntos, en cámara rápida, las imágenes registradas.

La grabación comenzaba el día 1 de junio a las seis de la tarde. Arnaud había llegado a la habitación acompañado por el botones. Este abrió la puerta con la tarjeta, entró la maleta y se fue con el puño cerrado y rostro de satisfacción. Como de costumbre, la propina habría sido generosa.

No salió para cenar ni pidió servicio de habitación. La puerta de la suite se mantuvo cerrada durante toda la noche hasta que, sobre las ocho de la mañana, su ocupante se ausentaba, seguramente para tomar el desayuno, y volvía, una hora más tarde, con una botella de vino Pine Ridge en la mano.

A las diez y media de la mañana, la cámara grabó a otra persona que andaba por el pasillo con una mochila a la espalda, se detenía frente a la habitación y pulsaba el timbre. Por su estructura física y forma de caminar, parecía un hombre corpulento y de mediana estatura. Llevaba pantalones vaqueros, zapatillas deportivas Converse y una sudadera gris con capucha, que en ningún momento permitió que se le viera el rostro.

A continuación, se veía a Arnaud abrir la puerta e invitar al encapuchado a entrar en la habitación. No se registró ningún movimiento más hasta las cuatro de la tarde. La puerta se entreabrió y, tras unos instantes, la misma persona salió de la suite, de espaldas y con la capucha subida. Anduvo marcha atrás por el pasillo hasta llegar a las escaleras de servicio, sin mostrar su cara en ningún momento. Tanto antes como ahora llevaba las manos en los bolsillos de la sudadera, por lo que no se podía adivinar ni el color de su piel.

El técnico de seguridad buscó la grabación del *lobby* del hotel a la hora en que perdieron de vista al encapuchado, pero ya no volvió a aparecer. Tampoco en los registros de pisos inferiores. ¡Se había esfumado!

Will Coleman se llevó las manos a la cabeza. Pudo camuflar con bastante discreción el suicidio de un huésped en el Four Seasons, pero sería inevitable la difusión a gran escala de aquellos hechos.

El agente se despidió con su desidia habitual y se dirigió a la comisaría para compartir con su jefe las evidencias que habían proporcionado las grabaciones. La persona que entró en la habitación de Arnaud lo conocía y había estudiado con precisión la localización de las cámaras de seguridad. Lo más grave, sin embargo, era que se había largado del hotel sin dejar la más mínima pista sobre su aspecto físico.

20

Pese a los recientes acontecimientos, Cristina había recibido luz verde para abandonar Francia aquel jueves. Llegó a Haro a las once de la noche, tras más de cuatro horas conduciendo. Pese al cansancio, le costó horrores conciliar el sueño. Estaba a punto de abandonar un mes de junio en el que su vida había dado un vuelco gigantesco y aún no sabía cómo afrontar la situación. Echaba de menos a Neko, que se había quedado esos días en casa de sus tíos. Acariciar y escuchar el ronroneo de su gatita la confortaba y le causaba un efecto balsámico cuando estaba inquieta.

El día siguiente transcurrió de nuevo en la redacción de *La Rioja*. Después de ponerse al corriente de los temas principales, fue al despacho de Rubén, el responsable informático. Alto, delgado y algo desgarbado, solía vestir ropa vaquera y camisetas negras con cualquier motivo friki imaginable. Maquetas de *Star Wars* y una calavera metálica para guardar bolígrafos completaban el caótico mosaico de teclados, cables y torres desparramados por toda la sala.

—Buenos días, jefa, últimamente no se te ve el pelo.

—Tienes toda la razón. Echo de menos la vidilla de la redacción.

—Tuvimos una caída de tensión el lunes, pero por suerte no ha afectado al servidor.

—Camero ya me informó. Toquemos madera para que no se repita.

Se golpeó ligeramente la cabeza con los dedos de la mano antes de sentarse en la única silla libre que encontró.

—Quería pedirte una cosa, si no te supone un gran esfuerzo.

—Adelante, ¡dispara!

—Como sabes, mi padre murió hace ya un tiempo. El ordenador con el que trabajaba sigue en su despacho, criando polvo, y me interesaría tener acceso a él. ¿Crees que podrías descubrir la contraseña?

—Fui cocinero antes que fraile, o hacker antes que informático —respondió Rubén, sonriendo, a la vez que amartillaba su teclado a toda pastilla—. Me llamaban «el pianista».

—¿Te traigo la torre el lunes o puedes pasarte por Haro en algún momento del fin de semana?

—Pues mira, precisamente mañana he quedado en Cuzcurrita para hacer el vermú con mis amigos Fran Mir, Santi Vivanco y la escritora Esther Novalgos. Si estás en casa sobre las once, puedo pasarme antes por allí y me lo miro.

—Hecho, ¡muchas gracias!

Cristina apuntó su dirección en un pósit y lo enganchó sobre la pizarra antes de abandonar el despacho de Rubén.

Al pasar delante de la sala de descanso, se encontró a J. R. dispensándose un cortado.

—Vaya, tendremos que bautizar este rincón como Camero Café.

El periodista no pudo aguantar la risa ante aquella divertida alusión a un exitoso programa de televisión.

—¿Te saco uno?

—Doble, por favor. Lo necesito.

Con los vasitos de café en la mano se dirigieron al despacho de Cristina y ella cerró la puerta.

—Tienes cara de cansada.

—He tenido momentos mejores, la verdad.

—Pues ya somos dos. El martes vino el director general de Vocento y preguntó por ti. Quería aprovechar que estaba en Logroño aquel día para consensuar contigo la fecha del próximo Consejo de Administración.

Ella se irguió en su silla giratoria, poniendo máxima atención en la conversación. Vocento era el grupo de comunicación propietario de *La Rioja.*

—He justificado tu ausencia lo mejor que he podido y hemos quedado en que te pondrías en contacto con él.

—Gracias por cubrirme, lo llamaré enseguida.

J. R. dio un sorbo a su cortado antes de continuar.

—Cris, veo inviable seguir así por mucho tiempo. Tengo una cantidad de trabajo que no me la acabo y la gente empieza a rumorear. Creen que tienes algún problema de salud. Sobre todo, los que conocen la historia de tu madre.

Ella seguía con semblante serio las palabras de su compañero. Tampoco sabía cómo salir de aquel atolladero. Finalmente, pasó a la acción.

—Mi situación se ha complicado, y mucho. Me temo que se ha confirmado lo que te dije hace unos días: parece que Leclerc fue asesinado y estoy en la lista de sospechosos principales.

—Heredaste su bodega, es comprensible.

—Así es. Tengo que colaborar con la gendarmería en todo lo posible para que localicen al asesino y demostrar mi inocencia, antes de que todo Burdeos me señale con el dedo.

Acabó su café, tiró el vasito a la papelera y se puso en pie.

—Tenemos que ver cómo nos organizamos tú y yo, pero lo más urgente ahora es reunir al equipo y cortar de cuajo los rumores.

—Estoy de acuerdo, pero ¿cómo justificarás ante ellos tus ausencias, recientes y futuras?

—Les diré que estoy gestionando temas pendientes de mi padre. Los antiguos saben que él vivía y trabajaba en Francia.

—No sé si colará, porque murió hace tiempo.

—Tampoco tanto, menos de tres años. Y, por el momento, me basta con no mentirles.

Puso cara de circunstancias antes de cambiar de tema.

—Por cierto, he traído diferentes añadas de Château Marchant y me gustaría quedar con el Brujo para que las pruebe y me dé su opinión.

—¿Ezequiel? Estará encantado de poder catar vinos de este nivel. Llamaré a mi padre para que lo organice.

—Si pudiese ser este fin de semana, mejor que mejor. Por descontado, estáis invitados.

Tras finalizar la conversación, salió a la sala de redacción, avisó a todos los empleados para que se reunieran allí y les dio el mensaje consensuado con José Ramón. Aunque no supieron bien a qué atenerse, se produjo un alivio general al descartarse una enfermedad grave de su directora: era muy apreciada y se había ganado el respeto de sus colaboradores, tanto por su valía profesional como por el talante, cercano y motivador.

21

Cristina madrugó bastante al día siguiente, aunque era sábado, para recoger a Neko en casa de sus tíos. Echaba de menos a su gatita.

Poco antes de llegar, tuvo que parar el coche para contestar una llamada telefónica de J. R.

—Tengo una buena noticia, Cris.

—Últimamente van escasas, ¡suelta!

—Ezequiel tiene libre el domingo antes de comer.

—O sea mañana mismo… ¡Fantástico!

—Me ha propuesto encontrarnos a las once en Logroño, a la entrada de Bodegas Olarra. Trabajó allí durante muchos años y dispone de una zona perfecta para realizar catas.

—Me hubiese gustado que viniera mi tío, pero su cita a las doce en Santo Tomás es sagrada. Ni mil puntos de Robert Parker lo convencerían para no asistir a esa misa.

—Los Camero somos menos píos y te aseguro que no nos lo perderemos. ¡Te veo mañana!

Tras aquella conversación se dirigió a la calle Siervas de Jesús y aparcó el coche delante de un antiguo edificio neogótico, ante cuya fachada habían adosado unos horrendos almacenes. Aún se podía leer el antiguo rótulo: COPE, COOPERATIVA DEL CONSUMO.

—Buenos días, querida —la saludó Carmen, haciéndola pasar al recibidor, donde ya la esperaba su gatita maullando emocionada.

—¿Qué tal se ha portado mi pequeña?

—La verdad es que casi no la hemos visto. Aparece de vez en cuando en la cocina para comer o beber y va todo el día a su aire.

—Es igual que su dueña. —Cristina sonrió, agachándose para subir a la gata en sus brazos.

—¿Cómo te ha ido en Francia, hija mía? —le preguntó su tía.

—Todo bien, ya os contaré —respondió sucintamente y cambió rápido de tema—. Por cierto, tendrían que demoler los viejos tinglados que hay frente a la casa vecina. Restaurada, resultaría tan o más bonita como la vuestra.

Rubén llegó puntualmente y tuvo que esperar unos minutos delante de la casa de Cristina. Aprovechó para fisgar por el jardín y los alrededores. En cuanto ella apareció con el transportín de Neko en su mano, lo saludó, abrió la puerta y lo invitó a pasar.

—Perdona el retraso, me entretuve un poco yendo a buscar a mi mascota.

En cuanto abrió el transportín, Neko se alejó rápido, asustada por la presencia de aquel desconocido. Definitivamente, no era muy sociable.

—Me encanta este lugar. Esto es un auténtico paraíso.

—Bueno, todo tiene sus pros y sus contras —respondió la joven, intentando relativizar el hecho de que vivía en un lugar privilegiado.

El informático llevaba una camiseta negra con la icónica imagen de Boris Karloff en *Frankenstein*. Cristina siempre se preguntaba dónde diablos encontraría aquellas joyas imperdibles del universo friki. Lo hizo pasar al despacho, donde reposaba el viejo ordenador de mesa de su padre con una caja llena de disquetes y CD-ROM al lado del monitor.

—Necesitaré que me des algunos datos.

—Espero que no muy íntimos…

—Todo es relativo —respondió él con una sonrisita traviesa—. Apúntame fechas de nacimiento, nombres de tus padres, fecha de su boda, algún lugar u objeto emblemático para él…, ya sabes, su *Rosebud* particular.

La periodista apuntó todo lo que se le ocurrió en aquel momento, lo dejó solo en el despacho y se fue a la cocina para darle comida y agua a Neko. Tras tantos días fuera le apetecía un intensivo de mimos con su gatita.

Rubén se puso manos a la obra, tecleando todo tipo de combinaciones numéricas y alfanuméricas a partir de los datos que había recibido. No tardó ni una hora en avisarla.

—Ya lo tienes. La contraseña es Cris071166.

—Vaya, mi cumple. No se estrujó mucho los sesos.

—Aunque no te lo creas, es muy fácil hackear ordenadores. Mucha gente sigue utilizando este tipo de contraseña, pese a las continuas advertencias en sentido contrario. Por cierto, también he entrado en su cuenta de correo de Hotmail y he abierto algún archivo encriptado. Tu padre parece que usó la misma para todo.

—Muchas gracias, ¡te debo una! ¿Quieres tomar algo antes de salir?

—Me ha costado cero y nada, ya lo has visto, pero no diré que no a una cervecita.

Cristina sacó dos latas de Mahou de la nevera, colocó un vinilo de Santana en la pletina y se sentó a su lado en el sofá del salón.

—Chin chin, por el hacker riojano.

—Por la mejor periodista del país.

Estuvieron charlando un rato al ritmo del «Oye como va», himno imperecedero de Tito Puente, popularizado por el guitarrista mexicano. El informático era inteligente y curioso. Sabía mucho de música, de cine, de historia y de casi todo, aunque no hacía ostentación de ello. De leve espectro autista, solía evitar fiestas y aglomeraciones, pero era encantador en *petit comité*.

—Cris, pese a lo que nos dijiste ayer en la ofi, estoy preocupado por ti, la verdad.

—Te agradezco mucho que me lo digas, pero no os tenéis que inquietar. Además, con José Ramón estáis en las mejores manos.

—No es lo mismo, tú tienes mucho más ascendente sobre el equipo.

Cristina se sonrojó. Le costaba reaccionar adecuadamente a los elogios y prefirió cambiar de tercio.

—Hemos hablado ya mucho de mí. ¿Qué tal tú?, ¿sigues saliendo con Bea?

—Ahora la veré. Se ha apuntado también al vermú con mis amigos.

Miró su reloj tras aquellas palabras y se levantó como un resorte.

—Vaya, el tiempo ha pasado volando y tengo que dejarte. Llámame si te quedas encallada con el ordenador, ¿vale?

—Lo haré, no te preocupes.

Acompañó a Rubén hasta la salida y se quedó contemplando cómo su coche, un destartalado Seat Ibiza, atravesaba la alameda de cipreses y se alejaba por el estrecho camino de tierra que llevaba a Haro. Le caía bien, como la mayoría de las personas que rompían un poco el molde.

Tras la visita del informático, Cristina se hizo un arroz a la cubana, huevo frito y plátano incluidos. Sin postre ni café, se tumbó un rato a sestear en el sofá con Neko acurrucada a sus pies. Llevaba muchas horas de sueño acumulado.

A media tarde despertó y se encerró en el despacho. Sentía como una profanación entrar en aquel espacio y desbloquear el ordenador de mesa ante el que tantas horas había pasado su padre. Era como leer las intimidades de un diario o las cartas de alguien que ya no estaba allí, y cuyos secretos se había llevado el viento.

El PC tenía instalado Windows 95 y el paquete completo de Office, en una versión algo anticuada pero aún operativa. Lo primero que hizo fue abrir Outlook y buscar la dirección electrónica de Fernando en Hotmail. Resultó ser muy simple: «fcastillo», prueba inequívoca de que fue bastante pionero al crearla. Con la contraseña que había desencriptado Rubén, podría acceder sin problemas a esa cuenta desde su portátil.

Los primeros correos databan de marzo de 1996, seguramente cuando compró el equipo. La bandeja de entrada, con más de dos mil elementos, ordenados de más reciente a más antiguo, era un reflejo de su personalidad poco sistemática. El reverso de la medalla de su hermano Gonzalo.

Nunca había creado carpetas o subcarpetas para clasificar los mensajes de Outlook y los archivos estaban ordenados bajo cinco burdos epígrafes: Fotos, Vídeos, Presentaciones, *Words* y *Excels*. Le esperaba un arduo trabajo de búsqueda y lectura para localizar alguna información interesante.

Dedicó el resto de la tarde a guardar todos los ficheros en CD-ROM para poder trabajar con ellos más fácilmente desde su portátil. Diez años eran muchos para un ordenador y la velocidad de proceso se resentía de ello.

Una vez lo tuvo todo grabado, apagó la torre y abandonó el despacho, consciente de que nadie más volvería a usar aquel obsoleto equipo.

Aquella noche había quedado en Logroño para cenar con Marta, Pilar y Nadia, sus amigas de infancia. Aunque no le apetecía demasiado, sabía que le iría bien evadirse de todo el embrollo en el que estaba metida. Después de una refrescante ducha, se arregló para salir. Llevaría un sencillo vestido corto de color negro y unas sandalias planas del mismo color. Le daba pereza maquillarse y la única joya que escogió fue una fina cadenita de plata con un ocho invertido, signo del infinito, para adornar su tobillo: era su amuleto.

La reunión fue divertida, como siempre que se juntaban las cuatro, pero aquel día prefirió escuchar las historias de sus amigas que contar mucho de sí misma. Como en Logroño todo el mundo se conocía, les dio la misma versión que a sus colaboradores del periódico. Era el modo más creíble de justificar sus frecuentes ausencias.

Acabada la cena, Cristina quería volver ya a casa, pero sus amigas la convencieron para tomarse un gin-tonic en un animado bar musical del centro. Y, como de costumbre, fue ella la que acabó alargando la noche más de la cuenta…

22

El domingo por la mañana, aún con una ligera resaca, cargó su Audi de botellas y se dirigió a Bodegas Olarra, conocida como la Gran Catedral del Rioja. Frente a la entrada ya la esperaban los Camero, padre e hijo, y Ezequiel García, el Brujo.

El enólogo, ya jubilado, había empezado a trabajar allí en el año 1974, cuando se inauguró el nuevo edificio, el primero diseñado en La Rioja por un arquitecto de prestigio: Juan Antonio Ridruejo reinterpretó una catedral gótica con criterios constructivos y enológicos, adaptada para la elaboración de vino. Todo estaba pensado para ello, incluso las más de cien cúpulas de la sala de barricas que permitían evitar sistemas externos para el control de temperatura. Años más tarde se añadirían otros proyectos emblemáticos, como el de Marqués de Riscal en Elciego, obra del canadiense Frank Gehry.

Después de saludar a J. R. y a su padre, Cristina se dirigió al Brujo.

—Me alegro mucho de volver a verte, Ezequiel. Te entrevisté para *La Rioja*, pero de eso hace ya un buen tiempo.

—Lo recuerdo bien. Fue a finales de los noventa, poco después de jubilarme.

—Buena memoria, lo he consultado antes de venir y fue en septiembre del 98. Ha llovido mucho desde entonces.

—Efectivamente, y Fernando ya no está entre nosotros. En aquel momento no te asocié como su hija. Aparte de ser un hombre encantador, pocos entendían tanto de vinos como él.

—Este es precisamente el motivo por el que quería verte. Eres uno de esos «pocos» y sé que en 2004 te concedieron la medalla de oro al mérito enológico.

—No soy nada más que un viejo enamorado del vino con años de experiencia a mis espaldas. —Dicho esto, el veterano enólogo se ruborizó: también la modestia entraba dentro de sus virtudes.

—José Ramón trabaja conmigo en *La Rioja* desde hace años —aclaró Cristina—. Al contarme que eras amigo de su padre le pedí reunirnos.

—No ha sido ningún sacrificio para nosotros, créeme —interrumpió el señor Camero, secundado por su hijo.

Tras resumir brevemente a Ezequiel la historia de Arnaud Leclerc y el objetivo de aquel encuentro, Cristina lo siguió a la zona de visitantes, donde se encontraba el espacio destinado a las catas. El Brujo sacó una caja llena de copas limpias y la dispuso sobre la mesa. También colocó una escupidera en el centro, una botella de agua y cuatro vasos.

—Estamos listos para empezar.

La periodista extrajo las siete botellas que mantenía a dieciocho grados centígrados en una neverita de camping isotérmica y las depositó en orden cronológico sobre la mesa, empezando por el año 1998 y acabando por 2004. Tras informar sobre la puntuación que había recibido cada añada por parte de *The Wine Advocate*, empezaron a degustarlas.

Ver a Ezequiel en acción era un auténtico espectáculo. Todo lo que transmitía de hombre de campo bonachón y apacible se convirtió de repente en un frenético ritual de llenado y agitación de copas, observación, aspiración de aromas, circulación del vino en boca y masticado.

El Brujo iba descorchando y comentando en detalle cada una de las añadas, por lo que aquello se convirtió en la mejor lección magistral de cata que Cristina hubiera podido soñar. También J.R. y su padre estaban disfrutando de lo lindo. Aunque sus paladares no

fuesen capaces de apreciar vinos con precios de cuatro dígitos, se dieron cuenta de que aquellos eran de otra galaxia.

Una vez acabada la cata, Ezequiel se sentó en uno de los taburetes y pasó un buen rato callado y con los ojos cerrados, como Yoda concentrándose en la fuerza en la saga fílmica de *Star Wars*. Ninguno de los tres osó romper el silencio de aquel mágico momento, en el que podría haberse oído el vuelo de una mosca.

Finalmente, abrió los ojos e inició su valoración.

—Vaya por delante que todos estos vinos son excepcionales. Solo puedo felicitarte si vas a ser la propietaria de esta bodega.

—Agradezco mucho el comentario, pero ese es precisamente mi gran reto. Será harto complicado mantener o superar el listón.

—A este respecto tengo algo que decirte y no sé si te va a gustar. Me da la impresión de que empieza a decaer la calidad.

—Vaya, esto sí que es llegar y besar el santo.

—Las añadas 2002 y 2003 son vinos aún jóvenes, pero su perfil organoléptico sigue en línea con las que fueron valoradas con cien puntos Parker. Tienen menor intensidad y presencia de notas secundarias, pero estoy seguro de que se debe al reducido tiempo de guarda en botella.

Cristina acercó de nuevo a su nariz una copa de cada añada para intentar verificar la valoración del Brujo.

—Lo notas, ¿verdad? Sin embargo, he detectado un cambio drástico en la de 2004, que la asemeja más a la primera, la de 1998. Seguro que evolucionará y será también un excelente *grand cru classé*, pero echo de menos aquel toque especial que distingue a las otras cinco añadas de cualquier otro vino que haya probado hasta la fecha.

—¿A qué te refieres con ello?

—Me cuesta definirlo. Hay multitud de aromas y sabores muy sutiles que acompañan al casis, frambuesa, roble o regaliz, tan típicos de Saint-Émilion. Muchos de ellos son inéditos y le confieren un *bouquet* absolutamente extraordinario: nuez, licor, mentol, anís, regusto a jerez amontillado…

—¿Tienes idea de cómo pueden haberlo logrado?

—Creo que es la combinación de un suelo atípico, quizá volcánico o pizarra, con alguna variedad de uva desconocida. Incluso pudiera ser que hubiesen fermentado arándanos, *casis* u otra fruta de bosque. Me gustaría poder ayudarte más, pero yo mismo estoy bastante desconcertado con estos vinos. No me extraña que tu padre los valorase tan altos.

—Me has ayudado mucho más de lo que imaginas. Las diferencias entre añadas me darán una pista de por dónde empezar. Por cierto, y sin quitarle méritos a nadie, los cien puntos no los concedió papá, sino Víctor Morell, su sucesor.

—Morell es otro de esos «pocos» de los que hablábamos antes. Lo conocí hace años en el restaurante La Puñalada de Barcelona y te aseguro que es un genio como sumiller. Qué pena que no haya venido hoy. Seguro que habría ampliado lo que te he comentado yo.

—Miraré de quedar con él en los próximos días.

Ezequiel salió un momento de la sala y regresó con una botella de Olarra Gran Reserva 1998 en las manos.

—Este vino es un poco más terrenal, pero seguro que también lo disfrutáis.

—Nos irá muy bien cerrar la cata con un buen tempranillo— añadió el señor Camero, que era más rústico y muy apegado a su querida Rioja.

Tras disfrutar de aquel gran vino en la bodega que lo vio nacer y con su artífice, el Brujo añadió una última reflexión:

—Voy a darte un consejo: si consigues descifrar lo que hay detrás de estos vinos, no lo compartas con nadie. En nuestro mundo suele haber buena gente, pero también codicia y envidia. Más de un viticultor daría lo que fuera por poder elaborar un caldo tan rico y diferenciado, que sea valorado repetidamente con cien puntos por Robert Parker.

El legendario enólogo se despidió de Cristina con un abrazo, feliz de haberla conocido y agradecido por una cata tan singular y exclusiva. Ella se quedó de pie y solitaria al lado de su Audi, viendo como el coche de J. R. se alejaba del lugar y giraba a la izquierda para dirigirse al centro de la ciudad.

La recomendación de Ezequiel la dejó meditabunda. Era la tercera vez en pocos días que oía las palabras «daría lo que fuera». Al igual que tantos bodegueros ilustres, Gonzalo estaba obsesionado por conocer el secreto de Château Marchant, pero ¿por qué su padre no lo llegó a compartir con él?

23

Eran las nueve de la mañana del primer lunes de julio en Burdeos. El gendarme Bonfils estaba desayunando con su ayudante Thibaud en la Maison Lamour, en la rue Judaïque, una *boulangerie* vecina a la gendarmería con fama de hornear excelentes cruasanes. Todo lo que tenía René de perspicaz, lo tenía también de *bon vivant*. Sacó dos folios doblados del bolsillo de su chaqueta y los extendió sobre la mesa.

—La comisaría del West End me envió el viernes un correo con estos listados. Acabo de imprimirlos en mi despacho. Contienen todos los invitados a la cena de gala de *The Wine Advocate* el 2 de junio, así como los huéspedes que se alojaron aquella noche y también la anterior en el hotel Four Seasons.

—Veo que Cristina Castillo no aparece en ninguno de ellos— comentó el otro, tras una lectura rápida en diagonal.

—Efectivamente, pero sí otro nombre más que interesante.

Señaló con su dedo índice sobre «Pascal Leclerc».

—Lo he citado hoy a las once. A ver qué nos cuenta.

—¿Algún otro invitado que le haya llamado la atención?

—A bote pronto, no, pero por lo menos tenemos ya un primer hilo del que tirar. Espero que el FBI haga también su parte y pueda proporcionarnos pronto algún dato adicional.

Pascal llegó a la gendarmería con bastante retraso. Algo molesto, René lo llevó a una sala de reuniones y le ofreció sentarse en una de las sillas dispuestas alrededor de la mesa.

—Antes que nada, le agradezco que haya podido venir con tanta celeridad.

—Puede contar conmigo en lo que haga falta con tal de aclarar la muerte de mi hermano.

—Precisamente de eso vamos a hablar ahora.

El gendarme llenó de agua los dos vasos que estaban sobre la mesa antes de proseguir.

—He sido informado de que estuvo en Washington el día 2 de junio.

—Es correcto. Quise estar presente en su homenaje.

—Y, por lo visto, se hospedó en el mismo hotel.

—Así es, aunque en habitaciones diferentes.

—Claro, claro…

Tomó un sorbo de agua, preparando la siguiente pregunta.

—¿Y cómo es que no fueron juntos a la residencia del embajador?

—Arnaud siempre lo dejaba todo para el último minuto, preferí adelantarme.

—Tampoco parece ser usted el más puntual. Cómo mínimo, hoy no lo ha demostrado.

El pequeño de los Leclerc se incomodó visiblemente con aquella crítica y el rumbo que tomaba la conversación.

—¿Por qué me hace estas preguntas, Bonfils? ¿Acaso sospecha de mí?

—Aún no lo acuso de nada, pero un ciudadano ilustre de esta región ha sido asesinado y mi misión es descubrir al culpable.

Pascal se levantó, airado.

—¡Por Dios, pero si era mi hermano! ¡¿Por qué iba yo a matarlo?! —respondió, señalando su pecho con la mano derecha.

—Se encontraba usted en la fecha y en el lugar del crimen. Entenderá que quiera saber algunas cosas. Y le ruego que se tranquilice, porque este tipo de reacciones no le favorecen.

El gendarme se mantuvo unos instantes en silencio antes de continuar. Pequeñas gotas de sudor comenzaron a brotar de la

frente de Leclerc.

—¿Volaron ustedes juntos a Washington?

—Sí, llegamos el día anterior en el mismo avión. Era un vuelo de Air France con escala en el aeropuerto Charles de Gaulle.

—Y supongo que cenaría con su hermano.

—Efectivamente —respondió—. Bueno, eso creo. En realidad… no lo recuerdo bien. Hace ya muchos días de aquello y su muerte me dejó en estado de *shock*.

—Apenas cuatro semanas… Tampoco es tanto como para olvidarlo.

Pascal aprovechó que el gendarme tomaba unas notas en su agenda para beber un poco de agua. Deseaba que acabasen pronto aquellas inquisidoras preguntas.

—¿No se vieron en ningún momento el día del asesinato?

—Con el *jet lag* me desperté a las cuatro de la madrugada. Era tan pronto cuando bajé a desayunar que no le dije nada. Luego salí a pasear por el Mall de Washington y aproveché el resto del día para ver la Casa Blanca y el Capitolio.

—¿Y no avisó a Arnaud cuando salió del hotel por la tarde?

—No sé… Ya le he dicho que no me acuerdo —contestó, cada vez más nervioso.

—Por último, supongo que sabía que su hermano era diabético.

—Hacía poco que nos lo había dicho, sí.

—¿Sabía que se inyectaba insulina?

—Supongo que todos los diabéticos lo hacen.

René apuntó las últimas respuestas y se levantó de su silla, propiciando que Pascal le siguiera.

—Antes de que se vaya, nos gustaría que recorriera este pasillo de punta a punta, primero andando normal y luego hacia atrás.

—¿Para qué?

—Se lo pido yo, con eso basta.

René cogió la cámara de vídeo que estaba en la estantería, colocó una pequeña cinta de vídeo DV y empezó a grabar al menor de los Leclerc mientras iba de un lado a otro del pasillo con cara de pocos amigos.

Una vez finalizada la filmación, le tendió la mano para despedirse y aprovechó la cercanía para estimar su estatura aproximada.

—No tengo nada más por el momento, muchas gracias. Esté localizable por si tengo más preguntas, ¿de acuerdo?

Pascal asintió y salió de la comisaría con un nudo en el estómago. No se esperaba aquel agresivo interrogatorio, y menos aún haber entrado en la lista de sospechosos del asesinato de su hermano.

24

Mientras Bonfils avasallaba a Pascal Leclerc con preguntas, a cuatrocientos kilómetros de distancia Cristina hablaba por teléfono con el director general del grupo Vocento. Acordaron tener la reunión del Consejo en Bilbao el viernes 14 de julio. Las casi dos semanas que tenía por delante le permitirían preparar adecuadamente los datos del primer semestre. Además, aquel día era festivo en Francia y nadie la requeriría en su nueva residencia. Su objetivo principal en esos momentos era ganar tiempo y tirar la pelota hacia delante hasta clarificar su situación y poder tomar alguna decisión sobre su futuro.

Aprovechó los tiempos muertos en la oficina para empezar a revisar las bandejas de entrada y de salida de su padre. Tardó un buen rato hasta que encontró un interesante intercambio de correspondencia. Databa de principios de 2003, el año de su muerte.

Por lo visto, la familia Leclerc había mantenido durante años un litigio con el viticultor Claude Deschamps por una finca colindante con las suyas. Se trataba de un terreno de dos hectáreas y valioso suelo de arcilla azul. En uno de los correos, y en tono eufórico, Arnaud informaba a Fernando de que el juzgado había emitido un veredicto favorable. Para celebrarlo, aquel verano cenarían en El Bulli, emblemático restaurante de la Costa Brava con una carta de vinos espectacular.

Un poco más abajo descubrió otro correo, redactado por el litigante, que le llamó aún más la atención. Iba dirigido a Leclerc y rezumaba odio por los cuatro costados.

> Arnaud:
>
> Tienes a todo Burdeos a tus pies, incluso a los jueces, pero no te creas que te saldrás con la tuya. Estos viñedos han pertenecido a Château Cheval Noir desde hace generaciones y volverán a ser míos. Cueste lo que cueste.
>
> Claude Deschamps

Arnaud lo reenvió a Fernando acompañado del siguiente comentario:

> Mira la pataleta de Claude. Se ha quedado sin el terreno y sus vinos nunca han llegado ni a los noventa y cinco puntos, ¿quizá gracias a tus «objetivas» valoraciones? Además, su esposa no pierde oportunidad de recordarle en público lo poco que vale. Pobre diablo, es un perdedor nato.

Imprimió la página y la guardó en un dosier de plástico transparente, donde, a partir de entonces, almacenaría cualquier dato que le pareciese relevante.

Cristina pensó que le iría muy bien revisar el ordenador de Leclerc. Seguro que allí encontraría más información valiosa que pudiera remitir a su asesino. No recordaba haber visto ninguno en los días que pasó en el *château*, por lo que decidió llamar a Juliette.

—Loisire, *allô*

—*Bonjour*, Juliette

—No se lo va a creer, *mademoiselle*, pero estaba a punto de llamarla.

—Vaya casualidad.

—¡Ya lo creo! El caso es que hace un rato nos ha vuelto a visitar el comisario Bonfils.

—Pero si ya habló conmigo el otro día, ¿qué quería ahora?

—Me ha preguntado por el equipo informático de la casa.

El comentario la dejó pasmada. Parecía que el gendarme le hubiera leído el pensamiento. Un nueva e increíble sincronía acababa de producirse.

—¿Se lo ha enseñado usted?

—Arnaud no tenía ordenador de mesa. Hacía años que utilizaba un portátil y siempre lo llevaba encima cuando viajaba. De hecho, se compró uno nuevo en mayo, muy caro y de la marca Apple.

—¿Bonfils se ha dado por satisfecho con la respuesta?

—Me ha pedido registrar el despacho y no me he atrevido a oponerme. Es por eso que quería llamarla. Ahora es usted la propietaria de Château Marchant.

—Espero que no se haya llevado nada.

—Solo los CD-ROM que ha encontrado en un cajón.

Cristina se lamentaba por no haberse anticipado a la jugada. Con la de horas que había pasado la semana anterior en aquella casa.

—Señora Castillo, disculpe por la indiscreción, pero ¿qué está ocurriendo aquí? La gendarmería nunca había pasado por esta casa y ahora, en pocos días, dos veces.

—Juliette, la muerte de una persona tan importante siempre levanta ampollas, especialmente cuando no ha sido natural. No dispongo de mucha más información, pero le pido la máxima discreción. No comparta, por favor, las visitas de la policía ni las preguntas que puedan hacerle.

—De acuerdo, señora Castillo, así lo haré.

—Muchas gracias, Juliette, *à bientôt*.

Colgó el teléfono y se reclinó hacia atrás en la silla de su oficina. René buscaba el ordenador de Leclerc por el mismo motivo que ella, pero era evidente que no lo había encontrado en el equipaje y que tampoco estaba en su habitación de hotel. Los CD-ROM incautados quizá contuvieran información comprometedora, pero ella era inocente, así que solo podría beneficiarla.

Lo que más le preocupaba era que el asesino tuviera en sus manos el portátil de Arnaud. Quizá estuviera leyendo en aquel momento la misma correspondencia cruzada que ella. Rubén le había demostrado lo fácil que resultaba hackear las contraseñas.

Tras la llamada a Juliette, se fue directamente al despacho de Camero.

—Buenos días, campeón.

—Se te ve con energía, Cris.

—Supongo que a eso lo llaman «fuerzas de flaqueza».

La directora se sentó frente a J. R. mientras sonreía con su ocurrencia.

Resumió los últimos acontecimientos para mantenerlo informado de su situación. Al fin y al cabo, sin su apoyo no habría podido ni acercarse el primer día a la notaría.

—He acordado ya la fecha del Consejo con Vocento. Será el viernes 14.

—Es de aquí a nada. ¿Te dará tiempo a prepararlo?

—De sobra. Además, pienso quedarme aquí toda la semana.

El redactor se relajó visiblemente al conocer los planes de ella.

—Precisamente quería proponerte que lo aproveches para hacer unos días de vacaciones.

—Me iría de perlas, pero no sé si podrás dirigir el periódico y preparar la reunión con el Consejo en mi ausencia.

—Tu jefa tiene recursos. Además, tenemos un buen equipo y, a medida que avanza el verano, cada vez entran menos noticias a la redacción. Hoy me he puesto al día en un plis plas.

—Cancelé mi reserva en Ibiza, pero unos amigos se han ido justo ahora a un apartamento en Salou. Me irá bien acercarme unos días para cargar pilas. Te lo agradezco un montón.

—Hoy por ti, mañana por mí.

Cristina dio por cerrada la conversación y se levantó de la silla para abandonar el despacho de Camero.

—He quedado con Rubén para comer algo aquí abajo, ¿te apuntas?

—Pensaba que solo se alimentaba de bits y de pelis frikis.

La riojana almorzó con sus compañeros de trabajo y se evadió un poco de la tormenta que se iba formando en torno a ella. El día había tenido altibajos. Aunque la desaparición del portátil de Arnaud añadía una nueva incógnita a la ecuación, había descubierto una primera pista. En cuanto volviese a Burdeos se haría la encontradiza con Claude Deschamps. Si era un hombre vulnerable al encanto femenino, sabría cómo tirarle de la lengua. Además, según los correos que había leído, su mujer no parecía tratarle con excesivo cariño…

25

Durante la semana en que Cristina estuvo en La Rioja, la investigación del crimen de Leclerc avanzó más bien poco. Aunque el modo de andar y la constitución física de Pascal coincidían con los de la filmación del asesino, no era una prueba para nada concluyente. El FBI estaba de acuerdo con aquella deducción y, por desgracia, no encontró ninguna pista adicional.

La novedad más relevante fue quizá la desaparición del ordenador portátil. Si hasta entonces el móvil del crimen parecía circunscribirse a la herencia de la víctima, ahora se ampliaba a alguna información que pudiera hallarse almacenada en aquel equipo. Según los datos que manejaba la policía, se trataba de un MacBook, el último grito en informática. Apple lo había lanzado al mercado hacía apenas un mes y ofrecía mucha más protección frente a los virus, así como al pirateo. Arnaud siempre había ido un paso por delante en innovación tecnológica y estaba obsesionado con la confidencialidad.

La gendarmería francesa, por su parte, asumió que el cuerpo del bodeguero ya no iba a arrojar más datos para aclarar su muerte y autorizó a enterrarlo en el panteón familiar de Saint-Émilion. El acto se realizó en la más estricta intimidad y a primera hora del domingo para evitar miradas curiosas y preguntas incómodas. Bonfils quiso estar presente para observar cualquier reacción o comentario de los Leclerc que pudiera resultar sospechoso. La consigna que les dio fue clara y diáfana: hasta nueva orden, la versión oficial seguiría siendo

el suicidio y debían mantener en absoluto secreto las investigaciones policiales.

A diferencia de Pascal Leclerc, Louis y Chantal de Beauharnais no figuraban en la lista de invitados a la cena de gala ni en la de huéspedes del Four Seasons. Pese a ello, aprovechó el encuentro en el cementerio de Saint-Émilion para convocarlos e interrogarlos en la gendarmería aquella misma semana.

Después de saludar a los de Beauharnais en su despacho, Bonfils pidió a Chantal que permaneciese en la sala de espera mientras hablaba con su marido.

—Barón de Beauharnais, es de dominio público que usted deseaba heredar las propiedades de su cuñado. Háble me de ello, por favor.

—¿A quién no le hubiese gustado poseer Château Marchant? —contestó el aristócrata en tono sarcástico.

—Yo no le habría hecho ascos, está claro, pero nunca me habría atrevido a acabar con la vida de su propietario.

—¿Qué insinúa, comisario?

—No insinúo nada, me limito a preguntar y a anotar sus respuestas. —El tono agresivo pero pausado que aplicó el gendarme empezaba a causar efecto en aquel arrogante personaje—. No me negará que, habiendo desaparecido Arnaud, se ha acercado un poco más a su objetivo. ¿Descorcharon alguna botella de champán con su mujer el 2 de junio?

—Está hablando del hermano de mi esposa, le pido algo de respeto.

—Y yo le pido que conteste a mis preguntas. Recuerde donde está.

—No se imagina lo que lloró ella el día que se enteró del suceso…

Aunque hizo todo lo posible para fingir afectación, no pudo aguantar la mirada fija que René le dirigió con sus ojos saltones.

—¿A quién quiere engañar, De Beauharnais? A mi edad no necesito detector de mentiras para valorar lo que me cuentan. Todo el mundo en Burdeos sabe que se odiaban.

Louis agachó la cabeza en silencio, sin saber cómo responder. Bonfils prosiguió su interrogatorio.

—He oído que es usted diabético. ¿Puede decirme la dosis de insulina que se inyecta a diario?

—Es un tema médico. Está penetrando en mi intimidad.

—Y usted en un jardín en el que quizá no le interesa entrar. Vuelvo a recordarle que está usted en la gendarmería.

Falto de la soberbia que lo solía caracterizar, el aristócrata accedió finalmente a responder.

—Los días normales me pincho cincuenta unidades al día. Si salgo a comer fuera o me invitan a una celebración, aumento a sesenta o setenta.

—No soy médico, ¿puede convertirlo en número de viales?

—Suele ser uno y medio al día.

—Si la concentración es la correcta, supongo.

Louis calló de nuevo, consciente de hacia dónde estaba yendo su interlocutor.

—Estamos al principio de la investigación y no dispongo aún de pruebas concluyentes, pero volveremos a hablar. Haga pasar ahora a su mujer, por favor.

Chantal entró en el despacho de Bonfils con cara de pocos amigos.

—*Bonjour, madame de Beauharnais*, siéntese por favor.

—Buenos días, comisario. No sé por qué nos hace perder el tiempo a todos con estos interrogatorios.

—Yo no tengo la sensación de perder el tiempo, pero por lo visto el suyo es muy valioso. Ya no puede decir lo mismo su hermano mayor…

—Arnaud no estaba bien de la cabeza —soltó Chantal—. Desde que murió su amiguito español ya no era la misma persona.

—Explíquese un poco mejor, por favor.

—Mi hermano era un promiscuo, un libertino. Se saltaba a la torera cualquier código social, pero tenía una energía y un entusiasmo infinitos. En los últimos años estaba siempre deprimido y seguro que medicado hasta las cejas.

—Eso ya lo sabemos, pero no pretenda convencerme de que Arnaud se suicidó.

—No voy por ese camino, Bonfils. Lo que quiero decirle es que no estaba en facultades mentales para redactar un testamento, y por eso lo he impugnado. Seguro que esa española presuntuosa lo manipuló para heredar su patrimonio.

—Tenga cuidado, *madame*, está haciendo acusaciones muy graves sin ninguna prueba que las sustente.

—Es a ella a quien tendría usted que interrogar —prorrumpió Chantal, sin poder contener unas lágrimas—. Está más claro que el agua quién ha matado a mi pobre hermano.

—Usted limítese a probar su inocencia y déjeme hacer mi trabajo. Hemos acabado por hoy, pero ya le he dicho a Louis que volveremos a vernos. ¡Manténganse localizables!

A diferencia de su marido, Chantal utilizó el recurso de la lagrimita para añadir emoción y realismo a su versión. Nada que no hubiese visto ya anteriormente el gato viejo de Bonfils. Aunque ninguno de los dos estuvo en Washington el día del asesinato de Leclerc, seguían siendo igual de sospechosos, o quizá más, tras aquellas declaraciones.

26

Cristina había pasado una semana entera en La Rioja, cosa que no sucedía desde hacía bastante tiempo. Dedicó gran parte de aquellos días a ponerse al día con su equipo del periódico y a preparar la información que presentaría el día 14 al Consejo de Administración. Después de conectar de nuevo con su vocación periodística y disfrutar de su trabajo, le asaltaban más dudas que nunca sobre su futuro profesional.

El domingo viajó de nuevo a Burdeos, aunque esa vez aprovechó para hacer una parada en Biarritz y regalarse unas horas de playa en la señorial ciudad balneario del país vasco francés. Sentada en una terraza frente a la playa, almorzó mientras observaba a jóvenes surferos exhibiendo músculo y bronceado, familias con niños jugando en la arena o veraneantes paseando elegantes por el bulevar. Su sensación de felicidad y despreocupación contrastaba con la inquietud que día a día se iba apoderando de ella.

Llegó al Château Marchant a las cinco de la tarde. Aprovechando que era la hora del té, se sentó un rato en el salón para tomar una taza con *madame* Loisire.

—¿Ha recibido alguna otra visita por parte de René Bonfils?

—El último contacto con él fue el que comentamos por teléfono.

—Espero que esté un poco más tranquila, Juliette. Es normal que la policía haga indagaciones en este tipo de casos. ¿Sabe usted si

también se ha entrevistado con nuestros vecinos?

—No tengo ni idea. Arnaud solía tener buena relación con algunos, pero yo no tengo mucho contacto, la verdad.

—Me gustaría presentarme a ellos, ¿cómo me recomienda que lo haga?

—Lléveles unas flores o una caja de bombones, pero será difícil coincidir con muchos de ellos. El Château L'Evangile pertenece a Erik de Rothschild y no suele estar aquí. Quizá pueda verle en el Château Lafite, su propiedad en el Médoc.

Cristina acercó la taza de té a sus labios y tomó un sorbo antes de lanzar la pregunta más comprometida.

—¿Y qué me dice del Château Cheval Noir?

—Allí no le recomiendo que vaya —respondió tajantemente.

—¿Y eso?

—Su propietario, Claude Deschamps, tuvo una disputa con los Leclerc por unos terrenos, que ha estado años en los tribunales. No se hablaba con Arnaud, ni siquiera en actos sociales.

—Quizá sea entonces la ocasión de hacer las paces —siguió la joven, haciéndose la inocente.

—Puede intentarlo, aunque no sé si merece la pena. A Deschamps el éxito no le ha sonreído y es un hombre bastante amargado. Tiene envidia de los grandes barones del vino bordelés, y no me fiaría en absoluto de él. Además, está muy influenciado por su mujer, que lo menosprecia.

—Sea como sea, me acercaré a conocerlo. Me interesa establecer una buena relación con los vecinos.

—¡Ojalá lo consiga!

La riojana tomó otro sorbo de té y aprovechó para cambiar de tema.

—Está muy bueno, ¿es un *oolong* de altura?

—Efectivamente, se trata de un Da Hong Pao del monte Wuji, el favorito de Arnaud. Podía hacer hasta cinco infusiones con la misma hierba y le duraba toda una tarde.

—Veo que hasta en el té era un sibarita. Por cierto, quisiera preguntarle por otro bodeguero *gourmet*, aunque viva lejos de aquí.

—Adelante, me tiene aquí para lo que necesite.

—¿Qué me puede contar del marqués Lungobaldi?

El ama de llaves se quedó sorprendida de que mencionase ese nombre y tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Tiene usted relación con él?

—No lo conozco personalmente, pero Hervé me habló de él cuando visité la bodega. Al parecer, visitaba asiduamente el *château*.

Ahora fue Juliette quien se llenó su taza ceremoniosamente con la segunda infusión de Da Hong Pao, dejando tiempo para pensar su respuesta.

—En nuestra primera conversación con usted me fui de la lengua, ¿lo recuerda?

—Perfectamente.

—Pues bien, Guido Lungobaldi fue uno de aquellos amantes esporádicos de Arnaud, incluso cuando ya vivía con su padre.

—Tenía entendido que el marqués estaba casado.

—Que yo sepa, lo sigue estando, pero creo que se trata de una relación por intereses. No hace falta recordar que lo que comento es confidencial. En el *château*, y sobre todo en las fiestas que organizaba Arnaud, ocurrían muchas cosas.

—No tiene por qué preocuparse, soy muy discreta, y más en un tema que podría afectar a la reputación de mi padre.

—Sé muchas intimidades de los Leclerc, pero me han tratado siempre como si fuese de la familia y no quiero airearlas si no es imprescindible.

—Esto habla en su favor. Por cierto, Hervé me dijo que Lungobaldi andaba loco por ciertos vinos.

—Quería comprarlos al precio que fuera. Estaba obsesionado con poseer la mejor colección del mundo, pero Arnaud siempre se negó. Si no recuerdo mal, lo intentó también a través de su padre. Al final, se enfadaron y nunca más apareció por aquí.

—¿Sabe si guardaba mucho rencor tras aquel rechazo?

—Quedó muy dolido, pero han pasado ya muchos años de todo aquello…

Una vez sola en su habitación, Cristina anotó en su Moleskine granate la valiosa información que había recibido de *madame* Loisire. No conocía de nada al aristócrata toscano, pero, por todo lo que había oído, no debía de ser trigo limpio. Además, también parecía tener motivos para eliminar a Arnaud.

Al haber merendado pastas de té, ya no bajó a cenar. Para relajarse, colocó la ópera *Un ballo in Maschera* en el minimalista reproductor Bang & Olufsen de Arnaud y se tumbó en la cama a disfrutar con aquella maravillosa obra de Verdi. Empatizaba con Amelia, la protagonista, involucrada en la muerte de un noble inglés sin ser la autora del crimen. El cansancio acumulado y las hermosas arias no tardaron mucho en conducirla a los brazos de Morfeo.

A la mañana siguiente pasó por una floristería y compró un hermoso ramo de flores antes de dirigirse al Château Cheval Noir. No tan grande como Marchant, su fachada neoclásica y tejado de pizarra le recordaron a Moulinsart, el castillo del capitán Haddock en las aventuras de Tintín. Además, contaba con un bonito y cuidado jardín, en el que destacaba una piscina de agua turquesa y transparente.

Presionó el timbre de la entrada, con el ramo en una mano y una botella de vino en la otra, hasta que un hombre de cincuenta y muchos, atlético, elegante y bastante alto abrió la puerta.

—*Bonjour*, quisiera saludar a *monsieur* Deschamps.

—Soy yo mismo, ¿en qué puedo servirla?

Ni en sueños habría podido ella imaginar que su sospechoso fuera un hombre tan atractivo. Iba vestido tipo *sport* con unos chinos de tono beige, un polo azul y unos mocasines náuticos del mismo color. La riojana esbozó una encantadora sonrisa que hizo aparecer los hoyuelos en sus mejillas.

—Me llamo Cristina Castillo y acabo de instalarme en la casa de al lado —señaló con la mano su nueva residencia—. Siempre me gusta presentarme a los vecinos cuando llego a un nuevo lugar.

Claude no pudo disimular su sorpresa al recibir aquella inesperada visita.

—¿Así que es usted la española que ha heredado Château Marchant? Pase, por favor, no se quede aquí en la puerta.

—He traído estas flores para su esposa, no sé si también podré saludarla hoy.

—Denise tenía hora con su peluquera en Burdeos, pero las colocaré en agua y ya le diré de quién provienen. Seguro que pronto tendrán oportunidad de conocerse —comentó, sin excesivo entusiasmo.

—También tengo esto para usted —prosiguió ella, intentando aliviar la frialdad inicial de su interlocutor—. Pertenezco a una familia viticultora riojana y he elegido un buen representante de nuestros vinos —añadió mientras le entregaba la botella—. Se trata del Bodegas Castillo Gran Reserva de 1994, una añada excelente en aquella región.

—También lo fue en Saint-Émilion… Pero no se quede aquí, por favor.

Entraron en el salón y la invitó a sentarse en el sofá del tresillo. Mientras él iba a la cocina a dejar las flores y el vino, estuvo analizando la estancia, que parecía detenida en el siglo XVI. Lo que más le llamó la atención fueron dos amenazantes espadas cruzadas, colgadas encima de la recargada chimenea, flanqueada por dos butacas que parecían protegerla. Cuando él volvió, se sentó en un sillón contiguo. El recibimiento había sido correcto, pero se respiraba una cierta tensión en el ambiente.

Tras un silencio, quizá demasiado prolongado, Deschamps decidió romper el hielo.

—Le agradezco la visita y sus atenciones, pero voy a serle franco: rompí la relación con la familia Leclerc hace muchos años y no me va ser fácil restablecerla. No entraré en pormenores, pero hay una larga historia detrás de ello.

—Este es precisamente el motivo por el que he decidido venir hoy aquí. No conozco los detalles, pero algo he oído al respecto.

Claude le echó una mirada inquisitiva, intrigado por lo que ella podría saber. Sentía curiosidad por conocerla desde que supo que había heredado Château Marchant. Y más ahora, al ver que se trataba de una mujer más que interesante.

—Si hubo algo en el pasado, yo no tengo nada que ver. Mi relación con Arnaud ha sido totalmente circunstancial por ser hija de Fernando Castillo.

—Lo sé. Conocí a su padre. Era un buen tipo.

El comentario fue escueto, pero hizo que Cristina se relajara un poco. Aunque lo disimulaba harto bien, no se sentía cómoda sentada al lado de un posible asesino, por muy atractivo que resultara.

—Desde que él se instaló aquí, disminuyeron drásticamente las escandalosas fiestas que se organizaban en aquella casa. Anteriormente me quejé varias veces a la policía, pero me hicieron caso omiso. No me extrañaría que Arnaud hubiera comprado al comisario Bonfils. Quién sabe si no participó él mismo en alguna de esas multitudinarias bacanales.

La riojana estaba perpleja por el rumbo que de repente tomaba la conversación. Un comentario como aquel podía costarle caro. Recordó el correo en el que Deschamps hacía una insinuación similar refiriéndose a los jueces.

Al igual que le ocurrió con Juliette, ese hombre se estaba abriendo de par en par nada más conocerla. ¿Sería una habilidad suya desconocida o lo habrían provocado años y años de actividad periodística? En todo caso, sería más fácil tirarle de la lengua y conseguir la información que buscaba.

—Me consta que Leclerc era bastante promiscuo, pero no que fuese tan fiestero.

—Hablemos claro: mantenía relaciones de alto voltaje y con multitud de hombres. A eso yo no le llamo promiscuidad, sino perversión. Por suerte, ya se acabaron sus fiestecitas.

Aquella contundente respuesta le dolió pensando en su padre. Sus palabras profesaban un odio visceral hacia Arnaud, a la vez que dejaban entrever cierta envidia por su éxito social. De todos modos, no podía haber mejor demostración de que Claude era heterosexual. Podía seguir adelante con su plan.

Tras unos minutos de silencio, Deschamps levantó la mirada y la observó con detenimiento. El rencor acumulado le había impedido apreciar hasta ese momento la magia que se escondía detrás de aquellas mejillas pecosas.

—Tengo que pedirle disculpas. He sido un poco rudo y mal anfitrión. ¿Qué puedo ofrecerle?

—No se preocupe, es comprensible después de todo lo que ocurrió en el pasado. Además, he llegado en esa franja horaria donde no sabes si ofrecer un café, una cerveza o la primera copa del día.

El mensaje fue captado perfectamente y Claude apareció al poco tiempo con una botella helada de Ricard en una mano y dos grandes vasos de whisky en la otra.

27

Cristina regresó a su nueva casa poco antes de la una. Juliette le tenía preparada una deliciosa *ratatouille*, plato que le recordaba mucho al pisto que cocinaban en muchas casas riojanas.

La visita al Château Cheval Noir había ido mejor de lo previsto. La conversación fue tensa al inicio, pero Deschamps parecía haber mordido el anzuelo. Para acabar de redondearlo, le resultó un hombre con bastante más encanto de lo que esperaba. No resultaría un gran sacrificio coquetear con él.

Después de comer, se encontró con Villeneufe en la bodega. Había quedado con el director técnico para que le enseñase exhaustivamente los terrenos y viñedos de Château Marchant. Empezó la explicación en la sala de reuniones, mostrándole un mapa de las diferentes parcelas con la composición exacta de su suelo.

—Cómo ya le comenté el otro día, administrativamente nuestra finca está situada dentro de la región de Saint-Émilion, pero, desde el punto de vista geológico y enológico, en realidad encaja más en Pomerol. Las características gravo-arenosas del terreno son casi idénticas a las de nuestros vecinos Château Pétrus y Château L'Evangile.

Cristina no se perdía detalle e iba apuntándolo todo en su biblia granate.

—Las botellas de Pétrus se venden a precios astronómicos. ¿No nos convendría cambiarnos a la denominación de origen Pomerol?

—La separación de zonas y la catalogación de vinos están muy definidas en Burdeos desde hace decenios y es casi imposible modificarlas. Coincidiendo con la exposición universal de París, y a iniciativa de Napoleón III, en 1855 se hizo la primera clasificación oficial, que encumbró a tres vinos de Médoc y uno de Graves como *premier grand cru classé*s. En 1973, la rama inglesa de los Rothschild logró añadir su Château Mouton a ese exclusivo elenco. El grupo original son aquellas cuatro botellas que le mencioné hace unos días, la gran joya de la colección Leclerc.

—Lo recuerdo bien, las que están guardadas en la cámara acorazada.

—Efectivamente. Un siglo más tarde, Saint-Émilion creó su propio sistema, en el que no se incorporó Pomerol. De todos modos, no por estar en una o en otra zona el vino ha de ser necesariamente mejor o pagarse más caro. Château Pétrus es un caso muy particular. Pese a no contar con una calificación oficial, ha conseguido un aura de exclusividad y prestigio casi míticos y sus vinos salen directamente a subasta con precios iniciales de tres o cuatro mil euros. De todos modos, no se crea que nuestro «buque insignia» se vende mucho más barato, especialmente después del *boom* de Robert Parker.

Cristina sonrió satisfecha, consciente del tesoro que tenía entre sus manos. Rechazó el cigarrillo que le ofreció Hervé, él encendió el suyo y le dio unas caladas. A ella le encantaba salir de noche, pero nunca había fumado y odiaba el olor que dejaba el tabaco en el aliento. Además, evitaba exponerse a cualquier foco de riesgo oncológico.

Desde que su madre muriese a los cuarenta y cinco años, vivía con la obsesión de que también ella moriría joven, y le faltaba poco para poner el cuatro delante. De hecho, tras la muerte de su padre, decidió redactar un testamento en favor de Gonzalo y Carmen. Sin pareja ni descendencia, ellos eran realmente su familia. Y aunque su manera de ver la vida fuese diametralmente opuesta, los quería mucho.

—Nuestra propiedad se divide en tres zonas —prosiguió Villeneufe —. La norte es las más especial. Consta de arcilla fuerte, también conocida como arcilla azul, y es muy rica en hierro. Proviene del

oligoceno inferior y es también el suelo principal de los terrenos de Pétrus.

El técnico iba señalando con el dedo las más de veinte parcelas, coloreadas en diferentes tonos de marrón, ocre y verde. El nivel de detalle del mapa era incluso superior al de la explicación que estaba dando a su nueva jefa.

—La zona intermedia consta de depósitos de grava y arena, que provienen de la era cuaternaria. Finalmente, más al sur tenemos suelos de formación aluvial, también cuaternarios, compuestos de grava y limo.

—¿El terreno condiciona la variedad a plantar en él?

—No, pero sí influye en sus propiedades. En Château Marchant cultivamos un setenta por ciento de uva merlot, un veintiocho por ciento de cabernet franc y menos del dos por ciento de petit verdot y cabernet sauvignon. Al vendimiar, clasificamos meticulosamente la que se ha producido en cada una de las parcelas y es un criterio fundamental para el enólogo a la hora de confeccionar el *coupage* idóneo.

Cristina vio llegado el momento de hacer la pregunta del millón.

—¿Y en una de estas variedades, en una parcela concreta, reside el gran misterio detrás de la calidad de nuestro vino?

—No se imagina la de veces que me han hecho esta pregunta, *madame* Castillo. Lamentablemente, no la sé responder y temo que el secreto se haya esfumado con Arnaud.

—¿No tiene ni la más mínima idea o intuición al respecto?

—Leclerc y su padre siempre fueron totalmente herméticos, pero sí le comentaré un suceso que me llamó mucho la atención en su momento y podría estar relacionado. Hará unos cinco años llegó una furgoneta de reparto preguntando por Fernando Castillo. Ni él ni Arnaud se encontraban aquí aquel día. El transportista insistió en que solo podía hacer la entrega personalmente y que volvería a pasar la semana siguiente.

—¿No le dijo que usted era el director técnico?

—Evidentemente, pero ni por esas pude hacer la recepción. Sin embargo, conseguí leer el albarán y pude ver que se trataba de un tonel de doscientos treinta litros, procedente de España. No sé si

estaba lleno o vacío ni si se pudo haber repetido una entrega como aquella en otras ocasiones, pero siempre me ha intrigado el secretismo que la rodeó.

—¿Pudo averiguar el lugar exacto del remitente? ¿Venía quizá de Haro?

—No tengo muy buena memoria, pero de eso sí me acuerdo. Era un nombre muy curioso: Tacoronte. Supongo que también debe de estar en La Rioja.

Cristina asintió, aunque no tenía ni idea de dónde ubicar ese lugar. No tardó ni un minuto en apuntarlo en su Moleskine.

—¿Preguntó más adelante a Arnaud o a mi padre por aquella barrica?

—Fernando me dijo que estaba hecha con una madera especial y que quería hacer una prueba de homologación. Hasta aquí pude llegar. A ninguno de los dos les gustaba que les hicieran demasiadas preguntas.

Acabada la explicación teórica, salieron a las viñas, mapa en mano, y las recorrieron de cabo a rabo. Villeneufe escarbó un par de veces en el suelo para ejemplificar su composición y fue indicando la variedad plantada en cada parcela. Cristina se sentía feliz de poder identificar ya diferentes tipos de suelo y uva. Progresaba a pasos agigantados en su máster de viticultura.

Al volver de nuevo a la mansión se dejó caer en una de las butacas del salón. Si la muerte de Arnaud se había complicado, aún más la enigmática elaboración de sus vinos. Cada día que transcurría arrojaba nuevos interrogantes. No había oído hablar en su vida de Tacoronte, pero La Rioja tenía decenas de pueblos que desconocía.

¿Sería tan simple la respuesta como mezclar un poco de tempranillo riojano al *coupage* bordelés de Château Marchant?

28

Al día siguiente de la visita a Deschamps y a los viñedos de Château Marchant, Cristina se encerró en el despacho y escuchó la banda sonora de la película *Tous le matins du monde* en el sofisticado equipo de Arnaud. Siempre que entraba en aquella mansión, le venía en mente la barroca y solemne *Marcha para la ceremonia de los turcos* de Lully.

Sentada ya en el escritorio, abrió su portátil y siguió leyendo los correos de su padre en las bandejas de entrada y salida del Outlook. Una parte importante era correspondencia con Robert Parker. Compartía notas de cata y valoraciones, le consultaba en algunos casos o simplemente se escribían para conversar entre ellos. Aunque en el año 2006 el uso del teléfono móvil se había generalizado, las llamadas internacionales seguían siendo tremendamente caras.

Se le ocurrió usar el buscador y tecleó la palabra «Tacoronte». Descubrió rápidamente que se trataba del pueblo tinerfeño donde Fernando solía pernoctar cuando se encontraba en las islas Canarias.

No recordaba que también fuera corresponsal de *The Wine Advocate* para aquella zona, pero le cuadraba con sus frecuentes visitas al archipiélago y que nunca la hubiese invitado a acompañarlo, ya que eran viajes de trabajo.

Varios mensajes iban dirigidos a la misma persona: Yeray Baute. En ellos, su padre le daba instrucciones muy precisas para el cuidado de las cepas en un lugar denominado Rano Teide. Por lo que pudo

deducir, Yeray era un viticultor, al que pagaba por cederle una pequeña parcela y mantener las vides.

Apuntó toda aquella información en su libreta granate, así como el correo electrónico del tinerfeño para contactarlo más adelante. En cuanto pudiese, viajaría a las islas afortunadas, y no precisamente para comer papas arrugadas con mojo picón…

Después de algunas horas detrás de la pantalla, cerró el portátil, se desperezó y se puso un conjunto ligero de verano para ir al centro histórico de Saint-Émilion. Le habían hablado muy bien de aquel lugar y tenía ganas de conocerlo.

Visitó la colegiata y, al abandonar el claustro, se sentó a comer una pizza en una terraza de la Place de Clocher. No fue poca su sorpresa cuando un hombre vestido con traje y corbata atravesó la plaza andando en dirección al aparcamiento: era su vecino Claude.

—*Monsieur* Deschamps —exclamó Cristina al verlo.

Este se giró y tardó bien poco en localizar la procedencia de aquella llamada.

—Volvemos a vernos, ¡vaya casualidad!

—Desde luego —respondió ella, algo escéptica, pero esbozando una sonrisa—. ¿Cree usted en las sincronías?

—No es raro que me encuentre aquí, *mademoiselle* Castillo. Vengo a menudo para realizar trámites en el ayuntamiento.

Fuera o no una coincidencia, aquel encuentro le venía como anillo al dedo para sus planes.

—¿Conoce ya Saint-Émilion? —preguntó el bodeguero.

—He venido aquí precisamente para eso.

—Pues permítame que le haga de guía. Lo primero que ha de ver es la ciudad subterránea. A media tarde cerrarán y no podrá visitarla.

Claude se sentó a la mesa y la acompañó a tomar el café. Tras comprar dos entradas en la oficina de información turística que había en la misma plaza, bajaron la pronunciada cuesta del Tertre de la Tente hasta llegar al punto de encuentro del *tour* guiado.

La pequeña ciudad se construyó alrededor de una montaña de piedra caliza, perforada de grutas prehistóricas, donde el monje Émilion, confesor viajero, encontró refugio en el siglo VIII. Sus

seguidores ampliaron aquellas cavernas y edificaron en su interior una catedral monolítica de grandes dimensiones en su honor. La iglesia católica no lo canonizó al no hallarse ninguna reliquia, pero pasó a la historia como *saint Émilion.*

—Nunca había visto nada igual, mil gracias por la recomendación.

—Es algo único y toda la ciudad es ahora Patrimonio de la Humanidad.

—También deberían serlo sus vinos —bromeó Cristina.

—Es difícil de creer, pero no se incluyeron en 1855 en la clasificación oficial de Burdeos. Tardamos un siglo en crear un sistema propio, aunque el nuestro, a diferencia del original, se revisa con regularidad.

—Nunca es tarde para corregir errores.

La exhibición de elegancia y cultura de Deschamps impactaron tanto a Cristina que habría seguido a su lado para el resto de la tarde. Sin embargo, su objetivo era precisamente el contrario: era ella quien debía conquistarlo a él. Para conseguirlo, nada mejor que hacerse la escurridiza. Miró su reloj, fingiendo que tenía prisa.

—Siento tener que dejarle, pero me esperan.

—¿Qué le parece si la invito a una cena en casa?

—Estaré encantada, así conoceré a su mujer —respondió ella con picardía, sabiendo que no eran esas sus intenciones.

—La hermana de Denise vive en Blois y se ha ido a pasar unos días con ella. Ya coincidirán más adelante.

Sacó su agenda y frunció el ceño, como si la estudiara, antes de la propuesta.

—¿Qué le parece mañana a las siete?

Cristina contratacó y sacó su Palm electrónica del bolso, haciendo también ver que la consultaba. Aquel era precisamente el único día que le iba bien, pero no se lo pondría excesivamente fácil.

—Tendremos que dejarlo para más adelante: el jueves iré a Bilbao y mañana ya tengo una cena. —Garabateó en la pantalla con el punzón plástico y fingió estar concentrada, sopesando diferentes opciones—. Hmm…, déjeme unas horas, quizá pueda moverla de día. Si me da su teléfono, se lo confirmo más tarde.

Apuntó su número de móvil en el tíquet de la ciudad subterránea y se despidió de él, sin darse cuenta de que un par de ojos los observaban…

Atravesó de nuevo el claustro de la colegiata y se dirigió con premura al aparcamiento, donde ya la esperaba su Audi.

Volvió al Château Marchant feliz y escuchando un aria de *Cosi fan tutte*, la famosa ópera de Mozart en la que dos jóvenes oficiales ponen a prueba la fidelidad de sus parejas. Por lo que había visto hasta el momento, intuía que Deschamps no sería una excepción y sucumbiría pronto a sus encantos. Sin embargo, aunque su plan avanzaba según lo previsto, le estremecía la mera idea de estar a solas, de noche, con quien quizá había asesinado a Arnaud.

Aún le inquietaban más las mariposas que comenzaban a revolotear en su estómago cuando estaba a su lado.

29

Cristina pasó la mañana del miércoles en Burdeos. Tenía cita con el gendarme Bonfils. Antes de ello, y a primera hora, se dirigió a la notaría. Bertrand había organizado una reunión con el director de la oficina principal del banco BNP para registrar su firma en todas las cuentas que habían pertenecido a Leclerc.

El notario aprovechó la espera para comentar algún tema.

—Ayer vino a verme Chantal de Beauharnais con su abogado.

—¿Y eso?

—Insiste en que Arnaud no estaba habilitado para redactar el testamento.

—Sigue guerrera, por lo que veo.

—Ni te lo imaginas, pero el documento es más que legítimo. Su hermano no acudió nunca al psiquiatra y no hay ningún certificado de su depresión.

—¿Entonces se automedicaba?

—Así es. Le había insistido en que fuera a un especialista, pero nunca quiso saber nada.

Aquellas palabras tranquilizaron un poco a Cristina, pero seguía temiendo la cizaña que podía sembrar Chantal en Burdeos.

—Cambiando de tema —prosiguió Bertrand—, ¿te estás familiarizando ya con Château Marchant?

—Aparte de *madame* Loisire, conozco ya a varios directivos de la bodega.

—¡Bien! Necesitarás de su apoyo para que el negocio siga funcionando.

—También he conocido a un vecino… Claude Deschamps.

—Vaya… Tuvo un largo litigio con los Leclerc.

—Lo sé, y mi aterrizaje aquí es la ocasión perfecta para hacer las paces.

—No te fíes mucho, es un hombre rencoroso y odiaba a Arnaud.

Aquellas palabras vinieron al pelo a Cristina para lanzar un órdago. Sobre todo, porque el notario parecía desconocer cómo murió realmente Leclerc.

—Supón, por un momento, que a Arnaud lo hubiesen asesinado. ¿Crees que habría podido ser Deschamps?

—Sería mi principal sospechoso. Seguro que se ha alegrado de su muerte.

En aquel preciso momento sonó el timbre y la recepcionista hizo pasar la visita a la sala de reuniones. Cristina lamentó lo inoportuno de su llegada, pero fue a su encuentro, acompañada de Bertrand. El banquero los esperaba de pie, observando los nenúfares de Monet.

Finalizada la reunión, Cristina abandonó la notaría, enfiló la avenue George Clemenceau hasta la rue Judaïque y aparcó el coche delante de la gendarmería. Bonfils la estaba esperando en su despacho y se quitó su sempiterna gorra para recibirla. Parecía más relajado que la última vez que se vieron.

—Siéntese, *mademoiselle*.

Después de darle la mano, se sentó al otro lado de la mesa.

—Haciendo algunas pesquisas he podido averiguar que estaba usted en Logroño el día del *asesinato* de Leclerc. —Bonfils enfatizó la palabra «asesinato», eliminando cualquier duda que pudiese quedar al respecto. Tras atusarse el bigote, prosiguió, señalando con el dedo unos folios que estaban a la izquierda del teclado—. Tampoco aparece usted en estos listados que me ha facilitado la policía de Washington. Es una relación de las personas que estaban con Arnaud aquella noche en el hotel o en la cena de gala.

Aunque la reunión parecía ir por buen camino, ella no bajó la guardia y siguió escuchando con la máxima concentración. El

gendarme la miraba fijamente con sus ojos saltones, pendiente de sus reacciones.

—Arnaud viajó con su ordenador portátil y no lo hemos podido localizar. ¿Sabe algo de eso?

—Sé que pasó usted por casa preguntando por ello. Lo siento, pero no puedo ayudarle más que mi ama de llaves. Ya me gustaría a mí también poder disponer de él.

Cristina vio un momento propicio en la conversación y se armó de valor.

—Por cierto, también me comentó que se llevaron unos CD-ROM del despacho de Arnaud. No tengo inconveniente en que se los queden, pero me gustaría tener copias. Ahora soy la propietaria de Château Marchant y puede haber información que me interese para llevar el negocio.

Bonfils se sorprendió de los arrestos que mostraba la riojana, pero no pudo negarse. De hecho, al revisarlos, había encontrado bastantes hojas de cálculo con balances, cuentas de resultados y otros informes de gestión.

—Espere un momento, por favor, tengo que ir a buscarlos a otro despacho. El informático ya lo ha grabado todo en un disco duro externo y se los podré entregar ahora mismo.

Cristina asintió, mostrando su rostro más inocente mientras el gendarme abandonaba el lugar y cerraba la puerta. Viéndose sola, no se lo pensó dos veces y cogió los folios que había señalado René. Los listados eran muy largos como para memorizarlos, pero demasiado valiosos para dejarlos allí. La impresora le brindó la solución. Tenía opción fotocopiadora y en un santiamén dispuso de dos ejemplares duplicados, que dobló e introdujo con cautela dentro de su bolso.

El oficial regresó poco después con la caja de CD-ROM en sus manos y se la dio a la joven, que miraba distraída y relajada por la ventana.

—No tengo más preguntas por el momento, señora Castillo.

—El viernes tengo una reunión del Consejo y tengo que volver a España. Supongo que se mantiene todo igual.

—Puede irse, pero no se crea que lo que le he comentado hoy la elimina de la lista de sospechosos. Seguiremos hablando.

Tan pronto como salió de la gendarmería llamó al número de teléfono que había garabateado en el billete de entrada a la iglesia monolítica.

—*Allô?*

—*Monsieur* Deschamps? Soy Cristina Castillo.

—Ah, es usted. No reconocía este número.

—Tengo buenas noticias. Podré ir esta noche a su casa.

Enfatizó bien estas palabras sabiendo el impacto que tendrían en su interlocutor. Sobre todo, porque quedaban pocas horas para la cita.

—¡Fantástico! Pensaba que no podría.

—Espero que mi confirmación no haya llegado demasiado tarde.

—Para nada, prepararé algo simple para cenar.

La reunión con Bonfils había sido más que productiva. De momento, no había pruebas que la incriminasen y una lectura rápida en diagonal de los listados le había permitido divisar algún nombre más que interesante. Pascal Leclerc estuvo en Washington el día del crimen. También el marqués Guido Lungobaldi, del que recientemente le habían hablado Hervé y Juliette.

Si no desenmascaraba aquella noche a Deschamps, tendría dos nuevas pistas a seguir . Siempre y cuando alguno de esos candidatos no la tuviese ya en su punto de mira…

30

Tras un día tremendamente caluroso, aquella tarde soplaba una agradable brisa en los viñedos del Château Cheval Noir. El inmenso cedro del Líbano que presidía el jardín se mecía suavemente a merced del viento. Deschamps había dado la noche libre al servicio y estaba acabando de poner la mesa al lado del árbol con un mantel estampado de estilo provenzal y una vajilla de porcelana de Sèvres.

Para aquella velada se había puesto unos chinos azul marino, una camisa Ralph Lauren arremangada y mocasines *sioux* sin calcetines. Quería impactar a Cristina con una elegante combinación *sport* que lo hacía unos años más joven.

Aunque ella solía ser puntual, llegó con cierto retraso a la cita: sabía que ello aumentaría el interés en su anfitrión. Llevaba un vestido corto de verano, con generoso escote, y unas sandalias romanas de tiras cruzadas. Solía ir poco maquillada, pero esa vez aplicó rímel en las pestañas y se pintó los labios de un ligero tono carmesí. No usó colorete: sabía lo atractivas que resultaban las pequitas que salpicaban sus mejillas.

Aparcó en el mismo lugar que el día anterior y se retocó el peinado frente al espejo antes de bajar del coche y pulsar el timbre de entrada. Deschamps no tardó ni un minuto en abrir la puerta y saludarla con la mejor de sus sonrisas. Se notaba que estaba ansioso con aquella visita.

—*Bonsoir*, me alegro de verla aquí.

—Tenía la agenda complicada, pero al final me he podido organizar. Me alegra poder estar aquí y empezar la relación de vecinos con buen pie.

—El pie que ya va con retraso para cruzar este umbral, *mademoiselle*.

Deschamps echó una furtiva mirada a sus sandalias y se apartó a un lado, invitándola a entrar.

—Y, por cierto, llámame Claude. Podemos tutearnos, que no soy tan viejo.

—Cristina, *enchanté*.

Aunque él ya se disponía a acercar sus labios para besarla en las mejillas, la riojana solo le tendió la mano, poniendo cierta distancia entre ambos. Hasta el momento estaba controlando los tiempos de maravilla.

Tras cruzar el salón del antiguo caserón, se dirigieron al jardín. Aquella cita le daba mucho respeto, pero el entorno era incomparable, rodeados de inacabables hileras de viñedos. El sol, ya en declive, los tintaba con sus rayos inclinados de hermosas tonalidades verde claro y amarillo.

Deschamps había preparado una ensalada de *crudités* con vinagreta y un *steak tartar*. Según él, una de sus especialidades.

—Me apetece mucho probar la botella que trajiste ayer, Cristina, pero creo que hoy toca beber un vino local: el Château Cheval Noir *grand cru classé* de 1985 ya está aireándose en el decantador.

—Adoro probar cosas nuevas —respondió ella, guiñándole un ojo.

—Siéntate a este lado, tendrás mejores vistas. Por cierto, desde aquí puedes ver dos grandes *châteaux* de la región, Pétrus y L'Evangile.

Señaló con su mano dos edificaciones situadas a escasa distancia. Pese a no nombrarlo, también podía divisarse el Château Marchant.

—Aún no conozco a los propietarios, ¿cómo son?

—No tengo mucha relación con ellos, la verdad.

En el fondo, y aunque parezca un juego de palabras, Château Cheval Noir era la oveja negra de las bodegas situadas en aquella zona. Nunca había ganado premios destacables ni valoraciones

relevantes de críticos influyentes. Tampoco él gozaba de mucha popularidad, quizá por influencia del agrio carácter de su mujer.

Prefirió cambiar de tema y escanció vino en dos copas, iniciando el ritual de la cata. Una vez comprobó que la guarda no lo había perjudicado, Cristina también tomó la copa por su base. Tras verificar aspecto y aromas, tomó un sorbo y lo masticó con satisfacción, aunque internamente reconocía que estaba a años luz de los vinos que probó días atrás en compañía del Brujo.

—Excelente *bouquet. Santé!* —exclamó, levantando la copa para brindar con su anfitrión.

—Llevas ya unas semanas por aquí, ¿te está gustando Burdeos?

—Aún no he tenido mucho tiempo para tomarle el pulso a la ciudad, pero la impresión inicial es prometedora. Además, veo que tiene mucha vida cultural. Un día de estos me acercaré a la librería Mollat. Desde fuera me ha parecido fascinante.

—No puedo más que recomendarla, es de las pocas grandes librerías independientes del país y tiene unos fondos bibliográficos amplísimos. Suelo darme una vuelta por allí siempre que estoy en Burdeos con algo de tiempo.

La riojana se llevó un poco de ensalada a la boca y recondujo la conversación hacia sus intereses.

—Antes de darme a conocer a otros viticultores, me gustaría saber la relación que tenían con Arnaud. Sé que tú lo odiabas, pero no sé si era un sentimiento compartido.

—La gente de aquí es bastante conservadora. Adoraban a Auguste Leclerc, pero su hijo era otra cosa.

—¿Le tenían quizá envidia?

Claude dio un sorbo a su copa de vino. Aquella pregunta lo removió internamente. Quizá porque se sintió aludido.

—Siempre la hay cuando alguien triunfa de ese modo.

—¿Te refieres al reconocimiento de sus vinos o a su carisma personal?

—No sé si has leído *El gran Gatsby*, de Scott Fitzgerald. Arnaud devino un personaje del estilo, pero situado en Burdeos en lugar de Long Island. Rico, de moral distendida y considerable éxito social.

—Ya me hablaste de sus fiestas. ¿Te invitó alguna vez o las organizaba exclusivamente para su círculo homosexual?

—Las fiestas eran abiertas a todo el mundo, pero yo nunca asistí. Hacía mucho que estábamos distanciados y, además, nunca me han gustado este tipo de ambientes.

—¿A qué te refieres?

—Organizaba fiestas *swingers*, con intercambios de parejas, y he oído que se esnifaba cocaína.

—¿Arnaud también?

—Lo dudo. Era un apóstol del antienvejecimiento. No tomaba bebidas alcohólicas destiladas, no fumaba y hacía deporte regularmente. Además, al ser diabético, vigilaba mucho lo que comía.

Aquel comentario le brindó a ella una inmejorable oportunidad para entrar a degüello.

—Pensaba que mantenía lo de su diabetes en la más estricta intimidad.

Deschamps se sonrojó y balbuceó ligeramente.

—Su… supongo que alguien me lo debió de comentar. No sé, ya no lo recuerdo… Sea como sea, llevaba una vida sana, eso te lo aseguro. Y más desde que conoció a tu padre.

—Estarás contento de su muerte, ¿me equivoco?

—No he derramado ninguna lágrima, si es a eso a lo que te refieres.

La conversación parecía ir confirmando las sospechas de Cristina, pero no iba por los derroteros que quería el anfitrión. Su objetivo era impresionarla y nada mejor que hacerlo empezando a preparar ceremoniosamente el *steak tartar*.

Se levantó de la mesa y se puso un delantal de color beis con el divertido texto Robado en la Tour d'Argent, seguramente un regalo de aquel prestigioso restaurante parisino. En una mesita auxiliar rompió un par de huevos, separó las yemas y las mezcló en un bol con carne y cebolla picadas, alcaparras, mostaza y salsa Perrins. Finalmente utilizó un molde redondo para servirlo en los dos platos acompañado de tostadas.

—Si lo quieres más sabroso, aquí tengo un botellín de ají peruano.

—Me vuelve loca lo picante.

Pese a la mirada traviesa que ella le dirigió, Claude no pilló el doble sentido de aquel comentario. Rellenó con parsimonia las copas de vino mientras su invitada vertía algunas gotas de salsa sobre su plato y se disponía a lanzar el segundo asalto.

—La vida es aburrida si no se le da un poco de sabor, ¿no crees?

El discreto cruce de piernas con el que Cristina acompañó aquella pregunta añadió el toque justo de carga erótica a su actuación. Justo entonces, el sol se ocultaba detrás del campanario de Pomerol, dejando el cielo tapizado de nubes rosadas. Recordaban al algodón de azúcar que endulzaba el paladar de niños —y no tan niños— en las ferias ambulantes.

Deschamps se inclinó hacia delante y se atrevió a acariciar el dorso de su mano, mirándola fijamente a los ojos. Sobraba cualquier tipo de palabra. Solo el canto de las cigarras y el susurro del viento meciendo las agujas del cedro rompían el silencio reinante en aquella noche canicular. Si un amperímetro hubiera podido medir la intensidad del momento, seguro que estallaba.

Cristina estuvo a punto de liberarse de la mano de Claude e interrumpir en aquel punto una tensión amorosa que iba *in crescendo*. Su plan para aquella cita era dejarlo con la miel en la boca, pero sin llegar a acostarse con él. Sin embargo, la situación se le había ido de las manos. También sentía una poderosa atracción por su vecino y ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Tras tomar un sorbo de vino, acercó sus labios a los de Claude. Aquel beso, impregnado de casis, vainilla y especias, llevó al viticultor a otra dimensión. Hacía mucho tiempo que una mujer no lo excitaba de tal modo.

Solo las vides asistían al creciente intercambio de besos y caricias entre los improvisados amantes, como mudos testigos de la pasión que empezaba a desbordarse. Pese a ello, y cuando la ropa ya empezaba a estar de más, Deschamps buscó mayor intimidad y la guio al interior de la casa, sujetando su mano con cariño en todo momento.

Subieron las escaleras que conducían al primer piso del *château* y se dirigieron al dormitorio. Antes de tumbarse en la cama, Claude

apartó discretamente con el codo una foto de su mujer que reposaba en el chifonier. No le apetecía lo más mínimo verla mientras hacía el amor con la riojana.

Se excitó tremendamente al desabrochar las tiras de sus sandalias, que le llegaban casi hasta la rodilla. Cristina se sorprendió de la delicadeza con la que él iba retirando los tirantes de su vestido, dejando a la vista lo que el escote había ocultado durante toda la velada. Aún más, de la suavidad con la que su lengua recorría las redondeadas formas de sus senos, deteniéndose en sus pezones erectos y succionándolos como un bebé.

Ella comenzó a desabrochar su camisa y descubrió un pecho musculado y unos trabajados abdominales. Nada que ver con la habitual barriguita cervecera en los hombres de aquella edad. Cada vez más excitada, ya se le había ido de la cabeza la posibilidad de que pudiera tratarse de un asesino.

El momento más sublime llegó cuando se abrazaron, por fin desnudos. Solo la tobillera en el pie izquierdo de Cristina impedía un contacto total y absoluto entre ambos cuerpos.

Claude disfrutaba sobremanera de las caricias y juegos eróticos previos. Sus dedos eran suaves como los de un pianista y llenaban de placer a la joven mientras recorrían una y otra vez cada milímetro de su tersa piel. Le costó muy poco descubrir sus principales zonas erógenas. Mordisquear con los labios el lóbulo de sus orejas y acariciar sus tobillos le erizaba todo el vello del cuerpo propiciando en breve el primer orgasmo de Cristina.

Poco imaginaba ella al diseñar su plan, al más puro estilo Mata Hari, que Deschamps resultaría ser tan bueno en la cama. Aquella misión había devenido de repente en un romance prohibido y de altísimo riesgo.

31

Un día después de aquella sensual velada, y tras cierta resaca matinal, Cristina viajó a Bilbao y durmió en un hotel, a tres calles de la sede central de Vocento.

La reunión del Consejo de aquel 14 de julio fue mejor de lo previsto y se aprobó el nuevo plan estratégico, que contemplaba lanzar la versión digital antes de 2010. Su objetivo inmediato estaba cumplido. Gozaba de la confianza de la propiedad y había ganado tiempo para resolver su complicada situación.

Aprovechó que estaba en Bilbao para quedarse allí otra noche y cenar con unos amigos de la facultad. Disfrutaba un montón saliendo a tomar pinchos con ellos por el casco viejo. ¡Ojalá los últimos acontecimientos no diesen al traste con la calidad de vida de la que había podido gozar hasta entonces!

El sábado por la mañana visitó una exposición de arte africano en el Museo Guggenheim. Inaugurado a finales de los noventa, el espectacular edificio de Frank Gehry había transformado la gris e industrial capital de Vizcaya en un destino turístico de primer nivel.

Después de la visita cultural, comió algo rápido en el mismo bar del museo, arrancó su Audi e inició la última etapa del viaje. Ya en Haro, pasó por la calle Siervas de Jesús para recoger a su querida Neko. Gonzalo se encontraba en casa y saludó también a su sobrina.

—Aúpa, Cristina, ¿qué te parece si mañana, antes de comer, te doy alguna pincelada más sobre el vino? Álvaro se apuntaría.

—Genial, desde el último día me han surgido un montón de dudas. ¿Nos encontramos aquí?

—Mejor en la bodega. Si estás allí a las nueve, os podré explicar bastante antes de ir a misa. Y luego acuérdate de que vienes a comer: es el santo de tu tía.

—Claro, tato, ¿cómo iba a olvidarme?

El 16 de julio se celebraba la Virgen del Carmen, cita ineludible del programa anual de fiestas y festejos en villas marineras y en la familia Castillo. El tradicional besugo al horno sería la ocasión perfecta para ponerlos al día sobre el berenjenal en el que estaba metida.

Se despidió y aún paró en un supermercado antes de llegar a casa. Era ya media tarde. Tras deshacer la maleta y reabastecer la nevera con las compras, sintió una repentina urgencia por encontrar más datos en la correspondencia de Fernando y se tumbó en el sofá con el portátil en el regazo y Neko a su lado, ronroneando plácidamente.

No le costó mucho dar con la combinación de la puerta acorazada de Château Marchant. Le bastó con teclear la palabra *clave* en el buscador de Outlook. Un correo de Arnaud informaba a su padre de que la había actualizado y le indicaba los diferentes giros que debía efectuar con la rueda a izquierda y derecha antes de dar una vuelta a la llave en sentido antihorario.

La anotó diligentemente en su Moleskine, ansiosa ya de comprobar su validez y conocer lo que escondía aquella cámara secreta. ¿Contendría algo más que valiosos vinos de colección?

No encontró ninguna otra información relevante, pero la bandeja de entrada se iba reduciendo y ya «solo» le quedaban mil mensajes por leer.

El día siguiente era domingo. Pese a ello, Cristina estaba despierta ya desde primera hora. La noche había sido tan bochornosa que

amaneció medio desnuda, tumbada sobre las sábanas y con la almohada mojada en sudor.

Tras una pequeña sesión de mimos a su gatita, se metió en el baño y se dio una estimulante ducha con agua fría. Ante la previsión de un nuevo día más que caluroso, se puso unos cómodos *shorts*, una camiseta de lino y sus chanclas Havaianas. Su amiga Nadia se las había traído de Brasil junto a la grabación del mítico concierto de Vinicius de Moraes, Toquinho y Maria Creuza en La Fusa. Colocó aquel CD en su equipo de música y se preparó un rico desayuno, acompañada de «A felicidade», «Garota de Ipanema» y tantas otras canciones míticas de la *bossa nova* brasileña.

Salió de casa andando y tardó poco más de media hora en llegar a Bodegas Castillo, dándose el placer de hacerlo antes que su tío. Solo llevaba consigo su «biblia» granate y un bolígrafo para escribir. Pese a la alta temperatura reinante ya a aquella hora, Gonzalo apareció poco después con el traje claro y la corbata que solía ponerse para ir a la iglesia en verano.

Álvaro bajó también del Cherokee y dio dos besos a su prima. Tras cruzar las oficinas, entraron en una gran sala con veinte depósitos de acero inoxidable, donde comenzarían su lección conjunta de viticultura.

—Hay seis semanas al año que son clave en el proceso.

Gonzalo señaló con un dedo el mes de septiembre en un calendario que colgaba de la pared.

—La climatología y altitud del viñedo marcarán el inicio de la vendimia, primero con variedades blancas, que necesitan mayor acidez y menos azúcar.

—¿Las hemos cultivado alguna vez? —preguntó Cristina.

—Tu padre siempre criticaba el poco aprecio que tenía el vino blanco en La Rioja. Quiso plantar cepas de viura y sauvignon blanc, pero no llegamos a hacerlo.

—Luego viene el tempranillo, ¿verdad? —intervino Álvaro.

—Así es, junto a otras uvas tintas de ciclo corto, como el merlot o el pinot noir. Al final le llega el turno a las variedades tintas que requieren más tiempo de maduración para desarrollar taninos y

sabores más complejos. En Bodegas Castillo sería el mazuelo, en otras el cabernet sauvignon o franc.

Cristina observó que no se cultivaba allí ninguna de las variedades del *coupage* de Château Marchant. Mientras iba anótandolo todo, Gonzalo los acercó a un par de aparatos, que reposaban en una esquina.

—Sigue tú, hijo, que esto ya te lo conoces.

Álvaro recogió ufano el testigo y continúo la explicación.

—Esta tolva con el tornillo sinfín es la despalilladora, que separa los granos de uva del raspón, y la otra máquina, una estrujadora. Sus dos rodillos prensan la uva y extraen el jugo sin romper las pepitas.

—Cuesta creer que antes se pisase con los pies. Debía dar aromas potentes al vino —intervino Cristina, logrando que Gonzalo esbozara una sonrisa.

Tras acercarse a uno de los depósitos, este prosiguió con la descripción del proceso.

—Aquí introducimos el mosto, a temperatura controlada, para iniciar la fermentación alcohólica, en la que el azúcar se transforma en etanol. También se produce anhídrido carbónico, que burbujea y empuja los hollejos hacia arriba hasta formar lo que llamamos «sombrero». Más tarde procedemos al remontado, recirculando el mosto a la zona superior y removiendo el sombrero. El contacto con los hollejos es lo que aporta color, taninos y otros componentes importantes.

—¿Qué papel juegan aquí las lías? —preguntó ahora Álvaro.

—Al igual que otras levaduras, catalizan la fermentación. Si no, tardaríamos semanas.

—Explícanos la fermentación maloláctica, tato —intervino Cristina —. Papá lo intentó en su día, pero la química no era mi fuerte en el instituto.

Gonzalo los llevó a unos depósitos contiguos para responder a su sobrina.

—Una vez ha adquirido el color adecuado, trasegamos aquí el vino para realizar el paso que dices. Se trata de un proceso bioquímico natural: unas bacterias presentes en la uva transforman ácido málico

en ácido láctico, lo que reduce la acidez del vino y le da aromas más suaves y agradables que recuerdan a la bollería.

—¡Qué interesante! Siempre me había preguntado de dónde provenía el aroma a brioche o tostados —interrumpió Cristina, fascinada con lo que estaba aprendiendo en un solo día.

Gonzalo observó satisfecho a su sobrina: aprendía rápido y con pasión. Arnaud no se había equivocado al legarle Château Marchant. Miró de reojo su reloj y vio que aún podía seguir un rato.

—De los hollejos que quedan en el primer depósito extraemos el «vino de prensa», muy rico en taninos. Hay bodegas que aprovechan incluso las pieles y pepitas para elaborar destilados de alta graduación. Sin embargo, se precisa una licencia especial y nunca nos ha interesado hacerlo.

—Mi amigo Manu tiene familia en Orense y me trajo una botella de orujo. Lo hace su padre en un alambique de cobre, igual que los antiguos alquimistas.

—Cuidado con eso, Álvaro. Si no se eliminan las primeras fracciones, puede contener metanol, un alcohol tóxico que puede provocar ceguera.

El joven se quedó algo asustado, recordando que casi se lo había bebido todo con sus amigos, y siguió al grupo por las escaleras que conducían al subterráneo. Centenares de barricas reposaban en unos oscuros y polvorientos pasillos a una temperatura más que agradable a mediados de julio. Cristina había visitado ese lugar con frecuencia. Le encantaba aquel olor, mezcla de madera, vino, tierra y humedad.

—Una vez acabada la fermentación, mezclamos el vino de tempranillo y mazuelo, según la procedencia y las proporciones indicadas por el enólogo, y lo transferimos a estas barricas, donde permanecerá nueve meses a temperatura y humedad controladas.

—¿Cuándo podremos introducir maturana en el *coupage*, tato?

—En 2008 las cepas tendrán cinco años y podremos hacer ya una primera prueba. ¡Ya tengo ganas!

—La madera no solo aporta ricas notas aromáticas. La microoxigenación causada por su porosidad estabiliza algunos

componentes del vino —añadió Álvaro, luciendo lo que había aprendido en su máster de enología.

—¡Bravo, Álvaro! Veo que has amortizado el coste de tu posgrado.

Cristina se acordó en ese momento del barril que su padre se hizo enviar desde Tenerife, aparentemente para homologarlo. ¿Sería quizá la incorporación de una madera especial lo que daba a Château Marchant su excelso *bouquet*?

—¿Qué importancia tiene el tipo de madera? —preguntó, para aclarar la duda.

—Siempre se hacen de roble francés o americano. En general, se valoran más las primeras, pero también son más caras. Aquí compramos de los dos tipos.

—¿No has pensado en fabricarlas tú mismo?

—Es un trabajo muy artesanal y queda muy poca gente formada para realizarlo. Solo lo hacen unas pocas bodegas, como López de Heredia en La Rioja y Domaines Barons de Rothschild, en Burdeos.

—¿Utilizas albúmina para clarificar? —preguntó ahora Álvaro. —Tengo una amiga vegana que no toma vino por la clara de huevo.

Gonzalo iba a responder cuando miró su reloj y vio que faltaba muy poco para la hora del Ángelus. Agobiadísimo, subió las escaleras de dos en dos peldaños y salió corriendo de la bodega. Casi sin despedirse, subió con su hijo al Cherokee y se dirigió como una exhalación a la iglesia de Santo Tomás.

En su afán de proselitismo, Gonzalo estuvo en un tris de proponer a Cristina acompañarlos a misa, pero un repaso visual de la cabeza a los pies se lo quitó rápido de la cabeza. Su sobrina no solo era agnóstica, sino que vestía muy ligera y poco apropiada aquel domingo. Tampoco Álvaro era un gran creyente, pero le era harto difícil zafarse de sus padres si no tenía un plan alternativo.

Aunque el sol que caía sobre los viñedos a mediodía era de justicia, Cristina ni se atrevió a pedirles que la acompañaran a casa. Gonzalo se ponía histérico si veía que llegaba tarde a una cita, y ya no digamos con Nuestro Señor.

Como si una bombilla se le hubiese encendido de repente, recordó la existencia de un pasadizo subterráneo que comunicaba la

bodega con un pequeño almacén, muy cerca de su casa. Sirvió para guardar aperos de labranza y estaba en desuso desde hacía mucho.

El día que su padre se lo mostró fue uno de los momentos más reveladores de su infancia, una escena digna de *Alfred Hitchcock y los tres investigadores*. Aún guardaba en su biblioteca los libros de Editorial Molino, con sus lomos de color verde, que tanto influyeron, junto con las novelas de Enid Blyton y los álbumes de Tintín, en despertar su afición a la lectura y la aventura.

Habían construido el pasadizo sus bisabuelos, en tiempos de la República, para poder evadirse y evitar represalias del partido gobernante. No en vano, los Castillo eran grandes terratenientes y extremadamente católicos.

Nunca tuvo que utilizarse, ya que La Rioja pasó de inmediato al bando nacional durante la sublevación de 1936 y las familias acomodadas no sufrieron tanto como otras durante la Guerra Civil.

Aunque era domingo y la bodega estaba desierta, los despachos estaban abiertos, con la excepción del de Gonzalo. Nunca había puesto los pies en él y le hubiese encantado fisgar en su interior, pero era lógico que lo cerrase con llave. A fin de cuentas, almacenaba mucha información confidencial.

Tras cruzar las oficinas, se dirigió de nuevo a las escaleras que bajaban a la zona de crianza. Su buena memoria situaba allí la entrada al pasadizo, parapetada por centenares de barricas. Tardó un poco más hasta que finalmente encontró el rincón donde se ubicaba la trampilla de acceso, oculta bajo un barril y cubierta del polvo acumulado durante décadas.

32

Tras rodar la barrica a un lado de la trampilla, consiguió abrirla, dejando al descubierto las escaleras de cemento que descendían al subsuelo. El pasadizo era igual de fresco que oscuro, y sin linterna no podría llegar muy lejos; aun así, decidió bajar los quince peldaños y recorrer unos pocos metros. Pudo comprobar que el aire no estaba viciado; probablemente se diseñó con algunas salidas al exterior para proporcionarle ventilación.

Una vez de nuevo arriba, cerró cuidadosamente la trampilla y la volvió a camuflar, aunque esta vez sin carga encima. Poca gente en la bodega, por no decir nadie, debía de conocer su existencia.

Al no poder atravesar el pasadizo en aquella ocasión, tuvo que recorrer el camino entre los viñedos a pleno sol y llegó a su casa completamente sudada y acalorada. Necesitó ducharse de nuevo para refrescarse y hacer un cambio de ropa antes de ir a almorzar con sus tíos, esta vez en coche.

Cuando llegó, felicitó a su tía con un par de besos y un hermoso ramo de rosas que acababa de comprar en la floristería Marta, situada a pocas calles de allí. Llegaba un delicioso olor a guiso de pescado desde la cocina.

—Qué bien que te lo hayas podido organizar para venir, querida.

—Tiene que pasar algo muy gordo para perderme la celebración de tu santo.

Recordó al gendarme Bonfils y lo cerca que había estado de no poder acudir aquel día, pero ya hablaría de ello más tarde. De momento, optó por tratar asuntos banales, como en una conversación de ascensor.

—¿Todo en orden por aquí, familia?

—Ya que esta mañana no hemos podido hablar de otra cosa que no fuera vino, te actualizaré la prensa rosa de Haro —respondió Álvaro—: tu amiga Sonia acaba de darle la patada a Luis.

—Pues ya iba siendo hora. Llevaba una cornamenta que no pasaba por la puerta. Mañana la llamaré.

No pudo evitar pensar en Denise Deschamps. Dudaba mucho que Claude solo le hubiese sido infiel con ella. Tampoco le importaba.

—Por lo demás —prosiguió su primo—, mucho calor y ganas de playa.

—Burdeos no es que sea muy fresco en verano, pero tiene el mar más cerca que nosotros.

Aprovechó que Carmen troceaba y servía el enorme besugo para cambiar de tema.

—Yo sí tengo algunas novedades.

Todos se giraron expectantes hacia ella.

—No he querido decir nada esta mañana en las viñas para no preocuparos, pero creo que ya toca compartirlo.

—Dios mío… —saltó Carmen, inquieta, dejando el cuchillo a un lado—. Dime que no es lo de tu madre.

—Tranquila, no van por ahí los tiros.

Un alivio general se extendió por la mesa, aunque Cristina no había sido del todo sincera en su respuesta…

—Iré al grano: Arnaud Leclerc no se suicidó. Fue asesinado con insulina adulterada y ahora estoy en el punto de mira de la policía.

Su tía se puso las manos en la cabeza e hizo la señal de la cruz. Bastante más sereno, y con su habitual pragmatismo, Gonzalo intervino, por primera vez en todo el almuerzo.

—¿Y te han dejado venir hasta aquí sin problemas?

—De momento no me han puesto pegas, pero he tenido que facilitarles todos mis datos de contacto. ¡Y los vuestros!

—¿Sabes si tienen más candidatos?

—La gendarmería no lo ha compartido, pero intuyo que sospechan de un hermano de Leclerc, que se encontraba en Washington el día de su muerte.

—Tiene sentido.

—Correcto, pero yo apunto a otro lado.

Álvaro entró emocionado en la conversación.

—Esto parece un episodio de *CSI Miami*.

—No vas mal encaminado. Descubrieron lo de la insulina por los análisis del forense, igualito que en la serie.

—¿Y a quién tienes tú en mente, sobrina?

—A Claude Deschamps, un vecino de Arnaud. Perdió una valiosa parcela en un litigio y nunca se lo perdonó. Estoy convencida de que fue él.

—¿Y si decide acabar también contigo?

—¿Por qué creéis que os estoy contando todo esto?

Se hizo un silencio sepulcral alrededor de la mesa.

—Testé a vuestro favor cuando falleció papá. Si yo muero, la pelota pasará a vuestro tejado.

Gonzalo se puso en pie y empezó a andar en círculos por el salón. Era el modo en que intentaba concentrarse cuando le acuciaba algún problema.

—Te conozco como si te hubiese parido, sobrina. Seguro que ya tienes algún plan, ¿me equivoco?

—La relación matrimonial de Deschamps no es precisamente brillante y he empezado a coquetear con él para tirarle de la lengua. Espero que no se huela la trampa y consiga pronto alguna prueba incriminatoria.

Carmen se santiguó de nuevo y la miró horrorizada. Tanto su instinto protector como la rígida moral católica estaban siendo sometidos a una dura prueba.

—Virgen santa, Cristina. No solo pones en juego tu vida, sino que estás cometiendo adulterio.

—¿Te he dicho acaso que me quiera acostar con él? Además, en todo caso, el adúltero sería él. Yo puedo hacer lo que me dé la gana, ¡ya soy mayorcita!

—Mayorcita o no, Carmen tiene toda la razón —saltó su tío—. ¿Sabes cómo se nombraba en mis tiempos a una chica con tu comportamiento?

—¿Me estás insultando? Di la palabra que piensas, dila. Empieza con la letra «p», ¿verdad? Hasta aquí podíamos llegar.

Cristina golpeó la mesa con el puño, fuera de sus casillas, y se puso en pie para largarse, pero Gonzalo consiguió frenarla y reconducir la conversación.

—¡Tranquilízate, por favor! No tendría que haberlo dicho, pero eres una Castillo. Sabes cómo defiendo nuestro honor y me saca de quicio que lo manches, infringiendo los santos mandamientos. Por desgracia también lo hizo Fernando, que en paz descanse. —Miró un instante hacia arriba, como en pose de oración.

Ella agradeció para sus adentros la suerte que había tenido con su padre, infinitamente más abierto y comprensivo que Gonzalo. Ojalá lo hubiese podido valorar en su justa medida mientras aún estaba con vida. ¡Cuántas charlas habría tenido con él sobre sentimientos, amor y tolerancia!

Algo más confortada tras aquel recuerdo paterno, se disculpó ella también por su airada reacción y volvió a sentarse a la mesa. Gonzalo acabó su besugo y dejó los cubiertos sobre el plato antes de proseguir.

—Y ahora te pido que me escuches. Independientemente de la vertiente moral, no puedes arriesgarte a estar a solas con un posible asesino. La próxima vez que vayas a Burdeos, te acompañaré. ¡Considéralo una orden!

Cristina analizó mentalmente los pros y contras de aquella coercitiva propuesta. Esa vez, dejó su orgullo a un lado.

—De acuerdo, tato. Quizá no me vaya mal tenerte cerca si las cosas se ponen feas. Volveré allí el próximo martes, ¿te lo puedes organizar?

—Tengo una reunión, pero podré salir de aquí al día siguiente. Y no te veas con ese hombre hasta que yo llegue, ¿de acuerdo?

—¡Hecho!

Una vez finalizado el almuerzo, Cristina se despidió de su familia y volvió a casa. Quería mucho a Carmen y le sabía mal haber

enturbiado la celebración de su santo, pero si algo la caracterizaba era su orgullo y la defensa de sus ideas y valores, por delante de quien fuera. Y eso nunca cambiaría.

Como buena Castillo, también era muy obstinada. Aceptó la visita de su tío, pero, por mucho que se lo pidiera, no pensaba renunciar a la nueva cita con Claude el martes siguiente. La experiencia anterior había sido tan gratificante que compensaba cualquier tipo de riesgo que pudiera correr, aunque esa vez pudiese ser de alto voltaje.

33

Con la celebración de la Virgen del Carmen, Cristina dejó atrás un fin de semana relativamente plácido, en el que pudo descansar y recargar baterías. Lástima que las formidables explicaciones enológicas de su tío Gonzalo quedasen empañadas por la enésima discusión con él.

Aquel lunes pasó las primeras horas de la mañana en la redacción de *La Rioja* y aprovechó que estaba en Logroño para hacer algunas gestiones. A mediodía, salió del ayuntamiento y se fue andando por la avenida de la Paz y la calle Portales hasta llegar al centro histórico. Había quedado con Camero para almorzar, pero aún faltaba un poco para la hora convenida. Decidió acercarse a la iglesia de San Bartolomé, su lugar favorito en la capital riojana. Siempre le llamó la atención el reloj de sol en su muro sur. Aunque marcaba las horas para las plegarias, su colocación, girado noventa grados, hacía imposible usarlo para aquella función. ¿Quiso darle un sentido oculto el constructor del templo o simplemente reaprovechó un elemento de edificaciones anteriores?

A la hora acordada llegó al asador El Portalón. Como J. R. aún no había aparecido, se acodó a la barra para tomar una caña y charlar con el dueño. Hacía tiempo que no se dejaba caer por allí y echaba de menos esa costumbre tan riojana —o quizá universal— del cotilleo con paisanos en bares y tabernas.

—¿Cómo va el verano, Javi?

—Flojillo, la verdad. La gente ya empieza a estar de vacaciones en la playa y poco turista se deja ver en Logroño. Ojalá la nueva bodega que construye Marqués de Riscal en Elciego tenga el mismo efecto que el Guggenheim en Bilbao.

—Es también obra de Gehry, pero en este caso se trata de una iniciativa privada. A tres meses para su inauguración, se ha promocionado poco por parte de las instituciones.

—Aquí mucho mirarnos el ombligo, pero no nos sabemos vender. En marketing, los italianos nos dan mil vueltas.

Cristina recordó lo mucho que le gustó el edificio de Olarra, precursor de aquella nueva tendencia arquitectónica en la construcción de bodegas.

—¡Me acabas de dar una idea! Pasado el verano haré un monográfico en el periódico, centrado en el enoturismo y las bodegas de diseño que tenemos en la provincia. *La Rioja y ABC* pertenecen al mismo grupo de comunicación y quizá incluso consiga que lo publiquen a nivel nacional.

Justo entonces apareció J. R., con una fresca guayabera blanca de lino y unas alpargatas de diseño de Antonio Miró. Ni en plena canícula renunciaba a su cuidada y elegante imagen.

—He oído lo que hablabais del reportaje y me parece una idea fenomenal. Pondremos toda la carne en el asador. Ya nos ayudarás poniendo un anuncio de El Portalón, Javi.

—Si me dais buenas condiciones, encantado. De momento, estáis invitados a las cañas. Tu jefa ya te lleva una de ventaja.

Los dos periodistas se sentaron en un rincón discreto del asador. Cristina tenía temas importantes y confidenciales para compartir.

—La reunión del Consejo fue muy bien. Están satisfechos con la marcha del periódico y han aprobado nuestro plan estratégico.

—Es una buena noticia, pero ¿cómo piensas seguir?

—A corto plazo, volveré a Burdeos. Intuyo quién mató a Leclerc y tengo un plan para tirarle de la lengua.

—Suelta…

—Se llama Claude, Claude Deschamps. Me lo he camelado y cenaré mañana con él. A solas —evitó adrede contarle que ya había tenido un encuentro con él.

—No hagas locuras, Cris. Estás jugando con fuego.

—No te preocupes, tengo mis recursos. Respiraré bastante más tranquila si consigo desenmascararlo.

—¿Y si descubre tus intenciones?

—En esta vida, nada se consigue si no arriesgas. Además, el miércoles irá mi tío y podrá ayudarme. He dudado en aceptar que venga, pero pienso que es mejor para mí.

El redactor agradeció que, en aquel preciso instante, Javi les trajera pimientos y morcilla para picar. La interrupción le dio tiempo para preparar y afrontar un tema que le resultaba incómodo y delicado a la vez.

—Te parecerá extraña esta pregunta, viniendo de mí, pero ¿te acostarías con ese hombre?

—No me disgusta.

—Una manera elegante de dar una respuesta afirmativa.

—No me dirás ahora que tienes celos.

Camero acercó la mano a la de Cristina, sujetándola con firmeza.

—¿Qué pasaría si te digo que sí?

—Pues que me costaría creerlo.

—Cristina, no sé si es el momento ni el lugar adecuados, pero quiero que sepas que te amo. Si no estuvieses tan obsesionada con rechazar el compromiso y la idea de morir joven, hace tiempo que te habría hecho una proposición.

Ella vació su cerveza, emocionada con aquellas sinceras palabras. Lo último que habría imaginado es que la conversación pudiese tomar ese rumbo.

—Yo también te quiero, J. R., pero no es solo el tema de la muerte, tengo un miedo atroz a perder mi libertad. Además, como decía san Ignacio, «en tiempos de tribulación, no hacer mudanza». Déjame primero solucionar el lío que tengo armado en Burdeos y lo volvemos a hablar más adelante, ¿qué te parece?

—Estoy sufriendo por ti. Yo sí he tenido pareja estable, y te aseguro que nunca sentí nada parecido a lo que me ocurre cuando te tengo a mi lado.

—No puedes imaginar cuánto me ha gustado lo que me acabas de decir.

Con piel de gallina en todo el cuerpo, se acercó y le dio un largo y cálido beso en los labios.

Camero la había sorprendido gratamente con su declaración de amor. Le habría encantado marcarse una «siesta» con él después del almuerzo. Sin embargo, tenía aún un montón de temas pendientes en la oficina. Además, prefería no ir con sentimientos encontrados a la cena con Claude. Una cita de ese calibre requería mantener la cabeza fría y la pasión ahogada.

34

Pese a ser mediados de julio, ese martes el tráfico en las autopistas era fluido y Cristina solo tardó cuatro horas en llegar a Château Marchant, justo a mediodía. Juliette le había preparado la comida y solo tuvo que calentarla. Esa vez decidió traerse a Neko para no tener que pasar tantos días separada de ella. Lo más destacable durante su ausencia había sido la tremenda ola de calor que azotó el sudoeste de Francia. Según Hervé, si el verano seguía así, probablemente debería adelantarse un par de semanas la vendimia.

Después de comer y hacer una pequeña siesta, se fue al despacho con su portátil para revisar el correo electrónico. Mientras esperaba el zumbido del módem para conectarse a internet, repasó con la mirada la extensa biblioteca que decoraba las paredes de aquella estancia. Le llamaron la atención los álbumes de fotos que llenaban un estante entero, en perfecto orden cronológico. Presa de una enfermiza curiosidad, decidió aplazar la sesión de trabajo para bucear en el pasado de Arnaud.

Pudo comprobar enseguida que era un gran aficionado a la fotografía. Centenares de fotos estaban dedicadas a paisajes, puestas de sol, claroscuros o animales salvajes ampliados con un potente *zoom*. También en eso demostraba su buen gusto y sensibilidad artística, faceta, por cierto, compartida con Fernando.

El álbum del año 1990 empezó a incorporar las primeras imágenes junto a su padre. Le hizo mucha ilusión encontrar la foto

de grupo que se tomaron en abril con Robert Parker, Lalou Bize-Leroy y Marisa en el restaurante Echaurren. La misma imagen, ya algo descolorida, había colgado siempre en una pared del salón de su casa.

Unas páginas más adelante, volvía a aparecer el mayor de los Castillo, esta vez en Burdeos. Las fotografías estaban datadas entre el 22 y el 24 de junio y los mostraban a ambos entre viñas, en el claustro de la colegiata de Saint-Émilion o en diferentes rincones de Château Marchant. Sus gestos cariñosos en las últimas instantáneas no dejaban lugar a dudas: aquel fin de semana fue el que vio nacer la relación sentimental, que tan solo la prematura muerte de su padre pudo truncar.

Cristina contemplaba esas escenas, invadida por una gran emoción. El rostro de su padre irradiaba felicidad por los cuatro costados. Cuánto le habría gustado que la hubiera hecho partícipe de la misma. Las imágenes comenzaron a empañarse y tuvo que secar sus ojos humedecidos con un clínex para poder proseguir hojeando álbumes.

El año 1991 registró otra importante efeméride en la vida de Fernando: a mediados de septiembre, una serie de fotos lo mostraba firmando un documento junto a Robert Parker y cerrando el acuerdo con un apretón de manos. Acababa de ser nombrado catador de *The Wine Advocate* para Burdeos y las islas Canarias. En la cena de celebración aparecía también Leclerc, brindando con un Château Lafite Rothschild del 82 por el éxito de su pareja.

No era casualidad que el norteamericano hubiese elegido su añada fetiche para cerrar el trato. Tras demostrar su gran talento ante el resto de los críticos enológicos, el año 1982 lo encumbró a la fama para las posteriores generaciones.

Cristina miró su reloj: aún tenía un par de horas por delante y decidió seguir hurgando en el pasado común de su padre y Arnaud.

El establecimiento de Fernando en Francia propició un incremento notable de fotografías de la pareja, sobre todo en el verano de 1992. Aquel año pasaron sus vacaciones en Sevilla y Barcelona, coincidiendo con la Exposición Universal y los Juegos Olímpicos. En decenas de imágenes se los veía enamorados en los pabellones de

La Cartuja o en diferentes escenarios de las competiciones deportivas. También Cristina asistió a ambos eventos, pero no en las mismas fechas ni con el mismo presupuesto. Ojalá hubiese podido ella asistir a la inauguración en el Estadio Olímpico, con la imaginativa recreación del mar de La Fura dels Baus. En una foto Arnaud aparecía con una gorra de capitán, una pipa en la boca y el barco griego navegando entre las olas como telón de fondo.

El tiempo se le echaba encima y solo podría revisar un álbum más, el de 1993. Tras unas cuantas fotografías de grupo, cenas con amigos y escenas cotidianas en Château Marchant, apareció otra serie monográfica, que aún dio más envidia a Cristina que el acto inaugural de las Olimpiadas. La primera imagen estaba datada el 23 de junio y en ella los dos soplaban tres velas de una pequeña tarta de chocolate. La hilera de moáis antropomorfos detrás de la pareja no dejaba lugar a dudas del lugar donde se encontraban.

35

Isla de Pascua, 23 de junio de 1993

Fernando Castillo empezó su relación sentimental con Arnaud en junio de 1990, tras aceptar su invitación para viajar a Burdeos y conocer Château Marchant.

Habían pasado ya tres años y, para celebrarlo, decidieron viajar a la Isla de Pascua, un mítico lugar soñado por ambos desde su más tierna infancia. Muchas cosas les unían, desde la afición por el vino a la ópera, pero, sin lugar a dudas, también la pasión por los viajes y la exploración. Habían tenido una gran influencia en sus primeros años las novelas de Julio Verne y las aventuras de Tintín, afición compartida más tarde con su hija Cristina. También, una viñeta de *Katzenjammer Kids*, conocidos en España como Los Cebollitas, en la que aparecía un moái sacando la lengua al protagonista. Aquellas enigmáticas estatuas megalíticas, con sus alargadas orejas y su mentón prominente, siempre les fascinaron. Había llegado el momento de visitarlas.

Tras un largo vuelo de quince horas desde París, la primera etapa del viaje sería Santiago de Chile. Leclerc tenía buenos amigos viticultores en la capital chilena y pasaron allí varios días visitando las mejores bodegas en los valles centrales del Maipo y el Colchagua. Castillo nunca había visitado el país andino y disfrutó

enormemente de la diversidad de aromas y sabores que aquellos suelos y la climatología conferían al cabernet sauvignon y al merlot, variedades bordelesas archiconocidas para él.

Le sorprendió especialmente la uva carmenere, originaria también de Burdeos, pero que había casi desaparecido de Europa a finales del siglo XIX debido a la plaga de la filoxera y su baja productividad. Las barreras geográficas que suponen los Andes y el océano Pacífico, así como los terrenos arenosos y el tiempo seco, contribuyeron a su excelente aclimatación y la convirtieron en la variedad más emblemática del país.

Otra característica de aquellos viñedos que le llamó poderosamente la atención es que las cepas crecían de sus raíces primigenias. En Europa era práctica común utilizar raíces resistentes a la filoxera e injertar en ellas las variedades que se iban a cultivar. Además del placer de viajar con su gran amor, estaba descubriendo un fantástico país con vinos de exclusivas características enológicas.

Despidieron la estancia en Santiago almorzando con María José, una amiga chilena de Arnaud que daba clases de Humanidades en la universidad Andrés Bello. Por casualidades de la vida, la joven se apellidaba Marchant, aunque nada tenía que ver con la bodega del francés. No faltaron buenos ceviches y un típico pastel de choclo, que regaron con una botella de Don Melchor, añada 1988, por recomendación del sumiller del restaurante. Las bodegas Concha y Toro lanzaron este vino al mercado en 1987, y la segunda cosecha lo catapultó a la fama, siendo aún hoy en día uno de los vinos más apreciados en Chile.

La Isla de Pascua, o Rapa Nui en lenguaje nativo, pertenecía a Chile pese a distar tres mil setecientos kilómetros del punto más cercano de su costa. Solo volaba hacia allí un avión al día de la aerolínea LAN y la llegada se antojaba literalmente como aterrizar en otro mundo. La pareja fue recibida con guirnaldas de flores y el saludo «*Iorana*», «hola» en su lengua, que tantas veces iban ellos mismos a pronunciar en los siguientes días. En el mismo aeropuerto alquilaron un Mini Moke, versión todoterreno descapotable del popular coche británico, con el que recorrerían la isla de cabo a rabo.

Después de instalarse en la cabaña de un hotel ajardinado en Hanga Roa, compraron un bizcocho de chocolate con tres velas y se dirigieron, cogidos de la mano, hacia Ahu Tahai. Varios moáis, de espaldas al mar y subidos a sus plataformas, parecían protegerlos en aquel magnético lugar de los designios de sus dioses. Costaba imaginar que no volvería a avistarse tierra firme hasta las islas Pitcairn, dos mil kilómetros más al oeste. Uno de ellos iba tocado con un sombrero de roca volcánica rojiza y los observaba sin pestañear con unas redondas y negras pupilas engastadas en sendos ojos de coral blanco.

Se tumbaron en una ladera, abrazados y contemplando a dos perros que jugueteaban sobre un prado con un grupo de caballos. Varias parejas los acompañaban y Arnaud lo aprovechó para pedirles una fotografía con su cámara réflex mientras apagaban las velitas de su tercer aniversario. El sol se fue hundiendo lentamente en el horizonte, iluminando con sus últimos y débiles rayos aquel maravilloso atardecer. El cielo se coloreó de imposibles tonalidades rosadas y anaranjadas, confiriendo un místico telón de fondo a las enigmáticas figuras. Un largo y apasionado beso entre los enamorados puso el broche de oro al romántico crepúsculo.

Al día siguiente, Miguel Rapu, el guía local, los acompañó a diversos puntos de la isla. Primero visitaron Ahu Tongariki, donde un grupo de arqueólogos chilenos y japoneses se hallaban en plena restauración de uno de los mejores conjuntos de moáis de toda Rapa Nui. Guerras civiles entre tribus locales y un devastador tsunami en 1960 habían destruido la plataforma y desparramado las estatuas alrededor de la misma. Medio kilómetro hacia el interior se hallaba el volcán Rano Raraku, donde se situaba la principal cantera de la Isla de Pascua. Los rapanui tallaron allí muchos de los moáis que luego irían transportando a otras partes de la isla. Seguía siendo un misterio cómo pudieron hacerlo ocho siglos atrás con tan pocos medios. Las icónicas imágenes de moáis inclinados a lo largo de la ladera del volcán fueron probablemente las que más habían

impactado a la pareja en el pasado por su frecuente reproducción en *National Geographic* u otras revistas y documentales antropológicos.

Tras almorzar un sabroso atún a la parrilla en Hanga Roa, Rapu los acompañó a Orongo, en el sudoeste, donde se encontraban los petroglifos y las viviendas antiguas mejor conservados de la isla. Allí tuvo lugar durante muchos años la ceremonia del hombre pájaro, que entronizaría anualmente al gobernante de Rapa Nui. La dura competición consistía en descender un abrupto acantilado, nadar hasta el vecino islote Motu Nui, recoger un huevo de los nidos del gaviotín *manutara* y traerlo al pueblo, sujeto a la frente con una cinta y trepando por aquella pared casi vertical.

Después de mostrarles las bajas y alargadas viviendas tradicionales, en forma de botes boca abajo, el guía los llevó a la cara norte, que presidía la inmensidad del volcán Rano Kau.

Las paredes de su cráter, de más de un kilómetro de diámetro, bajaban en suave pendiente hasta el fondo, un maravilloso conjunto de lagunas, isletas y vegetación que parecía extraído de *El mundo perdido*, la extraordinaria novela de aventuras de Arthur Conan Doyle.

—En la base de este cráter hay muchos árboles y plantas e incluso alguna gallina salvaje o especies endémicas de peces y anfibios —les comentó Miguel, señalando con el dedo índice unos plataneros que destacaban a lo lejos—. Algunos rapanui bajan regularmente por la ladera para recoger huevos, plátanos, aguacates u otros frutos. Hay también un gran número de cepas de vid asilvestradas, mezcladas entre matas de mala hierba y arbustos. Mi amigo Tiki recolecta las uvas, destila el mosto en un alambique y obtiene un licor delicioso. Si quieren lo pueden probar en su casa un día de estos.

Los viticultores cruzaron sus miradas. Aquello captó su interés como un panal de miel a un oso en Yellowstone.

—¿Cómo podríamos bajar? —preguntó Fernando, que tenía la ventaja de hablar español como Rapu.

—No se lo recomiendo, porque los caminos están llenos de maleza y es peligroso adentrarse en ellos. Yo mismo hace años que ya no voy.

—¿Quizá pueda acompañarnos su amigo?

—Dudo que quiera. A los rapanui no nos gusta que los turistas exploren la isla por su cuenta y expolien nuestro patrimonio cultural. De hecho, hay un proyecto para que toda visita a monumentos culturales se haga obligatoriamente con un guía local.

Castillo dejó de insistir y miró a Arnaud de refilón. Ya encontrarían el modo de acceder a esas curiosas cepas silvestres.

Lo primero que hicieron a la mañana siguiente fue atravesar la calle principal de Hanga Roa hasta que descubrieron una pequeña tienda de ferretería y artículos varios, la única de la capital. Allí compraron guantes y machetes antes de dirigirse de nuevo al Rano Kau, esta vez sin la compañía de su guía. Aparcaron el Mini Moke en un lugar señalizado como mirador y otearon durante un rato el cráter del volcán. Justo detrás de unos antiguos petroglifos, una senda pedregosa serpenteaba por su pared interna hasta quedar interrumpida a medio camino por una tupida maleza. Equipados con botas de montaña y los utensilios que acababan de adquirir, decidieron iniciar el descenso.

Estuvieron varias horas desbrozando fatigosamente la ruta lo mejor que pudieron y sufriendo más de una dolorosa rascada en piernas y brazos por las ramas y espinas que impedían el paso. Finalmente consiguieron llegar a la base del cráter y se sentaron en unas rocas para descansar y admirar el paisaje. Un auténtico ecosistema se abría ante sus ojos, ofreciendo el acceso a un mundo inaccesible para la inmensa mayoría de mortales.

Allí abajo, el camino estaba más despejado y solo había que vigilar en no meter los pies y hundirse en alguna de las marismas encharcadas. Al poco rato divisaron las primeras vides, dispersas entre plataneros, higueras y algún que otro guayabo. Las más expuestas al sol estaban cargadas de compactos racimos de color morado intenso con pequeñas y redondas uvas. Arrancaron uno de ellos y comieron sus frutos apoyados en el tronco de un árbol. Aparte de saciar el hambre que tenían después de la agotadora excursión, descubrieron aromas inéditos en su larga y experta trayectoria vitivinícola. Aquellas bayas silvestres eran como una combinación de uva, arándano y grosella, con una elevada dulzura.

También se detectaba un leve gusto a menta y frutos secos, así como otros sabores que no acertaron a definir.

Arnaud escarbó en el suelo y a los pocos centímetros comenzó a aparecer un estrato negruzco de tierra volcánica, en el que tan bien habían enraizado las cepas.

—Fernando, nunca he probado algo parecido. ¿Te imaginas lo que sería fermentar y vinificar estas uvas?

—Por la forma de las hojas y de los racimos, juraría que se trata de listán negro o prieto. Los españoles la trajeron desde el archipiélago canario cuando colonizaron México y Perú. Durante varios siglos, casi todo el vino que se bebía en las Américas se hacía con esta variedad y seguro que llegó a la Isla de Pascua durante el siglo XIX —prosiguió Fernando, excitadísimo con aquel hallazgo.

—Hoy en día sigue encontrándose en muchos países americanos y es la uva mayoritaria en las islas Canarias, pero estas notas aromáticas no me cuadran con los vinos que conozco de aquella zona. Son completamente diferentes. Quizá al asilvestrarse, el listán negro ha mutado en alguna nueva variedad.

—¿Crees que podríamos plantarla en Château Marchant y añadirla a nuestro *coupage*?

—Se puede probar, pero el sabor difícilmente será el mismo en otro clima y suelo.

—Humm… Y esto está casi en las antípodas de Burdeos, es inviable transportarlo —pensó el francés en voz alta mientras se devanaba los sesos intentando encontrar una alternativa.

—No le demos tantas vueltas. Además, el vino resultante igual no sea ni bebible. De momento, propongo llenar nuestras mochilas de uva para separar las semillas en la habitación del hotel. Bien ocultas en el equipaje podremos evitar que las requisen en la aduana.

Dicho y hecho, recogieron racimos en diferentes zonas de aquel particular vergel, llenaron unos frascos con la negruzca toba volcánica y los cargaron en sus espaldas. Arnaud volvió a utilizar su réflex para inmortalizar a Fernando en aquel lugar, sujetando las uvas con una mano y haciendo la «V» de victoria con los dedos de la otra. Felices de hallarse solos, en un lugar tan hermoso como

misterioso, dejaron fluir su pasión en medio del cráter del Rano Kau antes de emprender el camino de subida.

Aquella noche, Rapu los acompañó a casa de su amigo Tiki, quien les dejó probar su licor, un orujo incoloro en el que ambos pudieron reconocer aquellas particulares notas aromáticas de nuez y mentol.

Poco se imaginaban Arnaud y Fernando la trascendencia que tendría en el futuro aquella aplazada «luna de miel» en uno de los lugares más remotos del planeta.

36

Saint-Émilion, 18 de julio de 2006

La última página del álbum de 1993 mostraba dos fotografías. En una se veía a Fernando Castillo haciendo la «V» de victoria con dos racimos de uva en la mano. En la otra, diversos frascos de vidrio reposaban sobre una mesa llenos de granos de uva y de tierra negruzca.

La intuición le decía a Cristina que aquellas imágenes en la isla de Pascua podían guardar relación con la excelencia del vino de Château Marchant y decidió esconderlas dentro de su libreta granate. Estaba ansiosa por seguir investigando, pero tendría que esperar a otro momento.

Tras cerrar el despacho, fue al baño para darse una ducha y se vistió para la cena con un discreto pantalón claro de verano, camiseta estampada y zapatillas deportivas.

Aunque le había encantado acostarse con Claude, aquella noche pondría límites y eso empezaba con la elección de ropa adecuada. Quería dejar de lado el flirteo para liderar la conversación y estar bien atenta a los detalles. Su objetivo seguía siendo pillarlo en alguna contradicción que lo pudiera delatar.

La distancia entre ambas propiedades se podía recorrer perfectamente a pie, pero prefirió ir con su Audi y evitar llegar

acalorada a la cita. No se dio cuenta de que en el camino que conducía al Château Cheval Noir, un coche vigilaba, camuflado tras un seto de hiedra y buganvilias. Su visita no pasaría desapercibida.

Claude la esperaba ya a la entrada, tan elegante como de costumbre.

—*Bonsoir*, Cristina. ¿Cómo te han ido estos días?

—De maravilla. He aprovechado para ver a mi familia y arreglar algunos asuntos en la redacción. Y tú, ¿te has apañado bien «soltero»?

—Denise volverá mañana —respondió, con cierta mueca de disgusto—. Por eso te insistí en vernos esta noche. Por cierto, le gustó tanto tu detalle del ramo de flores que quiere conocerte. Propone invitarte a cenar el viernes.

—Qué pereza. Si lo sé, me ahorro esos treinta euros.

—Ya te imaginarás lo poco que me apetece a mí. Es más larga que nadie. Tendremos que estar con los cinco sentidos.

—Mañana vendrá mi tío para quedarse aquí unos días. Supongo que no habrá inconveniente en que se apunte.

—Al contrario, será un buen contrapeso dentro del grupo.

Deschamps la hizo pasar al jardín, donde ya les esperaban dos cuencos llenos de *vichysoisse*. Para acompañar la cena, la cubitera estaba enfriando un Louis Latour *premier cru* 2004, excelente chablis de la Borgoña. Cristina tuvo el honor de catarlo. Tomó la copa por su base y la inclinó ligeramente para observar su transparencia, brillo y color amarillo pálido con ribete verdoso. Unas finas y oleosas lágrimas descendían lentamente por el cristal cuando la acercó, primero a la nariz y luego a los labios, para sorber una pequeña cantidad.

—Intenso y muy cítrico. Notas a pomelo, miel y avellana tostada. Muy fresco, mineral y equilibrado, con alta acidez y buen final en boca. Un gran vino, Claude.

—Veo que has heredado el paladar de tu padre. Nunca dejaron de sorprenderme sus acertadas valoraciones y notas de cata. Es una lástima que se fijara tan poco en Château Cheval Noir.

Aquel comentario le abrió de par en par la puerta al objetivo que se había marcado para aquella velada.

—¿Crees que le influyó Leclerc?

—Estoy convencido. Y te lo voy a demostrar.

Se levantó de la mesa y fue al salón a buscar la última edición de la revista *The Wine Advocate*. La abrió por la página 30, se notaba que la conocía de memoria.

—Fíjate en este artículo, firmado por el crítico Víctor Morell, compatriota tuyo, por cierto.

—Vaya, ha concedido noventa y cinco puntos a tu *grand cru classé* del año 2000. Y los comentarios son muy elogiosos.

—En ocho añadas valoradas por tu padre, nunca pasó del noventa y dos. ¿No te parece algo más que una coincidencia?

—No acepto que lo critiques. Mi padre tenía una gran ética profesional. Fíjate que tampoco dio nunca más de noventa y seis puntos a los vinos de Château Marchant.

—Es cierto, pero de noventa y dos a noventa y seis hay un buen trecho.

—Debiste alegrarte cuando murió —prosiguió ella, mirándole fijamente con sus ojos verdes y almendrados—. Y no digamos lo feliz que estarás ahora, con la desaparición de Leclerc.

—La muerte de tu padre me supo mal personalmente, pero es obvio que me ha favorecido como viticultor. En cuanto a Arnaud, no voy a repetirme. Ya te dije lo que pensaba.

Deschamps lamentó en su interior haber hablado mal de Castillo delante de su hija y dejó la revista boca abajo sobre la mesa. Su rostro delataba ese malestar. Cambió rápido de tema, brindando copa en alto por la «amistad entre vecinos». Tras acabar la sopa fría, sacó del horno una lubina salvaje de gran tamaño que había cocinado al estilo ligur, con tomate, aceitunas negras, romero y alcachofas.

La cena siguió con temas de cariz más superficial hasta que Claude decidió darla por finalizada. Colocó los cubiertos sobre el plato, dejó la servilleta medio doblada sobre el mantel y tomó la iniciativa.

—No te lo he querido comentar antes para no enturbiar la velada, pero ayer estuvo aquí el jefe de la gendarmería.

Cristina se atragantó ligeramente y tuvo que beber un poco de agua para aclararse la voz.

—¿Bon… Bonfils?

—Veo que lo conoces.

Claude se tomó su tiempo, vació su copa con parsimonia y la dejó sobre la mesa antes de proseguir con su ofensiva verbal.

—Y ahora, *mademoiselle* Castillo, ya que has estado mareando la perdiz con la muerte de Leclerc, cuéntame todo lo que sabes sobre el tema.

La pregunta la había pillado a contrapié. Aquello se salía completamente del guion establecido.

—Lo que conoce todo el mundo —respondió, con una admirable sangre fría—: se suicidó en Washington.

—Si es así, ¿para qué me hizo René ayer tantas preguntas?

—Supongo que serán rutinas de sumario.

—¿También lo son que un coche de la gendarmería se haya acercado varias veces al Château Marchant en los últimos días?

La periodista se mantuvo en silencio, expectante.

—Cristina, me atraes un montón y odio tener que iniciar esta conversación, pero ha llegado la hora de que te saques la careta. Quizá ya no me guste tanto lo que se esconde detrás de ella.

Sin más preámbulos, Deschamps se levantó de la silla y la invitó a acompañarlo al interior del salón. Tras cerrar el ventanal que daba al jardín, se acomodó en una de las dos butacas situadas frente a la recargada chimenea de la mansión y le pidió a ella que tomase asiento a su lado. Las espadas medievales que colgaban cruzadas de la pared le produjeron tal escalofrío que a punto estuvo de largarse corriendo. Su intuición ya le había aconsejado sustituir esa noche las sandalias por unas zapatillas deportivas. Aunque estaba bastante asustada, la venció su insaciable curiosidad y finalmente decidió sentarse frente a su inquietante anfitrión.

El silencio se había adueñado del Château Cheval Noir. Solo el antiguo y barroco reloj de pared lo rompía con el rítmico ir y venir de su péndulo. Más que sentada, Cristina estaba agazapada en el sillón, pendiente de cualquier movimiento que pudiera realizar Deschamps.

Él martilleaba impaciente el respaldo de la butaca con sus dedos y decidió acabar con aquella tensa espera.

—Estoy esperando que me cuentes cosas, Cristina.

—Pues ya somos dos, ¡vaya casualidad!

—¿Quieres poner a prueba mi paciencia?

Ella notó cómo el tono de Deschamps iba tornándose agresivo y optó por abrir una vía de desbloqueo.

—No tiene ningún sentido seguir jugando al gato y al ratón, Claude, pongamos los dos nuestras cartas sobre la mesa.

—Empieza tu descarte, querida.

Cristina decidió ir a por todas, tensó todos los músculos de su cuerpo y lanzó su contraataque.

—Creías que matando a Leclerc recuperarías tus parcelas, ¿verdad? Sobre todo, sabiendo que se haría cargo de ellas una chica española, que no se enteraría de nada.

—Ya veo por dónde van los tiros: Bonfils te ha enviado para sonsacarme —continuó, sarcástico y acompañándose de unas teatrales palmadas—. Tu actuación se merece un aplauso. ¡Bravo! Un talento desaprovechado para la escena.

La riojana no reaccionó a la provocación y se mantuvo firme.

—No has contestado aún a mi pregunta, Claude.

—Lo único que he matado en mi vida es algún conejo o alguna perdiz en cacerías con amigos. Si es cierto que Arnaud ha sido asesinado, ya puedes empezar a mirar en otra dirección.

—Tú lo odiabas, y juraste en público que no descansarías hasta recuperar tus terrenos.

—No lo voy a negar, pero, de ahí a cargármelo, hay un trecho, ¿no crees?

Ambos se miraban fijamente durante aquella tensa conversación, aderezada con el inexorable y rítmico tictac del reloj de péndulo. No querían perderse ni el más mínimo gesto que pudiera delatar al otro.

—Cómo ya decía Sun Tzu en *El arte de la guerra*, la mejor defensa es el ataque. Has aplicado muy bien sus enseñanzas, pero ya he descubierto tu jugada y ahora me toca a mí darle la vuelta a la tortilla.

Cristina no sabía por dónde iba a salir su vecino con aquellas palabras, así que se mantuvo a la expectativa.

—Supiste por tu padre que odiaba a Leclerc y contabas con el perfecto chivo expiatorio. Poco has tardado en poner a la gendarmería sobre esta falsa pista. Perdona que te sea tan franco, pero ¿no te habrás lanzado tú misma a los perros?

—¿Qué quieres decir?

—No te hagas la inocente. El propietario de la mejor bodega de Burdeos ha sido asesinado y resulta que Cristina Castillo hereda sus bienes. Está más claro que el agua.

—¿Hablas en serio, Claude?

—Estoy sacando mis propias conclusiones. Además, has sido tú la primera en acusarme.

Deschamps se levantó del sofá indicando que daba por terminado el encuentro.

—Y ahora, por favor, abandona mi casa y ve a contarle lo que te apetezca a tu amiguito René. Por cierto, ¿también te lo has cepillado?

Ella entornó los ojos.

—No te hacía capaz de un comentario tan grosero.

Entristecida, no pudo evitar recordar las críticas palabras que sus tíos le habían dirigido dos días atrás. Era evidente que la sociedad medía con un rasero muy diferente si la promiscuidad procedía del hombre o de la mujer.

—No es propio de mí y te pido disculpas —respondió Deschamps, avergonzado—. Supongo que me gustabas y la decepción me ha dolido aún más. Sigo alucinado con la encerrona que me estabas preparando…

—He querido sonsacarte, es cierto, pero de espaldas a la gendarmería. Recuerda que soy periodista y no se me da mal del todo tirar de la lengua a la gente. Además, me interesa, y mucho, demostrar mi inocencia.

La riojana se dirigió a la puerta con sentimientos mezclados y le hizo aún un último comentario antes de abandonar la mansión.

—Si te sirve de consuelo, o para llenar tu ego herido, te diré que solo me acuesto con hombres que me atraen. Como tú, antes de

arruinarlo todo.

Deschamps la observó perplejo mientras ella se dirigía con paso firme hasta su coche. Ninguno de los dos podía sospechar que aquella escena estaba siendo observada por otros ojos, camuflados por unos setos de buganvilias.

37

Cristina ya había arrancado el coche cuando él salió corriendo hacia ella.

—¡Espera! No te vayas, por favor.

Tras unos instantes de vacilación, decidió apagar el motor y volver de nuevo con Claude. La expresión de su cara y el modo en el que pronunció aquel «por favor» la convencieron. También la sinceridad que había transmitido en todo momento durante la larga conversación.

Al llegar a su lado, no pudo evitar abrazarlo y liberar la tensión acumulada. La conversación había sido difícil, pero tan franca y clarificadora que solo hizo que aumentara su atracción por él. Le gustaban las personas valientes, capaces de afrontar los conflictos de modo asertivo y con la verdad por delante.

Salieron de nuevo al jardín, aún algo cohibidos por el reciente rifirrafe. Se estaba mucho mejor al aire libre. Además, no les apetecía seguir escuchando el reloj de pared, que había marcado el compás de su discusión como un implacable metrónomo. Deschamps llenó las copas con el delicioso Louis Latour que había quedado a medias en la cubitera y sujetó con cariño la mano izquierda de la riojana.

—Perdóname de nuevo por lo que te he dicho antes. Supongo que me he puesto celoso.

—Los celos aparecen cuando temes perder algo que aprecias.

—Me encanta el modo en que le das la vuelta a las cosas.

—La vida es aprendizaje continuo, ¿no crees?

Le guiñó un ojo y se llevó la copa a los labios para tomar un sorbo de *chablis*. Deschamps se la quedó mirando, asombrado por las tablas que tenía aquella mujer casi veinte años más joven que él.

—Quiero creerte, Cristina, pero, como te he dicho antes, si Leclerc fue asesinado, es muy difícil no pensar en ti como la principal sospechosa. ¿Tienes una buena coartada?

—René ha hecho su trabajo y ya ha comprobado que no me encontraba en Washington el 2 de junio.

—Eso ayuda, pero podrías haber contratado a un sicario.

—Cierto —prosiguió ella, ahora más calmada—, ¿y dónde estabas tú aquel día?

—Te aseguro que muy lejos del lugar del crimen, y tengo a Denise para atestiguarlo.

—También tú podrías haber encargado el trabajo a alguien.

Deschamps no respondió ante aquel «empate técnico». Ella lo miró fijamente a los ojos antes de proseguir.

—Confío en ti, Claude. Mi instinto no suele engañarme. Además, dispongo de una información fidedigna que confirma que no estabas en Washington.

—Ojalá pudiera decir lo mismo, pero supongo que los hombres tenemos menos desarrollado ese sexto sentido.

—Te parecerá difícil de creer, pero antes de la muerte de Arnaud desconocía totalmente su relación con mi padre y, aún más, que él me hubiese nombrado su heredera.

—¿Es cierto lo que dices?

—Hay alguien que te sacará de dudas: Laurent Bertrand, el notario. Ya has visto que se me da bien la interpretación, pero pregúntale por la reacción que tuve cuando leyó el testamento. Eso es imposible de fingir.

Un denso silencio impregnó el ambiente durante un largo minuto.

—En ese caso, hay una tercera persona detrás del crimen.

—Y seguramente nos tiene a los dos en su punto de mira, o quizá incluso esté jugando con nosotros, ahora mismo, como un gato con los ratones.

—¿Sospechas de alguien?

—El hermano de Arnaud lo acompañó a Washington para su homenaje. No sé si tiene una coartada sólida, pero estoy segura de que Bonfils ya lo tiene en su radar.

—Pascal es más corto que el día de Navidad en el Ártico…

—A veces, los tontos son los más peligrosos.

Deschamps se recostó, pensativo, en su silla.

—Me dan más miedo los De Beauharnais. ¿Sabes si están también en la lista de sospechosos?

—René me parece un tipo listo, no creo que se le hayan escapado.

Claude sacó la botella de la cubitera para rellenar las copas, pero no quedaba ni una gota. Abandonó unos instantes a la periodista y salió de nuevo de la casa con otra botella en una mano, esta vez de champán Taittinger, y dos estilizadas copas en la otra. Se apresuró a llenarlas y ofreció una a su invitada.

—Nos encontramos en una situación muy comprometida, y permíteme decirte que la tuya más que la mía. Es muy arriesgado, pero nos conviene aunar nuestras fuerzas.

Alzaron sus copas y brindaron por el pacto que acababan de cerrar. Cristina tomó un sorbo y comentó, con gesto preocupado:

—Quien quiera que sea, volverá a matar si se siente acorralado. Es importante extremar las precauciones.

—Apuesto lo que sea a que la gendarmería nos vigila. No hemos de preocuparnos por nuestra seguridad.

—Yo no estaría tan convencida. Hay mucho más de lo que creemos detrás de este crimen.

—De momento, ha propiciado que nos conozcamos. —soltó Claude, guiñando un ojo con picardía.

Una sonrisa iluminó la cara de Cristina y sus hoyuelos se marcaron en las mejillas por primera vez en toda la velada.

—Cierto…

Siguiendo un súbito impulso, se levantó de su silla y fue a abrazarlo por detrás, besándole la nuca.

—Estás sudado, ¿qué tal un baño nocturno?

—¿Has traído bañador?

Como toda respuesta se deshizo de su ropa en un santiamén y se tiró de cabeza a la piscina. Poco tardó él en seguirla, excitadísimo con aquella apasionante aventura. No recordaba la última vez que se había bañado de noche. Aún menos, completamente desnudo y acompañado de una sirena tan hermosa y sensual.

Tras un «corre que te pillo» inicial, empezaron a bucear y juguetear bajo el agua, acariciándose como dos delfines en celo y elevando su deseo hasta límites insospechados. Incapaces de contener aquella fogosidad, subieron a toda prisa las escaleras de la piscina y se acostaron, aún mojados, primero en una tumbona y después sobre el cuidado césped del jardín a su alrededor.

El cielo estaba despejado, y la luna, en cuarto menguante y parcialmente cubierta por el cedro, iluminaba tenuemente la erótica escena. Podían verse con claridad las estrellas que tapizaban el cielo estival en Saint-Émilion. Felices e inconscientes del peligro que los acechaba, los amantes dieron rienda suelta a su pasión, acompañados del acelerado sonido de las chicharras y el balsámico olor de las matas de lavanda y romero.

38

Cristina no se quedó a dormir en el Château Cheval Noir. La sesión en la piscina bajo la cúpula celestial había sido de las que no se olvidan fácilmente. Sin embargo, tanto Denise como su tío iban a aparecer al día siguiente y prefirieron no correr riesgos.

Llegó a casa a una hora intempestiva y le costó lo suyo levantarse pronto aquel miércoles. Por suerte no apareció ni asomo de resaca. Habían bebido poco y los vinos eran de primerísima calidad. Se fue al baño de un humor inmejorable, silbando la melodía indie de la canción «Bad Day», el gran éxito de Daniel Powter, que justo entonces estaban transmitiendo en la radio. Poco se imaginaba lo que presagiaría el texto de la canción para los próximos días.

Al salir de la ducha y secarse las piernas con la toalla observó sorprendida que le faltaba su joya amuleto en el pie izquierdo: la tobillera de plata con un ocho invertido. Estaba segura de que la llevaba puesta el día anterior. Al tirarse a la piscina había reparado en ella y se le había pasado por la cabeza la erótica, o absurda idea de que no iba completamente desnuda.

Sin perder ni un minuto, salió del cuarto de baño con la toalla abrochada tipo pareo y recogió el teléfono móvil que estaba cargándose sobre la mesita de noche. Se sentó en el borde de la cama y marcó el número de Deschamps.

—*Bonjour, ma chérie*.

—Buenos días, Claude, espero que no te haya despertado.

—Oír tu voz es el mejor modo de empezar el día.

Efectivamente, aún estaba tumbado en la cama. La noche anterior, cuando Cristina se fue, aún pasó un buen rato recogiendo y limpiando a fondo la casa por si a Denise se le ocurría llegar antes de lo previsto.

—¿Te acuerdas de la cadenita que suelo llevar en el tobillo?

—Cómo no, me pone como una moto.

—Pues ya puedes bajar al jardín y encontrarla antes de que llegue tu mujer. Si la descubre ella, no se pondrá como una moto, sino como un toro de lidia.

—No me digas que la has perdido…

—Date prisa o tendremos un problema.

Claude saltó de la cama como un resorte y se puso el bañador para bajar al jardín. Quedaba solo una hora para que viniese la chica de servicio y no quería que lo pillara buscando la joya. Revisó a fondo la tumbona y cada palmo cuadrado del césped a su alrededor, gateó debajo de la mesa, buscó en los intersticios entre los cojines de las butacas del salón. Se zambulló en la piscina con unas gafas de bucear para repasar loseta a loseta el mosaico del suelo, pero sin éxito.

Se puso unas bermudas y una camiseta para salir de la casa y revisar la puerta de entrada, así como el espacio donde ella había aparcado su coche. Tampoco allí apareció la liviana cadenita de la riojana.

Sin embargo, le llamaron la atención las hiedras y buganvilias que flanqueaban el acceso a la propiedad: estaban removidas e inclinadas hacia un lado. Se acercó a investigar y descubrió las rodadas de un coche que había estacionado allí, abriéndose paso entre la maleza. ¿Habría encontrado alguien la tobillera para hacerle chantaje?

Volvió corriendo al interior de la casa para llamar a Cristina. Un sudor frío le recorrió todo el cuerpo cuando ella descolgó.

—Hola, Claude, dime.

—Tengo malas noticias: no aparece por ningún lado.

—¡Vaya! Estaba convencida de que la encontrarías en el jardín.

—Pues eso no es lo más grave: alguien nos espió anoche, escondido detrás de los setos que bordean el camino de entrada.

—No me fastidies, ¿cómo lo has descubierto?

—La hiedra estaba deformada. Al acercarme he visto marcas de ruedas en el suelo y un montón de flores de buganvilia desparramadas por el lugar.

—Supongo que habrá sido algún gendarme.

—Prefiero no imaginar otra opción —añadió él, muy preocupado —, y espero que no hayan encontrado la tobillera. Por cierto, ¿estaba marcada?

La periodista se quedó callada al otro lado de la línea. Casi podía oírse su respiración.

—Ahora soy yo la que tiene una mala noticia. Tiene grabada una C, en imagen especular, a cada lado del símbolo de infinito. Cristina Castillo, cuarto creciente y cuarto menguante, el ciclo de la luna y del período femenino.

—Tú sabes lo que representa, pero podría pertenecer perfectamente a otra persona —respondió él, intentando engañarse a sí mismo.

—No seas ingenuo, recuerda lo que me dijiste anoche tú mismo: más claro que el agua…

Claude sabía que tenía toda la razón.

—Mantengamos la calma —prosiguió ella—, quizá aparezca por aquí. Voy a rebuscar dentro del coche y en mi habitación. Te aviso en cuanto la encuentre.

Aquella llamada no se produjo, pero quienes sí aparecieron a mediodía, y de modo casi simultáneo, fueron Denise Deschamps y Gonzalo Castillo.

Cristina estaba en su habitación y vio a través de la ventana un Jeep Cherokee rojo acercándose por la alameda de plátanos. Bajó las escaleras de inmediato y salió afuera para recibir a su tío con un abrazo.

—¿Cómo te ha ido el viaje, tato?

—Sin problemas. He salido pronto de Haro y solo he hecho una parada para repostar gasolina. Cinco horitas en total.

—Yo ya me voy conociendo la ruta y consigo hacerla en bastante menos. Venga, dame la maleta, que la subo a tu habitación. Luego te enseño la casa.

Gonzalo la siguió hasta el primer piso. La mansión tenía varias habitaciones de invitados, todas ellas tipo *suite*, con cuarto de baño incorporado. La que Cristina había elegido para él estaba decorada en tonos verdes y se encontraba justo al lado de la escalera.

—Vaya casoplón, sobrina.

—No me puedo quejar. Y aún no has visto lo mejor.

Bajaron de nuevo al recibidor, donde se encontraron con *madame* Loisire. La riojana se apresuró a presentarlos.

—Juliette, le presento a mi tío Gonzalo.

—*Enchanté* —respondió él, tendiéndole la mano. Aunque no podía mantener una conversación fluida, rascaba un poco el francés.

—¿Así que usted es el hermano de Fernando? Nadie lo diría.

Efectivamente, ambos hermanos se parecían como un huevo a una castaña. Lo que aún no sabía el ama de llaves era que las diferencias no se limitaban al aspecto físico.

Cristina guio a su tío por los distintos espacios del *château* hasta que salieron al jardín para tomar un aperitivo.

—Me tenías preocupado, hija. Eres tan cabezota que pensaba que te habrías encontrado ya con tu vecino.

—Nos veremos con él el viernes. Su mujer quiere conocerme y me ha invitado a cenar.

—¿Crees que puedo apuntarme?

—Me valgo sola, pero esta vez prefiero que me acompañes: cuatro ojos ven más que dos.

—Cuidado, que esa mujer estará ojo avizor. Considera esa cena como un examen.

—Iré preparada, no te preocupes.

En un impulso espontáneo, Cristina sujetó la mano de su tío con la suya. Le gustó notar que se preocupaba sinceramente por ella. Pese a los continuos desencuentros y su cabezonería, había crecido

a su lado y le quería mucho. Además, tampoco ella era la más dócil…

—Estoy contenta de que hayas venido. Me hace ilusión que conozcas mi nuevo mundo.

—Hum… Tu nuevo mundo y el viejo de Fernando —musitó, con cierto tono crítico.

—Papá fue feliz aquí, ¿por qué no intentas verlo de otro modo? Te sentaría bien, de veras. El rencor y el odio no nos hacen ningún bien.

—Creo que nunca podré, es superior a mí. He visto esa foto de los dos en la repisa de la chimenea y… me cuesta mucho, Cristina… —Acto seguido lanzó un largo suspiro y miró al horizonte.

—Lo sé, tato, de verdad. Y, en cierta forma, aunque te parezca extraño, te entiendo. Y quiero que seas consciente de que aprecio mucho el esfuerzo que has hecho para venir hasta aquí para apoyarme, para protegerme. —Seguidamente, Cristina apretó más fuerte la mano de su tío y él correspondió al cálido apretón.

—Era mi hermano mayor, mi referente, y se nos fue antes de hora… —añadió él con la mirada vidriosa y la cabeza gacha—. Sé que quieres lo mejor para mí, igual que yo quiero lo mejor para ti… Pero la vida es difícil, y cuesta mucho superar las pruebas a las que nos enfrenta Dios…

Aunque evidentemente no estaba de acuerdo con la reflexión religiosa de su tío, algo la conmovió, y no dijo nada para respetar ese momento tan íntimo: era la primera vez que su tío se abría tanto a ella.

No pudo evitar recordar la última ocasión en que Gonzalo también se había mostrado vulnerable, tumbado en la cama de un hospital y a un tris de acompañar a su padre a la tumba. Aquel desdichado domingo de otoño, con apenas treinta y seis años, se había quedado huérfana, sin más familia que sus tíos y su primo Álvaro.

39

Haro, 26 de octubre de 2003

Lucía un hermoso sol aquella mañana de domingo. Fernando había desayunado con Gonzalo y su amigo y colega Víctor Morell, que estaba en La Rioja valorando vinos para *The Wine Advocate*, entre ellos el Crianza 2001 de Bodegas Castillo.

Tras aquel grato encuentro, salió a pasear con su hija por las viñas familiares. Las hojas de la vid mostraban una completa gama de tonalidades, desde el amarillo hasta el rojo intenso, pasando por ocres, marrones y anaranjados. Pocos pintores conseguirían tal variedad de matices con sus paletas.

También los chopos que bordeaban el río Ebro habían iniciado su particular metamorfosis y completaban aquel otoñal paisaje, que rezumaba belleza por todos los rincones.

Gonzalo Castillo estaba asistiendo a la misa en Santo Tomás con su mujer y los había invitado a almorzar. En esta ocasión, su hijo Álvaro no podría acompañarlos: había hecho una salida motera con sus amigos por la Sierra de Cantabria y no llegaría a Haro hasta media tarde.

Tras pasar por el barrio de las bodegas y cruzar el rio Tirón, Cristina y su padre enfilaron la cuesta hasta el casco viejo,

compraron un roscón de nata en la pastelería Yturbe y llegaron a la calle Siervas de Jesús poco antes de las dos.

Al abrir la puerta de la casa, Gonzalo no pudo abstenerse de soltar una de sus pullitas habituales:

—No os haría ningún daño acercaros algún día a la iglesia, queridos. Nuestro nuevo párroco no muerde. Es un experto en liturgia y hoy el sermón ha sido de antología.

—Ya hemos hablado muchas veces sobre ello, tato —le respondió Fernando, dándole una palmadita en la espalda—. Como decía Goethe en boca de Fausto, cuando este meditaba sobre si tomar el veneno o no: «Escucho bien el mensaje, solamente me falta la fe». Vosotros la tenéis. Lo respeto e incluso os envidio por ello, pero considero una hipocresía, casi un sacrilegio, ir a misa solo por tradición o como acto social.

Cristina no tardó en añadir:

—Pues ya que eres tan cristiano, podrías predicar con el ejemplo y ayudar de vez en cuando a tía Carmen en casa, ¿no te parece?

Gonzalo iba a responderle, pero su mujer se encargó de aligerar la conversación, como de costumbre, y los hizo pasar al comedor mientras daba los últimos retoques a la comida. Los hermanos Castillo habían recogido castañas y hongos en el bosque el día anterior y un vecino había cazado unas perdices. Con estos ingredientes y un trozo de chocolate, la experta cocinera preparó un sabroso estofado. Cuando Carmen se disponía a servirlo, Gonzalo le arrebató el cucharón.

—Hoy voy a servir yo, a ver si mi sobrina deja de criticarme.

—Cuidado, tato, a ver si les acabas cogiendo el gusto a las tareas domésticas —añadió Cristina con ironía.

—Venga, chicos, vamos a comer —dijo su tía, riéndose por el comentario.

—Ya voy, mujer. Como a vosotras no os van las setas, os pondré ración doble de puré de patata.

Mientras Gonzalo servía, con más voluntad que pericia, Fernando descorchó el Château Laroque de 1983 que había traído de Saint-Émilion. El excelente *grand cru classé* maridaría perfectamente con un plato de caza. No le pasó desapercibida la mirada de deseo que

dirigió su hermano a la botella mientras manejaba el cucharón. Tras servirlo y dejarlo airear unos minutos, levantó su copa, todos brindaron y él hizo la cata inicial.

—¿Qué os parece?

El asentimiento fue general y eso le motivó a comentar algunos detalles de aquel delicioso vino.

—Con sesenta hectáreas dedicadas al cultivo de la vid, y otras sesenta de bosque, Château Laroque es la bodega más grande de Saint-Émilion. En esta zona, y aún más en Pomerol, suelen tener superficies muy inferiores.

—¿Por qué no han talado los bosques para doblar la producción? —preguntó Gonzalo, sacando su faceta gestora.

—Los propietarios son la familia Beaumartin, cuyo principal negocio es la explotación maderera. Siempre han preferido mantener zonas boscosas intercaladas con viñedos. Una característica del terreno es que es muy calcáreo. De hecho, se encuentra allí una cantera subterránea de donde extrajeron piedra en la edad media para construir las casas de Saint-Émilion. Yo he bajado hasta allí y os puedo asegurar que la sensación de frescor y humedad es extraordinaria, incluso en verano.

Cristina no perdía detalle, como siempre que su padre daba alguna explicación relacionada con la enología.

—El suelo es el gran secreto de este vino, un *coupage* con un noventa y siete por ciento de merlot y un tres por ciento de cabernet franc, muy fresco y afrutado, pero con muchos matices minerales y un final largo de regaliz en boca…

—Me parece espléndido —interrumpió Carmen, aplaudiendo al experto catador—, pero ataquemos ya el estofado, que se nos va a enfriar.

Fernando asintió, sonriendo, y acompañó un pedacito de perdiz con el tenedor a su boca.

—Está delicioso, cuñada —comentó, relamiéndose y apartando un pequeño perdigón metálico de sus labios, prueba inequívoca de que las perdices no se habían criado en granja.

—¡Y todo con productos de la tierra! —exclamó Gonzalo.

Su comentario no iba tanto por la sostenibilidad ecológica como por el ahorro. A diferencia de su hermano, era muy tacaño. Austero, solía definirse a sí mismo. El mero hecho de no haber pagado por los ingredientes ya hacía que le supiese mejor el guiso. Incluso aquel gran vino y el postre saldrían a coste cero.

Una vez tomados el roscón y los cafés, Cristina entró en la cocina para ayudar a su tía a recoger. Fernando insistió en colaborar, pero un leve gesto de Carmen con la mano bastó para que se sentara en un sillón al lado de su hermano para sestear un rato y hablar de sus cosas. Aunque no fumaba, soportó estoicamente las intermitentes volutas de humo que Gonzalo iba expulsando de su faria.

Pasado un rato, este dejó el puro en el cenicero y empezó a sentir retortijones en el estómago. Parecía no haberle sentado demasiado bien la comida. Al oír los quejidos de su marido, Carmen salió disparada al salón, algo asustada.

—Creo que es la nata, me cuesta digerirla. Ya me pasó hace unos años.

Cristina respondió desde la cocina, con el trapo de secar en una mano y una cazuela en la otra.

—Échate en la cama, tato, te irá bien. En cuanto acabemos de recoger, papá y yo nos iremos a casa y podrás descansar.

Gonzalo empeoró rápidamente por la tarde, con frecuentes vómitos y diarreas y sin aceptar ni gota de agua. Ante el riesgo de deshidratación, su mujer llamó al médico, quien pidió una ambulancia para trasladarlo al Hospital General de La Rioja y darle suero por sonda.

Mientras tanto, en el chalet, Fernando también había empezado a notar alguna molestia en el estómago. Pese a ello, al conocer la gravedad de su hermano, decidió subirse al Audi de su hija y acompañarla a Logroño a toda velocidad.

Cristina no olvidaría nunca lo que vino luego.

Pocas horas después de llegar al hospital, su padre comenzó a sentirse francamente mal. Aunque era un hombre muy sufrido y no solía quejarse, los rictus de dolor, sumados a su rostro pálido y

amarillento, aconsejaron al internista ingresarlo de inmediato en la UCI. Además, tenía algún precedente de dolencias hepáticas. La ingesta permanente de alcohol era uno de los mayores inconvenientes de su profesión.

Su estado fue empeorando durante todo el día siguiente, pese al lavado de estómago que le practicaron. Progresivamente, hígado y riñones dejaron de funcionar y acabaron provocándole un colapso metabólico.

No superó la segunda noche.

Gonzalo siguió dos días más en el hospital. En su caso, su corpulencia, un hígado más sano y, quizá, la menor cantidad de setas ingeridas, pudieron salvarle la vida.

40

Saint-Émilion, 21 de julio de 2006

Poco duró aquella introspección, ya que, de repente, Gonzalo rompió el hechizo y volvió a ser el mismo de siempre.

—Bueno, sobrina —le dijo sin más preámbulos—, dejémonos de sentimentalismos y miremos hacia delante. ¿Le has tomado el pulso a la bodega?

—He pasado ya algunas horas con el director técnico y me he podido hacer una buena idea del tipo de viñedos y procesos que siguen aquí.

—¿Y has conseguido averiguar ya cómo diablos elaboran ese vino tan especial?

—Solo Arnaud y Fernando intervenían en la elaboración del vino. Me temo que se han llevado el secreto a la tumba.

—No me lo puedo creer, seguro que tiene que haber algo apuntado. Ya te ayudaré a encontrarlo durante estos días.

—Tato, en estos momentos hay un tema bastante más importante por resolver que la «fórmula mágica» de Château Marchant, ¿no te parece?

Cristina aprovechó la visita de su tío para mostrarle el centro histórico de Burdeos y la villa medieval de Saint-Émilion. El viernes por la mañana dedicó también medio día a mostrarle la bodega y las

viñas de su propiedad, guiados en todo momento por Hervé, que hablaba muy bien castellano. Esta vez también los acompañó Amélie Cuvier, la directora comercial, con la que Gonzalo pudo intercambiar impresiones sobre la venta y distribución del vino en aquella región.

La conversación entre los tres no tuvo desperdicio y ayudó a la riojana a subir otro nivel en sus conocimientos de viticultura. Especialmente interesante le pareció el uso que se les daba a las barricas:

—En Château Marchant todos los toneles son de roble francés —añadió Amélie, ufana por compartir aquella información—. Después de la fermentación, un tercio del vino envejece en madera nueva y el resto en barriles reutilizados una o dos veces.

—¿Qué hacéis a continuación? —preguntó Cristina—. ¿Los quemáis para obtener energía?

—Después del tercer uso los vendemos a bodegas más modestas o productores de coñac.

Gonzalo hizo muchas preguntas destinadas a averiguar el factor diferencial de las añadas premiadas, pero pudo constatar que su sobrina le había dicho la verdad: Villeneufe lo desconocía y no podría ayudarlo en absoluto. Le habría gustado visitar alguna otra bodega de la zona, como Château Pétrus, Cheval Blanc o L'Evangile, pero Cristina aún no había tenido tiempo de establecer contacto con sus propietarios.

Al atardecer llegó por fin la comprometida cena con los Deschamps. Gonzalo se vistió con su traje claro de verano, el uniforme habitual para la misa de los domingos, aunque esta vez sin corbata. Por si las moscas, siempre llevaba una muda elegante en su equipaje.

Cristina optó por un conjunto clásico estampado y sus bailarinas, porque quería dar una imagen de lo más recatada, y apenas usó maquillaje.

Después de salir de casa pasaron por Saint-Émilion, compraron tarta Sacher en una pastelería y una botella de champán en una de las incontables tiendas de vinos de la ciudad. Las flores eran siempre un buen recurso, pero no se trataba de repetir obsequio: seguro que el ramo del otro día aún decoraba el salón de sus vecinos.

Con puntualidad suiza, llegaron al Château Cheval Noir. Cristina estaba nerviosísima y solo esperaba que nadie lo notase, especialmente su tío, que la conocía mejor que nadie. No solo se había acostado ya dos veces con Claude, sino que en una de ellas había dejado su rastro en algún lugar de la casa.

Abrió la puerta la chica de servicio y los hizo pasar al salón, donde ya los esperaban los anfitriones. Se habían arreglado para la ocasión, él con un traje de verano color beis y ella con traje chaqueta tipo Chanel, zapatos de tacón y un collar con un pequeño brillante engastado. Por mucha capa de maquillaje que cubriera su rostro, distaba mucho de ser una mujer atractiva, y las arrugas en su entrecejo indicaban que no tenía un carácter precisamente afable.

Denise procedía de una familia aristocrática venida a menos. Su hermana se había casado con un financiero de Blois y vivía en uno de los hermosos castillos que en siglos pasados se habían construido a lo largo del río Loira.

Ella no había tenido tanta suerte. Vivía en un hermoso *château* y no le faltaba de nada, pero su marido carecía del prestigio social que hubiera deseado para su existencia. Le encantaban las charlas superficiales de la gente rica en fiestas y banquetes, pero los Deschamps no solían figurar entre los invitados.

Tras los saludos protocolarios, se dirigieron hacia el jardín. Al lado del inmenso cedro, la mesa ya estaba puesta, con un mantel y vajilla de sobra conocidos por la joven riojana. Aquel *déjà vu* le produjo cierto escalofrío.

Denise solucionó el incómodo titubeo inicial por decidir dónde sentarse e indicó el lugar asignado a cada uno. Cenaría frente a Cristina y al lado de su marido. También tomó la iniciativa en la conversación. Una mujer con bemoles.

—Me alegro mucho de que hayan aceptado mi invitación. Tenía muchas ganas de conocerla, Cristina, especialmente después del detalle de las flores.

—El placer es mío. Espero que esta cena sea el primer paso para una buena relación de vecinos.

Los cuatro brindaron con champán por aquellas palabras.

—Pensaba que era usted viticultora, pero Claude ya me ha dicho que no.

—Aunque provengo de una antigua familia de bodegueros, soy periodista. Dirijo el diario local *La Rioja*, en España.

—Conocí a su padre, un hombre educado. —La aristócrata fue más bien parca elogiando a Fernando.

—Era más intelectual que agricultor. Se formó como enólogo y viticultor con mi abuelo, pero, al morir este, cedió Bodegas Castillo a su hermano.

Gonzalo asintió. Entendía el francés, pero su nivel hablado era muy justo y apenas intervino durante la velada. Tampoco Deschamps, por cierto, aunque para él fuera su idioma materno. Al lado de su mujer, se empequeñecía.

La conversación siguió con esta tónica mientras daban buena cuenta de una ensalada de rúcula con tomate y mozzarella. Finalizado el primer plato, Denise echó una reveladora mirada a su marido y puso la directa.

—Es usted una mujer muy atractiva, ¿cómo es que no tiene familia?

—No habría podido dirigir un periódico casada y con hijos. Además, soy una mujer muy independiente.

Cristina omitió intencionadamente los motivos reales que se escondían detrás de su opción de vida. No quería mostrarse vulnerable ante aquella arpía.

—¿Y cómo piensa simultanear ahora sus responsabilidades?

—Encontraré el modo de hacerlo.

La asistenta interrumpió momentáneamente al servir el segundo plato, un delicioso entrecot a la bordelesa, cocinado con salsa de vino tinto. *Madame* Deschamps tardó poco en seguir con las indirectas —o más bien directas— que dirigía a su vecina de mesa.

—Aquí le costará mantener su soltería, ya se lo advierto. El hombre francés es muy sensible ante una mujer guapa y joven. Y no digamos si encima es rica e influyente.

Claude no sabía a dónde mirar. Su esposa estaba tirando con bala.

—No crea que el hombre español es muy diferente. Y hasta la fecha me he sabido apañar la mar de bien.

La riojana había encontrado una manera elegante para cortar las invectivas de su vecina de mesa. Al igual que Deschamps, también ella estuvo incómoda durante la cena, pero tenía más tablas y superó el examen con nota. Especialmente porque Denise no había encontrado la tobillera. En ese caso, su tono habría sido muy diferente.

Acabada la cena, los Castillo se despidieron con un discreto apretón de manos y volvieron al Château Marchant. Cristina aparcó su Audi al lado del Renault Mégane de Juliette. Al rodear el coche de su ama de llaves le llamaron la atención unas flores marchitas de color fucsia que sobresalían de la ranura entre el capó y el parabrisas. Eran buganvilias.

41

Los impactos del día anterior se reprodujeron durante la noche en los sueños de Cristina. Recordaba uno, especialmente lúcido, en el que hacía el amor con Claude sobre un lecho de buganvilias mientras Juliette los observaba. De repente, la mujer se transfiguraba en Denise y se acercaba, blandiendo una de las espadas que colgaban sobre la chimenea. Aterrorizada, saltaba del lecho. Tendida ya en el suelo oía un escalofriante alarido, seguido del seco ruido de la hoja decapitando a su amante. La cabeza ensangrentada se dirigía rodando hacia ella, mostrando, sin embargo, el rostro de J. R. y sus ojos, de un azul indefinible…

El grito que dio la despertó de un modo abrupto. También a Neko, que dormía plácidamente en un rincón del dormitorio. Incapaz de volver a conciliar el sueño, y aunque solo eran las seis de la mañana, decidió levantarse y salir a pasear. El sol ya había hecho su aparición en los viñedos de Aquitania.

Lo primero que hizo al salir de casa fue revisar el Mégane a la luz del día: estaba sucio de polvo y mostraba unas rayadas en el costado derecho. Aparte de las flores de color fucsia, también encontró alguna hoja de hiedra bajo el capó. La fachada del Château Marchant estaba completamente cubierta con enredaderas, pero, por mucho que buscase, no pudo divisar ni una sola buganvilia. Tampoco caminos de tierra polvorientos.

Gonzalo y Cristina desayunaron en el jardín posterior de la casa. *Madame* Loisire había preparado ya el café y unos huevos revueltos. Tenían además unos *pains au chocolat* comprados el día anterior en la pastelería de Saint-Émilion.

En cuanto el ama de llaves los dejó solos, cambiaron impresiones sobre la cena con los Deschamps.

—¿Cómo viste la reunión, tato?

—Quedó claro tras la primera media hora: a él se le cae la baba contigo y su mujer lo sabe.

—No me refiero a eso.

—Pues creo que tiene cierta importancia.

Cristina se llevó un poco de huevo revuelto a la boca antes de dirigir la conversación a donde le interesaba.

—¿Crees a Deschamps capaz de matar a Arnaud?

—Si lees cualquier noticia sobre un asesino, hay un denominador común: son personas afables, educadas, buenos vecinos, excelentes padres de familia… Los psicópatas no tienen emociones y saben adoptar cualquier tipo de personalidad.

—¿Lo dices en serio?

Ahora fue Gonzalo quien hizo una pausa mientras sorbía un poco de café con leche.

—No sé si será un psicópata, pero sí un pobre diablo que no pinta nada en su matrimonio. Acuérdate de cómo lo ninguneó ella, recalcando las palabras «mi invitación» al agradecer nuestra presencia. ¿Crees que yo me dejaría dominar así por Carmen?

Cristina prefirió callarse. El modo en que trataba a su tía no era precisamente modélico, pero mantendría la fiesta en paz.

Acabaron de desayunar acompañados de un silencio interrumpido solo por el trino de los pájaros y una avioneta que surcaba los cielos de Saint-Émilion. Los comentarios que su tío había hecho sobre Claude le parecieron hirientes, pero eran de lectura diáfana: no lo consideraba sospechoso. En caso contrario, difícilmente habría decidido volver ya aquella tarde a Haro, dejándola sola frente al peligro. Si intentó meterle miedo con la definición de «psicópata» fue tan solo para alejarla de él y evitar que cometiera adulterio.

Antes de levantarse de la mesa, Gonzalo aún formuló un deseo. Y esa vez no tenía nada que ver con el misterioso *bouquet* del vino de Château Marchant.

—He oído que Leclerc tenía una fabulosa colección de botellas de vino. Me gustaría verla.

—¿Quién te ha hablado de ella? No creo que fuera papá.

—Tu padre no me comentaba nada, ya lo sabes. Me enteré por un amigo coleccionista.

—¿Pedro Vivanco?

—En su museo guarda miles de objetos antiguos relacionados con la historia de la viticultura, pero no botellas de vino como tales.

—Pues no me suena que haya más coleccionistas en La Rioja.

—¿Crees que solo tengo amigos riojanos?

Cristina vio que no conseguiría sonsacar a su tío la fuente de información. Prefirió dejarlo correr y le mostró la colección, muy por encima, y sin acercarse a la cámara acorazada. Su instinto le recomendaba mantenerla en secreto y, además, ni ella misma había conseguido aún conocer lo que albergaba.

A media tarde, después de almorzar y de una breve cabezadita, Gonzalo se despidió de su sobrina, esta vez con un fuerte abrazo, y emprendió el viaje de vuelta a casa. El día siguiente sería domingo y por nada del mundo se perdería el sermón del nuevo rector de Santo Tomás. Además, se iba tranquilo y convencido de que ella no se acercaría ya a Deschamps.

Tan pronto como perdió de vista el Cherokee de su tío, entró de nuevo en la casa y fue a buscar a Juliette, que justo entonces estaba haciendo la lista de la compra en la cocina.

—Ahora que ya se ha ido mi tío, me gustaría hablar un rato con usted.

—¿Quiere un té con galletas?

—Quizá luego, acabo de tomarme un café.

Madame Loisire la siguió al salón, visiblemente inquieta y jugueteando con el bolígrafo retráctil que llevaba en la mano. Tomó asiento en una de las butacas.

—Estoy buscando la cadenita de plata que suelo llevar en un tobillo, ¿la recuerda?

—Sé a cuál se refiere, pero no la he visto por ningún lado.

—¿Está usted segura? ¿No ha aparecido en la casa ni en el jardín?

—Completamente, se la habría dado de inmediato.

—¿Quizá la encontró entonces el martes, en la casa de Deschamps?

La contundente pregunta la pilló tan a contrapié que no supo cómo contestar. Nerviosa, empezó a clicar el bolígrafo, sacando y recogiendo su punta.

—Cuénteme un poco lo que vio y oyó aquel día por la noche.

—No… no entiendo a qué se refiere.

—Deje de fingir y desembuche. Aún se ven las marcas de los setos en su Renault. ¿Qué hacía espiándonos?

En ese momento, *madame* Loisire se derrumbó y comenzó a llorar. Cristina esperó unos instantes a que se recompusiera antes de proseguir.

—Solo le pido la verdad. No la despediré si me da una explicación sincera.

—Hace unos días vino el gendarme Bonfils para buscar el ordenador de Leclerc…

—Ya me lo contó el día que la llamé —la cortó Cristina.

Juliette continuó, consciente del tono seco que por primera vez empleaba su jefa con ella.

—Hizo un montón de preguntas acerca de Arnaud, su círculo familiar, sus amigos… y también sobre usted. Quería saber dónde me encontraba yo el día de su muerte y cómo era mi relación con él.

La riojana se incorporó en la butaca y decidió ir al grano.

—No se vaya por las ramas. ¿Qué tiene que ver esto con que el martes estuviese fisgando en el Château Cheval Noir?

—Tras la charla con René Bonfils conseguí sonsacarle y admitió que Arnaud fue asesinado. Algo que ya intuía, pero que usted me ocultó.

—No tuve otra opción, seguía instrucciones muy concretas.

—Sea como sea, el final de nuestra conversación se centró en Deschamps. Bonfils conocía su litigio con los Leclerc y las amenazas

que había proferido para recuperar los terrenos.

—Ya veo que era un tema de dominio público…

—Me preguntó si hubo algún encontronazo reciente entre ellos.

Juliette dejó el bolígrafo sobre la mesa de centro. Los continuos clics la ponían cada vez más nerviosa.

—Señorita Castillo, René sospecha de Claude Deschamps.

—Vaya sorpresa, no es el único.

—Hace apenas un mes que la conozco, pero me ha bastado para saber que es usted una buena persona, como su padre. Cuando me dijo que iría a su casa para presentarse, quise sacárselo de la cabeza y protegerla, pero sin éxito.

Cristina se quedó perpleja con esas palabras.

—No podía permitir dejarla a solas con un asesino y decidí acercarme allí para vigilar.

Tras asimilar la sorpresa inicial, la periodista se levantó de su butaca y abrazó, emocionada, a su ama de llaves.

—Juliette, no sé cómo disculparme… He pensado mal de usted.

—Soy yo la que tiene que hacerlo. Aunque tuviera buenas intenciones, nunca debí haberla espiado. Reconozco que me ha quitado un peso de encima descubriéndolo.

—Estoy segura de que a estas alturas más de uno ya sabe, o intuye, que Arnaud no se suicidó. Estas noticias circulan rápido.

—Hace días que yo misma tenía la mosca detrás de la oreja.

—Ojalá hubiera podido contárselo, pero Bonfils fue muy tajante al respecto.

—No hace falta que me lo jure: se resistió mucho en admitir el asesinato.

—No creo sorprenderla si le digo que también yo soy sospechosa. Voy a necesitar su ayuda para que me quiten pronto de la lista y pueda descubrir al autor del crimen.

—Ya me ha demostrado que es una buena investigadora, pero ¿no es mejor dejarlo en manos de la gendarmería? Veo muy arriesgado que se aventure por su cuenta.

—Lo es más quedarme quieta y esperar a que el asesino vuelva a actuar, quizá conmigo.

42

Tras la marcha de su tío y la tensa conversación con Juliette, Cristina se refugió un par de horas en su habitación para descansar. Aquella noche la había invitado a cenar el notario Bertrand con su mujer y quería estar lo más relajada posible.

Llenó la bañera hasta los topes y se dio un tonificante baño de espuma con sales marinas, pero no pulsó los botones de hidromasaje. Una vez se le ocurrió hacerlo en un hotel spa y el trabajo acabó siendo suyo para controlar la desbordante efervescencia que se formó en un santiamén.

Para completar la sesión de *mindfulness*, se colocó los auriculares del iPod y sintonizó el disco *Watermark* de Enya, puro *new age* para dejarse llevar por los sentidos con los ojos cerrados.

Poco antes de las siete, llegaba a Burdeos. Había quedado con Laurent Bertrand delante de la Ópera Nacional para que este le enseñase el edificio antes de la cena. Se vistió elegante para la ocasión, con un conjunto de verano color turquesa, un collar con colgante de ágata a juego y unas sandalias blancas de tacón. Esa vez no luciría su tobillera. Quizá no lo podría hacer nunca más.

El notario no tardó mucho en llegar. Su mujer era algo más joven que él e iba vestida de un estilo parecido al de Cristina. Elegante, pero sin estridencias.

—*Bonsoir*. Te presento a Brigitte.

—*Avec plaisir* —se apresó a responder la riojana—, Laurent ya me ha comentado que solíais ir a la ópera con mi padre.

—Le echamos mucho de menos, era una persona encantadora.

—Agradezco mucho que me lo digas.

—No puedes negar que eres su hija. Tienes su misma mirada y también se te forman unos hoyuelos en la mejilla al sonreír.

Hubo química inmediata entre las dos.

Tras las presentaciones, Laurent las invitó a atravesar el atrio columnado y entraron en el edificio. Un espacioso vestíbulo conducía hacia una suntuosa escalera central, que a media altura se bifurcaba en sendas escalinatas a izquierda y derecha para acceder al primer piso.

Al ver que la riojana se detenía a observar una estatua a la izquierda del vestíbulo, Brigitte se dispuso a darle una explicación:

—Es Víctor Louis, el arquitecto que diseñó el teatro, inspirándose en el estilo neoclásico del Palais Garnier de París.

—Qué contento estaría Fernando de vernos aquí, Cristina —añadió el notario, con satisfacción.

—Estoy emocionada imaginándolo cruzar estos salones con vosotros.

—Es una pena que hayas llegado a Burdeos justo al final de la temporada. Hace pocos días, Brigitte y yo aún asistimos a la representación de *Don Giovanni*, pero ahora tendremos que esperar hasta pasado el verano.

Bertrand se acercó a un mostrador que exhibía programas de la temporada 2006-2007 y le acercó uno a ella.

—Nosotros estamos abonados en un palco con seis asientos. Uno de ellos lo ocupaba Arnaud, quizá puedas renovarlo tú y acompañarnos en el futuro.

—Dalo por hecho. Me hará mucha ilusión sentarme donde lo hizo papá años atrás. Él me metió el gusanillo de la ópera.

—Pues toma nota, porque la temporada dará inicio en septiembre con *El Mesías*, de Haendel.

—¡Aleluya…, aleluya! —exclamó Cristina, distendida y entonando la melodía de aquel célebre fragmento.

Para la cena, Laurent escogió la *brasserie* Le Noailles, en la avenida de Tourmy, a pocos metros de donde ella pasó sus primeras noches en Burdeos.

Como entrantes pidieron una docena de ostras y *foie micuit* con tostaditas. De segundo optaron por el *magret* de pato. Según Brigitte, una especialidad irresistible del lugar.

—Y, ahora, toca elegir lo que más le importaba a Fernando.

—Empiezo a hacer mis primeros pinitos con vinos de Burdeos, pero te dejaré a ti el privilegio. Aún estoy a años luz.

—No me seas modesta, que tuviste un excelente maestro.

—¡Ojalá hubiese pasado más tiempo con él!

Laurent notó que aquel tema la ponía nostálgica y abrió la carta frente a ella para comentar las diferentes opciones. Finalmente escogió el Château Coutet de 2001, *premier cru classé*, un blanco que maridaría de maravilla con la cena.

—¿Conoces los vinos de Sauternes? —preguntó Brigitte.

—Mi padre trajo alguno a casa. Recuerdo que era ambarino y dulce.

—Se hace con las variedades sémillon y sauvignon blanc, a veces con moscatel —intervino Bertrand, sacando a relucir su conocimiento sobre el tema—. En aquella zona, la uva es atacada por un hongo que la pasifica y le proporciona aromas muy diferenciados a miel, albaricoque y melocotón.

—Solíamos beberlo cuando comíamos becada o faisán.

—*Voilá!* Combina excelentemente con aves de caza, pero también con *foie* y ostras, ya lo verás.

—Para ser un Sauternes*,* no es excesivamente caro.

—No todos son tan caros, especialmente si no son *grand cru*, y hay grandes diferencias de calidad, incluso entre añadas. Se lleva la palma, sin duda, el Château d'Yquem. Es el único vino blanco que fue considerado *premier grand cru classé* en el año 1855 y la botella supera los mil euros, como los míticos cuatro tintos clasificados en aquel momento. El que tomaremos hoy te gustará y tiene una excelente relación calidad-precio.

—Veo que entiendes mucho de vino.

—En Burdeos, si no, eres hombre muerto.

La respuesta del notario la retrotrajo a su difícil situación en aquellos momentos. Por suerte, el camarero interrumpió en el momento adecuado y trajo la botella de Château Cotet a la mesa para descorcharla.

Brigitte fue la encargada de catarlo y tardó poco en aprobar aquel vino tan rico como poco usual en las mesas españolas. Tras brindar, Laurent retomó la conversación.

—Te has puesto seria de repente.

—Me sabe mal, pero no he podido evitar recordar a papá y Leclerc cuando has mencionado al «hombre muerto».

—Vaya, no he tenido mucho tacto.

—No te preocupes. Es solo que llevo días con el fantasma de Arnaud a mis espaldas.

—El espíritu de los suicidas no suele aparecerse…

Bertrand tomó una ostra de la fuente de hielo, le tiró un chorrito de limón y se la llevó a la boca mientras observaba la reacción de Cristina.

—¿Has hablado ya con Bonfils?

—En repetidas ocasiones.

—Ya imaginaba que te habrías enterado.

—Mi función es conocer los hechos, dar fe de los mismos y guardar silencio. A veces me equiparo a un sacerdote y su secreto de confesión.

Brigitte sonrió ante la brillante comparación que acababa de hacer su marido e hizo un agudo comentario:

—No te creas que en casa es muy diferente. A veces, para conseguir que me cuente algo, necesitaría un sacacorchos.

—¿Cuánta gente en Burdeos sabe ya que lo asesinaron?

—No lo sé, Cristina, pero los rumores son cada vez más insistentes. Es por eso que he querido verte.

—¿También se habla sobre mí?

—No te voy a mentir, estás en boca de todo el mundo. Supongo que los De Beauharnais tendrán algo que ver en ello.

—Chantal tiene una lengua viperina y hará todo lo que pueda para hundirte en el lodo —intervino Brigitte, con gesto de desprecio

—. Me toca verla de vez en cuando en eventos sociales, pero intento evitarla. No sabes lo mal que me cae.

—¿Qué me recomendáis que haga?

—Intenta ser lo más invisible que puedas —respondió Laurent de inmediato.

—Creo que ya lo soy.

—¿Estás segura?

El notario la miró fijamente con sus pequeños y brillantes ojos.

—No fuiste demasiado discreta en Saint-Émilion. Alguien te vio paseando con Claude Deschamps en actitud más que amistosa.

El comentario la pilló por sorpresa. No imaginaba que hasta las paredes tendrían ojos en aquella región.

—No negaré la mayor. Estaba convencida de que era el autor del crimen y quise acercarme a él para desenmascararlo.

—Y ahora, ¿has cambiado de opinión? —prosiguió Bertrand—. Recuerda que yo también apuesto por su culpabilidad.

—No pondría la mano en el fuego, pero, sinceramente, lo veo incapaz.

La conversación trajo a su memoria los mágicos momentos que había compartido con Claude. Extremaría las precauciones, pero ya no podía renunciar a aquella maravillosa relación. Además, habían cerrado un acuerdo para descubrir juntos al asesino de Leclerc.

El notario la sacó de sus ensoñaciones.

—Antes he mencionado lo riguroso y confidencial que soy en mi trabajo. Esto puede beneficiarte. Sé muy bien cómo reaccionaste cuando leí el testamento de Arnaud y lo voy a atestiguar si hace falta.

—Te lo agradezco infinitamente. De momento, solo había recibido apoyo de *madame* Loisire. La pobre está muy preocupada por mí.

—Yo también lo estoy, Cristina. Cuenta conmigo para lo que haga falta, pero mantente alejada de Deschamps. Es lo que más te conviene.

Poco podía imaginarse Bertrand lo inútil que resultaría aquella advertencia.

43

Cristina se levantó pronto y con energía aquella calurosa mañana de domingo. La cena con Laurent y Brigitte la noche anterior había sido muy agradable y reveladora. Se dio cuenta de que Burdeos y su entorno no eran mucho mayores que Haro o Logroño. Todo se sabía enseguida y convenía moverse con pies de plomo.

Por otro lado, la tranquilizaba saber que tenía una persona influyente de su lado en semejante galimatías, donde quien más y quien menos parecía tener motivos para haber acabado con Leclerc.

Tras la matutina sesión de gimnasia y mimos a su gatita, se vistió con ropa cómoda y fresca de verano. Juliette ya había oído movimiento en su habitación y tenía la cafetera al fuego cuando bajó a desayunar.

—Buenos días, Cristina, anoche no la oí llegar.

—Volví pronto para lo que son mis costumbres, pero ya estaba todo oscuro y en silencio.

—Soy como las gallinas: a las diez a dormir y a las cinco en pie. ¿Cómo fue su cena?

—Excelente. Los Bertrand son buena gente y extremadamente educados. Cenamos de fábula y me enseñaron el teatro de la ópera, a donde solían ir con mi padre.

—Él es un hombre serio y de perfil conservador. Pese a ello, se llevaba muy bien con Arnaud y Fernando. Era de los pocos aquí que aprobaba su relación.

—Ya me gustaría poder decir lo mismo de Gonzalo.

—Pude darme cuenta estos días que no tiene nada que ver con su padre. Nadie diría que eran hermanos.

Madame Loisire puso las tostadas y la taza de café con leche en una bandeja; se disponía a sacarla al jardín cuando Cristina la frenó.

—Deje, Juliette, ya la llevo yo. En Haro lo hago todo solita. Lo que sí le agradeceré es que me prepare un huevo revuelto con tomate y cebolla.

—Perfecto, me pongo a ello. Por cierto, ¿se quedará hoy a comer?

—No cuente conmigo. Iré al lado atlántico del río Garona para recorrer los viñedos del Médoc.

—Ah, la *rive gauche*. Es una zona hermosa y con históricas bodegas. Pásese por Pauillac. Quizá pueda presentarse a los Rothschild.

—¿Cree que me recibirán sin cita previa?

—Son personas de carne y hueso, mujer. El barón Erik se llevaba bien con Arnaud y su hija Saskia le caerá muy bien. Es muy joven y se está preparando para suceder a su padre. Si están en el Château Lafite, seguro que querrán conocerla.

Por primera vez en muchos días, Cristina disfrutó feliz y despreocupada de su desayuno, pensando en el buen plan que tenía proyectado para la jornada. Estaba satisfecha de la buena relación que había establecido con Juliette y Laurent. ¡Ojalá pudiera pronto ampliar su círculo de amistades en la región!

No muy lejos de allí, Denise Deschamps acababa de levantarse. No era amiga del trabajo ni de madrugar en exceso. ¿Sería la sangre azul que corría por sus venas?

Claude solía madrugar más que ella, por lo que no se sorprendió al no encontrarlo a su lado. Tampoco lo vio al abandonar la habitación. Probablemente habría salido ya a comprar pan y cruasanes en alguna *boulangerie* cercana.

El presupuesto de los Deschamps no les permitía tener empleados durante los fines de semana, algo que ella siempre reprochaba a su marido. Muchos soñarían con poder vivir en una mansión como

aquella, con o sin servicio, pero el patrimonio y estatus de Claude nunca le había parecido suficiente a aquella estirada mujer.

A regañadientes, bajó a la cocina y se preparó un café con leche. Se lo tomaría en el jardín mientras fumaba el primer cigarrillo del día. Claude ya prepararía el desayuno cuando volviera.

Subió la persiana con parsimonia y abrió el ventanal que daba al exterior para ventilar bien el salón y salir al jardín a ver los primeros rayos de sol. No había dado ni tres pasos sobre la hierba cuando la taza se le cayó de las manos, rompiéndose en mil pedazos y manchándole de café caliente las zapatillas y el camisón.

El grito que profirió habría cortado la respiración a cualquiera que se encontrase a un kilómetro a la redonda. Desgraciadamente, la bodega más cercana estaba a mayor distancia y nadie pudo oírla.

El cuerpo inerte de Claude Deschamps flotaba boca abajo en la superficie de la piscina, con ambas manos sumergidas y los pies tocando el fondo. Una tórtola se había posado en su cabeza y le picoteaba una oreja mientras Denise corría horrorizada al interior de la casa.

44

Cristina había acabado su relajante desayuno dominical y estaba a punto de salir de casa. Con las llaves del coche ya en la mano, le pareció oír unas sirenas.

Era una patrulla de la gendarmería y una ambulancia, con sus titilantes luces azuladas y anaranjadas, que se acercaban a toda velocidad. Muy cerca de allí, en el último cruce antes de Pomerol, se desviaron en dirección al Château Cheval Noir.

¿Les habría ocurrido algo a los Deschamps?

Preocupada, subió corriendo al primer piso. Le parecía recordar que en un cajón del despacho estaban los prismáticos de Arnaud. Los encontró y volvió a bajar.

Aunque las lentes tenían buena potencia de ampliación, solo logró divisar los vehículos estacionados frente a la entrada. La distancia entre ambas casas era demasiado grande para percibir más detalles.

Juliette salió en aquel instante de la cocina y miró también intrigada hacia allí, pensando que Cristina sabría algo.

—¿Qué ha sucedido?

—No tengo ni idea.

Las dos seguían de lejos los acontecimientos, apoyadas en la balaustrada de piedra que rodeaba el jardín.

—¿Vio u oyó algo sospechoso anoche mientras yo estaba en Burdeos?

—Sinceramente, no me fijé. A media tarde recogí un poco la casa y después de cenar me puse a ver la tele en la habitación.

—Pensaba salir ahora hacia el Médoc, pero prefiero quedarme. Esto no me da buena espina.

Cristina recogió el portátil en su habitación y lo trajo a la mesa del jardín. Desde allí no tendría acceso a internet, pero podría divisar cualquier movimiento en casa de sus vecinos.

Abrió la sesión para seguir revisando correos y archivos. Lo primero que hizo fue escribir un mensaje a Yeray Baute, el bodeguero tinerfeño, preguntando por la parcela que cuidaba para Fernando. Habían pasado casi tres años de su muerte y temía que las viñas de Rano Teide hubieran pasado a mejor vida. Enviaría el mensaje más tarde, cuando pudiese conectarse de nuevo al módem.

La siguiente palabra que tecleó en el buscador de Outlook fue «Lungobaldi». El aristócrata italiano aparecía en varios correos. El primero de ellos estaba datado en junio de 1997.

> Querido Fernando:
>
> Ayer tuve una fuerte discusión con Guido y acabé echándolo del Château Marchant.
>
> El próximo jueves se subastarán en Sotheby's unos lotes valiosísimos de vinos, algunos de la época de Napoleón. Estoy seguro de que proceden de robo, soborno o extorsión, como muchos de los que ha obtenido por medio de sus amigos mafiosos. Insistió en que yo fuese a Londres y me compinchase con él para quedárselos casi al precio de salida, pero esto no va conmigo.
>
> Lungobaldi está obsesionado por tener la mejor colección de vinos del mundo y empiezo a temer por los que guardo en el sótano. Sé de sobra cuál será tu respuesta si recurre a ti, pero he preferido ponerte al corriente.
>
> Te quiere,
>
> ARNAUD

Un segundo mensaje despertó, aún más si cabe, su interés. Era un correo de Lungobaldi dirigido a su padre en julio de 1997, un mes más tarde del que había leído anteriormente.

Caro Fernando:

En las últimas semanas he tenido algún desencuentro con Arnaud. Seguro que estás al corriente y habrás recibido su versión sobre el asunto.

Sin embargo, hace años que nos conocemos y no me gustaría que esta situación pudiese enturbiar nuestra relación. Dado que nunca me has visitado, me gustaría invitarte a mi casa en la Toscana. Castello Il Borghetto es un bello lugar y estaré encantado de mostrarte mi bodega y colección de vinos.

En espera de tu respuesta favorable.

Saludos cordiales,

GUIDO LUNGOBALDI

Cristina analizó los correos, cada vez más convencida de que aquel personaje no era de fiar. ¿Habría aceptado su padre aquella invitación?

Se disponía ya a seguir buscando posteriores mensajes cuando pudo ver que la ambulancia emprendía el camino de vuelta, esa vez con la sirena apagada, y se cruzaba a lo lejos con un segundo coche de la gendarmería.

¿Qué diablos estaría ocurriendo en casa de Claude?

45

Tras pasar un buen tiempo detrás de la pantalla, Cristina decidió hacer una pausa. Estaba cansada de revisar correos y, de momento, no se veía más movimiento en el Château Cheval Noir.

Apagó su portátil, se fue a la bodega y bajó las escaleras de caracol que conducían al sótano abovedado. Los agradables aromas presentes allí, junto con la sensación de frescor, eran como un bálsamo para combatir los rigores de la canícula. Mientras repasaba con la mirada la increíble cantidad de botellas alineadas en los pasillos, se dirigió a la puerta acorazada y sacó su libreta granate con los códigos anotados días atrás. Dio las vueltas precisas a la rueda de combinaciones hasta que un débil clic señalizó que ya estaba desbloqueada. Agarró la llave en cruz con las dos manos y la giró en sentido antihorario hasta que los pistones entraron completamente dentro de la puerta y permitieron su apertura.

Al accionar un antiguo interruptor de porcelana, prendió una bombilla de baja potencia. Cristina tuvo una sensación parecida a la de un arqueólogo penetrando en una olvidada cámara oculta. La tenue iluminación dejó a la vista un minúsculo espacio con muebles botelleros a ambos lados y una estación meteorológica de madera colgada de la pared. El higrómetro marcaba un setenta por ciento de humedad, y el termómetro, quince grados centígrados de temperatura: condiciones idóneas para conservar aquellas joyas enológicas.

A mano izquierda, un estante tapizado con fieltro rojo contenía las cuatro botellas clasificadas en 1855 como *premier grand cru classé*. Aparentemente, estaban en perfecto estado.

Otro objeto que le llamó poderosamente la atención fue una vasija de arcilla, parecida a las ánforas romanas, colocada sobre un soporte de hierro. La placa situada en su base explicaba que procedía de Georgia y databa del año 5.900 a.C. Si no le fallaba la memoria, aquella debía de ser una de las primeras muestras de vino —si no *la* primera— en la historia de la humanidad.

Decenas de botellas, datadas en fechas muy anteriores al año de su nacimiento, reposaban también en sus estantes de madera, esperando quizá alguna ocasión muy especial para su descorche.

Finalmente, y dentro de una vitrina, divisó una antigua botella de vidrio negro esmerilado, rotulada en blanco con el número 312. La forma era algo irregular y no llevaba etiqueta alguna. Un grabado colgado de la pared mostraba una escalera rodeada por dos ángeles y rematada con una cruz: el escudo de Scala Dei. Con toda seguridad, la reliquia procedía de aquel monasterio en la comarca catalana del Priorat.

Estaba tan abstraída contemplando aquellos tesoros que no oyó la llegada de un vehículo al Château Marchant. Sí oyó la voz de Juliette, que la llamaba desde lo alto de la escalera. Después de cerrar apresuradamente la puerta blindada y subir de nuevo a la superficie, pudo ver un Peugeot 307 de la gendarmería aparcado delante de la casa. El comisario Bonfils la esperaba acodado al mismo, junto a Thibaud, su mano derecha.

—Bonjour, *mademoiselle* Castillo, nos gustaría hablar con usted.

—Adelante, síganme por favor.

Intrigada, los hizo pasar al interior de la mansión.

—No me iré con muchos rodeos: Claude Deschamps ha aparecido muerto en su casa esta mañana.

La noticia dejó a Cristina completamente paralizada. Incapaz de articular palabra, sus ojos verdes empezaron a humedecerse.

—Venimos ahora del Château Cheval Noir, hemos estado levantando el cadáver. El forense sigue allí con la policía científica.

—¡No me lo puedo creer! —dijo ella, con voz entrecortada—. Si estuve allí el viernes, cenando con mi tío.

El gendarme se mantuvo en silencio unos instantes, observándola, sin pestañear, como los científicos frente a un nuevo espécimen. A una señal suya, Thibaud puso una bolsa de plástico transparente sobre la hermosa mesa de vidrio que dominaba el salón.

—¿No visitaría a Deschamps también anoche?

René se puso unos guantes, abrió el cierre de plástico y se aprestó a extraer una cadenita de plata del interior. La tensa espera, la noticia de la muerte de Claude y aquel golpe de efecto fueron superiores a sus fuerzas. Cristina se desmontó, rompiendo a llorar. En esa situación debería haberse mantenido fría como un témpano de hielo, pero sus sentimientos le jugaron una mala pasada.

Juliette espiaba la conversación desde el quicio de la puerta y se puso las manos en la cabeza. Había aparecido la tobillera, pero no cómo ni cuándo hubiese deseado su dueña.

—¿Qué puede contarme sobre esto?

Aun sollozando ligeramente, Cristina se dispuso a responder.

—No se puede negar lo que es evidente: está marcada con mis iniciales.

—De momento, vamos por buen camino.

—Echo en falta esa tobillera desde el pasado martes.

—Ahora empieza usted a desviarse —prosiguió Bonfils, irónico, al depositar de nuevo la cadenita dentro de la bolsa.

—¿Sabe dónde la hemos encontrado?

Un silencio sepulcral se adueñó del salón. René prosiguió, muy atento a las reacciones de la riojana.

—Estaba enganchada en la escalera de la piscina, debajo de uno de los peldaños.

Cristina recordó fugazmente su apasionada salida del agua aquella noche, pero permaneció en silencio. Estaba completamente desbordada con la situación.

—¿Y sabe dónde ha descubierto Denise esta mañana el cadáver de su marido? —René hizo una larga pausa antes de dar la

respuesta—. En la piscina, flotando boca abajo. ¿No le parece mucha casualidad?

Aquello no podía ser cierto. Pese a estar en estado de *shock*, tenía que defenderse e insistir en su inocencia.

—Ya le he dicho que la perdí el martes, créame.

—Entonces ¿cómo llegó hasta allí?

Cristina se hundió en el sillón y decidió confesar la aventura entre ella y Deschamps.

—Claude se había enemistado con Leclerc. Estaba convencida de que podía ser su asesino y coqueteé con él para descubrirlo.

—¿Por qué no deja a la policía hacer su trabajo? También sospechábamos de él, pero ya vemos que era el candidato equivocado. Me da la impresión de que se ha tendido usted misma una trampa.

—¿No se habrá suicidado al sentirse acorralado?

—Suena bien. Una teoría que sería fantástica, ¿verdad?

Los ojos saltones de René la observaron con cierto tono socarrón. Le hacía gracia que la periodista quisiera resolver aquella muerte de un modo tan simple.

—Siento decirle que hemos encontrado marcas de estrangulación en su cuello. Además, hemos comprobado que Deschamps estaba de viaje con su mujer el 2 de junio. No solo no podemos cerrar el caso Leclerc, sino que lo acabamos de ampliar con una segunda víctima.

Thibaud se levantó del sofá, sacó unas esposas de su cintura y bloqueó las muñecas de la riojana.

—Tiene derecho a permanecer en silencio y recurrir a un abogado si lo cree conveniente, pero de momento tendrá que acompañarnos a la gendarmería.

46

La policía científica y el forense abandonaron el Château Cheval Noir a primera hora de la tarde de aquel trágico domingo. El cuerpo de Deschamps fue sellado con una funda de aluminio y transportado a la morgue para realizarle una autopsia, aunque las causas de la muerte parecían claras.

Según indicaba el grado de *rigor mortis*, el bodeguero habría muerto estrangulado entre las doce y las dos de la madrugada. Unas marcas en el césped parecían indicar pisadas y señales de lucha, pero el único objeto que pudieron encontrar en el escenario del crimen fue la tobillera de Cristina Castillo.

Aunque la riojana había hecho más de una trastada durante la adolescencia, aquella fue su primera noche en un cuartelillo de la policía. Al día siguiente, prestó declaración preliminar ante Bonfils. No vio necesario recurrir aún a un abogado.

—*Mademoiselle* Castillo, cuénteme por favor lo que hizo la noche del 22 de julio.

—Quedé a las siete en Burdeos con el notario Bertrand y su mujer para cenar y regresé al Château Marchant sobre las once de la noche. Pueden hablar con ellos, que lo atestiguarán.

—Lo haremos, sin duda, pero la muerte de Deschamps tuvo lugar una o dos horas más tarde. ¿Alguien la oyó llegar a su casa?

Cristina recordó la conversación con Juliette. Se fue a dormir pronto y no la oyó llegar.

—*Madame* Loisire se encontraba en casa, pero estaba oscuro y reinaba el silencio cuando llegué.

—¿No la había visitado su tío estos días?

—Volvió a La Rioja el mismo domingo, después del almuerzo.

—Tendrá que admitir que su coartada no es la más sólida…

—Seamos serios, René: ¿cómo quiere que haya podido reducir y estrangular yo a un hombre con la corpulencia de Deschamps?

—Cosas más raras he visto en mi vida profesional, se lo aseguro.

Aunque Cristina había ya admitido su aventura con Claude, el gendarme quiso profundizar en los detalles.

—Según su versión, estuvo en esa casa el martes pasado. Háble me un poco de ello.

—Cenamos en el jardín y, como hacía mucho calor, me bañé con él en la piscina.

—Y aprovecharon que su mujer no estaba en casa para hacer alguna cosa más que nadar unos largos…

Cristina se sonrojó levemente, pero sin dejarse amilanar.

—Ya lo confesé ayer.

—Correcto, pero necesito que me explique bien lo que pasó.

—Nos excitamos tanto en el agua que subimos apresurados la escalera para acostarnos. Allí es donde debí perder la tobillera.

Bonfils tomó nota de la declaración y se despidió.

—No tengo más preguntas por ahora.

—¿Significa que ya puedo volver a casa?

—Sintiéndolo mucho, de momento debe quedarse aquí.

—Entonces, póngame por favor en contacto con el consulado español. No puede negarme este derecho.

El gendarme se mostró de nuevo sorprendido por los arrestos de la joven, pero llamó desde allí mismo al consulado y le pasó el auricular.

Durante el día, René hizo un par de salidas para hablar con el notario y con *madame* Loisire. Ambos confirmaron, palabra por palabra, la declaración de Cristina, aunque no pudieron brindarle

coartada alguna para la franja horaria en que se cometió el asesinato.

Al volver a su despacho, la hizo llamar.

—Señora Castillo, he analizado a fondo la situación y entrevistado a las personas relevantes en el caso. Aunque todos los indicios apuntan a usted, no he detectado ninguna contradicción con su declaración ni dispongo aún de pruebas definitivas.

Cristina inspiró profundamente, en un claro gesto de alivio.

—Permitiré que vuelva a casa, pero estará vigilada y no podrá viajar a España hasta nueva orden.

—Yo no los he matado, Bonfils, pero me da la impresión de que quien haya sido está haciendo todo lo posible para cargarme a mí el mochuelo.

—Dedíquese a sus negocios y yo a los míos, ya se lo le he dicho antes. Y un último consejo: procure no cruzarse con Denise Deschamps. Tal y como estaba ayer, no me extrañaría tener pronto un tercer cadáver en la morgue.

El gendarme no tuvo otra opción que dejarla en libertad vigilada. La tobillera de plata en la piscina era una prueba, pero no suficientemente sólida como para incriminarla. Además, mantenerla en prisión preventiva podría causar un conflicto diplomático. No le interesaba escalarlo hasta la embajada de París.

47

La noticia de la muerte de Deschamps corrió como la pólvora por toda la región. Pese a los esfuerzos de Bonfils en mantener oculto el asesinato de Leclerc, últimamente ya era *vox populi*, y la riojana, el centro de todas las conversaciones.

Tras abandonar la gendarmería, Cristina volvió en taxi al Château Marchant. La semana no podía haber empezado peor, pero al menos había recuperado la libertad. Juliette le preparó una tortilla con ensalada al llegar y la acompañó durante la cena.

—Siento mucho que haya tenido que pasar la noche recluida.

—Yo más, se lo aseguro. Aunque hay cosas peores que dormir en el calabozo.

—Esta mañana ha venido René Bonfils para interrogarme. Le he insistido hasta la médula en que usted ya buscaba su cadenita de plata desde el miércoles.

—Seguro que habrá contribuido a que pueda estar aquí ahora.

Cristina sonrió y puso su mano sobre la del ama de llaves en señal de agradecimiento. Hacía falta un gesto de distensión en momentos tan difíciles.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—De momento, descansar. Puede imaginarse la noche que he pasado.

Aunque no durmió todo lo bien que hubiera deseado, amaneció con la cabeza más despejada que el día anterior. Tras arreglarse y

desayunar, arrancó el coche y se dirigió a Burdeos a primera hora. El consulado español se encontraba en la esquina de la Rue Notre Dame con el Cours Xavier Arnozan, muy cerca de la Place Quinconces.

Tras presentarse en la recepción, pidió hablar con el cónsul general. Tuvo que permanecer un rato en la sala de espera, pero finalmente la condujeron al despacho del diplomático. Era un hombre ya en su cincuentena, calvo y con ligero sobrepeso, como tantos otros a esa edad.

—Buenos días, señora Castillo, soy Diego Sáinz. Me alegra conocerla personalmente.

—Qué coincidencia, mi segundo apellido también es Sáinz.

—Es frecuente en mi tierra. Soy riojano, de Ezcaray.

—Pues yo soy más riojana que el vino. Y directora del periódico *La Rioja*, para más inri.

En pocos minutos, había hecho buenas migas con el cónsul. No hay nada como ser paisanos.

—Siéntese, por favor.

—He venido a verle para pedir protección y ayuda. Estoy metida en un lío tremendo que se está complicando por momentos.

—Por lo que hablamos ayer por teléfono, ya estoy más o menos al corriente.

—¿Usted conoció a Fernando Castillo?

—No me suena, pero hace solo unos meses que me trasladaron a Burdeos.

El cónsul se rascó un poco la cabeza y miró a un lado, esforzándose por hacer memoria.

—Recuerdo a alguien con este nombre, pero de eso ya hace muchos años y no guardará relación. Se llamaba así el sumiller del restaurante Echaurren.

Una nueva e inesperada sincronía se presentaba ante Cristina.

—Pues sí tiene que ver, y mucho. Era mi padre y fue la pareja sentimental de Arnaud Leclerc, uno de los grandes bodegueros de esta región.

—¿No será el que se suicidó hace unas semanas?

—El mismo, y el problema es, precisamente, que no se suicidó. Alguien lo asesinó y he heredado la mayor parte de su fortuna.

—¿No tenía familia?

—Es una larga historia, ya se la contaré más adelante.

El funcionario escuchaba con atención las explicaciones de la periodista. Un tic nervioso le hacía arquear las cejas una y otra vez.

—La policía sospechó de mí desde el primer momento, pero ahora la situación se ha complicado extraordinariamente.

—¿Y eso?

—Acaban de matar a otro viticultor, y da la casualidad de que me había relacionado con él. Por eso ayer le llamé desde la gendarmería.

—Ya entiendo…

—De momento, no tienen pruebas contra mí y he podido quedar en libertad, aunque bajo vigilancia.

—Puedo asegurarle que es muy buena señal. En casos así, suelen mantener a los sospechosos en prisión preventiva.

—Quizá, pero me han prohibido abandonar el país y necesito volver a La Rioja para hablar con mi familia y buscar a un abogado. ¿Puede facilitármelo?

—No tengo esa potestad, pero hoy mismo hablaré con París. La embajada sí emite salvoconductos para permitir una repatriación. Déjeme su teléfono y la avisaré en cuanto tenga noticias.

Cristina apuntó su número en un pósit y se despidió. Aunque la reunión había sido positiva, el tic nervioso del diplomático la sacaba de quicio y no veía el momento de acabar.

Abandonó el consulado y se dirigió a la notaría, que no estaba ni a diez minutos andando. Bertrand estaba ocupado, pero le dieron un hueco a media mañana para verle.

Aprovechó el tiempo de espera para dar una vuelta por los alrededores. Poco antes de llegar a la ópera, y frente a la oficina de turismo, se encontraba el sindicato y escuela del vino de Burdeos. Aparte de presentarse como la nueva propietaria de Château Marchant, pudo recabar mucha información sobre las diferentes bodegas y zonas geográficas de la región.

En un detallado mapa pudo ver que los ríos Garona y Dordoña formaban una Y invertida antes de desembocar en el Atlántico y definían los límites de las denominaciones de origen. A la izquierda del Garona —la *rive gauche*— se encontraban los viñedos de Médoc, Graves y Sauternes. A la derecha del Dordoña, los de Pomerol, Saint-Émilion y el Libournais. La tercera zona era la que se hallaba entre ambas corrientes y se conocía precisamente como Entre Deux Mers.

Antes de salir del edificio, le llamó la atención el cartel que informaba de una subasta de vinos antiguos, aquella misma tarde, en Vasari Auctions. Siguiendo un impulso, apuntó la dirección y volvió a la notaría.

A las once en punto Laurent la recibió en su despacho, esa vez sin la calidez a la que estaba habituada.

—*Bonjour*, Cristina. Ya imagino para qué quieres verme.

—Antes que nada, me gustaría disculparme por no haberte hecho caso. Pese a tus advertencias, había contactado con Deschamps.

—Más bien, te liaste con él —respondió el notario, en un tono seco y recriminatorio.

—Lo hice para tirarle de la lengua, ya te lo dije.

—¿Sabes el golpe que esto supone para tu reputación? Los terratenientes de Burdeos son muy conservadores. Ya era difícil que aceptasen a una joven española desconocida, pero ahora… ¡puedes olvidarte!

La riojana bajó la cabeza, visiblemente avergonzada. Bertrand había depositado mucha confianza en ella y sus palabras la afectaban profundamente.

—Sé que he sido poco cauta, pero te aseguro que no tengo nada que ver con las muertes de Leclerc y de Deschamps.

—Quiero creerte y he declarado en este sentido a la gendarmería, pero ello no quita que te has complicado enormemente la vida.

Bertrand era un hombre muy conservador, pero pragmático. Viendo a Cristina cada vez más hundida en su silla, decidió aflojar.

—Sé que tu padre siempre te ocultó su relación con Arnaud y así se lo dije a Bonfils. También le comenté que nos bebimos, mano a

mano, una botella entera de Sauternes, y que no te veía capaz de estrangular a Deschamps.

—Espero que no me ponga una multa de tráfico retroactiva.

El comentario provocó la sonrisa del notario y aligeró la conversación.

—Te lo agradezco mucho, Laurent.

—No he hecho más que decir la verdad.

—También yo, pero tienes un gran prestigio en Burdeos y tu testimonio tiene mucha más credibilidad.

Bertrand no era amigo de las adulaciones e hizo un gesto con las manos, restándole importancia.

—Estoy hecha un lío, ¿qué consejo puedes darme?

—El otro día te recomendé hacerte invisible. Ahora, que vuelvas a España y dejes pasar un tiempo prudencial hasta que las cosas se enfríen. Con suerte, en pocos días la gendarmería identificará al criminal.

—No puedo: Bonfils me tiene retenida aquí, pero estoy intentando conseguir un salvoconducto de la embajada española.

—Es lo mejor que puedes hacer.

La conversación con el notario había dejado a Cristina dubitativa.

—Laurent, todo esto me está afectando demasiado. Tengo ganas de volver a La Rioja y seguir con mi vida, mi gente, mi periódico… ¿Crees que podría vender Château Marchant a Chantal?

—No hace mucho que te conozco, pero te veo madera para llevar una bodega. Puedes deshacerte de ella, claro, pero piensa en Juliette Loisire y en el resto del equipo. ¿Merecen tener a los De Beauharnais como jefes? —Bertrand hizo una pausa después de aquella pregunta retórica—. No dejes que Chantal te gane la partida. ¡Vales muchísimo más que ella!

—Puede que tengas razón.

—Serás una digna sucesora de Arnaud y Fernando, ya lo verás —sentenció el notario, antes de despedirse de ella—. Aunque no la vas a necesitar, ¡te deseo mucha suerte!

48

Cristina salió de la notaría a mediodía y decidió comer en la *brasserie* Tourny, en la plaza del mismo nombre. El menú del día consistía en una ensalada césar y mejillones al vino blanco: sabroso y saludable.

Poco antes de las dos ya estaba de regreso en el Château Marchant. Tras acariciar a Neko y saludar a Juliette, se dirigió a la bodega para reunirse con su equipo directivo.

—No sé si han llegado noticias al respecto, pero, si no es así, prefiero anticiparme e informarles de que Arnaud murió asesinado. No fue un suicidio.

Por sus rostros, era evidente que estaban al corriente.

—Los rumores se extienden más rápido que la peste y es probable que les haya llegado más de uno sobre mí. La justicia hará su trabajo y no necesito convencerles de mi inocencia. Lo que sí les pido es que esto no les afecte en su día a día y que lo filtren al máximo de cara al personal a su cargo.

—He oído que también ha muerto Deschamps —intervino Hervé.

—Es cierto: anteayer fue estrangulado en el jardín de su casa.

Amélie y Valerie se miraron horrorizadas. No sabían aún nada de aquella reciente, y trágica, noticia.

—La gendarmería está investigando los hechos y no creo que tarden en dar con el asesino. Los mantendré informados y, repito, eviten las distracciones. La consigna es: *business as usual*.

Aunque «radio macuto» apuntaba a su jefa como la principal sospechosa, el equipo directivo agradeció sus palabras y franqueza. La veían sincera y demostraba querer dar continuidad al modelo de gestión de Arnaud, basado en la confianza y la comunicación transparente.

Tras aquella breve reunión, Cristina se despidió, sin saber cuándo —¡o si!— volvería a encontrarse con ellos.

Abandonó la bodega y se dirigió a su habitación para seguir revisando mensajes y documentos en el portátil. Un correo acababa de entrar hacía pocos minutos: era de Yeray Baute, el viticultor tinerfeño.

> Apreciada Cristina:
>
> Agradezco su correo de ayer y me alegra mucho saludarla. Espero que pronto tenga la oportunidad de viajar a Tacoronte para que pueda conocerla en persona.
>
> Antes que nada, quiero decirle que sentí mucho la muerte de su padre. Era una persona muy querida en Canarias y lo echamos mucho de menos.
>
> Sepa que su mensaje no podía llegar en mejor momento. Este año vence el último contrato trienal y tenía previsto arrancar las cepas después de la vendimia.
>
> Guardo aún en mi bodega dos barricas de las añadas 2004 y 2005. Al no recibir instrucciones, decidí no enviarlas a Burdeos como en años anteriores. Fernando siempre mantuvo en extrema confidencialidad este viñedo, aunque, en mi modesta opinión, el vino es bastante mediocre.
>
> Quedo a la espera de sus comentarios,
>
> YERAY BAUTE

Tardó pocos minutos en contestar, pidiéndole al canario mantener un tiempo más en su bodega las barricas de 2004 y 2005. También le confirmaba la extensión del contrato hasta 2009 y solicitaba vinificar la cosecha del año en curso.

Desconocía el porcentaje de mezcla, pero, conociendo a su padre, estaba convencida de que lo tendría apuntado en algún lugar. No le cabía duda de que en aquel «vino mediocre» residía la clave del particular *bouquet* de Château Marchant.

Cristina revisó unos cuantos mensajes más hasta dejar las bandejas de entrada y salida con poco más de trescientos correos pendientes de leer.

Cerró el ordenador, se retocó ligeramente el peinado y el maquillaje y se dirigió de nuevo a la ciudad de Burdeos, esa vez a la sala Vasari Auctions, en el Cours Víctor Hugo número 86. Había oído hablar mucho de las subastas de vino y sentía gran curiosidad por presenciar una en directo. Tampoco tenía gran cosa más que hacer y le serviría para distraerse.

El evento era libre y no había que pagar entrada para asistir. Tan solo se requería registrarse con el pasaporte o documento de identidad. Una veintena de personas, casi todas de avanzada edad y aspecto burgués, se encontraban ya en la sala, esperando que se iniciara la sesión.

—*Madames et monsieurs, bonsoir*.

Le hizo gracia darse la vuelta y comprobar que ella era la única *madame* presente en la sala. ¡Aquel saludo era muy personalizado!

—El primer lote de esta tarde es de vino de Borgoña. Se trata de tres botellas de la excelente añada de 1959 de Domaine Romanée-Conti y saldrán al increíble precio de quince mil euros. No dejen pasar esta oportunidad. ¡Ahora o nunca!

Aquel lote se adjudicó rápidamente por treinta mil euros a un hombre ya octogenario que solo necesitó pujar en dos ocasiones. Cristina nunca había asistido a una subasta, pero aquello le recordaba, y mucho, a los feriantes que instalaban sus carromatos en Logroño durante las fiestas de San Mateo. En el fondo, no dejaba de ser como una tómbola, pero con mucho más dinero sobre la mesa.

Mucho más reñida resultó la segunda sesión, en la que salía una botella mágnum de Château Pétrus de 1945, para muchos la mejor añada de la historia en Burdeos.

Después de una dura pugna, con más de veinte ofertas, un individuo atlético, elegante y de pelo ondulado hizo una puja por una cifra que a Cristina se le antojó astronómica. Por un importe similar podías comprarte un estudio en Haro.

—Cincuenta mil euros a la primera, cincuenta mil euros a la segunda… ¿Alguien da más?

Tras un minuto de silencio, y sin que nadie elevase la oferta, el subastador dio por cerrada la puja, golpeando su atril con un martillo de madera.

—Lote número dos adjudicado al marqués Guido Lungobaldi. ¡Enhorabuena, caballero!

49

Una vez recuperada de la sorpresa que supuso oír el nombre del italiano, Cristina siguió la aburrida sesión rodeada de ociosos adinerados, y sin perder al marqués de vista ni un minuto. Hacía tiempo que lo tenía en su particular lista de sospechosos y no podía ser una casualidad que se hallase en Burdeos justo entonces. Finalizada la subasta, decidió presentarse.

—Buenas tardes, he oído que es usted el marqués Lungobaldi.

—Así es, ¿con quién tengo el placer de hablar?

—Me llamo Cristina y soy la hija de Fernando Castillo.

La reacción del aristócrata no se hizo esperar. Tras la perplejidad inicial le tendió la mano y se la estrechó efusivamente con la mejor de sus sonrisas. Debía de ser de la generación de su padre, pero aparentaba tener unos cuantos años menos. Pasó de inmediato a tutearla.

—Tu padre ya me había hablado de ti, ¡qué ilusión poder conocerte!

—Lo mismo digo. ¿Hace mucho que estás en Burdeos?

—El sábado cené en Haut-Brion con los duques de Mouchy. Me hablaron de esta subasta y decidí quedarme hasta hoy. No aparecen cada día mágnums de Pétrus de 1945…

Esa era justo la respuesta que quería oír. Solo necesitaba saber si aquella cena se había prolongado y hasta qué hora. Percibió pronto

el ego de aquel personaje. Al igual que con su tío, la adulación sería una buena arma.

—He oído hablar mucho de tu colección. Dicen que es una de las más completas del mundo.

—Lo será cuando incorpore ciertas piezas que ando buscando…

—Pues deberás asistir a más subastas como la de hoy.

Cristina mostró su rostro más inocente durante aquella conversación. El pez estaba a punto de morder el anzuelo.

—Me han invitado a una cena esta noche —respondió él, tras mirar la hora en su reloj de muñeca—. Tendré que dejarte, pero me gustaría volver a verte. ¿Qué tal si mañana almorzamos juntos?

—Hecho. ¿Dónde puedo encontrarte?

—Me alojo en el Intercontinental, delante de la ópera, pero puedo acercarme yo al Château Marchant.

—Tengo que hacer gestiones en Burdeos por la mañana, prefiero quedar en tu hotel.

—Perfecto. Nos veremos mañana, *carissima*.

Guido le dio la mano para despedirse. No pudo disimular su excitación por aquel inesperado encuentro.

Cristina llegó muy tarde a casa. Juliette le había dejado preparada la cena, pero los últimos acontecimientos le habían quitado el hambre. Como aún era buena hora para comunicarse con España, llamó a José Ramón Camero.

—¿Cómo está mi rica heredera?

—Déjate de cachondeo, ¿vale?

—Oído barra, cariño.

Le encantaba bromear con él, pero hoy no estaba de humor.

—¿Todo en orden en la redacción?

—Demasiado tranquilo. Tendré que inventar una sección especial de pasatiempos o cotilleos de famosos para no aburrirme.

—Mejor así. Yo, aquí, todo lo contrario.

—¿Te viste al final con aquel hombre?

—Agárrate fuerte, que vienen curvas. —Hizo una pequeña pausa —. Lo acaban de asesinar.

Camero enmudeció al otro lado de la línea. Recordaba con remordimientos el ataque de celos que le había provocado Deschamps pocos días atrás.

—Ya no tendrás que preocuparte por si me acuesto con él.

Estaba tan agobiado con aquella colleja que incluso tartamudeó al responder. Pocas veces lo había pillado así.

—Per-perdóname por lo del otro día. No sé lo que me pasó.

—Yo sí, y no lo lamentes. Me dijiste cosas que me encantaron.

Las palabras de Cristina descargaron de inmediato la presión que atenazaba al reportero. Ella prosiguió la conversación, informándole en detalle de su crítica situación. Sabía que J. R. no podría ayudarla mucho, pero se sintió mejor al compartirlo. Además, no sabía cuándo podría regresar a Logroño y eso sí le afectaba a él directamente.

Al colgar el teléfono vio que eran las diez pasadas. Ya era tarde para llamar a sus tíos. Lo haría al día siguiente.

Se acostó dándole vueltas a la estrategia que le convenía seguir con Lungobaldi. Ansiosa, y después de media hora cambiando constantemente de postura, encendió la luz. Se llevó el portátil a la cama y comenzó a buscar mensajes que pudieran aportar luz sobre el italiano.

No tardó en encontrar el primero. En un largo correo, su padre explicaba a Arnaud su visita a Castello Il Borghetto.

50

Toscana, 20 de noviembre de 1997

Hacía ya meses que Fernando Castillo había recibido la invitación de Guido Lungobaldi para visitarlo, pero las vacaciones de verano y la posterior vendimia lo habían tenido más que ocupado.

Aquella semana finalmente encontró un hueco para volar a Florencia.

Alquiló un coche en el aeropuerto y se dirigió hacia el sur. Pronto dejó atrás la zona industrial y empezaron a aparecer haciendas agrícolas y antiguos palacios en un bello paisaje mediterráneo tapizado de olivos, viñedos y cipreses. Los Lungobaldi vivían en Castello Il Borghetto, una enorme fortaleza de mediados del siglo XIII, restaurada y habilitada como palacio durante el Renacimiento. Ubicado sobre una colina, entre el Val d'Elsa y la región de Chianti, poseía la mayor extensión de viñas en la Toscana.

A medida que se acercaba, el acceso se fue haciendo estrecho y sinuoso. Una vez en la cima, una alameda de cipreses lo guio por una angosta callejuela adoquinada hasta la muralla del castillo, donde aparcó frente al portalón de entrada. Un mayordomo impecablemente uniformado lo invitó a entrar. Cruzó un patio interior hasta llegar a un señorial recibidor, decorado con frescos renacentistas y un antiguo bargueño de caoba y marfil.

El marqués ya lo estaba esperando. Bronceado y con el pelo ondulado, vestía unos ceñidos pantalones color verde claro con un *blazer* amarillo paja y camisa a cuadros perfectamente conjuntados.

—*Ciao*, Fernando, bienvenido a Il Borghetto.

Tras un efusivo abrazo, lo acompañó al interior del palacio.

—Permíteme que te muestre mi colección de vinos antes de almorzar.

—Será un placer, después de tanto oír hablar de ella.

—No te lo creerás, pero hace justo una semana se la enseñé a un compatriota tuyo.

Castillo abrió los ojos como platos.

—Vino a visitarme un sumiller llamado Víctor Morell. No lo conocía, pero te aseguro que es lo más aproximado a un genio de la cata que jamás se me haya puesto por delante. Identificó a ciegas tres vinos diferentes, y no solo la región, sino bodega y añada. Como Robert Parker dé con él, te quedas sin trabajo.

—No es la primera vez que oigo hablar de este hombre. También tengo ganas de conocerlo. Si no me equivoco, trabaja en La Puñalada, un famoso restaurante de Barcelona.

—*Trabajaba* allí. Morell me contó que La Puñalada fue pasto de las llamas hace pocas semanas.

Atravesaron una enorme biblioteca llena de incunables antes de llegar a las escaleras que bajaban a la bodega. Era un espacio abovedado, parecido al del Château Marchant, pero de mayor tamaño. El marqués le enseñó, orgulloso, los estantes que albergaban todas las añadas de Bodegas Lungobaldi desde mediados del siglo XVIII.

Enfrente guardaba los vinos franceses. Grandes borgoñas exhibían sus etiquetas al lado de las mejores bodegas de Saint-Émilion, Médoc y Pomerol. Le satisfizo descubrir una nutrida selección de añadas de Château Marchant junto a las de Margaux, Haut-Brion, Lafite y Latour. Formar parte de esa exclusiva colección era un reconocimiento casi mayor que los cien puntos de *The Wine Advocate*.

—Veo que en vinos franceses no te falta nada.

—Entonces es que no te has fijado bien.

Lungobaldi apartó su mirada de los vinos para dirigirla a su visitante, perplejo con la respuesta. Había conseguido llegar a donde quería.

—Hace muchos años que persigo los cuatro vinos que fueron clasificados como *premier grand cru classé* en 1855. Por mucho que lo he intentado, solo he conseguido la botella de Château Haut-Brion, y eso gracias a la amistad que tengo con los duques de Mouchy.

Guido lo llevó a un lugar apartado para mostrarle aquella valiosa reliquia. En sus adentros, Fernando ya imaginaba cómo habrían sido aquellos «intentos»: subastas ilegales, piezas robadas, sobornos…, todo lo que ya conocía por Arnaud.

—Supongo que ya lo sabes, pero, si no, te lo diré: Arnaud es la única persona en el mundo que posee esas cuatro botellas. Y sin ser realmente un coleccionista.

—Algo he oído, pero a mí no me interesa el vino antiguo. Tengo mis sentidos puestos en el que nace año tras año, vendimia tras vendimia.

—Razón de más para que aceptes lo que voy a proponerte. Esas botellas, en el fondo, no te importan para nada.

—Me permito recordarte que no son mías.

—Como si lo fueran. Hace años que vives con Arnaud y tienes acceso a todos sus bienes.

Fernando observaba con cautela al italiano. Iba preparado para lo que vendría a continuación.

—Consigue las tres botellas que me faltan y te pagaré un dineral. Piensa en tu hija, tendrá asegurado su futuro.

—¿Crees que no lo tiene ya? Además, es una excelente periodista y se gana muy bien la vida.

—Arnaud tiene familia. Si muere, ella no recibirá ni un franco.

—Estás muy equivocado, se lleva fatal con ellos. La única que lo aceptó, tal como era, fue su madre, que en paz descanse.

Aunque hacía tiempo que Guido mantenía relaciones esporádicas con Leclerc, desconocía estas interioridades. Sin embargo, no le sorprendieron. Sabía perfectamente lo difícil que resultaba ser gay en un entorno tan tradicional como el del vino.

—Te ofrezco mucho dinero, Fernando, piénsalo bien.

—No lo necesito. Si muere Arnaud, heredaré Château Marchant. Y si primero desaparezco yo, Arnaud hará testamento a favor de mi hija Cristina.

Viendo que no lo conseguía convencer, Lungobaldi se agachó y escogió tres botellas antiguas —y probablemente también muy valiosas— de Château Margaux, Lafite y Latour.

—¿Cuántas veces se acerca Arnaud a ver su colección? Haz el cambiazo por estas, nunca se enterará.

Castillo rechazó de cuajo la propuesta, ahora ya visiblemente molesto.

—No insistas, te he dicho que no. Si me has invitado solo para esto, puedes quedarte con tus botellas y tu palacio.

—¡Espera!

Guido pudo frenar el arrebato de ira de Castillo, que ya daba media vuelta para abandonar el lugar.

—Discúlpame si te he ofendido, pensaba que no te importaría. No volverá a suceder.

Las aguas volvieron a su cauce y ambos se dirigieron al comedor para almorzar. Chiara Lungobaldi no se sumó, probablemente no le apetecía. Aquel era un matrimonio de conveniencia. No habían tenido hijos y nunca dormían juntos. A él le interesaba aparecer en público con una mujer bella para ocultar su homosexualidad. A ella, poseer un título nobiliario y más dinero y propiedades de lo que nunca hubiera podido soñar.

Hasta aquel día, el italiano pensaba que el patrimonio de Leclerc, al morir, quedaría dentro de la familia. Estaba obsesionado por completar su colección y hubiese preferido hacerse de inmediato con las botellas sobornando a Fernando. Sin embargo, no le desagradaba la perspectiva de negociarlo más adelante con una mujer más joven e inexperta. Sólo necesitaría algo más de paciencia…

51

Saint-Émilion, 25 de julio de 2006

Cristina siguió buscando correos en los que aparecieran las palabras «Guido» o «Lungobaldi». Tan solo encontró uno, pero valía su peso en oro.

Era un ultimátum de Arnaud tras la visita de su padre a la Toscana.

> *Ciao*, Guido:
>
> Acabo de enterarme de la visita de Fernando a tu casa y de la rastrera propuesta que le has hecho. Empieza a sacarte esas cuatro botellas de la cabeza, porque nunca serán tuyas.
>
> Recuerda que tengo fotografías de nuestra relación y pruebas de tus robos y sobornos. Como intentes otra vez una de tus sucias artimañas, lo haré todo público. Piénsalo bien: ¡tienes mucho que perder y muy poco que ganar!
>
> ARNAUD

Cristina imprimió ese último mensaje y lo guardó en su dosier. Lungobaldi no solo había asistido a la gala de Washington, sino que tenía un móvil sólido para acabar con la vida de Leclerc. La revelación de su homosexualidad y, sobre todo, del origen ilícito de su colección habrían destrozado su reputación.

La riojana siguió atando cabos y se estremeció al comprender que, eliminando a Arnaud, al italiano se le allanaba el camino para conseguir las codiciadas botellas. No era de extrañar el entusiasmo e interés que había mostrado por ella unas horas antes. El mismo razonamiento podía aplicarse a la muerte de su padre. ¿Habría tenido algo que ver con la intoxicación que casi acabó también con la vida de Gonzalo?

Quedaba aún un gran interrogante: ¿por qué mató a Deschamps? Desconocía la respuesta, pero era demasiada coincidencia que se encontrase en Burdeos justo la noche del asesinato.

Aunque su cerebro bullía con todas aquellas elucubraciones, empezaban a pesarle los párpados. El día había sido largo e intenso. Cerró el portátil, lo dejó sobre la mesita de noche y apagó la luz.

A la mañana siguiente, se dirigió de nuevo a Burdeos. Había recibido un SMS pidiéndole que pasara por el consulado español.

—Buenos días, señora Castillo —la saludó el diplomático, arqueando las cejas como de costumbre—. Tengo buenas noticias, he recibido ya el salvoconducto para que regrese a España. Ha tenido suerte, pues la embajada suele demorarse con estos trámites.

—¡Fantástico! ¿Podré salir de inmediato?

—No sin informar antes a la policía. Este documento le da protección diplomática, pero no la exime de responsabilidad en una investigación criminal.

El cónsul sacó un pliego del cajón de su escritorio y se lo dio en mano antes de despedirse.

Cristina abandonó el lugar y se sentó en la mesita de una cafetería con terraza, situada justo enfrente. Una taza de capuchino, con su crema artísticamente decorada en forma de corazón, la ayudó a centrarse y a decidir los próximos pasos que debía dar.

Antes de dirigirse a la gendarmería, iría a ver a Laurent Bertrand para compartir las últimas novedades y pedirle consejo. Llamó por teléfono a la notaría y le dijeron que podía pasar por allí en media hora. Tras apurar la crema de su capuchino, se fue andando a la Place Quinconces.

En pocos minutos llegó a su destino y puso a Bertrand al corriente de su encuentro con Lungobaldi. También le mostró los correos impresos y compartió las conclusiones que había podido extraer de su lectura.

—Lo que me cuentas tiene sentido, pero, sinceramente, no te recomiendo compartirlo con René Bonfils.

—Si le pongo en bandeja la resolución del caso…

—Habrás notado que es un hombre muy orgulloso. Recuerda que ya te pidió anteriormente que no metieras las narices en la investigación.

—Laurent, estoy segura de que a Deschamps lo mataron para implicarme y forzar mi detención. Por muchas vueltas que le doy, no veo otro motivo. Y, si no me muevo rápido, en cualquier momento me tenderán una nueva trampa.

—Es posible, pero precisamente por eso has de mantener la cabeza fría. Y si este italiano es el autor de los crímenes, no te interesa para nada que te vean con él. Recuerda lo que te dije sobre ser invisible.

Cristina clavó la mirada en el suelo, meditabunda. Realmente no tenía ni idea de cómo encarar la comida con Lungobaldi. Sabía que el marqués le haría una oferta millonaria por las botellas de 1855 y no le apetecía nada pasarse un par de horas dando largas.

—Puede que tengas razón, pero ¿cómo me lo saco ahora de encima?

—Muy sencillo. Escríbele una nota y se la dejas en la recepción del hotel.

Dicho y hecho, tomó papel de carta y un sobre del escritorio de Laurent, ambos sin el membrete del despacho, y redactó un breve mensaje:

> Apreciado Guido:
>
> Lamento mucho no poder reunirme contigo para almorzar, pero un asunto urgente de trabajo me reclama y tengo que volver a España esta misma tarde.
>
> Saludos cordiales,

El hotel Intercontinental estaba a menos de diez minutos de la notaría. Dejó el sobre en la recepción y volvió andando hasta el consulado, donde había aparcado el coche. Lo arrancó y diez minutos más tarde llegaba a la gendarmería.

—Buenos días, quisiera ver al comisario Bonfils.

—Está reunido en este momento, pero, si no le importa, puede esperarlo aquí.

Cristina se sentó en una pequeña sala, justo a la derecha de la entrada. Una mujer magrebí y un chico joven escuchando música en su iPod la acompañaron en la espera.

Pasada media hora oyó unas voces que se dirigían a la salida. ¡Eran los De Beauharnais!

La mala suerte quiso que Chantal la viera al pasar frente a la sala de espera. Con cara de pocos amigos, se dirigió hacia ella:

—Vaya, vaya… ¡Mira a quién tenemos aquí!

Intentando mantener las formas, Cristina se levantó para saludar, pero la francesa rechazó bruscamente la mano que esta le tendía.

—Pronto se le acabará su jueguecito, *mademoiselle*. Todo Burdeos sabe ya que se acostó con Deschamps, como una vulgar fulana. ¿No le parece mucha coincidencia que apareciese muerto poco después?

—Lo que debería preocuparle a usted no es lo que diga la gente, si no lo que piensa Bonfils. Dudo que la haya citado hoy aquí solo para tomar un café.

—¡Es usted una indeseable! —reaccionó la baronesa ante aquella respuesta provocativa, tirándose encima de Cristina para agredirla.

Justo entonces el agente Thibaud se acercaba a la sala y pudo intervenir entre ambas mujeres, ayudado por Louis de Beauharnais, que se aprestó a sujetar a su mujer.

—*Madame* De Beauharnais, le ruego que se controle. ¡Recuerde donde está!

Visiblemente avergonzado por aquella escena barriobajera, el barón sacó a su mujer de la gendarmería mientras ella seguía

vociferando, fuera de sí:

—Desgraciada, olvídate de la bodega… Anularé el testamento y te pudrirás en la cárcel…

La retahíla de amenazas que profería Chantal seguía oyéndose, como una letanía, cada vez más débil y lejana, cuando Thibaud hizo una señal a Cristina para abandonar la sala y la guio, aún algo alterada, hasta el despacho de Bonfils.

—*Bonjour, madame* Castillo. ¿Teníamos cita hoy?

—No, he venido para despedirme antes de ir a Logroño. Ya le comenté que dirijo un periódico y no puedo permanecer aquí por más tiempo.

—Entiendo lo que me dice, pero no podrá ser.

Como toda respuesta, Cristina sacó el salvoconducto de su bolso y lo extendió sobre la mesa.

—Lo acaba de autorizar el embajador español.

René se puso unas gafas y acercó sus ojos saltones al documento. Estaba furioso. Los galones solían imponer y no estaba acostumbrado a enfrentarse a una actitud resuelta y valiente como la de la riojana.

Una vez leído, lo dobló con mala gana y se lo devolvió.

—Veo que no ha perdido el tiempo.

—Soy ciudadana española y he buscado protección. Así de simple.

—No se precipite —respondió el gendarme, extendiendo las palmas de las manos—. Este papelito dice que puede regresar a su país, pero no la exime de culpabilidad.

—De momento, y hasta que se demuestre lo contrario, es mejor que usemos el término «presunta inocencia», ¿no le parece?

El tono desafiante empezaba a sacar al gendarme de sus casillas, pero sabía perfectamente que llevaba la razón. Además, no le interesaba escalar el asunto a nivel diplomático.

Cristina ya se disponía a levantarse, cuando el gendarme la frenó.

—¡No tan deprisa, señorita! Este salvoconducto solo le permite moverse dentro de la zona Schengen. Podrá viajar a España con el DNI, pero ha de dejar aquí su pasaporte.

Bonfils esbozó una sarcástica sonrisa por su pequeña victoria moral.

—Y, por cierto, he contactado con la policía española. Están al corriente del caso y colaborarán conmigo en todo lo que haga falta.

52

Antes de abandonar la gendarmería, Cristina pidió una fotocopia de su pasaporte, validada con el sello oficial. La buena noticia de aquella reunión era que ya podía salir del país y regresar a su casa. También, que la familia Leclerc seguía siendo sospechosa. No estaba sola en la lista…

Sumida en estos pensamientos, y haciendo cábalas sobre la identidad del asesino, decidió pasear un rato por Burdeos. La ayudaría a desconectar.

Bajó por la Rue Judaïque hasta la Place Gambetta y cruzó la Porte Dijeaux, un monumental arco del siglo XVIII que conectaba con el entramado central de la ciudad. Una calle más abajo se encontraba la librería Mollat, templo cultural que tenía pendiente visitar desde hacía tiempo. Con un fondo bibliográfico impresionante, y magníficamente ordenado por temas, le sorprendió descubrir un espacio dedicado en exclusiva a la igualdad de género y a las reivindicaciones del colectivo LGTBI.

Francia no había aún aprobado el matrimonio igualitario y aunque España lo había hecho ya en 2005, parecía más atrasada en algunos aspectos. Esto la hizo reflexionar sobre por qué su padre nunca le habló de su relación con Arnaud. Quizá no la quiso poner en un compromiso obligándola a guardar un incómodo secreto de cara a sus tíos. Nunca habrían aceptado la situación.

Compró una biografía de Montesquieu, la celebridad local, y un completísimo libro sobre viñas y bodegas bordelesas que le sería muy útil para ampliar conocimientos sobre los vinos de la zona.

Tras pasar más de una hora hojeando libros y disfrutando del ambiente mágico que solo un lugar así puede proporcionar, llamó a *madame* Loisire. Era ya mediodía y recordó la invitación declinada a Lungobaldi.

—*Bonjour*, *mademoiselle* Castillo.

—Hola, Juliette. Voy a quedarme unas horas más en Burdeos.

—Lo tengo presente, ya me dijo que hoy almorzaría con el marqués italiano.

—La llamo precisamente por eso. He anulado el compromiso, pero no descarto que se presente él en el Château Marchant esta tarde. Si es así, dígale que ya he regresado a España, ¿de acuerdo?

—Descuide, así lo haré.

—*A bientôt*.

Como intuía que tardaría un buen tiempo en volver, decidió almorzar en un *bistrot* cercano y dedicar el resto del día a explorar nuevos rincones de aquella hermosa ciudad.

Inició el recorrido en la Rue Sainte-Catherine, donde aprovechó las rebajas para comprar un bañador y unos *shorts*. A continuación, se dirigió al barrio de Saint Pierre, visitó la iglesia que le daba nombre y acabó en la puerta de Cailhau, principal acceso a la ciudad a finales del siglo xv.

A pocos metros de allí, frente a la ribera del Garona, se encontraba la terraza del bar Castán. Paró para tomarse un café en el clásico local y llamó a su tío.

—Hola, tato, ¿llegaste bien a casa el sábado?

—Sin percances, todo bien. ¿Cómo estás tú?

—Aquí las cosas se han complicado, y mucho. ¿Estás bien sentado?

—Pues justo me pillas en mi despacho, cuéntame.

—El domingo por la mañana Deschamps apareció muerto en su casa.

—¡Qué me dices! Si estuvimos con él un día antes… ¿Se ha suicidado?

—¡Ojalá! Alguien lo estranguló. Y lo peor de todo es que soy la sospechosa principal para la gendarmería.

—Mal asunto, supongo que alguien te vio con él.

Cristina obvió mencionar su tobillera. Habría requerido dar explicaciones incómodas y prefería posponerlo hasta el día que lo viera en persona.

—La buena noticia es que he conseguido permiso de la embajada para volver a España. Mañana saldré hacia Haro. Díselo también a Carmen.

—Estate ojo avizor, Cristina. Quien haya asesinado a Deschamps puede apuntar ahora hacia ti.

—Así lo haré, no lo dudes.

Tras colgar el teléfono se fue andando hasta la Rue Judaïque, donde tenía aparcado el Audi, y regresó al Château Marchant.

Esa vez acompañó el viaje con «E lucevan le stelle», la melancólica romanza de *Tosca* en la que Puccini hace cantar a Cavaradossi, desde el calabozo, la noche antes de su ejecución. Había escuchado a menudo aquella hermosa partitura, pero tras comprobar en sus propias carnes lo que significa la reclusión pudo conectar mucho mejor con las emociones que destilaba.

Atravesó los viñedos de Saint-Émilion al atardecer, en ese mágico momento en que los rayos del sol inciden ya inclinados y confieren al paisaje formas, colores y relieve de gran belleza. Poco a poco, se iba enamorando de su tierra de acogida. ¡Ojalá pronto pudiese asentarse ya con tranquilidad!

Juliette había cocinado salmón en papillote, un plato simple y saludable que ella solía preparar en su casa. Solo tuvo que calentarlo en el microondas y cenar, en la misma cocina, acompañada de su ama de llaves.

—Hace unas horas ha venido el marqués, hizo bien en avisarme.

—¿Le ha dicho qué quería?

—No lo especificó, pero parecía tener un gran interés en hablar con usted.

—Yo no tanto, la verdad.

—Ya me lo imagino…

Madame Loisire hizo un gesto bastante elocuente. Estaba claro que aquel hombre no era santo de su devoción.

—Por cierto, Lungobaldi viajará en breve a La Rioja para ver a su tío. Me ha dicho que la informe.

Cristina se quedó un rato en silencio, pensativa. Le apetecía muy poco esa visita, pero jugar en casa podía ser una espléndida oportunidad para tirarle de la lengua. ¡Siempre y cuando no tuviera planeado acabar con ella, claro está! Hablaría con su tío sobre el tema en cuanto llegase a Haro.

53

Antes de emprender el viaje de vuelta a La Rioja, Cristina le pidió a Hervé un par de botellas de todas las añadas desde 1998: le serían más que útiles para contrastar su teoría respecto a la influencia del vino canario en su calidad.

Hizo una parada para comer en Guipúzcoa y llegó a su casa a media tarde. En cuanto Cristina abrió la puerta del transportín, Neko salió corriendo y maullando de felicidad. Tras unos días en entorno desconocido, volvía a estar en su hábitat natural.

Una vez tuvo las maletas deshechas y la ropa más o menos ordenada, se dirigió al centro de Logroño para cenar con Camero, su apoyo más incondicional en estos momentos de incertidumbre.

—Aúpa, Cris, ¿cómo estás?

—Un poco más tranquila. No sabes lo que es pasar una noche en comisaría.

J. R. sonrió con su habitual mueca traviesa.

—Más de lo que te crees, pero fue en otras circunstancias. De pequeño, veraneando en Salou, reventé una cabina telefónica con mis amigos. Era la verbena de San Juan y encendimos un trueno de mecha en su interior.

—Siempre has sido un poco gamberro.

—Quien tuvo, retuvo.

—Por el riojano más malote —anunció ella.

Y alzaron las copas de vino que acababan de llenarles.

—Mañana iré a la redacción y ya me pondré al día. Hoy no me apetece hablar del trabajo.

—Descuida, a mí aún menos. Estoy bastante preocupado por ti, supongo que te lo imaginas.

Cristina sonrió feliz y cubrió cariñosamente la mano de J. R. con la suya mientras lo ponía al día de los últimos acontecimientos. Hizo especial hincapié en el encuentro con Lungobaldi y su anunciada visita a La Rioja.

—¿Estás segura de que es el asesino? Lo veo más como un «pobre hombre rico», que no sabe qué hacer con su tiempo y dinero. Por todo lo que me has contado, yo apostaría más por los hermanos de Arnaud, y especialmente por la mala pécora de Chantal.

—No lo descarto, y creo que es la línea principal de investigación de la gendarmería. Sin embargo, el marqués también tiene números en esta lotería y me interesa sonsacarle. Si al final resulta ser inocente, no pasa nada: ya solo quedarán los Leclerc como candidatos.

—¡Y tú! No lo olvides. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Voy a mantenerme alejada de Burdeos, tal y como me ha recomendado el notario. Aprovecharé estos días para adaptarme de nuevo al trabajo e investigar sobre el vino de Château Marchant.

—Hablando de ello, mi padre vio el sábado a Ezequiel. El hombre está alucinado con los vinos que catamos hace unos días.

—Es que realmente son excepcionales. Intuyo por dónde van los tiros, pero necesito comprobarlo. De momento, no lo compartiré con nadie.

—Haces bien, ya te lo aconsejó el Brujo aquel día.

Camero giró su mano y apretó la de Cristina.

—Ya me has hablado suficiente del lío que tienes armado. Ahora quiero saber cómo estás tu a nivel personal: emociones, sentimientos, energía…

—No muy bien, si te soy sincera. La muerte de Deschamps me ha dejado hecha polvo.

—Necesitas un tiempo para superarlo. Ya sabes lo que te dije en nuestro último encuentro, pero no voy a presionar, y menos en este

momento. Lo que tenga que ser, será.

Ahora fue ella quien acercó los labios a su boca y le dio un beso cálido y sincero, humedecido por las lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos almendrados.

—¡Gracias por existir!

Pese a la ternura que afloró entre ellos en ese instante, Cristina no durmió en casa de J. R. después de la cena. El dolor por la reciente muerte de Claude era una razón de peso, pero no la única. Tardaría aún un tiempo en compartir con él el segundo motivo.

Tras una noche tranquila, aquel viernes fue a la redacción de *La Rioja* y se puso al día de los asuntos más importantes con sus colaboradores. Poco antes de las doce salió del periódico para agendar unas pruebas en el Hospital General de La Rioja. Le costó lo suyo, porque ya empezaban los turnos de vacaciones. Sin embargo, tras mucho insistir, consiguió fecha para el martes siguiente.

A continuación, pasó por una agencia de viajes para comprar un billete de avión a Tenerife. Saldría de Bilbao el domingo a primera hora de la mañana y regresaría el mismo día a medianoche. Le hubiera encantado alargar un poco el viaje para conocer la isla, pero el tiempo corría implacable y no se lo podía permitir.

Aquel mismo viernes, Guido Lungobaldi llamó a Gonzalo Castillo para anunciarle su visita a mediados de la semana siguiente. Los acontecimientos se iban precipitando a medida que pasaban las horas, y los días, de aquel intenso y cálido verano.

54

Un sol radiante asomaba aquel sábado ya a primera hora de la mañana. Después de su sesión de gimnasia matinal se tomó un buen tazón de yogur con cereales y arándanos, acompañada de Nina Simone y su «My baby just cares for me». Años atrás había causado furor un fantástico videoclip de aquella canción, hecho con gatos de plastilina en un club de noche. Con aquel recuerdo en la mente, hizo unas carantoñas a Neko y le puso comida y agua en su plato antes de salir de casa.

Ya se había sentado en el coche cuando tuvo que volver para asegurarse de que había apagado los fogones de la cocina y que no había ninguna luz encendida. Al segundo intento lo logró. Arrancó el A3 y se dirigió a Elciego para pasar la mañana con su amiga Marta. Carlos, el marido de ella, trabajaba en las bodegas de Marqués de Riscal y vivían en una casa con jardín y una pequeña piscina en aquella localidad alavesa.

—He traído unas gildas para el aperitivo, ya sé que te vuelven loca.

—Eres un sol. Lástima que no puedas quedarte a comer.

—Me encantaría, pero ya me he comprometido con mis tíos.

El marido de Marta había llevado a sus hijos a jugar con unos primos, así que aprovecharon la ocasión para actualizar sus vidas.

—¿Cómo te va con Carlos?

—La verdad es que *regulín regulán*. Cada vez lo veo más como el padre de mis hijos y menos como mi pareja.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Os acostáis poco?

—No se trata solo de sexo, aunque también influye, claro. El problema es que los niños son aún pequeños y el día a día muy intenso. No nos queda tiempo, ni ganas, para nada.

—Podríais pedir un canguro para hacer algo los dos de vez en cuando.

—Mi hermana viene siempre que se lo pido, pero Carlos apenas propone salir por la noche. Llega cansado del trabajo y se pone a leer o a mirar algo en el ordenador. No sé, es como si se hubiese apagado la chispa entre nosotros.

—En pocos días tendréis vacaciones. Ya verás como os irá bien pasar un tiempo juntos y sin la presión del trabajo.

—Eso espero…

—¿Nos ponemos en remojo? Me estoy achicharrando.

Cristina fue la primera en tirarse al agua. La piscina no medía ni cinco metros de largo, pero era suficiente para refrescarse. Tras chapotear un poco, se sentaron en el borde, con los pies en el agua, y continuaron charlando. Marta se fijó en los pies de su amiga.

—¿Qué has hecho con tu tobillera de la suerte?

—Bufff, es una larga historia.

—Cuéntame, va. Desde que has llegado solo hemos hablado de mí y seguro que tu vida es mucho más interesante.

—Desde luego, no me aburro. Además, no te lo pierdas: creo que me estoy enamorando.

—¡Esto sí que sería una noticia bomba!

Cristina quería evitar hablar de sus quebraderos de cabeza en Burdeos y pensó que aquel tema sería una buena cortina de humo.

—Ya sabes que siempre me ha gustado flirtear, pero esta vez las sensaciones son diferentes.

—No me digas que te has ligado a un francés…

—Qué va, se trata de José Ramón, mi compañero de trabajo.

—No escoges mal, guapa. Es un pedazo de hombre.

—Somos tal para cual. Nos reímos un montón y funcionamos de fábula en la cama, sin ningún tipo de tabú ni compromiso.

—Esto hace tiempo que lo sé, pero ¿qué ha cambiado entonces?

—El otro día se me declaró. No lo esperaba para nada, pero le he dado vueltas al asunto y, sinceramente, no me disgustaría.

—¡Pues atrévete, nena! No sabes lo que me alegraría que empezaras una relación seria. Y J. R. es un buen tipo. Algo mujeriego, pero nadie es perfecto.

—Esta vez daría el paso, pero hay algo que me lo impide.

Marta se la quedó mirando, algo intrigada.

—Voy a contarte algo muy íntimo, pero has de prometerme que no lo compartirás con nadie, ni siquiera con Nadia y Pilar.

—Seré una tumba, confía en mí.

Apartó la parte superior de su biquini y presionó su seno derecho, encima de la areola.

—Hace varias semanas que me noto aquí un pequeño bulto.

Aunque era su mejor amiga, no le fue fácil hablar de aquel tema. Tras el impacto inicial de la noticia, Marta se le acercó, con lágrimas en los ojos, y le dio un abrazo.

—¡Dime que no es verdad!

—Ayer pedí hora para hacerme una mamografía. Quizá solo sea un nódulo benigno. Intento no agobiarme demasiado, pero ya imaginarás que ahora mismo no estoy para muchas historias. Y menos para tener pareja.

Cristina se colocó de nuevo el biquini y salió del agua para secarse en la tumbona y tomar el aperitivo, una costumbre española a la que era muy difícil renunciar. Acompañaron las gildas con patatas fritas de bolsa y un vermut local con hielo.

Llegada la hora de comer, se despidió de su amiga con dos besos y se dirigió a una heladería en Haro para comprar el postre antes de llegar a casa de sus tíos.

Durante el almuerzo, omitió hablar del bulto del pecho con la familia, así como del asesinato de Claude. La pobre Carmen ya estaba suficientemente preocupada por su sobrina como para añadir más leña al fuego. Evidentemente, tampoco mencionó sus planes inmediatos de viajar a Tenerife: quería mantenerlo en secreto.

Después de los helados, Álvaro se despidió para reunirse con sus amigos. A sus veintisiete años, en el fondo, seguía siendo como un

niño, y su cuadrilla estaba por encima de cualquier cosa. Cristina ayudó a recoger la mesa y se sentó con Gonzalo en el salón para tomar café mientras su mujer acababa de arreglar la cocina. Iba a encender un cigarro cuando ella lo frenó. Era bastante más asertiva que su padre.

—Tato, si no te importa… Sabes que no soporto el tabaco.

—No te preocupes, ya me lo fumaré luego. —Dejó el cortapuros y la faria sobre la mesa antes de iniciar la conversación—. Ahora que estamos solos, amplíame un poco lo que me dijiste por teléfono.

—Deschamps fue estrangulado en el jardín y no hay huellas dactilares. El autor debía de llevar guantes. Lo único que ha encontrado la policía en el lugar del crimen son huellas de zapatos y mi tobillera. Supongo que se me debió de caer el día de nuestra cena, pero de momento está en manos del gendarme Bonfils y es una prueba en mi contra.

—No creo que la perdieras aquel día —la interrumpió su tío con sorna—, pero ahora no viene al caso. ¡Sigue!

—No quiero que Carmen se entere, pero tuve que pasar una noche en la gendarmería y he tenido que recurrir a la protección diplomática para venir.

—Por lo que veo, tus cartas no son muy buenas.

—De momento, tal y como están las cosas, voy a quedarme en Haro una temporadita.

Gonzalo había hecho ya su composición de lugar y aprovechó el último comentario para pasar sucintamente a otro tema.

—Si vas a estar aquí esta próxima semana, resérvate el miércoles por la noche: ayer me llamó un viejo conocido para decirme que vendrá a cenar a casa, y le gustaría mucho conocerte.

Aunque intuía de quién hablaba, se hizo la loca.

—¿De quién se trata?

—Del marqués Lungobaldi, un importante bodeguero italiano. Tuvo bastante relación con Leclerc y conocía también a tu padre.

—Se dice que es un gran coleccionista de vinos, ¿no será este el amigo que te habló de la colección de Arnaud?

No hizo falta que Gonzalo abriera la boca. Su lenguaje corporal le dio la respuesta.

55

El vuelo a Tenerife salía de Bilbao el domingo 30 de julio a las siete de la mañana, una hora intempestiva viviendo en Haro. Cristina optó por ir ya el día anterior a la capital vizcaína, directamente desde casa de sus tíos, y hacer noche allí. Esa vez no avisó a sus amigos de la facultad. Se habían visto hacía poco y, conociéndose, temía trasnochar.

La periodista llegó al aeropuerto de Loiu a las cinco y media de la mañana. No solía desplazarse mucho en avión y se sorprendió de la actividad de los alrededores ya a esas horas, incluso en un día festivo. Predominaban los hombres de negocios encorbatados dirigiéndose a diferentes puntos de Europa o de la península. Sensible como era a cuestiones de discriminación, aquel era un ejemplo más de lo atrasado que estaba aún el país en cuanto a igualdad de género. Al menos, en algunos campos.

El vuelo duró casi cuatro horas, aunque se ganaba una con el cambio de huso horario. Tacoronte se encontraba a corta distancia del aeropuerto de La Laguna, por lo que no precisó alquilar coche.

La ciudad se había erigido a finales del siglo xv sobre una rampa formada por coladas basálticas. Comenzaba en la dorsal de la cordillera Pedro Gil, en altitudes superiores a los mil metros, y culminaba, de forma abrupta, en acantilados costeros de doscientos metros de desnivel sobre el mar.

El taxi la dejó a las diez en la Bodega Baute, donde ya la esperaba su propietario. Aunque era festivo —o precisamente por eso—, él mismo se la enseñaría.

—Bienvenida a Tacoronte, Cristina.

—Muchas gracias, Yeray. Me alegra conocerte personalmente.

—¿Habías estado ya en Tenerife?

—No, es mi primera vez en Canarias.

—Pues mira que tu padre se hizo un hartón de venir. Por cierto, te pareces mucho a él.

—Sí, lo sé. Aunque él era más moreno y no tenía pecas en la cara. Eso me viene de mi abuela materna, que era más celta.

—Pasa, por favor. ¿Quieres tomar un café?

—No diré que no. Esta mañana, cuando me he levantado, aún no habían puesto las calles.

Yeray la acompañó a una salita y preparó dos cortados con la máquina Nespresso.

—Aquí todo es pequeño, ya verás. La sala, los viñedos, la bodega… Pero el vino es mi pasión y le pongo todo mi cariño.

—¿Cuánto terreno tienes?

—Son solo cuatro hectáreas, pero con casi tres mil cepas en cada una.

—¿Y cuantos litros se obtienen de cada cepa?

—Depende un poco del año, pero en general salen unos tres litros, o cuatro botellas de setecientos cincuenta mililitros.

—Haciendo un cálculo rápido me salen algo más de cuarenta mil botellas.

—Esa es la cifra, ¡bravo! Y para mí, con poco personal y costes bajos, es más que suficiente para mantenerme y no vivir estresado. Ven, que te mostraré las viñas.

El viticultor salió con ella por la parte trasera de la bodega y le mostró las diferentes parcelas, escalonadas para compensar la pendiente.

—Como puedes ver, es muy difícil mecanizar la recogida de la uva. Aquí vendimiamos a mano y seleccionamos la calidad en el mismo viñedo.

—Veo que también plantas rosales en los extremos de la parcela. Mi padre me contó que se hacía para proteger las vides.

—La palabra exacta quizá no sea proteger, sino señalizar. Algunos hongos, como el mildiu, atacan antes las hojas del rosal que la vid. Al detectarlo a tiempo, se puede actuar antes de que migren a las cepas.

Cristina no había olvidado traer su Moleskine granate e iba apuntando todo lo que le resultaba de interés. Gracias a su curiosidad y buena memoria, pronto sería toda una experta en viticultura.

Baute la llevó hasta el límite de su finca, en una zona algo empinada que ascendía hasta el cono de un antiguo volcán, extinguido hacía milenios.

—Y aquí te presento a Rano Teide, la pequeñísima parcela que escogió tu padre para sus vides. Son ciento veinte cepas, repartidas en quinientos metros cuadrados.

—¿Cuántos años hace de eso?

—Vino a verme a finales de 1993 con un frasco lleno de semillas. Primero las introdujimos en tiestos con tierra húmeda para su estratificación y germinación. En primavera del año siguiente volvió a Tacoronte y replantamos en este terrenito todas las que crecían con fuerza.

Cristina abrió la agenda por la última página y le mostró las fotografías que había sacado del álbum de Arnaud.

—¿Podría ser este el frasco que trajo?

—Con total seguridad —respondió él, sorprendido al ver la imagen —. Recuerdo bien esta etiqueta de lentejas.

—¿Te dice algo también este segundo bote con tierra negra?

—Sinceramente, no lo recuerdo, pero voy a mostrarte algo.

Yeray se agachó y escarbó en la tierra con las manos. A poco más de un palmo de profundidad, la capa superior arcilloso-calcárea pasó a ser una tierra negruzca, rica en basalto y lava volcánica.

—Este es el secreto de nuestras viñas. Hace milenios, esta parte de Tenerife era igual que el parque de Timanfaya en Lanzarote. Pura lava.

—¿Puedo probar las uvas?

—Cómo no, ¡son tuyas!

Arrancó un racimo que ya mostraba pequeños frutos y los probó. Aún era pronto y la uva estaba ácida, pero sabía claramente diferente a la que conocía de los viñedos riojanos.

—Y ahora, si te parece, te mostraré las instalaciones.

No descubrió nada que no hubiera visto ya en Bodegas Castillo o en Château Marchant: máquinas de despalillado y prensado, grandes tinas de madera, depósitos de acero inoxidable para la fermentación y barricas de roble para la crianza.

—Acércate. Estos son los barriles que te mencioné el otro día. Solía llenar uno o dos completos cada año y los enviaba a la dirección que me dio tu padre. ¿Quieres que lo haga también con estos?

—De momento, prefiero que los guardes aquí, pero sí me gustaría probarlo y llenar una botella de muestra para llevármela, ¿será posible?

—Por supuesto.

El tinerfeño se agachó para hacer el trasiego con una válvula y le acercó un vaso lleno para que lo probara. Cristina hizo un gesto de desaprobación, pero pudo identificar alguno de aquellos sabores tan particulares que caracterizaban al vino de Château Marchant.

—Ya te dije que es un vino un poco extraño. Siempre me pregunté qué debía de hacer Fernando con él.

—Mi padre era muy suyo…

Yeray la invitó a almorzar en un restaurante de comida típica tinerfeña. Escogieron el sancocho de cherna, un delicioso guiso de pescado con patatas, mojo y cereales tostados.

—¿Te parece bien que pida un blanco local?

—Fantástico, me encanta probar vinos nuevos.

—Tomaremos un Benje blanco. Está hecho con listán blanco de cepas centenarias, que crecen en suelo volcánico a mil metros de altura.

—Seguro que le gustaría a mi padre.

—Le encantaban estos vinos, tan minerales y con sus aromas balsámicos, a especias, e incluso a azufre. Añoro aquella época.

—¿Con qué frecuencia visitaba las Islas Canarias?

—Solía venir tres veces al año para catar vinos y siempre pasaba por Tacoronte. Fernando me dijo un día que *rano* significaba «volcán» en lengua polinesia. Nunca he sabido por qué diantres le puso ese nombre a la finca.

Cristina conocía bien la respuesta y sonrió para sus adentros.

—¿Viene con la misma frecuencia Víctor Morell?

—¡Qué va! Víctor sólo aparece por aquí una vez al año. De todos modos, es un buen tipo y gran profesional. El primer día que vino a catar el vino de Baute, en 2004, me ayudó a descubrir notas aromáticas y matices que nunca antes había percibido.

—Me gustaría conocerlo, ¿no tendrás por casualidad su número de teléfono?

—Tiene dos números, uno español y otro francés.

—¡Apuntaré los dos!

Después del almuerzo, Yeray la acompañó al aeropuerto de La Laguna. Su vuelo de vuelta a Bilbao salía a media tarde y no podía perderlo. Mientras se despedían, Cristina acordó visitarle de nuevo al finalizar la vendimia para decidir el destino de las dos barricas y comenzar la vinificación de la añada de 2006.

56

El viaje a Tenerife había logrado que Cristina pudiera evadirse por un día del embrollo en el que estaba metida. Además, estaba casi segura de haber resuelto el enigma del vino de Château Marchant y su curiosidad, así como su recién descubierta vocación enológica, la urgía a confirmarlo.

Después de departir con su equipo de redacción y escribir el editorial para el siguiente día desde su despacho, sacó su agenda y marcó el número de teléfono español que le había dictado Yeray.

—Morell, dígame.

—Buenos días. Soy Cristina, hija de Fernando Castillo, tu antecesor en *The Wine Advocate.*

—Vaya sorpresa, no sabes cómo me alegra tu llamada.

—Hace días que quería hacerlo, pero llevo una temporada bastante agitada y hasta ayer no conseguí tu teléfono.

—Puedo imaginarlo, ya me he enterado de que has heredado la bodega de Arnaud Leclerc.

—De eso precisamente quería hablarte. El vino de Château Marchant alcanzó una extraordinaria calidad durante algunos años y no he sabido encontrar la explicación tras la muerte de sus autores. Creo que eres la persona más indicada para ayudarme a resolver el enigma.

Víctor estaba más excitado que ella ante una cuestión que, en su día, revolucionó el mundo de la enología. Pese a ello, prefería

mantenerse cauto hasta conocerla mejor.

—Deberíamos vernos para hablar de este tema. También yo siento una gran curiosidad por averiguar cómo lo hicieron.

El sumiller hizo una pausa al otro lado de la línea mientras consultaba su agenda.

—Tengo previsto ir a Burdeos la semana próxima. Si te parece, incluiré una visita a Château Marchant.

—Acabo de llegar de allí, Víctor. Ahora pienso estar un tiempo en La Rioja.

—Me lo pones aún más fácil: precisamente este miércoles voy a comer en Ezcaray con un amigo. Podemos encontrarnos allí esta misma semana.

—Mañana tengo varios asuntos que arreglar, pero, si te va bien, propongo quedar el martes para cenar. Y a la mañana siguiente organizaré una cata para intentar aportar algo de luz al misterio de Château Marchant.

—¡Hecho! Por cierto, Sofía, mi pareja, está de vacaciones, ¿te importa que se una a la cena?

—Para nada, me encantará que nos acompañe otra mujer.

Cristina colgó el teléfono, excitadísima, y se fue directamente al despacho de Camero.

—¿Tienes el teléfono de Ezequiel?

—No, pero se lo puedo pedir a mi padre. ¿quieres consultarle algo?

—Voy a hacer una cata muy especial con Víctor Morell, el sucesor de mi padre, y me gustaría que también viniera. Entre los dos harán un tándem imbatible.

—Tú no paras, ¿verdad? Vamos a tomar un café y me cuentas lo que te traes entre manos.

Salieron de la redacción y se sentaron en el bar de la esquina para llamar al señor Camero y a Ezequiel. En veinte minutos ya tenían organizada la agenda del miércoles. Dispondrían de nuevo de las bodegas Olarra y J. R. se quedaría al mando de la redacción durante el tiempo que durase la cata.

—Te veo *on fire*, Cris.

—Estoy cogiéndole el gusanillo a esto del vino.

—Ya lo veo. Peligra tu vocación periodística.

—No sé qué decirte. Tengo el corazón *partío*, como la canción de Alejandro Sanz.

—Espero que solo lo sea en el terreno profesional…

Aquel comentario hizo emerger los sugerentes hoyuelos en sus pecosas mejillas. Tuvo que contenerse para no besarlo. Se hallaban demasiado cerca de la oficina y no convenía que lo viera algún compañero de trabajo.

—¿Tienes planes para el martes por la noche, J. R.?

—¿He de interpretar entonces que no tienes el corazón *partío*?

—No van por ahí los tiros —sonrió ella con picardía—. Quería pedirte que me acompañes a cenar. He quedado con Víctor Morell y su pareja, así no tendré que ir sola.

Cristina pasó el resto del día en el despacho. Poco antes de acabar la jornada, recibió una llamada inesperada.

—¿Dígame?

—¿Es usted Cristina Castillo?

—Sí, la misma, ¿con quién hablo?

—Soy Pedro Anguiano, jefe de la Policía Nacional en La Rioja.

57

A primera hora de la mañana, Cristina ya estaba en la Jefatura Superior de Policía. Anguiano no era tan madrugador y tuvo que esperar un poco hasta su llegada. Muy conocida en Logroño, la periodista aprovechó para saludar a algunos agentes y empleados que se iban incorporando al trabajo aquel martes.

Finalmente hizo su aparición el comisario, tendiéndole la mano para saludarla.

—Buenos días, señora Castillo, acompáñeme por favor.

El policía dispensó dos cortados en la máquina de café y la guio hasta su despacho.

—Siéntese, por favor, creo que no nos conocíamos.

—Yo tampoco recuerdo haberle visto antes.

—Supongo que ya imaginará por qué está hoy aquí. Hace unos días me llamó el comisario René Bonfils, de la gendarmería de Burdeos.

Cristina asintió, algo temerosa de lo que podía avecinarse. Al advertirlo, el policía suavizó de inmediato la conversación.

—Antes que nada, tranquilícese. Solo la he citado para conocerla e informarle sobre mi conversación con la gendarmería.

—Me quita un peso de encima. Últimamente no gano para sustos.

—Puedo imaginarlo… Bonfils me ha puesto al corriente del asesinato de dos bodegueros bordeleses y de su relación con los mismos.

—Si ha hablado con él, sabrá que no hay pruebas que me impliquen en estos crímenes —respondió ella, poniéndose a la defensiva.

—Antes he dicho «relación», no implicación, ¡relájese! Nadie la acusa de nada, pero es mi deber informarla de que las policías francesa y española tienen estrechos acuerdos de colaboración desde los años duros de ETA. —Anguiano se giró ligeramente y señaló la frontera entre ambos países en el mapa que colgaba de la pared—. Aunque usted esté bajo la jurisdicción española, podría ser detenida si recibo indicaciones de mi colega en Burdeos.

—Queda entendido, pero no le voy a dar motivos.

—Estoy convencido de ello. Muchas gracias por venir y encantado de conocer a la directora de nuestro gran diario.

Tras abandonar la jefatura, se dirigió al Hospital General de La Rioja. Desde la sala de espera podía ver el puente de Piedra cruzando el Ebro. No pasaba muy caudaloso aquel verano y las isletas del río se veían de mayor tamaño que de costumbre.

Finalmente, la llamó su ginecólogo y le hizo una exploración preliminar en la consulta.

—He podido palpar el bulto, Cristina. Es bastante claro.

—Sé que los médicos actuáis con precaución, pero no me gusta marear la perdiz. Si son malas noticias, prefiero que me lo digas ya.

—No te precipites. Sin más datos no se puede hacer un diagnóstico. Levántate, que vamos a hacer las pruebas.

La mamografía y la ecografía no permitieron al doctor sacar conclusiones, por lo que tuvo que extraer algo de tejido succionándolo a través de una aguja. Conociendo el factor de riesgo de su paciente, prefería hacer una biopsia.

Durante el retorno a la redacción estuvo dándole vueltas al tema y recordó el sufrimiento por el que tuvo que pasar su madre. Cristina había heredado de ella una mutación en el gen BRCA1, lo que le daba una altísima probabilidad de contraer cáncer. Más de una vez había contemplado la posibilidad de hacerse una doble mastectomía para eliminar el riesgo, pero le dolía mucho perder sus senos. La reacción de los hombres le importaba bien poco. Sencillamente, le gustaba su cuerpo y se sentía bien con ellos.

Después de pasar el resto de la tarde en la oficina, Cristina hizo una señal a Camero y ambos salieron directamente hacia el Convento de los Agustinos, en Haro, donde se hospedaba Víctor Morell.

El sumiller ya los esperaba con su pareja, Sofía, sentados a una de las mesas del antiguo claustro. Fundado en el siglo XIV, los Agustinos había sido convento, casa de beneficencia e incluso cárcel antes de ser reconvertido en hotel. Era un lugar muy hermoso y acogedor, que bien podría ser un Parador de España.

Después de presentarse, se dirigieron andando al restaurante Terete, un clásico asador de Haro. Pese a ser verano, pidieron un lechazo acompañado de lechuga y regado con un San Vicente crianza del 2001. Este excelente vino, del vecino municipio de San Vicente de la Sonsierra, era uno de los riojas favoritos del sumiller, y aquella había sido la mejor añada en La Rioja hasta 2004.

—No sabes la ilusión que me hace conocerte en persona. Era un buen amigo de Fernando.

—¿Cuándo empezaste a trabajar para Robert Parker?

—Lo conocí en una gala benéfica a principios de 1998 y enseguida me contrató como corresponsal para España y Portugal. Excepto para las Islas Canarias, claro. Ese era un rinconcito muy querido de tu padre.

Ella sonrió. Sabía perfectamente el porqué. Se dirigió ahora a Sofía, que observaba atenta a la periodista. Atractiva, y poco mayor que ella, llevaba el pelo rubio recogido en una cola de caballo. Un rasgo muy peculiar hacía complicado focalizar la mirada al hablar con ella. Tenía un ojo de cada color.

—¿Y tú también trabajas en el mundo del vino? —preguntó Cristina.

—Solo si el que lo bebe se excede y pierde la conciencia…

Los riojanos se miraron perplejos, sin entender muy bien por dónde iban los tiros.

—No me hagáis mucho caso, soy neuropsiquiatra —aclaró Sofía, riendo—. Dirijo una línea de investigación sobre estados alterados de conciencia en el Hospital Clínic de Barcelona.

—Qué tema más fascinante, algún día tendré que hacerte una entrevista: J. R. y yo somos periodistas y trabajamos en el diario *La Rioja*.

—No seas modesta —añadió Camero—: di que eres la directora.

—Dentro del equipo, alguien tiene que lidiar con los marrones y con los propietarios del periódico…

El camarero interrumpió para servir vino en las copas después de la cata favorable de Morell. El vino era realmente sensacional.

—Y vosotros, ¿cómo os conocisteis? —preguntó Cristina.

—Es una larga historia, pero, de modo muy resumido, nos conocimos en un viaje a París.

—Suena muy romántico —comentó J. R.

—Tuvo su parte romántica, sin duda.

Sofía dirigió una mirada de complicidad a Víctor, que no se perdía detalle de la conversación. Ahora tomó él la palabra.

—Nos unió un vino muy especial y enigmático, tanto o más que el de Leclerc, pero es una historia muy larga. Mejor que nos focalicemos en el Château Marchant. ¡Sería increíble descubrir su secreto!

—Como te dije por teléfono, tengo cierta intuición y, si es lo que creo, era más cosa de mi padre que de Arnaud. Necesito la constatación definitiva y estoy segura de que tú me podrás ayudar. Por cierto, mañana nos acompañará también Ezequiel García, que ya hizo una primera cata hace unas semanas.

—¡El Brujo, fantástico! Hace años que no lo veo.

Víctor tomó un sorbo de vino antes de proseguir.

—Dijiste que iríamos a Olarra, ¿a qué hora tenemos que estar allí?

—He quedado con Ezequiel a las once, espero que os vaya bien.

—De sobra. Almorzaré con un amigo italiano, pero no será hasta las dos.

Cristina tardó poco en reaccionar.

—¿No será Guido Lungobaldi?

—Eso sí que es puntería, con la de italianos que hay en el mundo…

58

Amaneció oscuro aquel miércoles, con negros nubarrones que se aproximaban desde la peña de los Jembres, que presidía la llanura al oeste de Haro con sus característicos picos gemelos. Cristina había salido al jardín a desayunar y recogió la ropa tendida en previsión de algún chubasco de verano.

Mientras descolgaba una de las camisas, sonó el teléfono que estaba sobre la mesa. No reconocía el número, pero empezaba con el prefijo de Francia. Dejó lo que estaba haciendo y se sentó para contestar la llamada.

—Cristina Castillo, *bonjour*.

—Hola. Cristina, soy Laurent.

—Uf, qué alivio —respondió al oír la voz del notario—. Temía que fuera René Bonfils.

—No lo soy, pero tengo noticias suyas. ¡Y buenas!

—Adelante, soy toda oídos.

—Ha detenido a Pascal Leclerc. Esta noche ya la ha pasado en una celda de la gendarmería.

—Eso no quiere decir nada, yo también tuve ese placer.

—Ahora es diferente. No tengo aún detalles, pero parece ser que Chantal había declarado estar junto a su hermano la noche en que murió Deschamps y hoy se ha desdicho.

—Vaya, yo pensaba que eran uña y carne.

—Chantal se vendería al diablo para salir de rositas de este lío. O sabe que Pascal mató a Arnaud o lo ve como el chivo expiatorio ideal.

—Todo lo que tiene de lista, lo tiene de malvada.

—Así es. Hoy ha declarado que esa noche Louis y ella asistieron a un concierto y eso ha dejado a su hermano sin coartada. Además, durante la lucha entre Deschamps y su asesino quedaron marcadas en el jardín unas huellas de zapato de la talla cuarenta y dos la misma de Pascal.

—De eso no me dijo nada Bonfils. Ahora entiendo por qué opuso tan poca resistencia a que me marchase. Apenas calzo un treinta y ocho.

Lo que Bertrand aún desconocía es que también se había confirmado que la constitución, forma de andar y altura del individuo grabado encajaban con Pascal. Mucho más corpulento que su hermano, no habría tenido problemas en mover el cuerpo y colgarlo de la soga.

—Dudo que sean aún pruebas concluyentes —prosiguió el notario —, pero parece que a René le han bastado para mantenerlo en prisión preventiva.

—No sabes lo que te agradezco esta llamada. Esta noche cenaré con el aristócrata italiano del que te hablé y estaré bastante más relajada.

—Ojo, por lo que me has contado no es un tipo de fiar. ¡No bajes la guardia!

—Estoy en modo alerta las veinticuatro horas del día, no te preocupes. Espero poder devolverte pronto el favor, Laurent. Y mantenme informada de cualquier novedad.

Aquella conversación fue como descargar una pesada losa de sus hombros. Parecía haber salido del grupo principal de sospechosos de la gendarmería.

Cargó en el maletero la neverita con las siete añadas de Château Marchant y el vino traído de Tacoronte, envasado sin etiqueta alguna. Después de dejar la casa arreglada y la comida de Neko en su platito, se dirigió al barrio de las bodegas para recoger a su tío: esa vez sí la acompañaría en la cata.

El Brujo ya los esperaba en la recepción de bodegas Olarra. Saludó a Gonzalo mientras aguardaban la llegada de Víctor y Sofía.

—Aúpa, Gonzalo, hacía tiempo que no te veía.

—Diría que demasiado. Te veo bien, Ezequiel, por ti no pasan los años.

—Ya te digo. El motor aguanta bastante bien, pero la carrocería va teniendo sus achaques.

Justo entonces llegaba Morell con su pareja, que se unieron al grupo. Ezequiel los guio a la sala de catas, sin parar de saludar a los empleados de la bodega en la que tantos años había trabajado. También salieron a saludarlos los propietarios: el Brujo había dejado una gran impronta durante sus más de veinte años en aquella fantástica bodega.

Cristina había hablado con Víctor de la cata durante la cena del día anterior y tenía ya preparado el orden del día. Tras catar la añada 2000, una de las puntuadas con un cien, descorcharían la de 1998 para compararlas.

—La añada 1998 aún la cató tu padre, y entiendo que solo la valorase con un noventa y seis. Es un buen Saint-Émilion, elegante, con cuerpo y mucha presencia de merlot, pero bastante más pobre en cuanto a complejidad de notas aromáticas.

—Llegué a la misma conclusión hace unos días —añadió Ezequiel —, de un año para otro hicieron un cambio radical.

Entonces llegó el momento de la verdad. Cristina sacó el tapón que mantenía el vino de Rano Teide al vacío y vertió una cantidad insignificante dentro de las copas que contenían la añada de 1998. Tras un buen agitado y mezclado, Morell y Ezequiel efectuaron el ritual de la cata, olfativa primero y gustativa después. La conclusión no se hizo esperar.

—¡¿Qué diablos acabas de meter aquí dentro?! —exclamó Morell —. Esto sí que se acerca a las añadas de los cien puntos.

—Totalmente de acuerdo —confirmó el Brujo—. Y no hemos hecho nada más que una burda mezcla casera dentro de la copa. Añadido al *coupage* desde el principio y envejecido en barrica, sería igual de extraordinario.

Sofía seguía la cata con atención, alternando sorbos de una copa y de la otra y comparando las diferencias en su *bouquet*. Desde la antiquísima botella que probó con Víctor, años atrás, en un invernadero de Fontainebleau, no se había divertido tanto tomando vinos.

Gonzalo, que se había mantenido en un discreto segundo plano hasta el momento, tomó entonces la palabra.

—¿De dónde has sacado esa botella, Cristina?

—Me la dio Villeneufe, el director técnico de Château Marchant, al que conociste hace unos días. Papá la tenía en su despacho cuando murió y aún la conservaba. La abrí por curiosidad y me llamaron la atención unos aromas, muy concentrados, que aún recordaba de la cata con Ezequiel.

—Vaya sinvergüenza, durante mi visita me aseguró que desconocía por completo la elaboración detallada de aquellos vinos.

—Y así es, tato. Fernando y Arnaud no lo compartieron con nadie. Lo que ha ocurrido con esta botella es pura serendipia. Lamentablemente, estos pocos centilitros no nos ayudarán a mejorar las últimas añadas, que tienen un *bouquet* parecido a la de 1998.

Tras aquel comentario, el Brujo se apresuró a descorchar la botella de 2004 para constatar lo que había dicho la riojana. Repitió la prueba de añadir un chorrito del vino «raro» y llegó a la misma conclusión: aquel caldo, algo dulce, muy intenso y oloroso, era la clave que le valió los cien puntos a Château Marchant durante tres años consecutivos.

Aunque todos especularon sobre su origen, fue su tío el que lo hizo de un modo más insistente. Precisamente por eso, y por los sabios consejos que había recibido, Cristina se guardó muy mucho de revelar lo que solo ella conocía.

Se sentía feliz. Una vez amainado el temporal en el que navegaba, devolvería la excelencia a Château Marchant. Sentía una pulsión interna por tomar las riendas de la bodega y elaborar vinos cada vez mejores y diferenciados. Aquello se había convertido en su verdadero *Ikigai*, por encima del periodismo y de cualquier otra cosa. Aunque nunca había sido consciente de ello, llevaba el vino en la sangre y en lo más hondo del alma. ¿Genética o epigenética?

59

El tiempo se había mantenido estable durante la cata, pero los truenos y un repentino viento anunciaban la tormenta de verano que estaba a punto de caer. Ezequiel se despidió de ellos y permaneció en la bodega para charlar con sus antiguos compañeros.

El resto se quedó aún un rato conversando al lado de los coches.

—Cristina ya me ha dicho que vais a almorzar ahora con los Lungobaldi —comentó Gonzalo al sumiller.

—Así es, cuando nos vimos en Washington hace un mes acordamos comer juntos en algún momento. Guido es un poco excéntrico, pero me ayudó mucho en una etapa complicada de mi vida. De hecho, fue él quien me presentó a Robert Parker.

—¿Estuviste en la cena de gala de *The Wine Advocate*? —interrumpió Cristina, sorprendida. No recordaba haber leído su nombre en la lista de invitados.

—Por supuesto, estaba en la mesa presidencial. Fui yo el «culpable» de los cien puntos que le dieron a Château Marchant. Robert me pidió incluso preparar un discurso especial para Leclerc, pero todos sabemos que no le llegó. Nunca entenderé por qué se quitó la vida.

Empezaban a caer gruesos goterones y su tío aún dijo unas palabras antes de separarse.

—Esta noche vendrán Guido y Chiara a cenar a mi casa, ¿queréis añadiros?

—Nos encantaría, pero he de volver a Barcelona —respondió Sofía —, mañana tengo que dar una conferencia en la Sociedad Teosófica.

La lluvia comenzaba a arreciar y corrieron a refugiarse en el interior de los vehículos. Tras un fugaz despido con la mano, emprendieron la marcha, cada uno hacia su destino.

Aunque fingió que lo lamentaba, Gonzalo agradeció que declinasen la invitación. No tenía ni idea de qué organización hablaba la joven dicromática. Tampoco le interesaba saberlo. Sonaba a secta sacrílega o a herejía.

Durante el trayecto de vuelta a Haro, la periodista se sintió como un torero con su capote. No solo tuvo que lidiar con un tremendo chaparrón, sino también con el interrogatorio de Gonzalo. Estaba obsesionado con la procedencia de aquella anónima botella y no le habían convencido para nada las explicaciones que Cristina le había dado sobre su origen.

A la altura de San Asensio, la lluvia amainó y dio paso a los primeros rayos de sol. Como si aquello fuera una señal, también su tío dejó de presionar y se mantuvo en silencio durante el resto del viaje.

Cuando llegaron, Álvaro estaba sentado en el jardín, disfrutando del frescor y el olor a tierra y ozono que brindan las tormentas veraniegas. Cristina aparcó el Audi, dejó a Gonzalo en casa y se fue a almorzar con su primo. Aunque se llevaban más de diez años, eran como hermanos y solían quedar a solas de vez en cuando para ponerse al día de sus vidas.

Subieron andando hasta el restaurante Beethoven, frente a la iglesia de Santo Tomás, y pidieron algún platillo y unas cervezas. Cristina quería reservarse algo de apetito para la trascendental cena de aquella noche.

—¿Cómo te va todo, Álvaro? Ahora que has acabado el máster, supongo que empezarás a trabajar con tu padre.

—No se lo digas a él todavía, pero el director técnico de Muga buscaba un adjunto y me acaba de contratar.

—¡Esto sí que es una sorpresa!

—Creo que me irá bien adquirir experiencia en otra bodega.

—Solo puedo aplaudir tu decisión. Uno de los grandes errores en la empresa familiar es, precisamente, dar entrada a los sucesores nada más acabar los estudios.

—Pues es lo que hacen todas.

—Hay excepciones. Alguna establece por norma un período mínimo de cinco años en otra compañía. Un buen ejemplo es Puig, el líder catalán en perfumería, que ya ha conseguido llegar a la quinta generación.

—Tomo nota para el día en que tome yo las riendas. A ver si Bodegas Castillo también consigue ese hito.

—Foguearse en otra empresa es muy conveniente y permite la entrada de nuevas ideas. Además, es una cura de humildad trabajar en un sitio donde el apellido no te abre todas las puertas.

—Fíjate, no había pensado en esto. Eres una *crack*, prima. Estoy orgulloso de ti.

—Tengo mis claroscuros, como todo el mundo, pero reconozco que aplico una mirada amplia en todos los aspectos de la vida. Siempre he aborrecido la endogamia y el nepotismo.

—En las antípodas de papá, que quiere meterme en el negocio con calzador —se sinceró el joven, con rostro entristecido—. Mira, ya sabes que me encanta el Beethoven, pero tener Santo Tomás frente a las narices me provoca cierto sarpullido.

—¿Sigue tan obsesionado con la religión?

—Cada vez está peor, sobre todo con el tema del sexo. No quiero ni imaginar lo que sería capaz de hacer si algún día me pilla en la cama con alguno de mis ligues.

—No te envidio, Álvaro.

—Voy a confesarte algo: no solo voy a otra bodega para aprender, sino para evitar trabajar con él. Me entran todos los males solo de pensar en pasar el día entero juntos.

—Mi padre dio el mismo paso en su día, haciéndose sumiller. Cuesta creer que una persona tan inteligente sea así de inflexible y esté encadenada a unas reglas morales tan estrictas.

—El sexo es algo diabólico para él. Muchas veces pienso que solo se acostó con mamá en su noche de bodas, y de allí nací yo.

Cristina se rio con aquel comentario. También a ella se le hacía difícil imaginar a sus tíos «en acción».

—Tu situación no es fácil, pero encontrarás tu camino. Apóyate en mí todo lo que quieras. Sabes que no tengo pelos en la lengua, y menos con tu padre.

—No hace falta que lo jures. Lo paso fatal cuando os enzarzáis discutiendo sobre el tío Fernando.

—Tu madre tampoco es que me apoye mucho, pero hay que entenderlo: lleva treinta años a su lado y fue educada de modo similar. Espero que tú pienses diferente y no crucifiques a papá por su homosexualidad.

—¡Qué dices! Si fue el mejor tío que uno podría soñar.

A partir de aquel momento, la conversación se fue centrando más y más en ella. Álvaro estaba ansioso por escuchar sus andanzas en Burdeos. Aquella trama criminal parecía extraída de las novelas negras escandinavas, tan en boga en esos momentos. Ahora mismo, el joven estaba enganchado a la saga Millenium y era fan absoluto de su protagonista femenina, Lisbeth Salander.

Tras despedirse de su primo, Cristina pasó la tarde en el salón de su casa, descansando y meditando para poder estar con los cinco sentidos durante la cena. Disfrutó colocando unas cuentas piezas del precioso puzle que tenía montado sobre una mesa mientras escuchaba un vinilo con el *Adagio for strings*, la hermosa partitura de Samuel Barber que solía escuchar su padre para relajarse.

Había arrancado el coche y recorrido ya un buen trecho cuando le asaltó la duda de si había cerrado bien el grifo del agua. Sin pensarlo dos veces, dio media vuelta para asegurarse y, como de costumbre, fue una falsa alarma. Algún día tendría que hablar seriamente con alguna psicóloga sobre sus obsesiones…

Llegó pronto a casa de sus tíos para poder poner la mesa y dar los últimos retoques a la decoración del salón y de los platos. Para la cena, Carmen había preparado crema de melón y rodaballo a la donostiarra.

Los invitados aparecieron con bastante retraso, cosa habitual en ellos. Iban elegantemente vestidos con ropa veraniega de diseño italiano. Chiara llevaba pantalones, una camisa estampada de Versace y mocasines Miu Miu, y Guido, un conjunto *sport* de Armani y chaqueta beis de lino.

La casa de los Castillo era una de las destacadas dentro de Haro. Aun así, resultaba humilde para personajes tan elitistas y arrogantes. Sobre todo, por la austeridad que caracterizaba a sus dueños.

El anfitrión hizo las presentaciones de rigor antes de que todos se sentasen a la mesa y descorchó la botella que habían traído los Lungobaldi. Se trataba de un Castello Il Borghetto, añada de 1994, excelente Brunello di Montalcino de su propia bodega. El marqués ofició la cata antes de brindar y dirigirle la palabra a Gonzalo.

—Brindo por nuestro reencuentro. He estado estrujándome el cerebro, pero no recuerdo la última vez que nos vimos.

—Yo sí. Fue en verano de 2003 y aún vivía Fernando.

—Cierto, ¡qué buena memoria!

Carmen interrumpió un instante para servir el primer plato en unos cuencos de cerámica.

—He preparado una crema fría de verano a base de melón. Tiene un poco de menta y virutas de jamón ibérico. ¡Buen provecho!

Guido levantó la copa para acompañar aquel deseo y siguió la conversación en el punto en que la había dejado.

—Aquel día metí la pata hasta el fondo. Di por supuesto que ya sabías lo de tu hermano con Leclerc.

—Fernando era muy hermético. Hablábamos mucho de temas enológicos y de trabajo, pero nunca comentaba nada sobre su vida privada.

Cristina mantenía la boca cerrada pero el oído aguzado. Se acababan de confirmar sus sospechas: Gonzalo ya conocía, aunque odiaba, la relación de su padre con Arnaud. La visceral reacción que tuvo el día que lo informó no fue fruto de un pronto.

—¿Cuál fue el motivo de que os reunierais aquel día? —preguntó ella, intrigada por aquella revelación.

Guido esperó a una señal de Castillo con la mirada antes de responder.

—Tu padre era un gran hombre, pero bastante terco. Estuve años ofreciéndole una fortuna por unas viejas botellas que Leclerc guardaba en la bodega. Como no hubo manera de que aceptase, hablé con Gonzalo por si él podía convencer a su hermano.

—¿Viejas botellas? —saltó Cristina, quizá excesivamente agresiva —. Seré más joven que vosotros, pero no me chupo el dedo. Debiste prometer una buena comisión a mi tío si lo conseguía.

Chiara salió de su letargo y celebró la reacción de la riojana ante la mirada que le dirigió su marido. Fue de todo menos cariñosa.

—*Bravo*, *ragazza*! Empiezo a divertirme.

—Cristina, te ruego que mantengas las formas —saltó Gonzalo, enojado y obviando el comentario de la aristócrata—. Son nuestros invitados.

—No voy a ser descortés, tato, pero al pan, pan, y al vino, vino. Sé a qué se refiere Guido con «viejas botellas»: las cuatro que fueron clasificadas como *premier grand cru classé* en 1855.

Un tenso silencio se adueñó del salón tras aquellas palabras. Los dos viticultores no podían ni imaginar que la hija de Fernando ya conocía la existencia de tamaño tesoro enológico. Guido la aplaudió, teatralmente, antes de continuar con su ofensiva.

—Enhorabuena, acabas de demostrar tus dotes como investigadora, pero una periodista no es una coleccionista. ¿Qué te importa a ti un vino que, con total seguridad, estará ya avinagrado?

—Pude comprobar en la subasta lo que se paga por botellas de menor valor. Si algún día necesito dinero, solo he de volar a Londres y ofrecer el lote completo a Sotheby's. Por descontado que te avisaré para que puedas asistir y pujar.

El sarcasmo de su respuesta disparó el clima de la reunión a niveles insostenibles, por lo que Carmen decidió interrumpir de nuevo, esa vez para recoger los cuencos vacíos y servir el rodaballo. Su marido estaba a punto de explotar y convenía frenarlo.

Las diatribas de la riojana no se prolongaron mucho más y el ambiente se distendió. Lungobaldi había visto que no conseguiría nada negociando con ella y también se relajó. Lo intentaría más adelante, ya vería de qué modo. Si algo tenía claro el aristócrata era

que, de un modo u otro, aquellas botellas acabarían engrosando su colección. Más pronto que tarde.

Cristina aprovechó que había bajado la guardia para intentar pillarlo con alguna pregunta capciosa, pero no tuvo éxito. Sin embargo, hubo un detalle que no se le pasó por alto: el aristócrata cruzaba frecuentemente las piernas, lo que le permitió leer el número cuarenta y dos en la suela de su zapato. Era un dato interesante, pero a saber cuántos hombres calzarían esa misma talla.

60

Guido y Chiara Lungobaldi habían reservado habitación en el hotel Echaurren de Ezcaray, el lugar donde Fernando Castillo había pasado tantos años de su vida recomendando vinos a los clientes.

Habían estacionado su Maserati en un aparcamiento público, al principio de la calle Navarra. Al ser ya entrada la noche, Cristina se ofreció a acompañarlos hasta allí en su coche y guiarlos hasta la salida de la ciudad. Además, su tío les había regalado una caja con tres botellas de vino de Bodegas Castillo, y pesaban lo suyo.

Sentado en el lugar del copiloto, Lungobaldi aprovechó aquel corto desplazamiento para realizar un último intento de convencerla. Durante la cena había observado que ella no tenía la mejor de las relaciones con su tío y lo probó por ese lado.

—Veo que eres igual de tozuda que tu padre, pero dale otra vuelta a lo que hemos hablado. Tienes mucho que ganar y poco que perder.

—El mensaje está bien recibido, Guido —dijo con un cabeceo—. No soy sorda.

—Aunque lo de las comisiones sea pura invención tuya, he visto que no te ha gustado que haya utilizado a Gonzalo de intermediario, ¿me equivoco?

—Reconozco que no ha ayudado, pero no te tortures con eso. Te habría dicho que no igualmente.

—Voy a proponer un trato: te ofrezco un millón de euros por las botellas. Y te lo pago en metálico, directamente en tus manos, y olvidándonos de tu tío.

Cristina ni se inmutó al oír aquella descabellada cifra y dio la callada por respuesta. El italiano acababa de demostrar la falta de escrúpulos que le granjeó la enemistad con Leclerc. También, la facilidad con la que manejaba enormes sumas de dinero en efectivo. Sin embargo, prefirió tener la fiesta en paz. Ya había discutido bastante con él por una noche.

Tras despedirse, los dejó en el Maserati y los guio hasta una moderna glorieta decorada con la escultura *Uvas en reposo*. Al verla, no pudo evitar recordar las dos barricas que llevaban casi tres años reposando en una remota bodega en medio del océano Atlántico.

Un cartel al lado de la rotonda señalaba la carretera regional LR-111 en dirección a Ezcaray. Los italianos solo deberían seguirla durante unos kilómetros y llegarían a su destino. Eso es lo que les indicó, estirando al máximo su brazo derecho antes de hacer un gesto de despedida.

El marqués enfiló la carretera a la velocidad que le permitía su deportivo —es decir, mucha— mientras ella circunvalaba la glorieta para volver a casa. Un único coche seguía la misma ruta, frente a él, pero pronto desapareció de su vista el rojo de sus faros traseros. Tampoco debía de ir precisamente lento.

Pasada la medianoche cruzaron Santo Domingo de la Calzada, importante villa medieval del camino de Santiago, y se adentraron en la zona boscosa que los separaba de su hotel. La carretera, hasta entonces una recta larga, comenzó a serpentear y obligó a Guido a reducir un poco la marcha. Los tupidos castaños colindantes reflejaban los faros del vehículo en cada curva, proyectando formas fantasmagóricas que parecían abalanzarse sobre ellos.

A pocos kilómetros de su destino final, vieron un coche que circulaba en dirección contraria, se diría que el primero en todo el trayecto. A medida que se acercaba, pasó las luces a la posición de cortas, para no deslumbrarlo.

Se iban a cruzar justo en el puente sobre el río Oja, ante los vigilantes ojos de Chiara, cuando el vehículo cambió repentinamente

de carril, provocando un brusco volantazo de Lungobaldi y la pérdida de control de su Maserati. Tras arrancar la valla protectora, el deportivo se precipitó al vacío, cayó a un barranco y chocó frontalmente contra los chopos que bordeaban el margen del río.

61

Lungobaldi murió al instante. Una rama atravesó el parabrisas y se incrustó en su abdomen. Chiara chillaba, histérica, viendo a su marido inerte y palpando la sangre que le brotaba a ella a borbotones de una herida en la frente. Consiguió abrir la puerta y salir reptando del coche, pero solo avanzó unos pocos metros a través del bosque antes de desplomarse.

Tendrían que transcurrir varias horas hasta que un campesino madrugador tomara la ruta de Ezcaray a Santo Domingo. Al atravesar el puente con su tractor, divisó los restos del Maserati entre los chopos del río y una americana beis apoyada en la ventanilla izquierda. Bajó como pudo por el barranco, para auxiliar al conductor, pero tardó poco en comprobar que llevaba horas muerto. Su cuerpo, pálido e inmóvil, no dejaba lugar a dudas. Tras trepar dificultosamente hasta la carretera, se dirigió a la policía de Ezcaray con toda la rapidez que le permitía el vehículo agrícola.

Un coche patrulla, los bomberos y una ambulancia se presentaron a los pocos minutos en el lugar de los hechos, con su ensordecedor ruido de sirenas. Al registrar los alrededores descubrieron a Chiara, tumbada boca abajo y con la cabeza ensangrentada. Dado que su corazón aún latía, la ambulancia la llevó a toda velocidad a la UCI del Hospital General.

Con mucha dificultad, los bomberos consiguieron extraer el cuerpo de Lungobaldi del interior del coche. Previamente, tuvieron

que aserrar partes del salpicadero y cortar la rama con un hacha. El impacto había sido tan descomunal que esta había atravesado todo el cuerpo, perforando el esternón y penetrando incluso algún centímetro en el asiento.

Una hora más tarde llegaron el forense y el técnico de una aseguradora para analizar las causas del accidente. Mientras el médico atestaba la defunción del marqués y levantaba su cadáver, el perito revisaba palmo a palmo toda la zona del accidente y sacaba sus conclusiones.

Los restos de Guido fueron introducidos dentro de una funda aislante de aluminio. Su transporte a Logroño no iba a ser en ambulancia. Requeriría de otro tipo de vehículo, largo y acristalado, sin prisas ni sirenas.

Sin sospechar siquiera la desgracia ocurrida, Cristina se levantó a primera hora y efectuó su rutina matinal, gimnasia incluida, hasta arrancar el A3 y dirigirse a Logroño.

La redacción estaba tranquila como una balsa aquel jueves. A medida que se acercaba la semana troncal de las vacaciones, el ritmo de llegada de noticias disminuía en paralelo al grosor del periódico, que ya era auténtico papel de fumar.

Aunque a veces algo estresante, la vida en la redacción resultaba mucho más divertida cuando todo el mundo corría de un lado para otro, haciendo llamadas y entrevistas, enviando faxes o tecleando frenéticamente en los ordenadores.

Una llamada poco antes de mediodía la sacó abruptamente de aquel tedio.

—¿Diga?

—¿Señora Castillo?

—Yo misma.

—Aquí Pedro Anguiano.

—Buenos días, comisario. No pensaba que volveríamos a hablar tan pronto.

—Ya imaginará que no es para darle una medalla al mérito civil.

Cristina se mantuvo en silencio al otro lado de la línea. Pese a su agudo sentido del humor, le costaba interpretar aquel irónico comentario.

—Necesito que venga urgentemente. No se demore, por favor.

El agente colgó, sin más explicaciones, y la dejó con el corazón en un puño. ¿Habría novedades en Burdeos?

Antes de abandonar la redacción, informó a Camero de que debía ausentarse. Prefirió no decir adónde iba y desconocía completamente cuándo podría volver o si lo haría ese día.

Tardó poco en llegar a la jefatura, donde inmediatamente la hicieron pasar al despacho de Anguiano.

—Siéntese, por favor.

—¿Ha recibido noticias del gendarme Bonfils?

—Mi llamada es por otro tema.

El comisario se mostraba mucho más seco y distante que el día que se conocieron. Sin más preámbulos, tomó el pasaporte que asomaba entre un fajo de documentos y lo abrió por la primera página.

—Conoce a este hombre, ¿verdad?

—Efectivamente, es el marqués Guido Lungobaldi.

—¿Lo vio usted ayer, cierto?

—Sí, estuve cenando con él y su mujer en casa de mis tíos. ¿Cómo es que tiene su pasaporte?

El comisario tardó un poco en responder a la periodista. Estaba midiendo muy bien los tiempos y sus palabras. La miró fijamente a los ojos, sin apenas parpadear, para detectar su reacción ante la noticia que transmitiría acto seguido.

—Este hombre murió anoche en un accidente de coche, poco antes de llegar a Ezcaray.

Cristina tuvo que agarrarse a la silla. Aquello era lo último que habría esperado oír. Uno de sus sospechosos acababa de pasar al otro barrio, como ya ocurriera días atrás con Deschamps.

—¿Qué me dice…? ¡No puede ser verdad!

—Ojalá no lo fuera.

Anguiano se agachó y recogió la caja de madera que reposaba debajo de su escritorio.

—Al abrir el maletero hemos encontrado estas botellas de vino. Proceden de Bodegas Castillo.

—Es correcto, mi tío se las regaló al acabar la cena.

—Hasta aquí todo bien, pero fíjese en esto. Estaba en el bolsillo del pantalón del difunto.

Tecleó en una Blackberry para desbloquearla y le mostró el listado de contactos, en el que figuraba en primer lugar el registro «Cristina Castillo» con su número de teléfono.

—Ya le he dicho que lo conocía, pero ¿qué diablos insinúa con todo esto?

El policía se inclinó hacia delante y acercó su rostro a poco más de un palmo de distancia.

—Mire usted, el accidente no ha sido fortuito. Un coche que circulaba en sentido contrario se abalanzó sobre él, lo obligó a dejar la calzada y el Maserati se precipitó al vacío.

Anguiano notaba la boca seca y tomó un poco de agua antes de seguir.

—Acaban de matar a otro viticultor, solo que esta vez no era francés. Esto huele cada vez más a un asesino en serie. Entiende ya por qué le hago estas preguntas, ¿verdad?

Cristina no podía creer que aquello le estuviera sucediendo. Un peso enorme se abatió sobre ella, como la piedra de Sísifo, y no se sentía con fuerzas ni para levantar un dedo del apoyabrazos. Y lo peor del asunto es que la muerte intencionada de Lungobaldi probablemente descartaría a Pascal Leclerc, hasta entonces el principal candidato para la gendarmería.

—Lo siento, pero tendrá que quedarse aquí para ser interrogada. Creo que tiene mucho que contarme, señora Castillo…

62

Chiara Lungobaldi se debatía entre la vida y la muerte en la UCI del hospital. Aunque había recibido una transfusión de sangre, sus constantes vitales seguían siendo mínimas y los médicos temían que en cualquier momento pudieran evanescerse.

El equipo médico estaba tratando a aquella paciente con prioridad extrema y en línea directa con la policía. Aparte del hecho en sí de salvar una vida, su testimonio podía ser crucial para identificar el vehículo contrario o a su conductor.

Mientras tanto, en la comisaría, Anguiano comenzaba el interrogatorio a Cristina.

—Señora Castillo, ¿puede decirme lo que hizo anoche después de la cena?

—Acompañé a los Lungobaldi a su coche, los guie hasta la salida de Haro y volví a mi casa.

—¿Conducía usted sola?

—Mi tío se quedó en casa con su mujer.

—¿No la vio nadie al dejar a las víctimas en su vehículo o mientras los guiaba a la salida?

—Ayer era miércoles. La ciudad estaba desierta a esas horas de la noche.

—Ya… ¿Entonces quizá alguien la vio llegar a la suya?

—No tengo vecinos. Vivo sola y en una casa aislada.

Anguiano iba tomando nota de aquellas declaraciones, con un semblante extremadamente serio.

—Por último, ¿ha venido usted aquí en coche?

—Sí, ¿por qué me lo pregunta?

—Acompáñeme, por favor.

Fueron a buscar a otro agente antes de salir de la jefatura. El policía sacó una Nikon digital e hizo varias fotografías del vehículo y de las ruedas. También tomó medidas de la distancia entre ejes y apuntó el modelo y la matrícula para el acta.

—No tengo más preguntas por ahora. Manténgase localizable, por favor.

—Ya sabe dónde encontrarme.

—Supongo que es consciente de que no tiene coartada para la noche del accidente.

—Efectivamente, pero también tengo claro que no dispone de pruebas contra mí. De lo contrario, no me dejaría marchar.

Aquel comentario le sentó como una patada en cierto sitio. La riojana solía ser muy expeditiva y a ningún policía le gustaba que alguien se pasara de listo. Se despidió de ella con cara de pocos amigos y volvió, a grandes zancadas, a la jefatura.

Ya en su despacho, se arrimó a la ventana, ensimismado, para observar a Cristina abandonando el lugar en su Audi. Algo en su interior le decía que no debería haberla dejado marchar.
A continuación, se sentó en su silla giratoria y llamó a la gendarmería de Burdeos. Su generación había aprendido francés en el colegio y recordaba lo suficiente como para mantener una conversación más o menos fluida.

—*Bonfils, bonjour*.

—Buenos días, soy el jefe de policía de Logroño.

—Ah, *monsieur* Anguiano, ¿correcto?

—Así es. ¿Tiene un minuto para hablar?

La conversación no se extendió más de diez minutos, pero a René le bastó para cotejar, mientras hablaban, el nombre del italiano con las listas que tenía sobre su mesa. Un sudor frío le recorrió el pescuezo al comprobar que Guido Lungobaldi, efectivamente, había asistido a la cena de gala de la embajada. Y no solo eso, también se

había alojado en el hotel Four Seasons. Preso de una inusual urgencia, dio unas taxativas instrucciones a su homónimo riojano.

—Comisario, Lungobaldi está relacionado con los asesinatos que estoy investigando. ¡Detenga cuanto antes a esa mujer!

—No tengo ninguna prueba contra la señora Castillo, y lo peor de todo es que ella lo sabe.

—Se cree muy lista, pero yo lo soy más. Invéntese cualquier pretexto, pero enciérrela en una celda, hoy mismo, y sin perder tiempo.

Mientras tanto, Cristina había vuelto a su despacho y se había reunido con Camero a puerta cerrada para informarlo de los últimos acontecimientos. A su redactor le costaba creer lo que estaba escuchando.

—Lungobaldi y Pascal Leclerc acaban de caer de un plumazo de mi lista particular de sospechosos, pero he estado dándole vueltas al asunto y creo haber descubierto al asesino.

—Suelta, ¡estoy intrigado!

—Víctor Morell.

J. R. se quedó boquiabierto al escuchar aquel nombre.

—¿Estás segura? Si se le ve muy buena persona.

—Después de los últimos acontecimientos, ya no me cabe la menor duda. Mira, mi tío dice muchas sandeces, pero a veces también acierta.

Camero seguía perplejo, sin saber por dónde iba a salir su jefa.

—Un día me dijo que los asesinos psicópatas suelen aparentar ser gente afable, buenos vecinos, excelentes padres de familia…

—En eso lleva razón, pero ¿qué piensas hacer? No te irás a Barcelona a buscarlo.

—Aún me falta una pieza importante para completar el puzle y asegurar el tiro al cien por cien. Morell se vio ayer con Lungobaldi y estuvo en Washington el día que murió Leclerc. Tan solo necesito comprobar si estuvo en Burdeos también la noche que estrangularon a Deschamps.

—¿Qué motivos podría tener para asesinar a toda esta gente?

—El secreto detrás del vino de Château Marchant, sin ir más lejos. —Hizo una pausa, como para dar más solemnidad a aquellas

palabras—. E iré más allá: no me extrañaría que hubiese estado detrás de la muerte de mi padre, años atrás. Haciendo memoria, he recordado que estaba en Haro y desayunó con él aquel día. Su desaparición le valió una rápida promoción al mejor puesto que se puede tener en *The Wine Advocate*. Después de Parker, claro está.

—Me dejas impresionado, Cristina, todo cuadra —respondió Camero, admirado por la sagacidad de su querida jefa—, pero me da escalofríos pensar que estuve a su lado hace unas horas.

—Yo ya me voy acostumbrando a ello. Con Deschamps y Lungobaldi, este ya es el tercer «presunto asesino» con el que he tenido el placer de compartir mesa.

—A la tercera va la vencida.

—Eso espero, J. R., pero ahora mismo me siento acorralada.

—Lo mejor que puedes hacer es desaparecer e intentar desenmascarar a Víctor.

—No llegaré ni a Calahorra. Tienen los datos de mi coche y controlarán todas las carreteras.

—Hum… ¿Y si simulas la fuga? Haz que desaparezca tu Audi y escóndete en algún lugar. Te buscarán durante unos días, pero luego te darán por desaparecida y te buscarán en todos lados menos aquí.

La propuesta de su redactor le pareció una idea brillante, sobre todo al recordar el almacén abandonado y el pasadizo secreto que comunicaba con la bodega. Era el escondite perfecto. Difícilmente la encontrarían en un lugar como aquel y le permitiría mantenerse en contacto con su familia.

63

Las directrices del gendarme Bonfils habían sido tajantes, pero Anguiano no iba a ordenar la detención de Cristina sin una última comprobación. Llamó al perito que registró el siniestro y lo citó a las cuatro de la tarde en la jefatura de policía.

No muy lejos, los dos periodistas ya habían iniciado el plan diseñado por ella para desaparecer de la vista temporalmente. Aprovecharon la pausa de mediodía para abandonar la redacción, cada uno conduciendo su coche.

Lo primero que hicieron fue parar en un Eroski y cargar el maletero de J. R. con diversos productos de larga vida, como latas de conserva, galletas, garrafas de agua o manzanas. Desde allí, se dirigieron a Cihuri, pequeño municipio a orillas del río Tirón donde los padres de él tenían una casa de campo. En los últimos años, apenas ponían allí los pies y podrían mantener el coche de ella fuera de la vista durante un buen tiempo.

Las calles del pueblo estaban desiertas a la hora del almuerzo, lo que les facilitó la maniobra. Tras asegurarse de que nadie los viera, Camero aparcó el Audi en el garaje, cerró la puerta y la acompañó con el coche hasta su chalet, a apenas unos pocos minutos.

Cristina no necesitó más de media hora para organizar lo que llevaría a su refugio. Metió a Neko en el transportín y llenó una maleta con comida de gato, agua, ropa, enseres básicos para dos

semanas, neceser y saco de dormir. El verano estaba siendo cálido y no precisaría de mucho más.

Tras comprobar por dos veces que todas las luces estuvieran apagadas y las llaves de paso cerradas, dio dos vueltas al cerrojo de la puerta y cargó todas las cosas en el coche de J. R. ¡Ya no cabía ni una aguja!

El almacén era visible desde la casa, por lo que en nada estuvieron allí y descargaron maleta, comida y gata frente a la entrada. No les costó mucho forzar el candado que la mantenía cerrada desde hacía lustros: había más óxido que acero y cedió a las primeras de cambio. El techo estaba bastante precario. Algunas tejas habían caído y la luz del sol penetraba a través de los resquicios. Una ventaja durante el día, pues estaría mejor iluminada, pero un serio problema si en algún momento descargaba una tormenta de verano. Además, corría el riesgo de que alguna otra teja cayera mientras ella se encontraba en el interior.

—¿Estás segura de lo que haces, Cris?

—Nunca lo he estado más, de veras.

—Bueno, estaremos en contacto telefónico.

—No será posible, ya hace rato que he desconectado mi móvil. La policía puede rastrearlos con tecnología GPS.

—¡Entonces vendré a verte!

—Me encantaría, pero es mejor que no te acerques por aquí en un tiempo. Estoy segura de que el comisario Anguiano vigilará a todo mi entorno.

—Buf, qué complicado todo… ¿Cómo podría ayudarte en algo más?

—Aquí no tendré internet. Me harás un gran favor si averiguas dónde se hallaba Morell la noche del 22 de julio, cuando estrangularon a Deschamps.

—Así lo haré. Ojalá dé en el blanco.

—También puedes ayudarme con esto…

Cristina abrió el bolso, sacó un sobre de su interior y se lo dio. Era una carta dirigida a su ginecólogo.

—Antes de que te vayas, tengo algo importante que decirte.

El tono de voz con el que pronunció aquellas palabras, y sus ojos entristecidos, dejaron preocupado al redactor. En pocos minutos salió de dudas al saber que su querida compañera tenía un bulto en el pecho.

Se abrazó a ella, con lágrimas en los ojos, incrédulo y muy afectado por aquella noticia. Sin embargo, sabía que necesitaba darle ánimos del modo que fuera.

—Ya verás como no será maligno. Dios aprieta, pero no ahoga.

—Si realmente hay alguien allá arriba, ¡espero que te oiga!

Cristina juntó las palmas de las manos y miró hacia el cielo. Su tío habría sido feliz al verla.

—Mi ginecólogo tendrá los resultados de la biopsia el lunes y aquí le pido que te los facilite. No sé si aceptará, pero hay que probarlo, ¡esta incertidumbre me está corroyendo! Si no lo consigues, dile que los envíe a mi correo electrónico. Quizá pueda acercarme a casa en algún momento para conectarme a internet.

Tras aquella emotiva despedida, Camero se alejó entre los viñedos, levantando algo de polvo y dejándola sola ante las circunstancias. Nunca antes se había sentido tan frágil y aquellas muestras de apoyo y cariño fueron para ella como agua de mayo.

La riojana vio que las ruedas del coche habían quedado marcadas en algún punto del trayecto, por lo que apartó tierra y polvo con los pies y arrastrando unas cepas viejas antes de entrar en el almacén y seguir adecentando la que sería su nueva morada durante un tiempo.

J. R. tardó poco más de media hora en llegar a Logroño y sentarse en su despacho, como si nada hubiera ocurrido.

No muy lejos de allí, Anguiano llamó al hospital mientras esperaba la llegada del perito a su despacho. Las constantes vitales de Chiara seguían débiles, pero se habían recuperado ligeramente desde que le hicieran la primera transfusión de sangre. El pronóstico seguía siendo grave, aunque más favorable que unas horas antes.

Con aquellas prometedoras noticias colgó el teléfono, justo en el momento en que entraba en su despacho el técnico de siniestros.

—Adelante, siéntese, no voy a robarle mucho tiempo.

El perito se acomodó delante del agente y sacó el dosier con los datos de su maletín.

—Según sus conclusiones, el accidente fue provocado. Pues bien, sospecho de una persona que estuvo con la víctima minutos antes de su muerte. La he entrevistado esta mañana y he recogido información y fotografías de su coche. —El comisario puso la información sobre la mesa—. ¿Cree que podrá identificar si es el mismo que se abalanzó anoche sobre ese hombre?

—Déjeme ver.

El técnico observó detenidamente las imágenes de las ruedas, fijándose en su grosor y relieve. También revisó las medidas y las comparó con las que él había tomado en la carretera. Finalmente, compartió sus conclusiones con Anguiano.

—Sintiéndolo mucho, ya le anticipo que no será posible identificar inequívocamente el vehículo. No hay marcas de colisión ni de pintura en el coche siniestrado. Tampoco las he encontrado en la valla del puente.

—¿O sea que podría haber sido cualquier vehículo?

—No nos vayamos al otro extremo. Habrá más de uno que encaje, pero definitivamente podemos incluir el de su sospechoso. La distancia entre ejes es de dos metros y sesenta centímetros, igual que la que pude medir en la calzada. El perfil de la rueda también coincide con el que quedó marcado en algún punto sobre el polvo.

Anguiano era un hombre pragmático. Su lenguaje era bastante simple y constaba de sí y no o de blanco y negro. La jerga ambigua de abogados y aseguradores lo sacaba de sus casillas.

—Por lo tanto, ¿puedo suponer que se trata del mismo coche?

—No puedo garantizarlo al cien por cien, pero es más que probable.

64

El jefe de policía guio al perito a la salida de la comisaría y subió a un coche Z de patrulla, acompañado por un agente y conectando la sirena. En pocos minutos aparcaban en la calle Vara del Rey, delante de la redacción de *La Rioja*.

La irrupción de los policías sorprendió un tanto a los colaboradores del diario, que desconocían por completo el paradero de su directora. Los hicieron pasar al despacho del redactor jefe.

—Buenas tardes, soy el comisario Anguiano.

—José Ramón Camero, ¿en qué puedo servirle?

—Buscamos a Cristina Castillo, ¿dónde podría encontrarla?

—Es nuestra directora, ¿no está en su despacho? —Haciéndose el loco, J. R. se levantó y se dirigió con ellos al despacho de su jefa. Fingió echar una ojeada a sus papeles y al calendario de mesa antes de responder—. Recuerdo que tenía algún tema médico estos días, quizá esté en el hospital.

—Miraremos allí, pero quisiera tener también su dirección privada, ¿puede facilitármela?

—Ella es muy celosa de su intimidad. Sé que vive en Haro, pero no exactamente dónde.

El policía tomó un bloc de notas del escritorio, apuntó unos números y se lo devolvió al periodista.

—Este es mi teléfono. En caso de que aparezca, llámeme, por favor.

—¿Ha pasado algo?

—Lo siento, pero no es de su incumbencia. Limítese a hacer lo que le he pedido.

El corazón de Camero le salía por la boca cuando los policías abandonaron la redacción. Mentir no le resultaba fácil, y mucho menos a las fuerzas del orden. Comenzaba a entender por qué Cristina quería desaparecer del mapa con tanta urgencia y, por primera vez, le asaltaron ciertas dudas. ¿Y sí no era tan inocente cómo le había estado haciendo creer?

A esa misma hora, en Burdeos, René Bonfils entraba en la celda de Pascal.

—Señor Leclerc, tengo algunas preguntas que hacerle.

—Solo responderé en presencia de mi abogado.

—Pues llámele y esperamos.

El interrogatorio dio inicio tan pronto como llegó el letrado a la gendarmería.

—Usted estuvo en Washington el día del homenaje a su hermano, ¿conocía a algunos de los asistentes?

—A muy pocos, la verdad. Soy contable, no viticultor.

—Entiendo, entiendo…

El gendarme golpeó la mesa ligeramente con los dedos, como si ensayara escalas sobre el teclado de un piano.

—Se lo preguntaré de otro modo: ¿le suena el nombre Guido Lungobaldi?

Por el gesto de su cara fue evidente que sí. René lo aprovechó para ahondar en el tema.

—Ya veo que lo conoce. Cuénteme un poco sobre él.

El abogado asintió despacio con la cabeza, autorizando a Pascal a responder.

—Fue uno de los amigos íntimos de mi hermano y tuvimos que soportarlo durante un buen tiempo.

—¿Qué quiere decir con eso exactamente?

—No quiero repetirme, ya sabe lo que pienso de la vida que llevaba Arnaud. Además, Lungobaldi es un tipo muy soberbio y poco transparente. No me extrañaría que tuviese alguna relación con la mafia.

—Suena interesante. Amplíeme, por favor, esta sospecha.

—Fueron palabras del mismo Arnaud. Hace años discutieron por un tema relacionado con robos y sobornos.

—¿También eran prácticas habituales por parte de su hermano?

—¡Que va! —Sacudió la cabeza—. Ese fue precisamente el motivo de su pelea.

Bonfils siguió el interrogatorio sin informar sobre la muerte del italiano. Sabía que podría envalentonar a Pascal.

—¿Aquello pasó o seguía habiendo rencor mutuo?

—No se volvieron a hablar desde entonces.

—¿Usted tampoco? ¿No lo saludó aquel día en Washington?

—Llegó muy tarde a la cena. Se sentó a su mesa sin haber podido socializar antes con el resto de invitados.

Aquel dato captó el interés de Bonfils, que tomó nota antes de proseguir con sus preguntas.

—Imaginemos por un momento que usted no asesinó a Arnaud, ¿cree que podría haber sido Lungobaldi?, ¿y que por eso llegó con retraso?

—Repetiré hasta la saciedad que yo no lo maté y que en esta celda debería estar la españolita en mi lugar —respondió, en tono despectivo y recibiendo la aprobación visual de su abogado—. En cuanto a Guido, no sé qué decirle. Se le veía afectado, pero hacerse notar o llegar tarde es su seña de identidad. Además, Arnaud llevaba ya horas colgado de la soga cuando apareció.

Aquella información era secreto de sumario e hizo saltar al gendarme como un resorte.

—¿Cómo sabe la hora de su muerte?

—No sé…, creo… —balbuceó Pascal, nervioso y lamentando aquel desliz—, ¡ahora lo recuerdo! Lo dijo Robert Parker cuando volvió al salón.

Nada convencido, y agotado ya por el interrogatorio, Bonfils lo dio por terminado y dejó a Leclerc hablando con su abogado en la celda. Aunque los últimos acontecimientos parecían apuntar hacia otro lado, prefirió mantenerlo encerrado allí.

No sería de extrañar, a estas alturas, que hubiese más de una persona implicada en una trama que no paraba de complicarse.

Algunos sospechosos morían asesinados mientras nuevos candidatos se iban añadiendo a la lista. En toda la carrera profesional del gendarme nunca había tenido que enfrentarse a un caso similar.

65

El comisario Anguiano abandonó la calle Vara del Rey tras su breve entrevista con J. R. y salió zumbando al hospital, entre destellos azules y con la sirena entonada. Antes de ello, ordenó a un agente que custodiara la entrada de la redacción por si en algún momento aparecía la directora.

El recepcionista del centro médico comprobó la ficha de Cristina Castillo. Había estado efectivamente allí, en consulta con su ginecólogo, pero había sido el día anterior. La información que Camero había proporcionado al policía no era exacta, pero veraz, lo que ayudó a que no desconfiara de él.

Tras esta segunda negativa, arrancaron el coche patrulla y tomaron a toda velocidad la carretera nacional rumbo a Haro. Sin conocer el domicilio de la periodista, irían directamente a Bodegas Castillo: Gonzalo había cenado también con Lungobaldi y podría darles información, tanto de su sobrina como del aristócrata.

Pasadas las seis de la tarde, quedaban ya pocos empleados trabajando. Por suerte, pudieron localizar aún al propietario. Libreta en mano, estaba en la sala de fermentación comprobando la temperatura de las cubas.

—Buenas tardes, soy Pedro Anguiano, jefe provincial de policía, y este es el agente Ruiz.

Tras saludarlos, Gonzalo los guio a una pequeña sala de reuniones, justo al lado de la recepción.

—Siéntense, ¿en qué puedo ayudarlos?

—Ayer tuvo usted invitados a cenar, ¿cierto?

—Así es: vino a casa un bodeguero italiano, amigo de la familia, con su esposa.

—Y le regaló vinos de esta bodega, ¿correcto?

—Pues sí…, ¿cómo lo sabe?

El agente Ruiz puso la caja de madera de Bodegas Castillo sobre la mesa.

—Su amigo ya no podrá disfrutar de ellos. Murió anoche en un accidente de coche y hemos encontrado esto en el maletero.

Castillo se llevó las manos a la cabeza al oír la noticia, pero no demostró estar excesivamente afectado. Exteriorizar emociones no era su fuerte.

—Dios mío, ¡qué horror! ¿Y su esposa?

—Está muy grave, pero creemos que sobrevivirá.

El comisario giró la cabeza para comprobar que nadie escuchaba antes de proseguir con la conversación.

—Mire, señor Castillo, seré breve para que no perdamos el tiempo ninguno de los dos: el accidente fue provocado, y todo apunta a su sobrina.

—No puede ser, si volvió a su casa después de cenar.

—Pues parece ser que quiso darse antes un garbeo por Ezcaray. Un coche que venía desde allí se pasó al carril contrario y obligó a Lungobaldi a dar un volantazo fatal.

—¿Por qué cree que fue Cristina?

—No puedo compartir detalles, pero estoy casi seguro. Necesito dar con ella urgentemente.

—Dirige el periódico *La Rioja*. Podrán localizarla allí.

—No estaba en la redacción esta tarde. ¿Podría acompañarnos a su casa?

—Por supuesto, déjenme tan solo un minuto.

Gonzalo despidió a los pocos empleados que aún se encontraban en la bodega, subió al todoterreno y los guio hasta el chalet de Cristina. Llamaron a la puerta un par de veces sin obtener respuesta. Los policías dieron una vuelta a la casa, pero todo estaba cerrado y en absoluto silencio. Anguiano contactó con la jefatura e hizo enviar

a un tercer agente para vigilar la casa. A continuación, apuntó su número de teléfono y se lo dio al bodeguero antes de marcharse.

—¡Llámeme! Sé que se trata de su sobrina, pero hemos de localizarla. La gendarmería francesa está investigando conmigo unos crímenes en serie y ella está implicada. Piense que es por su bien. Si resulta no ser la autora, en estos momentos podría encontrarse en grave peligro.

No muy lejos de allí, aquella escena estaba siendo observada a través de la rendija de una vieja puerta de madera. La distancia, sin embargo, era excesiva para oír la conversación entre Gonzalo y el comisario.

Cristina se había instalado en el almacén tras limpiarlo lo mejor que pudo y ordenar las provisiones en viejas y carcomidas estanterías de madera. De momento, estaba a salvo, y dejaría pasar unos días hasta que la policía bajara la guardia.

Pasó bastante miedo al atardecer, cuando el agente apostado en su casa se acercó al destartalado edificio. Afortunadamente, el borrado de las marcas de neumático había sido eficaz. También resultó providencial que a Neko no se le ocurriera maullar en aquel preciso instante. La gatita demostró estar bien conectada con ella.

Algunos kilómetros más al este, en Logroño, J. R. estuvo ejerciendo su rol de periodista. Indagando sobre Morell en diferentes páginas web y llamando por teléfono a un par de bodegas de prestigio, pudo confirmar que estuvo en Burdeos del 17 al 21 de julio. Aunque no consiguió averiguar su paradero durante el fin de semana posterior, parecía que las sospechas de su directora eran fundadas y no había tiempo que perder.

Como Cristina tenía completamente limitados sus movimientos, se le ocurrió una idea para poner a la policía sobre la pista de Víctor Morell. Abrió el Word en su ordenador y redactó una breve carta, suplantando la identidad de la riojana:

A la atención de Pedro Anguiano:

Creo haber descubierto al asesino en serie. Se trata del crítico de vinos Víctor Morell, que vive en Barcelona. Almorzó con Lungobaldi el día del accidente y se encontraba en los lugares donde mataron a los dos bodegueros franceses. René Bonfils lo podrá confirmar.

Repito que soy inocente y no puedo estar reclusa en una celda mientras el asesino anda suelto. Espero que lo comprenda.

CRISTINA CASTILLO

Con unos guantes de silicona abrió un paquete de papel y otro de sobres. Franqueó la carta ensobrada y se dirigió a Calahorra para tirarla allí en un buzón. Precisamente ella le había dado la idea unos días antes, al mencionar en su conversación la vecina ciudad riojana.

No tardaría más de un día en llegar.

66

Cristina había pasado la primera noche en su escondrijo. Los agradables veinte grados de temperatura nocturna y el cómodo saco de dormir la ayudaron a conciliar el sueño. Además, no estaba sola: Neko se había acurrucado a su lado y le hizo compañía durante aquellas inquietantes horas.

Lo primero que hizo al despertar fue acercarse a la puerta para comprobar si aún vigilaban su casa. El coche patrulla seguía en el mismo sitio, por lo que debía esperar a salir al exterior. Por suerte, el tejado estaba más que ventilado y dejaba entrar suficiente luz de día en el almacén.

En una esquina encontró unas grandes cajas de plástico, del mismo tipo que las que se usan durante la vendimia. Las apartó con cuidado por si se escondía alguna rata, pero solo salieron reptando del lugar un par de ciempiés y bichos de bola.

El suelo acumulaba polvo de lustros, pero dejaba entrever una plataforma cuadrada de madera con unas oxidadas bisagras en uno de los lados. Lo barrió con la escoba y levantó la trampilla con las uñas, dejando al descubierto un oscuro hueco y unos peldaños que descendían a un nivel subterráneo.

¡Había descubierto la entrada al pasadizo secreto!

Con una linterna en la mano y un bastón de madera en la otra, se aventuró a explorar aquel enigmático lugar. También llevaba un

mechero. Iría comprobando periódicamente que el aire tuviera suficiente oxígeno para respirar.

Mientras tanto, en el Hospital General de Logroño, Chiara Lungobaldi parecía estar ya fuera de peligro. Una nueva transfusión de sangre le había incrementado el número de glóbulos rojos y blancos, lo que la acercaba a niveles normales.

Anguiano se acercó hasta allí para ver si podía hablar con ella, pero aún estaba en la UCI y la mantendrían sedada hasta que pudiese bajar a planta. Tras abandonar el hospital, se dirigió a la redacción de *La Rioja* y habló con el agente que había apostado para controlar a la periodista. Aunque no había aparecido por los alrededores, le ordenó quedarse en su puesto durante el resto de la jornada. Decidiría más adelante si lo mantenía aún durante el fin de semana.

Cristina recorrió bastantes metros gracias a la luz de la linterna y pudo comprobar que el estrecho pasadizo estaba despejado y permitía respirar sin problemas, también desde ese lado. Como era de día, y encima laborable, decidió volver sobre sus pasos y esperar un momento más propicio para acercarse a la bodega. No le interesaba encontrarse a los empleados y tener que dar explicaciones.

Pasó el resto del día leyendo *Los ojos amarillos de los cocodrilos*, una exitosa novedad editorial, mientras Neko dormitaba plácidamente a su lado. Había acertado escogiendo aquel libro al hacer precipitadamente la maleta. Sin grandes pretensiones literarias, era una lectura amena y divertida, ideal para evadirse de la claustrofóbica sensación de reclusión. Estaba atrapada entre cuatro paredes y el largo corredor que conducía a la bodega.

A media tarde, la valija de correo de la jefatura traía una carta dirigida a Pedro Anguiano. No tardó ni un minuto en leerla y se apresuró a llevarla a sus colegas de la científica. Como era de

esperar, en el análisis del folio solo aparecieron sus propias huellas dactilares.

La misiva tenía matasellos de Calahorra, por lo que la joven debía de haber pasado por allí antes de abandonar la provincia. A tenor de su contenido, probablemente se encontraría en Barcelona, intentando dar con el sumiller catalán. Tendría que actuar con rapidez.

Antes de enviar una orden de búsqueda y captura a nivel nacional, llamó a la gendarmería de Burdeos para confirmar el contenido del escrito.

—Bonfils, *bonsoir*.

—Buenas tardes, comisario. Me alegra que aún consiga localizarlo.

Anguiano lo informó brevemente de la carta y de la aparente relación entre Víctor Morell y las diferentes víctimas, incluido Lungobaldi.

—Este hombre no figura en la lista de invitados a la gala ni en la de huéspedes del hotel. ¿Está seguro de ello?

—No lo conozco de nada, pero es el nombre que pone aquí. Según Cristina, estaba en el día y lugar de los tres crímenes.

—Investigaré sobre ello, gracias por informar.

Aprovechando la diferencia horaria favorable, René llamó a Joe Sinclair, su colega en Washington, quien confirmó que Víctor Morell había estado presente en la cena de gala de *The Wine Advocate*. Todos los asistentes tuvieron que registrarse y dejar sus huellas dactilares antes de abandonar el evento.

El gendarme colgó el teléfono con rabia y exclamó un sonoro *sacrebleu*. Un nuevo sospechoso presentaba su candidatura y, al igual que Cristina Castillo, su investigación requeriría colaborar con la policía española. Aquel caso era tan complicado como el puzle que Cristina estaba armando en el salón de su casa, solo que aquí se iban añadiendo más y más piezas a medida que pasaban los días.

Antes de abandonar la gendarmería, René hizo una última llamada a Anguiano para certificar que Víctor Morell se encontraba efectivamente en Washington el día que murió Leclerc. Desconocía su paradero cuando mataron a Deschamps, pero lo contactaría en cuanto lo averiguara.

La confirmación parcial del contenido de la carta convenció al comisario de rastrear a Morell, junto con Cristina, fuera de la provincia.

Lo primero que hizo fue contactar con la jefatura provincial de Barcelona. Víctor residía allí y quizá podrían localizarlo durante el fin de semana. Si no lo conseguían, el lunes ampliaría el radio de búsqueda a nivel nacional.

Tras colgar el teléfono, y antes de abandonar la comisaría, envió también un correo electrónico con la matrícula del Audi A3 y una foto de Cristina para poder identificarla si se encontraba en la ciudad condal.

La pelota había pasado a otro tejado, pero cada vez botaba con más energía e intensidad.

67

Tras varios intentos infructuosos el día anterior, la policía de Barcelona consiguió finalmente dar con Víctor Morell ese domingo. Lo condujeron de inmediato a la comisaría de la calle Mallorca para interrogarlo. El sumiller tuvo una cierta sensación de *déjà vu*. Años atrás, había acudido a ese mismo lugar cuando encontraron muerto al propietario del restaurante en el que trabajaba.

—No le entretendremos mucho, solo queremos hacerle algunas preguntas.

—No se preocupe, siempre estoy a disposición de las fuerzas del orden.

—Usted estuvo trabajando en Burdeos hasta el viernes 21 de julio, ¿podría decirme lo que hizo aquel fin de semana?

—Déjeme que haga memoria… ¡Ah, sí! Aquel día vino mi pareja Sofía desde Barcelona y pasamos allí el fin de semana con amigos.

—¿Deschamps era quizá uno de ellos?

—No definiría a Claude exactamente como un amigo.

Finalizado el tanteo preliminar, el agente puso la directa.

—En la madrugada del domingo 23 de julio, ese hombre fue asesinado en el jardín de su casa. ¿Qué me puede contar sobre ello?

—Lo recuerdo bien, la noticia me dejó muy impactado —respondió Morell, que no sabía aun lo que hacía en aquella comisaría —. En el último ejemplar de *The Wine Advocate* había escrito precisamente un artículo sobre él, elogiando uno de sus vinos.

—Vaya, qué oportuno…

Víctor contrajo los hombros como toda respuesta.

—¿Podría decirme dónde se encontraba usted aquella noche?

—En Pauillac, cenando con unos amigos bodegueros.

—¿Y recuerda a qué hora acabó esa cena?

—Pues no sé, supongo que sobre las once de la noche. En Francia no suelen alargarse tanto las veladas como aquí.

El agente iba apuntando todos los datos en un bloc mientras seguía con su interrogatorio.

—Pasemos ahora a La Rioja. Esta semana ha estado usted allí, ¿me equivoco?

—Así es, el miércoles a media mañana fui a catar unos vinos con la familia Castillo.

—¿Solo se encontró con ellos?

—Ese mismo día almorcé con el marqués Lungobaldi, un viejo conocido que estaba también casualmente en La Rioja.

—No sé si se da cuenta, pero desde que está hablando conmigo no han parado de surgir coincidencias… ¿Sabe usted que «casualmente» alguien lo mató esa misma noche?

Aquella pregunta pilló a Víctor totalmente a contrapié y no tuvo capacidad de reacción. Se mantuvo en silencio.

—Mire usted, a estos casos hemos de sumar la muerte del señor Leclerc, hace dos meses, en Washington. Me consta que también se encontraba usted allí por esas fechas.

—Arnaud se suicidó, no entiendo qué tiene que ver esto ahora.

—No disimule, esa es la versión oficial, pero también a él lo mataron. Tres viticultores que usted conocía bien, asesinados. Y, en los tres casos, usted estaba presente en el lugar del crimen. ¿Entiende quizá por qué lo hemos citado hoy aquí?

Pasado el efecto sorpresa, intentó reaccionar con serenidad y a la defensiva.

—¡Lo que usted dice no es cierto! Yo no pude asesinar a Lungobaldi; volví a Barcelona el miércoles por la tarde.

—¿Alguien puede atestiguarlo?

—Mi pareja estaba conmigo.

—Una coartada poco sólida, ¿no le parece?

Víctor bajó la cabeza sin pronunciar palabra, consciente, ahora sí, de que se encontraba en una situación muy delicada. Unas gotas de sudor comenzaron a humedecer su frente.

—Sintiéndolo mucho, tendrá que acompañarnos aquí por un tiempo hasta que avancemos con las indagaciones.

—¿Puedo llamar a Sofía para avisarla?

—Ya nos encargaremos nosotros de llamarla. Me interesa mucho su versión sobre ese viaje de vuelta a Barcelona.

Con cara de circunstancias, Víctor anotó para el policía el número de móvil de la neuropsiquiatra.

68

El interrogatorio a Víctor Morell y la acumulación de coincidencias con los tres crímenes habían convertido al sumiller, de la noche a la mañana, en el sospechoso principal, por encima de Pascal Leclerc, que difícilmente podía haber conducido el vehículo que se abalanzó sobre Lungobaldi.

Tras su detención por parte de la policía de Barcelona, Anguiano decidió retirar a su agente de la vigilancia de Cristina. Sin embargo, ella lo desconocía y no osaba aún abandonar su refugio por la puerta de entrada.

Camero pasó toda la mañana en la redacción de *La Rioja*, esquivando el alud de preguntas que le fueron dirigidas por parte de sus colaboradores, y, muy especialmente, de Rubén. El informático estaba muy preocupado por su directora desde que comenzó a faltar en la oficina. Ahora se le sumaba una patrulla de la policía que indagaba por su paradero y custodiaba la entrada del edificio.

Poco antes de la hora del almuerzo, abandonó su despacho y se fue andando al Hospital General. Tuvo que esperar hasta la última visita para poder hablar con el ginecólogo.

—Buenos días, doctor, soy el novio de Cristina Castillo. Ella ha tenido que ausentarse unos días y me ha pedido que le entregue este sobre.

—Qué raro, nunca me habló de una pareja estable. Y las mujeres suelen compartir estos temas con su ginecólogo…

—Hace muy poco que hemos formalizado nuestra relación —respondió J. R., esforzándose en resultar verosímil.

Algo escéptico, el médico tomó el sobre y leyó el escueto mensaje, en el que ella le pedía facilitar los resultados de la biopsia a su pareja. Al reconocer la letra de su paciente, y como las noticias a compartir eran positivas, decidió hacer una excepción a su código deontológico.

—No se pueden dar informes médicos a terceras personas, pero voy a hacer la vista gorda por una vez para que ella pueda dormir más tranquila. Hemos analizado el bulto que tiene en el pecho y se trata de un pólipo benigno.

A Camero casi se le escapa una lágrima al oírlo. No veía el momento de comunicarle a Cristina aquel fantástico resultado y fundirse con ella en un abrazo.

—Habrá que operar para extirparlo, eso sí. Se verá una cicatriz, pero intentaremos que sea mínima.

—Eso es lo de menos. Me importa un bledo que queden marcas mientras ella esté fuera de riesgo.

El médico observó complacido a J. R. Lamentablemente, muchas de sus pacientes aún se debatían entre su salud y seguir resultando atractivas a su pareja.

—Lo que no puedo hacer, a mi pesar, es darle a usted el informe detallado. Tendrá que recogerlo ella personalmente cuando pueda.

—Mil gracias, no sabe la alegría que le voy a dar cuando se lo comunique.

—Mejor de lo que cree, y por eso he decidido informarle a usted de los resultados. Su novia tiene un elevadísimo riesgo oncológico y estaba convencida de que el cáncer ya llamaba a su puerta.

Totalmente desconocedora de aquellas recientes y excelentes noticias, la riojana decidió abandonar aquella tarde el almacén para aventurarse por el pasadizo. A partir de las siete solo quedaría su tío en la bodega y podría compartir por fin con él su precaria situación.

Linterna en mano y con el mechero en el bolsillo para ir comprobando la calidad del aire, se adentró de nuevo en el subsuelo de los viñedos. El pasadizo parecía trazado con un tiralíneas y solo tenía unos pequeños huecos y aberturas para la ventilación cada

equis metros. Tras andar un buen rato sin encontrar nada más que paredes de cemento y todo tipo de bichos y arañas reptando en el suelo, se topó con las escaleras que conducían a la bodega. Días atrás ya las había recorrido en sentido inverso.

La trampilla se abrió con facilidad. Ella misma la había dejado libre de carga, aunque rodeada de barricas para ocultar su existencia. Aunque aún era de día, la zona de crianza estaba a oscuras y no se oían voces ni movimiento alguno.

Con mucho sigilo pasó al área de oficinas y comprobó que también estaba desierta. Se acercó al despacho de su tío, llamó a la puerta, pero nadie contestó, y, como un acto reflejo, bajó la manija de la puerta. No fue poca su sorpresa cuando esta cedió, dejando a la vista aquel inaccesible lugar.

No podía creer que por primera vez fuera a pisarlo, así que cerró la puerta a sus espaldas y decidió curiosear con libertad. Lo primero que le llamó la atención fue un tétrico crucifijo colgado de la pared que había detrás del escritorio: Jesucristo llevaba una tupida corona de espinas con el rostro lleno de dolor y las cinco llagas cubiertas de sangre. Otra imagen, a su derecha, representaba un sagrado corazón en llamas, atravesado por una flecha e igualmente ensangrentado. Sabía que era muy beato, pero no hasta ese punto.

Más le impresionó, al acercarse a la estantería, el retrato enmarcado de sus abuelos saludando al obispo Vidal y Barraquer y a Francisco Franco en una de sus visitas a La Rioja. Fernando y Gonzalo los acompañaban, en pantalón corto y uniforme escolar.

Después de observar la foto con detalle e imaginar lo que habría pensado su padre sobre ella, sus ojos fueron a parar a una carpeta que descansaba encima de la mesa. Rotulada como «Temas importantes», no pudo evitar abrirla y fisgar en su interior. Entre otros documentos, encontró gastos a liquidar, y cuál no fue su sorpresa al leer lo que estaba escrito en uno de los sobres: «¡Viaje a Washington!».

Lo primero que vio fue la factura de un hotel Holiday Inn a nombre de Bodegas Castillo: del 1 al 3 de junio. Después, algunas facturas de bares y restaurantes: del 1 al 3 de junio. Lo último, dos tarjetas de embarque de United Airlines a nombre de Gonzalo

Castillo, con salida desde Madrid el 1 de junio y vuelta desde Washington el 3 de junio.

Sin darle tiempo a recuperarse del asombro ni a guardar los documentos en la carpeta, la puerta del despacho se abrió de repente y apareció Gonzalo.

—¡Cristina! ¿Qué haces aquí dentro…? ¿Dónde diablos estabas estos días? —preguntó, desconcertado.

—En… en… el viejo almacén. He venido por el pasadizo secreto para hablar contigo.

—¿Y cómo lo conocías?

—Me lo enseñó papá cuando era pequeña —respondió, intentando ocultar su agitación.

Entonces Gonzalo bajó la vista y se fijó en las tarjetas de embarque que ella sostenía en sus manos temblorosas. Acto seguido, se giró y cerró con llave la puerta del despacho.

En Logroño, y en aquel mismo momento, J. R. acababa ya el trabajo en la redacción. Tras cerrar las oficinas, arrancó su coche y se dirigió a Haro para darle a Cristina la fantástica e inesperada noticia.

69

Pedro Anguiano recibió una llamada aquel lunes a última hora de la tarde: Chiara Lungobaldi ya no estaba sedada y había abandonado la UCI. Desconectó su ordenador, cerró el despacho con llave y salió zumbando hacia el Hospital General.

La italiana estaba en la habitación 314 de la tercera planta y los médicos lo autorizaron a visitarla, aunque con ciertas restricciones. Había salido de la fase crítica, pero aún estaba conmocionada, con severos hematomas en cabeza y brazos. Tenía el cabello rapado en el centro del cráneo y una aparatosa costra en la zona de la sutura.

—Buenas noches, señora Lungobaldi, me alegra ver que ya está mejor.

La aristócrata apenas tenía fuerzas para hablar y se limitó a levantar la mano ligeramente para devolver el saludo.

—Necesita descansar y no la molestaré más de un minuto. Tan solo una pregunta, ¿pudo ver quién conducía el coche contrario la noche del accidente?

Ella asintió.

—Dígame solo sí o no, moviendo la cabeza. ¿Era Cristina Castillo?

Chiara la movió de izquierda a derecha en señal negativa.

—Entonces debió de ser Víctor Morell, con quien almorzaron a mediodía.

Volvió a negar débilmente con la cabeza y cerró los ojos. Poco después, se había dormido y respiraba profundamente.

Anguiano salió del hospital frustrado y confundido. Pese a su debilidad, la mirada de aquella mujer denotaba plena conciencia. Sin embargo, había negado que ninguno de los principales sospechosos hubiese estado al volante del coche asesino.

A pocos kilómetros de allí, y tras atravesar el barrio de las bodegas, Camero cruzó la alameda de cipreses y detuvo el coche frente al viejo almacén. Tras asegurarse de que no había nadie vigilando, llamó a la puerta con sus nudillos.

—Cristina, ¿estás ahí? ¿Cristina?

Al no obtener señales de vida, apartó el candado roto que ella había dejado para disimular y empujó la descascarillada puerta. Solo un tímido maullido de Neko rompió el silencio reinante. El sol aún no se había puesto y pudo ver que la gata estaba en el transportín con la puerta cerrada. No había ni rastro de su dueña. Una vez dentro de aquel lugar, divisó las cajas de plástico apiladas en una esquina y la trampilla abierta a su lado.

Tras bajar los primeros peldaños de las escaleras, se sumió en la más absoluta oscuridad. Un temor repentino hizo presa en él y lo obligó a subir corriendo a la superficie. Necesitaría una linterna para recorrer ese camino. Y también un arma, aunque solo fuera un martillo o cuchillo de cocina.

Mientras tanto, en el despacho de Gonzalo, Cristina se sentía incapaz de asimilar lo que estaba ocurriendo. Su mente rebobinaba a toda velocidad los hechos acontecidos desde que recibiera la famosa carta de la notaría de Burdeos. De repente, las piezas de aquel complejo rompecabezas empezaban a encajar.

—¿Qué está pasando aquí, tato? Dime que no es verdad lo que estoy imaginando —preguntó, muy alterada y con voz temblorosa.

—Siento decirte que hoy has traspasado una línea roja. Hay lugares en los que es mejor no meter las narices, y mi despacho es uno de ellos.

—La puerta no estaba cerrada…

—Tampoco lo está ya la caja de Pandora. Acabas de abrirla y ya no será posible volver a cerrarla. —Con lentitud, dio dos pasos hacia

ella.

—¿De verdad estuviste en Washington el 2 de junio?

—La periodista se nos ha vuelto ahora detective. ¡Bravo! —Dio dos pasos más.

—¡¡¡Fuiste tú quien mató a Leclerc!!!

—Me vi obligado a ello para vengar a Fernando, Cristina. Tu padre, de joven, era un poco…, digamos que afeminado. Sin embargo, entre todos conseguimos enderezarlo y se casó con tu madre, te tuvo a ti… —Gonzalo cambió repentinamente el rictus de la cara, que comenzó a destilar odio y desprecio a partes iguales—. Fue esa escoria de Arnaud quien lo desvió. Y nunca más volvió al recto camino.

—¿No crees que fue más feliz con su nueva vida?

—¡En este mundo no nacemos para ser felices, sino para obedecer a Dios y sus santos mandamientos! Eso implica disciplina, sacrificio, austeridad y castidad, ¡valores a los que tu padre renunció! ¡¡¡Se volcó en el placer y en la lujuria de la mano de un pecador que merecía la muerte!!!

Cristina escuchaba incrédula la retahíla de palabras que brotaban de la boca de su tío. A su lado, hasta los fundamentalistas religiosos de Al Qaeda se quedaban cortos.

—Además, necesitaba conocer el secreto detrás de sus vinos. Tuvo muchas ocasiones para compartirlo conmigo, incluso le propuse asociarnos, pero no hubo manera. Quise darle una última oportunidad en la habitación de su hotel, pero fue incapaz de entender que elevar Bodegas Castillo a la élite mundial sería el mejor homenaje a su querido Fernando. No tuve otro remedio que eliminarlo y hacerme con su portátil para resolver el misterio de Château Marchant.

—Entonces ¿por qué diantres no has dejado de darme la lata con este tema?

—¡El maldito trasto no se dejó desencriptar!

Cristina agradeció para sus adentros que el MacBook de Arnaud no hubiera llegado a las manos de alguien como Rubén. Seguro que «el pianista» lo habría conseguido.

—Tu padre fue el artífice de aquel milagro enológico. Ya podría haberlo compartido conmigo. Era terco como una mula y siempre hizo lo que le apetecía, sin tenerme en cuenta para nada.

Gonzalo hizo una pausa antes de revelar a su sobrina un secreto familiar largamente escondido.

—No sé si lo sabes, pero cuando heredamos la bodega, estaba en un momento muy delicado. Tu abuelo era muy aficionado al juego y, en los últimos años, con sus facultades ya algo mermadas, había perdido una cantidad ingente de dinero jugando al mus. Fernando se limitó a quedarse algunas hectáreas y me pasó a mí el mochuelo, como si fuera una limosna, para que reflotara el negocio.

La periodista no daba crédito a lo que estaba oyendo. Siempre creyó que cediéndole la bodega le había hecho un gran favor. Incluso su madre le recriminó en su momento su falta de ambición.

—En fin. Al final también él tuvo su merecido.

—¿Ma-mataste a… papá?

—¡Debí hacerlo! Ya te dije que a veces las pruebas a las que nos enfrenta Dios son muy difíciles…

Cristina miraba a su tío completamente consternada. Aquello no podía estar ocurriendo.

—Solo comíamos setas él y yo, así que me bastó introducir un par de especies venenosas en su plato y en el mío. Ya me aseguré de servirme a mí una amanita muscaria, tóxica pero no mortal, y a él una amanita phalloides, de efecto más retardado, pero absolutamente letal. Sobre todo, para alguien con el hígado delicado.

Cuando Gonzalo estaba ya solo a dos palmos de distancia, Cristina se levantó de la silla como un resorte y se abalanzó histérica sobre él, golpeándolo descontrolada con los puños. Este se defendió y le dio un empujón que la llevó directa al suelo, justo al lado de la puerta. Rápidamente abrió un cajón del escritorio, sacó una pistola y disparó al aire.

—¡Estate quieta! Si no, aunque Dios sabe que no quiero, la próxima bala será para ti.

Tumbada en el suelo, Cristina rompió a llorar amargamente. Llena de dolor, sintió que su corazón se rasgaba como la cortina del

templo de Jerusalén. La fuerza bruta con la que su tío se había deshecho de ella le reveló la facilidad con que habría podido acabar con Claude y aupar el cadáver de Arnaud a la soga.

70

Washington, 2 de junio de 2006

Arnaud Leclerc aún no se había adaptado a la zona horaria de Washington y estaba despierto desde hacía algunas horas. Sin embargo, tuvo que esperar hasta las ocho para bajar a desayunar. Había quedado con la viticultora Lalou Bize-Laroy para compartir mesa.

Debido a su constitución y a la dieta que seguía por la diabetes, era extremadamente delgado. Le quedaban muy bien los pantalones tipo pitillo o *slim fit* como el de color blanco que se había enfundado aquella mañana, combinado con una camisa de seda de color fucsia y unos mocasines tipo *sport* de Salvatore Ferragamo.

—*Bonjour,* Lalou —saludó a la Reina de la Borgoña, que ya lo esperaba sentada a una de las mesas del lujoso salón comedor.

—Buenos días, *mon ami*, y felicidades por tus éxitos. Creo que estamos aquí los propietarios de las dos mejores bodegas en Francia.

Él vaciló:

—No lo digas muy alto, a ver si alguien tiene una mala idea…

—Tendremos que pedir un catador, para evitar que nos envenenen —añadió la gran dama del vino, esbozando una sonrisa.

Tras disfrutar de un delicioso desayuno, ambos viticultores se despidieron hasta la gala de aquella noche en la embajada francesa.

Al pasar por el *lobby* del Four Seasons, Arnaud vio una tienda de *delicatessen* y decidió entrar. Le sorprendió la amplia oferta de vinos estadounidenses que tenían, sobre todo de Napa Valley, y compró uno de sus favoritos para disfrutarlo en la habitación: el Andrus Estate Cabernet Sauvignon, de la bodega Pine Ridge.

A continuación, se dirigió a su *suite*, en la última planta del hotel, y se puso cómodo, sustituyendo los mocasines por unas elegantes pantuflas de terciopelo granate con sus iniciales A. L. bordadas en hilo dorado.

Se sentó en la silla del escritorio y abrió su flamante portátil MacBook para trabajar un rato antes de salir a pasear por el *mall* de Washington. Había pasado poco más de una hora cuando alguien llamó a su puerta.

El visitante llevaba unas zapatillas Converse, unos pantalones vaqueros y una sudadera gris que le daban un aspecto juvenil.

—*Bonjour*, Arnaud.

—Caramba, Gonzalo, qué sorpresa. Adelante, no te quedes en el pasillo.

Ya dentro de la habitación sacó las manos de los bolsillos y se bajó la capucha para saludar a Leclerc.

—Te veo muy deportivo, parece que te hayas sacado diez años de encima.

—Estamos en América, hay que adaptarse —respondió el riojano bromeando y para justificar su atípica vestimenta—. Y, por cierto, enhorabuena. Lo que has conseguido es una proeza.

—No será para tanto. Venga, siéntate un rato, que compartiremos un vino excelente.

Mientras Gonzalo dejaba su mochila en el suelo y se sentaba en uno de los sillones de la antesala, Leclerc descorchó el Pine Ridge y sacó dos copas y un cóctel de frutos secos del mueble bar. Vacío los *snacks* en un pequeño bol y llenó las copas antes de brindar.

—Por el vino.

—¡Y por nosotros, *santé*!

Tomaron unos cuantos sorbos del espléndido *cabernet sauvignon*, compartiendo sus experiencias de cata, hasta que Gonzalo se levantó para ir al baño. Una vez dentro, se enfundó unos guantes de piel, sacó tres viales de insulina de su bolsillo y los sustituyó por los tres que Leclerc tenía dentro de su neceser.

Dobló los guantes y los guardó en los bolsillos de la sudadera antes de volver a la antesala y proseguir con la conversación.

—¿Cómo es que estás en Washington? No sabía que estabas invitado a la cena de esta noche.

—Considéralo como una representación de Fernando. Al final, este homenaje también va destinado a él.

—Eso es cierto. Sin su asesoramiento, no habríamos conseguido llegar a los cien puntos.

—De esto precisamente quisiera hablar hoy contigo, Arnaud. Hemos conversado ya en alguna ocasión sobre ello, pero creo que hoy es el mejor momento para retomarlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Leclerc, intrigado.

—A asociar Château Marchant con Bodegas Castillo. Gracias a Fernando, tus vinos han alcanzado un prestigio inédito en la historia. No podrías mostrarle mayor agradecimiento que ayudando a que la bodega que tiene su apellido siga los mismos pasos.

—Me sorprende que vuelvas a hablar de esto, Gonzalo. Tu hermano nunca estuvo por la labor, ya lo sabes.

—Él era muy tozudo, pero le haríamos un gran tributo si introdujésemos en Bodegas Castillo los «polvos mágicos» que él descubrió. Sólo necesito que me desveles el secreto. Estaría dispuesto a pagarte suculentos *royalties*.

—Me parece muy triste que en un día como hoy llames a mi puerta para volver a las andadas con esta cuestión. Sintiéndolo mucho, mi respuesta es un rotundo no. Además, por mucho que quisiera, lo controlaba Fernando. Yo estaba al corriente, pero desconocía algunos detalles. Tras su repentina muerte no he podido continuar haciendo lo mismo.

Gonzalo esbozó una mueca de resignación y lanzó una mirada furtiva al MacBook que estaba abierto en el escritorio de la antesala.

—Y ahora, si me excusas, necesito tomar una medicación. Acábate el vino con calma y te veo dentro de un momento.

Arnaud se dirigió al lavabo, sacó una jeringuilla de su funda plástica y extrajo un mililitro de uno de los viales que tenía en el neceser. Mientras se inyectaba su dosis diaria de insulina, oyó como la puerta de la *suite* se cerraba, pero no imaginó que, al salir al dormitorio, Gonzalo se habría esfumado como por arte de magia.

Supuso que se habría molestado por su enésima negativa y no le dio más importancia. Tras tomar un pequeño sorbo del Pine Ridge, se sentó de nuevo en el escritorio y reanudó la sesión de trabajo. No había pasado ni media hora cuando tuvo que dejarlo. Comenzó a notar temblores en todo el cuerpo, seguidos de visión borrosa y convulsiones. Totalmente mareado, se levantó de la silla y comenzó a andar, tambaleándose, hasta que perdió el conocimiento y cayó con estrépito al suelo de la antesala.

Tras oír el ruido del cuerpo desplomándose, Gonzalo abandonó el armario de la entrada, donde había permanecido escondido. Con los guantes puestos, sacó una soga de su mochila e hizo un nudo del ahorcado en uno de los extremos. A continuación, se subió a una silla y ató el otro extremo fuertemente a la lámpara que colgaba del techo del dormitorio.

Era la una de la tarde. Arnaud ya había dejado de respirar cuando su asesino lo levantó del suelo y lo llevó bajo la lámpara. Pesaba poco más de cincuenta kilos, por lo que no le costó demasiado al corpulento riojano izarlo hasta la soga, cerrar el nudo alrededor de su cuello y soltarlo para que quedase colgado de ella.

Aún permaneció unas horas en la *suite*, para evitar que la cámara de seguridad lo grabase en el intervalo de tiempo cercano a la muerte de Leclerc. Aprovechó ese tiempo para lavar, con mucho esmero, su copa de vino, la secó con una toalla y volvió a dejarla en el mueble bar. También dejó la silla del escritorio tumbada en el suelo y una de las pantuflas a su lado, para dar más credibilidad al suicidio. Estuvo constantemente con los guantes puestos, por lo que no precisó borrar huellas dactilares de los objetos que había tocado.

Finalmente, cargó el MacBook en su mochila, se enfundó la capucha y entreabrió la puerta de la *suite*. Al ver que no había nadie

en el pasillo, salió al exterior, cerró la habitación y anduvo, de espaldas y con las manos en los bolsillos, hasta llegar a las escaleras de emergencia.

Tendrían que pasar aún algunas horas hasta que el cuerpo de Arnaud fuera descubierto.

71

Haro, 7 de agosto de 2006

J. R. se dirigió a la casa de campo de sus padres. Cihuri estaba a pocos kilómetros de Haro y allí encontraría lo que necesitaba para aventurarse dentro del subterráneo. En un armario del recibidor encontró la linterna que usaban cuando se fundían los plomos, cosa harto frecuente en casas antiguas con instalación eléctrica precaria. Su padre era cazador y tenía una escopeta de perdigones en el garaje, pero él no sabía manejarla y prefirió decantarse por tomar un cuchillo jamonero que encontró en la cocina.

Con todo aquello, volvió de nuevo al almacén y se adentró en aquel largo y lúgubre pasadizo, totalmente desconocedor de lo que podría hallar en su interior.

Al otro lado, Cristina se secaba las lágrimas sin dejar de mirar a su tío con desprecio infinito.

—Estás completamente loco. Me está persiguiendo la policía, tanto en Francia como aquí, y tardarán poco en detenerte. Con varios asesinatos a la espalda, no te escaparás de treinta años de cárcel. Y eso, a tu edad, significa cadena perpetua.

—No tengo más remedio, no puedo dejarte ir. Y a mí nadie me va a buscar: para Anguiano eres la autora de los crímenes, pero constas como fugada. Además, nadie conoce ese pasadizo, ni

siquiera Carmen y Álvaro. Nunca te encontrarán allí. —Esto último lo dijo con tal frialdad que Cristina se dio cuenta de que, o bien era un psicópata, o bien había perdido la razón. Probablemente, ambas cosas.

La periodista había compartido la existencia del almacén y el pasadizo con J. R., pero no tenía forma humana de contactar con él. Con su tío delante, no podía conectar su móvil para enviarle un SMS. Con todo perdido, la única estrategia que le quedaba era intentar ganar tiempo, esperando que se produjera un milagro, igual que Sherezade en las *Mil y una noches*. Se puso en ello.

—¿Qué mal te había hecho Claude?

—Deschamps era un adúltero. Si no lo hubiese frenado, te habría arrastrado a ti también en su pecado. Aunque, bien mirado, ya te has acostado con media Rioja.

—Eres asqueroso. ¿Sabes que, asesinándolo, casi me metes a mí en la cárcel?

—Entraba dentro de mis cálculos, sobrina. Soy tu tutor y me habría hecho cargo de Château Marchant y sus secretos. Tú no sabes nada de viticultura y yo me he desvivido por Bodegas Castillo sin tener ningún reconocimiento internacional. Si alguien se merece los cien puntos de Parker soy yo.

—¿Y Lungobaldi? ¿También ansiabas su bodega?

—Eres la principal sospechosa, tanto para la policía española como para la gendarmería. Su muerte suponía la gota que colma el vaso y te habría llevado directamente a la cárcel…, si no hubieses metido la nariz donde nadie te llamaba, claro. Además, Guido era un invertido sin escrúpulos. Bien mirado, el mundo no ha perdido gran cosa.

—¿Y qué culpa tenía la pobre Chiara?

—Daños colaterales. Aunque parece ser que ella ha sobrevivido al accidente.

Siempre había tenido discusiones y rifirrafes con su tío, pero nunca habría llegado a imaginar que pudiera ser tan cínico y maquiavélico. Al definir el perfil afable y familiar de un psicópata asesino, ¡se estaba describiendo a sí mismo!

El enfermero del turno de noche en el Hospital General de Logroño tuvo que acudir a la habitación 314. Chiara Lungobaldi había pulsado el botón de aviso. Con mucho esfuerzo, y de modo muy espaciado, consiguió pronunciar unas palabras cuando entró el sanitario.

—Go-Gonzalo… Ca-astillo.

—¿Gonzalo Castillo? —preguntó él—. ¿Tenemos que llamarlo?

Sacudió la cabeza en señal de negación y dijo aún unas últimas palabras.

—Co-coche… Él.

Exhausta, apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos para descansar. El enfermero no entendió nada, pero lo comentó enseguida con la responsable de la tercera planta. Consciente de que aquella paciente era importante para la policía, agarró el teléfono y marcó el número de móvil que le habían facilitado.

—Anguiano, dígame.

—Le llamo desde el hospital. Siento molestar a estas horas, pero tengo una novedad de la paciente de la 314.

—No tiene por qué disculparse, adelante.

—Nos ha avisado hace un momento para pronunciar unas palabras. No parecen tener mucho sentido, pero he querido compartirlas con usted.

—Estoy listo para apuntar, díctemelas, por favor.

—Gonzalo… Castillo… Coche… Él.

El comisario no pudo evitar que se le cayera la estilográfica de las manos al oír aquel nombre.

—Gracias por llamar y cuiden bien de esa mujer: es importante que sobreviva.

Anguiano colgó el teléfono, recogió la pluma del suelo y permaneció unos instantes como petrificado en su sillón. Lo que acababa de oír le parecía increíble, pero, de ser cierto, tendría que actuar rápido y antes de que se produjeran nuevas víctimas.

72

El sol empezaba a ponerse en el barrio de las bodegas. Cristina llevaba ya un buen rato en el despacho de Gonzalo y cada vez veía más lejos la posibilidad de que pudiese ser rescatada de sus garras. Tuvo una ocurrencia para alargar al máximo su permanencia en el mundo de los vivos. Hablaría del vino de Château Marchant.

—Has pensado muy bien la estrategia, tato, te felicito, pero se te ha escapado un pequeño detalle.

—A ver por dónde me saldrá ahora mi sobrina sabihonda.

—Si me matas, no vas a saber nunca lo que hizo tu hermano con los vinos de Leclerc. Ya has visto que su portátil esta mudo. Y creo que es algo que te interesa bastante.

La joven había dado en el clavo. Con la visita de Lungobaldi y los acontecimientos posteriores, casi se había olvidado del tema que lo obsesionaba desde hacía años. Sus ojos se iluminaron como una bombilla y brillaron de codicia.

—Bien visto, tienes una oportunidad de oro para salvar la vida.

—Por lo tanto, te cuento lo que contiene la botella sin etiquetar, me dejas volver a casa tranquilamente y aquí no ha pasado nada. ¿Estamos de acuerdo?

—He hablado de dejarte viva, no en libertad.

—¡Pues qué mala suerte! Resulta que me falla mucho la memoria cuando estoy reclusa. Me di cuenta la noche que pasé en la gendarmería.

—Aquí no pasará, te lo aseguro.

Abrió un cajón y se metió una linterna en el bolsillo, se dirigió hacia Cristina y la levantó bruscamente por un brazo. Luego se sacó del bolsillo la llave del despacho y abrió la puerta.

—Venga, nos vamos de excursión al almacén —le ordenó, apuntándola con la pistola—. Hablaremos más tranquilos, y es posible que te quedes allí una temporadita.

Cuando entraron a la sala de crianza, Gonzalo cogió una de las cuerdas que utilizaban para mover las barricas, maniató a Cristina por la espalda y la llevó a empujones hasta la entrada del pasadizo. Luego se agachó y, sin dejar de apuntarla, abrió la puerta de la trampilla, encendió la linterna y empezaron a bajar las escaleras. Cristina estaba ya en el penúltimo peldaño cuando Gonzalo creyó divisar un destello de luz en medio de la oscuridad.

Rápidamente, apagó la linterna, se la volvió a meter en el bolsillo y le tapó la boca a su sobrina.

Al ver también aquel lejano punto luminoso, Cristina mordió la mano de su tío y se zafó de su presión para gritar con todas sus fuerzas hacia el interior del túnel. Este reaccionó de inmediato y tiró de ella por la cuerda, obligándola a subir de nuevo a la superficie. Una tenue voz llegaba hasta allí, ¿sería el eco de sus gritos?

Al salir, y fuera de sí, Gonzalo le dio una sonora bofetada a su sobrina en la mejilla y la obligó a ponerse en el suelo de rodillas, sin dejar de apuntarla con su arma. Recogió un trapo de la zona de trasiego y le vendó la boca para que no pudiera volver a abrirla.

A continuación, se situó detrás de la trampilla para recibir al insospechado visitante con todos los honores. La espera se prolongó durante unos tensos e inacabables minutos, en los que el aire podía cortarse con un cuchillo. Cristina comenzó a sudar por todo el cuerpo, sabedora de quién se estaba acercando, e impotente para avisarlo del peligro que corría.

Muy cerca de allí, una moto de trial había dejado atrás la rotonda de Bodegas Muga y tomaba un camino de tierra en dirección al chalet de la periodista. Atravesando la alameda de cipreses, y ya en

penumbra, el piloto pudo observar que el interior estaba a oscuras y en silencio. Sin embargo, a corta distancia, un coche se hallaba estacionado frente a un edificio semiderruido y con la puerta abierta de par en par.

Gonzalo y su sobrina se mantenían expectantes en la sala de crianza mientras un grito emergía del hueco subterráneo, muy amortiguado y llamando a la periodista.

—¡Cristina! ¿Estás ahí?

Con el silencio como única respuesta, aquella voz se fue acercando, tornándose más fuerte y nítida.

Lo primero que vio J. R. al asomar la cabeza por la trampilla fue a su directora, con la boca vendada y de rodillas, sacudiendo el torso con desesperación para que volviera por donde había venido. Fue en vano: Gonzalo lo estaba apuntando con la pistola y lo obligó a subir los últimos peldaños.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? Llegó el héroe para salvar a su princesa.

Aunque Camero apenas lo conocía, no podía salir de su asombro. Cristina siempre le había hablado de su querido tío, de las comidas en su casa, de todo lo que había aprendido con él sobre el vino… ¿Cómo era posible encontrarse de repente en aquella situación?

—Veo que las noticias vuelan, pero, sintiéndolo mucho, esta no aparecerá mañana en los titulares de *La Rioja*.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Tú no preguntes mucho. ¡Tira este cuchillo al suelo y colócate a su lado!

Se puso la pistola en el cinturón para coger otra cuerda y le ató las manos por detrás, al igual que lo había hecho con Cristina.

J. R. aprovechó el momento para susurrarle a ella unas palabras al oído. Emocionada, aquel mensaje le humedeció los ojos. La noticia quizá le llegaba demasiado tarde, pero era sin duda lo más positivo que le había deparado aquel viernes interminable.

—¡Dejaos de secretitos! Cómo le digas una palabra más, te disparo en la cara y se te pasarán las ganas, ¿entendido?

—¿No podría quitarle ese trapo de la boca? Ahora ya no hay riesgo de que pueda avisarme.

El bodeguero miró con cara de odio al apuesto periodista de ojos azules y cuerpo musculado. ¿Cuántas veces se habría beneficiado de Cristina?

Su instinto le habría hecho apretar el gatillo en aquel mismo instante, pero supo contenerse. Era irascible, pero también muy cerebral.

—Voy a quitarle la venda, pero no porque me lo hayas pedido tú, desgraciado. Tengo motivos más poderosos.

Mientras deshacía el nudo de la nuca de su sobrina, prosiguió.

—Empieza a contarme cosas sobre tu nueva bodega, querida. Venga, ¡estoy intrigado!

—Eres deleznable.

Castillo respondió con una histriónica carcajada. Mientras el eco resonaba entre las barricas de roble, J. R. se preguntaba si aquel hombre estaba aún en sus cabales.

73

Tras la llamada del hospital, Pedro Anguiano se vistió de nuevo con el uniforme y se apresuró a ir a la jefatura. Desde allí, y acompañado de uno de los agentes de guardia, se subió al coche Z de patrulla y se dirigió a Haro con las sirenas entonadas y a toda la velocidad que permitía un Citroën Xsara.

Media hora más tarde aparcaban en la calle Siervas de Jesús, dado que la comisaría de Haro les había facilitado el domicilio de la familia Castillo.

Carmen tardó poco en abrir la puerta. Al ver a la policía un viernes a esa hora se sorprendió y pensó de inmediato en su sobrina. Estaba segura de que se le habría complicado la situación.

—Buenas noches, ¿es usted la señora Castillo?

—Así es, ¿en qué puedo servirles?

—Nos gustaría hablar con su marido, ¿está en casa?

Convencida de que lo buscaban por Cristina, les dijo enseguida dónde podrían encontrarlo.

Mientras tanto, en la bodega, con los dos periodistas maniatados y sentados en el suelo, Gonzalo intentaba sonsacar a su sobrina. Al fin y al cabo, era ella la que había abierto el melón al mencionar el vino de Château Marchant.

En cuclillas y pistola en mano, prosiguió.

—Por última vez, ¿qué contiene la botella que mezclaste el otro día durante la cata? —le preguntó, a dos palmos de su cara.

—Si tu hermano nunca lo compartió contigo, ¿crees que voy a hacerlo yo? No me hagas reír.

—Descarada, te voy a enseñar a respetar a tu tío.

Volvió a darle un bofetón en la cara, ese aún más fuerte que el anterior. Cristina pensó de pronto y con dolor en su tía Carmen: ¿cuántas veces habría sido ella víctima de la violencia de su marido?

La ira de Gonzalo iba *in crescendo* a medida que ella daba respuestas cada vez más esquivas e insolentes. Viendo que su sobrina se negaba en redondo a confesar, movió la pistola unos centímetros a la derecha y pasó a apuntar directamente a la sien de J. R.

—Se me acabó la paciencia, sobrina. Voy a contar hasta tres. Si no entras en razón, puedes despedirte de tu querido redactor.

Cristina no esperaba aquella sucia maniobra por parte de su tío. No tendría más remedio que revelar el secreto que tanto codiciaba. Camero se dio cuenta de sus intenciones y le gritó:

—¡No entres en su juego! Sabe perfectamente que…

El culatazo que recibió en la cabeza lo dejó conmocionado unos instantes.

—Otra impertinencia como esta y no hará faltar llegar a tres.

El bodeguero clavó la mirada en su sobrina, expectante y sin pestañear mientras iniciaba la fatídica cuenta.

—A la de uno…

La tensión empezó a hacerse insoportable en la sala en penumbra mientras Gonzalo señalaba los segundos con los dedos de su mano. Unas gotas de sudor comenzaron a brotar de la frente de Camero, que casi podía notar el frío metal del arma sobre su piel.

—A la de dos…

Incapaz de soportar más aquel chantaje, la riojana se disponía ya a abrir la boca para a hablar de Rano Teide cuando el sonido de una sirena lejana rompió el silencio reinante.

Al percatarse de que el sonido se aproximaba, y sin perder ni un minuto, Gonzalo empujó con el pie el cuchillo de J. R., dejándolo

caer por el hueco. Encendió la linterna y los obligó a bajar las escaleras.

Cuando ya solo asomaba su cabeza, apartó la cuña que inmovilizaba la barrica colindante, de modo que fue rodando unos centímetros al cerrar la trampilla, escondiendo y obstruyendo la entrada del pasadizo.

Cristina aprovechó el momento de distracción para gritar a su compañero. No imaginaba lo mucho que tendría que lamentarlo.

—Corre, J. R., ¡sálvate tú por lo menos!

Camero saltó los últimos tres peldaños y había echado ya a correr cuando un seco disparo retumbó con un eco a lo largo del angosto pasaje. El periodista se desplomó en el suelo con la pierna derecha perforada y sangrando.

74

Anguiano bajó del coche Z con el otro agente y se acercó a la entrada de Bodegas Castillo. Aunque no parecía haber ni un alma, la puerta principal abierta les permitió acceder a la recepción. Aquello le dio mala espina, por lo que sacó la pistola de la funda. Siguió avanzando hacia el interior del edificio, accionando los diferentes interruptores para iluminarlo.

Al cruzar el área de oficinas, se paró un instante, levantando la cabeza y olisqueando.

—Aquí ha estado alguien hasta hace muy poco.

—Si está todo desierto…

—Huele a sudor. La bodega cerró por la tarde y este olor no puede haber permanecido aquí tantas horas.

—Ahora que lo dice, es verdad.

El comisario siguió avanzando y bajó las escaleras que conducían a la sala de crianza, apuntando con la pistola nervioso y a todos lados. Tampoco allí había señales de vida.

Dentro del pasadizo, Cristina se había rasgado la camisa para hacerle un torniquete a J. R. Años atrás había hecho un curso de primeros auxilios gracias al cual pudo cortar algo la hemorragia. Sin embargo, la pierna le dolía horrores y solo podía andar arrastrándola lastimosamente.

—Os habréis dado cuenta de que no voy de farol. La próxima bala no será tan inofensiva, os lo aseguro.

—Este cinismo sobra… ¿No ves que se está retorciendo de dolor?

—Mira quien habla sobre comentarios cínicos. Como si esa boquita no supiese disparar también con artillería pesada.

—Solo la utilizo al hablar contigo. Supongo que siempre ha sido el mejor modo de defenderme de tus impertinencias.

—¡Qué vida tan desgraciada, la tuya! Pero hoy es tu día de suerte: en este zulo ya no tendrás que soportarme más.

En aquel momento, y como un repentino flash, recordó que Camero había tenido que entrar por el almacén abandonado.

—Por cierto, chico, ¿has dejado abierta la puerta del almacén?

—Puerta y trampilla están abiertas de par en par y mi coche aparcado delante. La policía tardará muy poco en localizarnos. Empiece a rezar sus oraciones, que me consta que se sabe unas cuantas.

Como toda respuesta al provocativo comentario de J. R., le propinó un fuerte puñetazo que lo hizo sangrar por la nariz. El pobre periodista debía de tener los glóbulos rojos bajo mínimos.

—Y ahora, tirad para adelante, ¡rapidito!

Aún maniatado, Camero fue avanzando metros, arrastrando la pierna con gran esfuerzo. Aunque Gonzalo les había prohibido hacer ruido, no pudo reprimir algún que otro grito cuando el dolor se volvía insoportable. Media hora más tarde, la linterna iluminó por fin el inicio de las escaleras.

Era ya noche cerrada y faltaban apenas dos días para el plenilunio de agosto. La luz de luna que iluminaba el interior del almacén se filtraba muy tenuemente a través de la trampilla.

Para evitar que Cristina, que iba en primer lugar, saliera corriendo una vez arriba, esa vez fue él quien inició el ascenso. Se giró de espaldas y fue subiendo los peldaños, uno a uno, y sin dejar de apuntar a sus prisioneros.

A unos metros de allí, en Bodegas Castillo, los policías continuaban inspeccionando las instalaciones de cabo a rabo. Anguiano estaba

convencido de que Gonzalo se encontraba allí cuando llegaron y que la sirena del coche patrulla lo alarmó.

Tras una minuciosa búsqueda, finalmente tuvieron que desistir. Probablemente se habría dado a la fuga por alguna de las puertas laterales que comunicaban la bodega con el exterior. Sin embargo, estaban cerradas con llave y no pudieron verificarlo.

El barrio de las bodegas lindaba con el meandro del río Ebro. ¿Se habría dirigido a casa de Cristina? El trayecto podía recorrerse a pie perfectamente y tardarían pocos minutos en comprobarlo.

Mientras tanto, en el otro extremo del pasadizo, J. R. apenas podía con su alma. Cada peldaño que intentaba subir era un suplicio. ¡Y eran quince! Su pierna le dolía más que un ataque de ciática.

Gonzalo casi estaba ya en la superficie, con la mitad de su cuerpo asomando a través de la trampilla, cuando de repente una pesada caja de plástico se abalanzó sobre su cabeza. El golpe que recibió fue tan tremendo e inesperado que pistola y linterna se le cayeron de las manos y fueron a parar al fondo del subterráneo.

Con reflejos felinos, Cristina bajó al suelo, se apropió de ambas y ascendió de nuevo los peldaños que distaban hasta el maltrecho cuerpo de Camero. Pistola en mano, gritó a su tío para que no se moviera.

Todavía en *shock*, y sin poder ni responder, Gonzalo recibía un nuevo trompazo con la caja de plástico, que esa vez lo dejó medio grogui. Por suerte, pudo sujetarse en el marco de la trampilla y evitar una caída que los habría arrastrado a todos hasta el pie de las escaleras. Muy dolorido consiguió reptar hasta la superficie y elevó la mirada a una figura amenazante.

Sus retinas fijaron una imagen que difícilmente se le borraría en los años que aún le quedasen por vivir: entre sirenas, destellos azules y el maullido de Neko, su hijo Álvaro lo observaba, erguido y blandiendo en sus manos una gran caja rectangular.

—¡Esta va por todas las palizas que me propinaste de pequeño!

El pesado contenedor de plástico se precipitó sobre su padre por tercera y última vez antes de que este perdiera la conciencia.

75

El coche Z de la policía llegó al almacén en ese preciso instante.

Sin darle casi tiempo a frenar del todo, Pedro Anguiano saltó del mismo y fue avanzando hasta el almacén, agachado y parapetado tras su pistola Heckler & Koch de 9 mm.

—Policía, todo el mundo al suelo, ¡que nadie se mueva!

La dramática escena que descubrió, débilmente iluminada por la luna llena y el haz de luz procedente de la trampilla, lo dejó sin habla. El joven Álvaro seguía de pie con una gran caja en las manos, y Gonzalo estaba tendido inerte frente a él.

El segundo agente apareció justo en el momento en que Álvaro rompía a llorar, desconsolado, y Anguiano pasaba el brazo sobre su hombro. Viendo que la situación ya no revestía peligro, bajó en seguida el arma que empuñaba y se acercó al bodeguero. Aunque yacía inconsciente en el suelo, el policía le dio una vuelta y le colocó unas esposas. Ayudado por su jefe, lo llevaron al coche patrulla y lo tumbaron en el asiento trasero.

Mientras tanto, J. R. consiguió salir a la superficie, ayudado por Cristina, que iba tras él. Se sentó, exhausto, y se apoyó en la pared, a la espera de la ambulancia que en breve lo trasladaría al hospital de Logroño.

Mientras Cristina y Álvaro relataban los hechos, un segundo coche patrulla hizo su aparición y llevó a Gonzalo a la comisaría para encerrarlo en una celda. Una vez hubieron recogido todos los datos,

Anguiano se despidió de Cristina y acompañó a Álvaro a su casa para informar a su madre. El chico estaba en estado de *shock* y difícilmente lo podía dejar solo ante aquel doloroso trance.

Aclarada la situación, la periodista se acostó tarde y durmió como un tronco hasta bien avanzada la mañana. Después de improvisar un rápido *brunch*, se arregló y se acercó al Hospital General de La Rioja. Camero había sido operado de urgencia aquella misma madrugada y yacía, ya fuera de peligro, en una cama de la tercera planta. Antes de ir a verlo, pasó a saludar a Chiara Lungobaldi, cuya habitación estaba a tan solo dos puertas de la suya. Tras debatirse entre la vida y la muerte durante cuarenta y ocho horas, la italiana iba recuperando poco a poco su energía. Seguía medio adormilada y aún le costaba incorporarse para hablar, pero agradeció notoriamente la visita. La periodista le prometió que la volvería a ver pasados unos días.

A continuación, entró en la habitación de J. R., le dio un beso en la frente y se sentó a su lado, sujetándole la mano con cariño.

—¿Qué tal estás, guapetón?

El periodista aún estaba algo somnoliento de la sedación, pero respondió, muy emocionado:

—Tu torniquete me ha salvado la vida, Cris. Tan solo me quedaban tres litros de sangre en todo el cuerpo.

—Habría dado toda la mía por ti, no sabes cuánto te quiero.

Pese a aquellas hermosas palabras, el semblante del periodista se tornó más grave cuando le informó de su pronóstico.

—Los médicos han dicho que me quedarán secuelas. La bala me ha destrozado la pierna derecha y quizá no pueda volver a correr.

—¿Tiene alguna importancia? Mira, viviré más tranquila sin temer que Don Juan se pase el día persiguiendo unas faldas.

El comentario de su querida compañera consiguió por fin arrancarle una sonrisa, la primera desde que había ingresado allí.

—¡Yo también te quiero!

Mientras tanto, en la jefatura de policía, Gonzalo Castillo seguía esposado en su celda, impaciente por saber de qué modo

proseguiría su enjuiciamiento. Era el presunto responsable de tres crímenes, pero cada uno de ellos cometido en un país diferente, y el comisario Anguiano desconocía el protocolo a seguir en casos así.

Su teléfono echaba humo tras la gran cantidad de llamadas efectuadas durante el día a René Bonfils y a la Dirección Central de la Policía Nacional. Tanto Pascal Leclerc como Víctor Morell habían quedado libres, pero debían permanecer localizables hasta que el caso se hubiese resuelto hasta el último detalle.

Las pruebas más sólidas en contra de Gonzalo eran las tarjetas de embarque y notas de gasto del viaje a Washington, así como el MacBook de Arnaud, que la policía había encontrado en su despacho. Ambas lo incriminaban directamente en el asesinato de Leclerc.

Anguiano también disponía de las declaraciones de las tres personas que acompañaban a Gonzalo en el almacén abandonado, así como el testimonio verbal de Chiara Lungobaldi. Las características del Jeep Cherokee no encajaban con los datos registrados por el perito, pero sí las del Golf GTI de Álvaro, que la noche del siniestro se encontraba aparcado en el garaje de su casa. Además, alcanzaba mucha mayor velocidad que el todoterreno.

En cuanto a Deschamps, Gonzalo era de complexión fuerte, calzaba un 42 y no había dormido en Haro la noche del 22 de julio. Carmen testificó que no lo vio llegar hasta el domingo por la mañana, media hora antes de la misa en Santo Tomás.

El asesinato de Fernando probablemente nunca se le podría asignar, pese a no haber aún prescrito el delito. Solo constaba el testimonio verbal de su sobrina, y el bodeguero había sido lo bastante astuto como para pasar él mismo unos días ingresado por intoxicación.

Cristina hizo una visita de médico. Tras la cirugía de pierna y la transfusión recibida, J. R. necesitaba reposar. Abandonó el centro y se dirigió de inmediato a la calle Siervas de Jesús, en Haro, donde su tía Carmen seguía llorando desconsoladamente en el sofá del salón.

Álvaro le abrió la puerta y se fundió en un abrazo con ella.

—¡Hola, prima!

—¿Cómo está tu madre?

—Fatal. Por lo que me ha dicho, siempre había intuido que papá escondía algo turbio, pero ni de lejos lo que ha ocurrido. Es muy cruel que se te caiga la venda de los ojos de este modo.

—Date cuenta de cómo son las cosas. Gonzalo no sólo mantuvo una personalidad oculta, sino que forzó a su hermano a hacer lo mismo. Estoy segura de que papá le tuvo miedo toda la vida.

—No me extrañaría que Fernando recibiera frecuentes burlas y palizas, no solo de mi padre, sino de los otros chicos del colegio.

—Papá era muy sensible. Debió de sufrir lo que no está escrito por la violencia, física y psicológica, a la que fue sometido.

Álvaro bajó la vista, compungido.

—¿Crees que nuestros abuelos tuvieron algo que ver?

—Les dieron una educación represiva, pero era otra época —respondió Cristina—. No tengo dudas de que lo intentaron hacer lo mejor que supieron.

Su primo asintió, sin mucho convencimiento.

—Tenemos suerte de no haber vivido esa época en que discapacitados y homosexuales tenían que esconderse.

—Y las mujeres éramos ciudadanas de segunda, ¡no lo olvides! —añadió ella, reivindicativa como siempre—. Ahora cuéntame, ¿cómo estás tú? No sé cómo sacaste valor para neutralizar a tu propio padre.

—No tenía otro remedio. Pude escuchar casi toda la conversación que tuvo con vosotros en el pasadizo. ¡Papá era un auténtico monstruo!

—¿Estuviste allí abajo?

—Primero fui a buscarte a tu casa. Papá me contó que la policía te buscaba y que te habías dado a la fuga, pero no podía creer que hicieras algo así.

—Me conoces mejor de lo que pensaba.

—Quizá fuera solo instinto. Sea como sea, al acercarme con la moto vi tu casa a oscuras y un coche aparcado frente al viejo almacén. La puerta abierta parecía invitarme a entrar. Neko, en su

transportín, disipó cualquier duda que pudiera quedar sobre tu paradero.

—¿Cómo es que no vimos tu linterna?

—Porque no llevaba. Me aventuré a bajar aquellas escaleras a oscuras y, una vez dentro, mis ojos se adaptaron al débil destello de luz que provenía del lado opuesto. Fui avanzando sigilosamente hasta que ya podía oíros con claridad y empecé a ser consciente de lo que estaba ocurriendo.

—Has sido muy valiente, primo.

—No sé si llamarlo valor o insensatez, pero, de algún modo, con aquellos «cajetazos» me he desquitado por todo lo que tuve que pasar con mi padre de pequeño.

Cristina le dio un segundo abrazo, más fuerte si cabe que el anterior, antes de acompañarlo al salón para consolar a su tía Carmen. La pobre mujer tardaría mucho tiempo en recuperarse de aquel duro golpe. Aunque confesó que Gonzalo se excedía de vez en cuando con la violencia, a su modo le quería. Además, le costaba mucho admitir que había compartido media vida con un asesino.

Epílogo

Singapur, 11 de julio de 2010

Cuatro años después de los luctuosos acontecimientos alrededor de Arnaud Leclerc, Cristina fue invitada por Robert Parker a la cena de gala benéfica del hotel Fullerton en apoyo a familias desfavorecidas de Singapur.

José Ramón Camero la acompañó en aquel maravilloso viaje al sudeste asiático, el primero de larga distancia que hacían juntos. Tras muchos años de relaciones esporádicas, el verano del 2006 habían unido definitivamente sus vidas en un *living apart together* y desde entonces basculaban continuamente entre La Rioja y Burdeos.

La riojana se afincó definitivamente en el Château Marchant y tuvo que dejar el periódico por incompatibilidad con su nueva actividad profesional. No se arrepentía para nada de haber tomado semejante cambio de rumbo. Era feliz gestionando la bodega con su fantástico y profesional equipo e introduciéndose a pasos agigantados en el maravilloso mundo de la enología.

Camero la sucedió en la dirección de *La Rioja*, dando continuidad al diseño y estilo editorial que ella había definido. Su pierna derecha nunca se recuperó del todo, por lo que precisaba de un bastón para andar. Sin embargo, el modelo que había escogido, de madera noble y mango de latón, le daba un aire más que distinguido. Con su

habitual elegancia y buen gusto en el vestir dejó de ser el donjuán riojano para convertirse en el *gentleman* logroñés.

Tras explorar la zona de Marina Bay, con su icónico edificio de tres torres unidas en las alturas por una especie de nave futurista, se dirigieron andando al hotel Fullerton, justo al otro lado de la bahía. No conocían a casi nadie de los invitados, pero, por suerte, se encontraron con Víctor Morell y Sofía Rostami nada más llegar. Pese a haber coincidido por primera vez en circunstancias tan adversas, o quizá precisamente por eso, la inmediata química personal entre Cristina y Sofía había propiciado que pronto entablaran una gran amistad.

Al saludarlos, Víctor no pudo evitar fijarse en el bastón de Camero. Recordó a un enigmático personaje que cambió su destino años atrás.

—¡Qué bien que hayáis venido! Excepto Robert Parker y vosotros, todo son caras nuevas para mí —comentó Cristina.

—Pues imagina cómo estoy yo —exclamó J. R. con una sonora carcajada.

—Yo sí conozco a algunos, sobre todo bodegueros y *gourmets,* que no se pierden nunca una ocasión como esta. Ya os los iré presentando —añadió Víctor.

—Tendrán la oportunidad de probar un Château Marchant de 1999. Parker me ha anunciado que acompañará algún plato del banquete. Esta fue la primera añada que valoraste, ¿verdad?

—En efecto, el primer cien de aquella mítica tripleta. Me da mucha satisfacción ver que lo estás situando de nuevo en la élite tras unos años más bien modestos.

—Guardaré siempre mucho cariño a la añada de 2006. Tuve que definir el *coupage* en un tiempo récord.

—No sé cómo te las arreglaste sin poder consultar a Fernando o a Arnaud. Espero que algún día me cuentes de dónde diablos sacaste aquella especie de jarabe que mezclamos el día de las catas con Ezequiel García.

—¿No crees que es más atractivo mantener el misterio? Imagínate que se desvelase, por ejemplo, cómo los rapanui consiguieron mover

aquellos pesados moais por toda la Isla de Pascua. ¡Perdería todo su encanto!

—Seguramente tengas razón —respondió el sumiller, sin pillar en absoluto que Cristina, indirectamente, acababa de responder a su pregunta.

José Ramón la miró asombrado. Tampoco él pilló para nada de qué iban los tiros, pero admiraba su enorme cultura y curiosidad, así como las salidas que improvisaba para cualquier situación.

—Por cierto, Cristina —prosiguió Víctor—, estando tu tío en la cárcel, ¿gestionas también tú las Bodegas Castillo?

—Mi primo Álvaro está a cargo de ellas. Tuvo que desdecirse del compromiso adquirido con otra bodega, pero lo entendieron perfectamente. El primer año lo ayudé un poco, pero ha aprendido un montón en su máster de enología. Se está afianzando bien y, lo más importante, le gusta mucho.

—En nuestra próxima visita a La Rioja nos lo tendrás que presentar.

—Dadlo por hecho. Es un encanto. Para mí es como un hermano.

Sofía decidió intervenir al oír que Cristina hablaba sobre su familia. Como neuropsiquiatra le interesaba conocer las secuelas emocionales que aquellos sucesos pudieran haberles dejado.

—¿Cómo lleva tu tía lo de su marido?

—Ha estado francamente mal. Cayó en una fuerte depresión y tuvo que iniciar terapia psicológica. Inicialmente la rechazaba por considerarla una señal de debilidad. Solo quería tomar antidepresivos, pero conseguí convencerla y la ha ayudado mucho. Carmen vuelve a tener energía y optimismo.

—Las personas nacidas en aquella época pensaban que los psicólogos sólo servían para tratar a locos y enfermos mentales.

—Así es, ¡qué pena! Fíjate en cómo ha cambiado mi tía que, aun siendo tan conservadora y católica, está considerando divorciarse de Gonzalo. No me extrañaría que tuviera un admirador. Me ha hablado ya varias veces de un viudo que conoce de la parroquia.

—Se merecería una buena compañía. ¡Menudo pieza, tu tío!

—Ojalá no salga nunca más de la cárcel. Sé que el rencor es una emoción muy tóxica, pero nunca le perdonaré que matase a papá.

—Qué suerte tenemos de haber nacido en una generación diferente —comentó Sofía—. Si tu padre tuviera hoy veinte años, no tendría ningún problema en tener una relación con otro hombre.

—No te creas, aún queda camino por recorrer. En este mundo siguen sin respetarse lo suficiente las diferencias entre personas, ya sean de género, raza, religión o capacidades.

—Dímelo a mí, Cristina, que nací en Teherán y tuve que huir después de la revolución de los ayatolás.

En aquel momento, el banquete daba comienzo, con los altavoces del espacioso salón emitiendo el «Libiamo», archifamosa aria de *La Traviata* de Verdi. Víctor y J. R. alzaron sus copas al unísono, orgullosos y enamorados de sus respectivas parejas.

—Vosotras marcaréis la pauta a seguir en el futuro —exclamó José Ramón—, ¡brindemos por ello!

Después del aperitivo, regado con un excelente champán Krug Grande Cuvée, la cena fue maridada con nada menos que cinco vinos puntuados con un cien por *The Wine Advocate*, entre ellos, cómo no…, ¡el Château Marchant de 1999!

Glosario de vinos y bodegas

La Rioja
Bodega Marqués de Murrieta-Logroño
Vino blanco: Castillo Ygay Gran Reserva
Bodega López de Heredia-Haro
Vino tinto: Viña Tondonia Gran Reserva
Bodega La Rioja Alta-Haro
Vino tinto: Gran Reserva 904 Gran Reserva
Bodega Bodegas Vivanco-Briones
Vino tinto: Dinastía Vivanco Crianza
Bodega Señorío de San Vicente-San Vicente de la Sonsierra
Vino tinto: San Vicente Tempranillo Reserva
Bodega Bodegas Olarra-Logroño
Vino tinto: Olarra Gran Reserva
Bodega CVNE (Compañía vitivinícola del norte de España)-Haro
Bodegas Muga-Haro
Bodega Herederos del Marqués de Riscal-Elciego

Burdeos

Grupo Domaines du Barons de Rothschild (DBR)
Bodega Château Lafite-Pauillac, Médoc
Vino tinto: Château Lafite Rothschild *premier grand cru classé*

Bodega Château L'Evangile-Pomerol Vino tinto: Château L'Evangile *grand cru*

Bodega Château Margaux-Margaux, Médoc
Vino tinto: Château Margaux *premier grand cru classé*
Bodega Château Latour-Pauillac, Médoc
Vino tinto: Château Latour *premier grand cru classé*
Bodega Château Haut-Brion-Pessac, Graves
Vino tinto: Château Haut-Brion *premier grand cru classé*
Bodega Château d'Yquem-Sauternes
Vino blanco: Château d'Yquem *premier cru classé supérieur*
Bodega Château Pétrus-Pomerol
Vino tinto: Château Pétrus *grand cru classé*
Bodega Château Laroque-Saint-Émilion
Vino tinto: Château Laroque *grand cru classé*
Bodega Château Coutet-Sauternes
Vino blanco: Château Coutet *grand cru classé*
Bodega Château Cheval Blanc-Saint-Émilion

Otras zonas y denominaciones de origen

Bodega Dom Pérignon-Epernay, Francia
Vino de *champagne*: Vintage Dom Pérignon
Bodega Pine Ridge-Napa, California
Vino tinto: Andrus Estate Cabernet Sauvignon
Bodega Domaine de la Romanée-Conti-Borgoña, Francia
Vino tinto: Romanée-Conti *grand cru*
Bodega Louis Latour-Chablis (Borgoña), Francia
Vino blanco: Louis Latour *premier cru*
Bodega Don Melchor (Concha y Toro)-Puente Alto, Chile
Vino tinto: Don Melchor
Bodega Taittinger-Reims, Francia
Vino de *champagne*: Taittinger *brut réserve*
Bodega Envínate-Tenerife, España
Vino blanco: Benje listán blanco

Bodega Krug-Reims, Francia
Vino de *champagne*: Krug *grande cuvée*

Al tratarse de una novela de ficción, el autor se ha permitido sacar de su imaginación algunas bodegas para situar mejor la historia sin infringir derechos de imagen o confidencialidad. No son reales las Bodegas Castillo en La Rioja, pero han sido inspiradas en Bodegas Muga por su localización, al extremo del barrio de las bodegas, y tocando al meandro que forma allí el río Ebro.

Asimismo, no existen Château Marchant ni Château Cheval Noir, aunque también en este caso el autor se ha basado de un modo fidedigno en la localización geográfica y composición del suelo de bodegas bordelesas reales para describirlas. La primera, en Château L'Evangile (Pomerol), y la segunda, en Château Cheval Blanc (Saint-Émilion).

Finalmente, no se encuentra en la Toscana ninguna bodega llamada Lungobaldi, aunque su nombre está inspirado en Frescobaldi, uno de los grupos vinícolas más importantes de Italia. Tanto la bodega Lungobaldi como sus propietarios, los marqueses Guido y Chiara Lungobaldi, aparecieron ya en la novela *El vino del alquimista*, ópera prima del autor.

Calificación de añadas de vino tinto[1] en La Rioja y Burdeos

	LA RIOJA	**BURDEOS**
1982	Excelente	Memorable
1983	Buena	Excelente
1984	Normal	Muy buena
1985	Buena	Excelente
1986	Buena	Excelente
1987	Muy buena	Muy buena
1988	Buena	Excelente
1989	Buena	Excelente
1990	Buena	Excelente
1991	Muy buena	Muy buena
1992	Buena	Muy buena
1993	Buena	Muy buena
1994	Memorable	Muy buena
1995	Excelente	Excelente
1996	Muy buena	Muy buena

	LA RIOJA	BURDEOS
1997	Buena	Muy buena
1998	Muy buena	Muy buena
1999	Buena	Muy buena
2000	Buena	Excelente
2001	Excelente	Muy buena
2002	Buena	Muy buena
2003	Buena	Muy buena
2004	Excelente	Muy buena
2005	Excelente	Excelente
2006	Muy buena	Muy buena
2007	Muy buena	Buena
2008	Muy buena	Muy buena
2009	Muy buena	Excelente
2010	Excelente	Excelente
2011	Excelente	Muy buena
2012	Muy buena	Buena
2013	Buena	Buena
2014	Buena	Muy buena
2015	Muy buena	Excelente
2016	Muy buena	Excelente
2017	Muy buena	Muy buena
2018	Buena	Excelente
2019	Excelente	Excelente
2020	Muy buena	Excelente
2021	Muy buena	Excelente

	LA RIOJA	BURDEOS
2022	Muy buena	Excelente
2023	Muy buena	Excelente

Agradecimientos

Antes de acostarme, para estimular el pensamiento positivo durante todo el día, tengo la costumbre de anotar tres hechos o personas a los que tengo que estar agradecido. Finalizada ya la larga jornada que supone escribir y publicar una novela, mi lista sería interminable, de muchísimos múltiplos de tres. No aparecerán aquí todos los que son, pero sí son todos los que están y tanto me han apoyado para que puedas tener este libro en tus manos.

Quiero agradecer en primer lugar a mi familia y amigos por estar siempre a mi lado y hacer que este viaje, llamado vida, sea maravilloso. Algunos de ellos ya no están aquí con nosotros, pero su amor, enseñanzas y recuerdos siguen vivos en mi interior y han contribuido, sin duda, al nacimiento de *Tierra roja*.

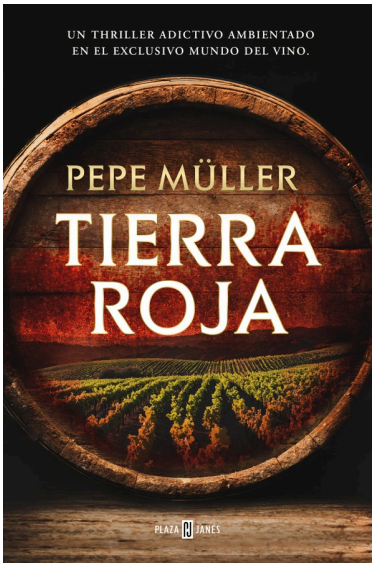
En esta novela, La Rioja es la gran protagonista. Quiero nombrar aquí a Francisco Mir, Andrés Pascual, Esther Novalgos, Santi Vivanco, Maite Villegas, Juan Gurrea y tantos otros amigos riojanos, que me han hecho conocer y amar esta fantástica tierra.

Otro papel destacado lo tiene el vino de Burdeos. Mil gracias a Florence de Kimpe, Frédéric Domingo y Juliette Couderc, del grupo Domaines Barons de Rothschild, así como a David Suire, de la bodega Château Laroque, por su tiempo y amistad durante mi estancia en esta histórica región vinícola francesa. Sus valiosas explicaciones me han ayudado a conocer mejor algunos secretos de la enología bordelesa y poder ahora compartirlos con mis lectores.

Seguiré, cómo no, con Silvia Adela Kohan y Francesc Miralles, mis queridos maestros en el arte de escribir. Ellos fueron los que, en su día, me animaron a agarrar la pluma y plasmar sobre el papel lo que mi voz me dictaba.

No puedo olvidarme de mi amiga Eva Permanyer, por su minuciosa lectura y corrección inicial del manuscrito. También agradezco a mis queridas hijas Ana y Elisa, así como a mis amigos Blanca Moreno y Eduard Morell, el haber ejercido, total o parcialmente, de lectores beta.

Finalmente, quiero hacer una mención y agradecimiento muy especial para mi agente literaria, Sandra Bruna, y mi editor, Alberto Marcos, por su continuado apoyo y confianza.



Arnaud Leclerc, propietario de la legendaria bodega bordelesa Château Marchant, aparece colgado de una soga en su habitación de hotel el día en el que iba a recibir un homenaje por el éxito de sus vinos de parte de toda la comunidad enológica. Aparentemente se trata de un suicidio, pero Cristina Castillo, una periodista especializada, sospecha que hay gato encerrado. Comienza así una investigación que irá atrapando a Cristina en una peligrosa tela de araña que envuelve las miserias y los secretos del mundo del vino.

De Washington a La Rioja, y pasando por Burdeos, Pepe Müller aprovecha todo su conocimiento sobre enología para construir una novela que todo lector aficionado al género disfrutará como el mejor tinto. Un thriller trepidante ambientado en el universo del vino, las bodegas y las antiguas dinastías vinícolas.

De padre alemán y madre catalana, **Pepe Müller** creció en Barcelona y, tras educarse en el Colegio Alemán, se licenció en Ingeniería Química, lo cual le llevó a dirigir varias empresas del sector y le ha permitido viajar a casi ochenta países.

Aunando su pasión literaria con su gran afición por la enología, publicó en Plaza & Janés *El vino del alquimista* en 2024. *Tierra* roja es su segunda novela.

Primera edición: abril de 2026

© 2026, Pepe Müller
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Fotografía de portada: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03755-9

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Aplicable también, en la mayoría de casos, a blancos u otros tipos.

Índice

Tierra roja

Nota del autor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58

Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Pepe Müller

Créditos

Nota